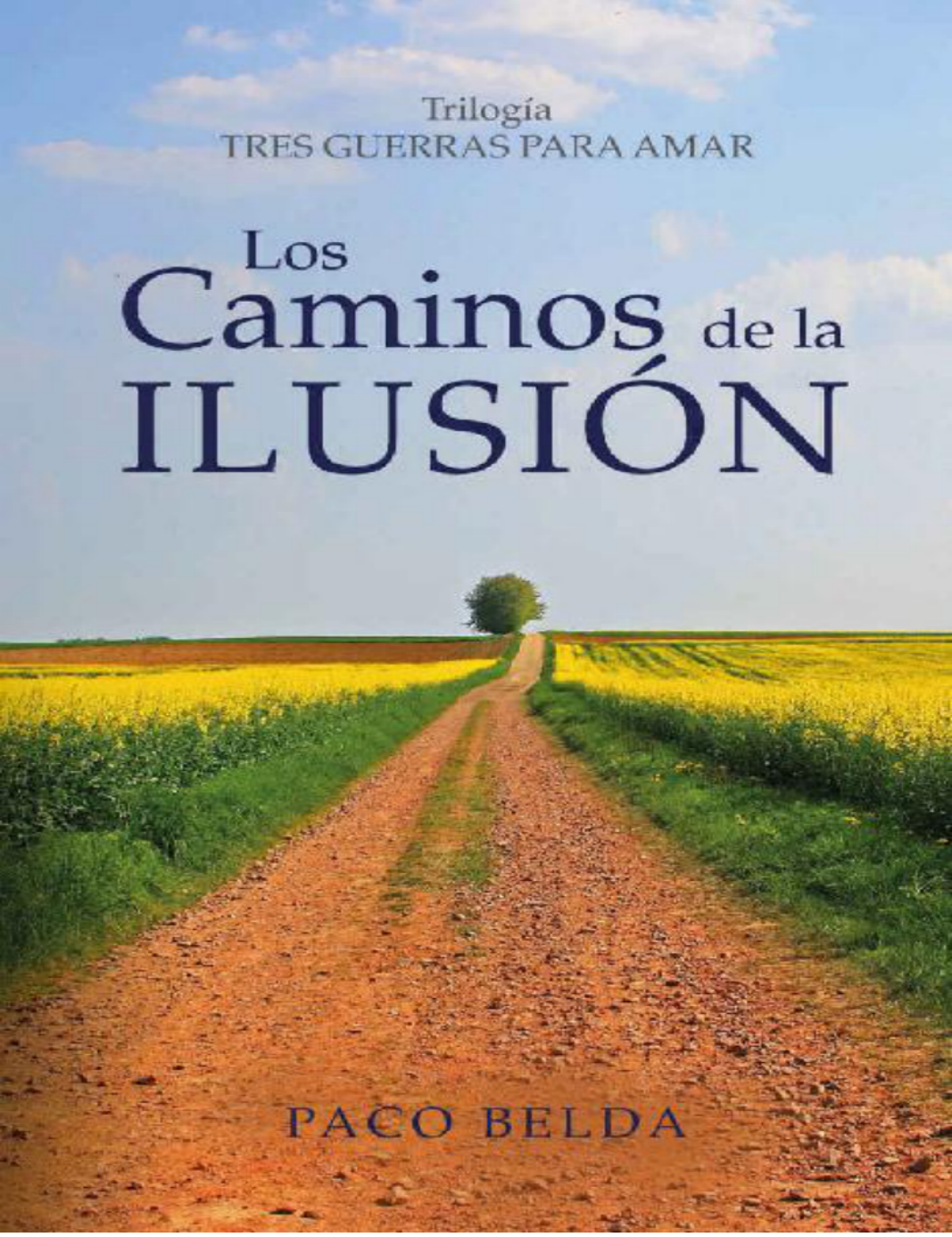
Trilogía
TRES GUERRAS PARA AMAR

Los Caminos de la ILUSIÓN



PACO BELDA

LOS CAMINOS DE LA ILUSIÓN

Primera edición: abril de 2022
Copyright © 2022 Paco Belda
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
AGRADECIMIENTOS

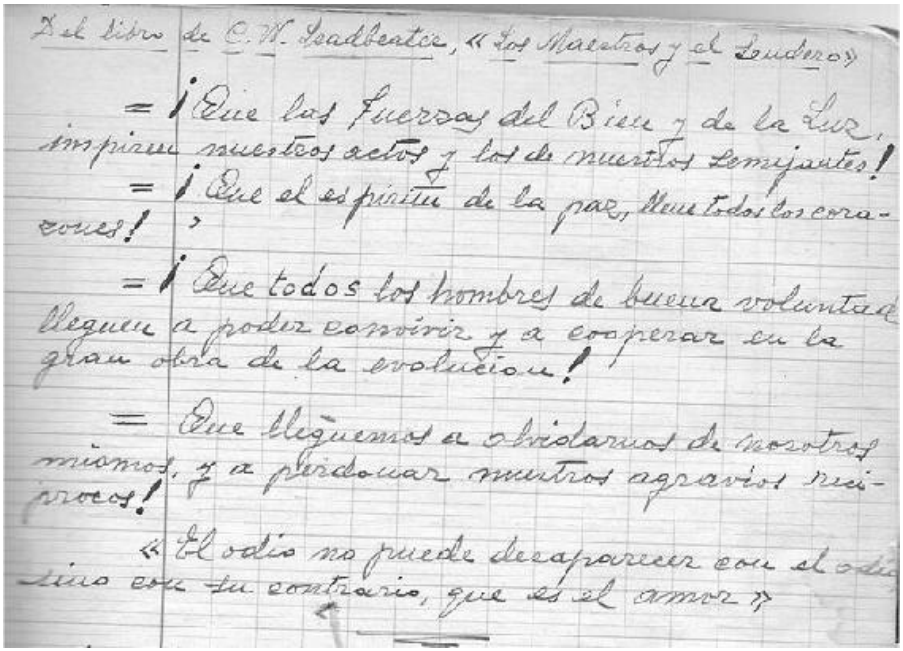
Los personajes de la trilogía *Tres guerras para amar* vivieron en tiempos difíciles, periodos de guerras y entreguerras en el que los ideales políticos marcaban la línea invisible entre la vida y la muerte.

A veces la realidad supera a la ficción. Los hechos narrados en las tres novelas son reales, motivo por el cual he preferido preservar la identidad de cada personaje. Todos tienen un nombre ficticio, salvo uno.

El paso del tiempo no mejora el dolor de las heridas del alma, sino que las deja ahí, pertrechadas, escondidas, como si durmieran un sueño ligero en el que cualquier ruido leve las pudiera despertar.

Un país con una sola idea es un país muerto, que asistirá a su funeral antes o después.

Dedicada a todas las personas anónimas que, por sus ideales, sacrificaron su vida para conseguir un mundo mejor.



Del libro de C. W. Leadbeater, «Los Maestros y el Sendero»

= ¡Que las Fuerzas del Bien y de la Luz, impriman nuestros actos y los de nuestros semejantes!

= ¡Que el espíritu de la paz, llene todos los corazones!

= ¡Que todos los hombres de buena voluntad lleguen a poder convivir y a cooperar en la gran obra de la evolución!

= Que lleguemos a olvidarnos de nosotros mismos, y a perdonar nuestros agravios recíprocos!

«El odio no puede desaparecer con el odio sino con su contrario, que es el amor»

Diario de Juan Bernal

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

1

Aquella tarde se escribieron los versos más tristes de una historia de amor, un poema en el que la guerra había escrito hasta con faltas de ortografía, con palabras fusiladas que permanecerían en el recuerdo de Juan y de María.

La oscuridad de la noche se hizo un hueco en el alma de Juan, que viajaba arrugado como un pañuelo viejo en el asiento trasero de aquel coche.

Dejaron atrás las luces de Santomera, viajando por una carretera que serpenteaba los huertos de limoneros. Cuando llegaron a Orihuela, un suspiro congeló la respiración de Juan, al comprender que ya no se encontraba en Murcia.

Dentro del coche solo se oía el rugido del motor. El conductor solo prestaba atención a la carretera. El copiloto tenía apoyado el fusil entre sus piernas, y Leopoldo, que viajaba detrás junto a Juan, de vez en cuando le acariciaba el hombro como si pudiera darle ánimos.

Albatera, Crevillente y Elche se apagaron detrás de ellos con sus luces mortecinas y la tristeza de sus calles desiertas.

Cerca ya de Alicante, la carretera estaba cortada por militares del Bando Nacional. De los dos coches solo bajó Leopoldo, que enseñó un documento al capitán al mando de aquellos hombres, que sonreían felices al presentir la victoria cercana y el final de la guerra civil. Tras leer aquel salvoconducto, autorizó el paso que les conduciría en pocos minutos hasta su destino.

Cuando por fin arribaron al puerto de Alicante, cerca de las diez y media de la noche, los recibió un enjambre de personas desesperadas que prorrumpían en gritos desgarradores y llantos lastimeros.

Aparcaron los coches y vieron que había dos barcos atracados. El Marítime y otro sobre el que se arremolinaba todo aquel gentío, en el que se podía leer el nombre Stanbrook, escrito en letras mayúsculas en el lateral de proa.

Juan pensó que no iba a ser fácil llegar hasta su buque.

Tras bajarse de los coches, Leopoldo y sus amigos rodearon a Juan y se abrieron paso entre la multitud para conducirlo a la pasarela de la embarcación, que lo iba a llevar lejos de España.

Cuando, por fin, pudieron llegar al barco, Juan le dio un abrazo a Leopoldo, ante las protestas de todos los que allí estaban y que no podían subir a la embarcación.

—Muchas gracias, amigo mío —dijo Juan.

—No tienes que darlas. Todo lo que debería de hacer por ti es poco —respondió Leo.

—Cuida de María, por favor. ¡Que no vayan a por ella! ¡Que no le pase nada a ella ni a mis hijos! —suplicó Juan.

—Vete tranquilo. Yo cuidaré de ella igual que lo he hecho hoy contigo —aseguró Leo.

Juan subió por la pasarela con dificultad, porque se balanceaba y parecía que iba a caer al mar donde podría dormir el sueño profundo de los perdedores.

Juan fue uno de los últimos pasajeros en embarcar en el Stanbrook. Poco después de subir a bordo, el Capitán ordenó retirar la pasarela de embarque y levar anclas. A las once y media de la noche comenzó la travesía hacia un destino desconocido para él.

Juan miró por alrededor de donde se hallaba, buscando un lugar en el que pudiera sentarse, pero no lo atisbó, porque allá donde miraba encontraba gente agolpada hasta en los lugares más recónditos. Decidió quedarse donde estaba y encender un último cigarrillo antes de abandonar España, mientras observaba las miradas de pánico de todas las personas que se amontonaban en el muelle y que no habían podido escapar en aquel barco.

Las maniobras para abandonar el puerto fueron dificultosas, con los motores aullando a toda potencia, y una gran bocanada de humo que escapaba de la gigantesca chimenea fundiéndose en la espesura de la noche.

Diez minutos después de zarpar el barco, varias explosiones se produjeron en el mismo lugar que ocupaba el buque en el puerto, y otros tantos fogonazos deslumbraron las pupilas de los pasajeros que miraban absortos, con el miedo dibujado en sus rostros.

Más tarde, el mar abierto los acogió en su seno, meciendo al barco con un vaivén continuo que dificultaba la travesía y que parecía que en cualquier momento iba a ser tragado como si fuera un grano de arena.

En lontananza vieron luces intermitentes, tanto a babor como a estribor, que intrigaron a Juan porque no se podía tratar de barcos de pesca. A lo lejos, desde el cielo, se oía un ruido sordo que se acercaba a ellos y que en pocos segundos sobrevoló el barco. Alguien gritó que se trataba de un avión Junker alemán, otro vociferó que los iban a bombardear y el pánico se adueñó de todos los pasajeros.

Juan escupió el miedo por la borda. Pensó que la ironía del destino no podía ser tan cruel con toda aquella gente que ya había sido derrotada, y que ahora el barco se hundiese por un torpedo invisible de cualquiera de aquellos acorazados por los que estaban rodeados o

por el zumbido de una bomba que volase hacia ellos desde alguno de los aviones.

Las olas, que acunaban al barco como a un niño recién nacido, escondían entre su espuma las luces enemigas y cada vez se veían más pequeñas en el horizonte, más lejanas. Cada vuelo rasante de los malditos aviones sembraba de inquietud a todos los pasajeros, que escondían su cabeza entre sus manos, hasta que desaparecieron y no volvieron a hacer acto de presencia.

A la una de la madrugada, el Stanbrook parecía un grano de arroz flotando solitario en medio del Mediterráneo, en una travesía cuyo destino final solo conocía su capitán.

A pesar del cansancio y del miedo acumulado en los últimos días, sobre la cubierta no dormía nadie. Apenas si se escuchaba el susurro de una conversación breve porque todos estaban pendientes del batir de las olas contra el barco y, además, miraban hacia las profundidades de un mar que pudiera tener escondido algún submarino alemán.

Las advertencias del capitán y de los marineros de a bordo habían sido muy claras, nadie tenía que moverse del lugar que ocupaba porque el pasaje había sido distribuido con equidad, para que el barco no se escorara a babor ni a estribor y pudiera hundirse por la negligencia de alguna de aquellas personas.

Pero si algo sabían aquellas gentes, era obedecer órdenes. Habían sido machacados de hambre, de heridas en el alma y les habían sido robados de cuajo todos sus ideales, por lo que no se iban a hundir por culpa de ellos. Si el barco aguantaba, a pesar de hacer la singladura de aquel día por debajo de la línea de flotación, ellos resistirían.

A partir de las cuatro de la mañana amainaron las olas y ya se podía ver dibujada la estela de la luna sobre la superficie del mar. El sueño comenzó a vencer la resistencia de los más osados y los ronquidos se magnificaron con los sonidos de la noche marina.

Juan estaba pensando en María y se durmió mientras la abrazaba. Soñaba que habían ganado la guerra y que vivían en una España en la que los políticos solo necesitaban cuatro palabras y un apretón de manos para ponerse de acuerdo, en un país feliz marcado por la armonía de sus gentes y en que aquella mañana, en la que el sol brillaba sobre el cielo azul, él y María estaban paseando por la plaza de Santo Domingo con sus hijos.

Los primeros rayos de luz despuntaron por babor y despertaron a Juan que, en cuanto pudo despejar su mente de aquel tormento y centrarse en la travesía, adivinó que el rumbo del barco era hacia el sur, por lo que según él se dirigían hacia África.

Tenía las piernas entumecidas de tenerlas dobladas durante toda la noche, porque había permanecido sentado. Ahora, ya era el momento de incorporarse y ponerse de pie. Oteó la cubierta y contempló cómo

dormía la mayoría de la gente. Comenzó a caminar por entre aquellas personas, con el cuidado suficiente para no tropezar y no despertar a nadie. Pensó que por un hombre que se moviera de su lugar no se iba a hundir el barco. En su deambular divisó que había pocas mujeres y escasos niños, aunque pudo ver algunos muy pequeños que dormían inocentes al exilio entre los brazos de sus madres. La mayoría eran hombres sin equipaje alguno o con un hatillo con las pocas pertenencias. También pudo contemplar que allí donde había un hueco en el barco, había una persona y que no cabía ni un alma más. Por ese motivo comprendió las instrucciones del capitán, porque si todo aquel gentío se moviese al unísono, con total seguridad, el barco se iría al averno de las profundidades del mar.

Ya no había aviones en el cielo, pero unas nubes traicioneras se acercaban hacia ellos dispuestas a sembrar la cubierta de bombas de gotas de agua. Poco después comenzó a llover, no con intensidad, pero sí con la violencia suficiente para despertar a todo el pasaje. No duró mucho tiempo, pero sirvió para calar hasta los huesos a todos los pasajeros que estaban en cubierta. Los que se encontraban en la bodega tuvieron más suerte. Después comenzó a soplar el viento, que serviría para secar sus ropas, pero que aumentaba la sensación de frío de aquel triste día.

Sobre las diez de la mañana, Juan ya estaba de regreso en el lugar que había ocupado durante toda la noche. Entonces vio que ya había mucha gente comiendo y se percató de que la noche anterior no había cenado, que tenía un vacío en el estómago al que no le había prestado atención y que tenía hambre. Sacó de su maleta un pan y una ristra de chorizo envueltos en papel de estraza que María le había puesto en el último momento.

Cerca de él había un matrimonio con una niña pequeña que lo miraban como si aquello fuera un manjar. El hombre sacó una navaja y se la prestó a Juan, que comenzó a cortar rodajas y rebanadas. Compartió todo su alimento con aquella familia y con otras personas que no portaban nada para comer.

A media mañana se enteró de que en el barco solo había dos aseos y ante la larga cola vio cómo muchos hombres orinaban directamente sobre el mar, en un lugar apartado de la borda.

A mediodía, la sensación de sed fue acuciante. Había poca agua y una cola de más de dos horas para poder beber. Juan no tuvo más remedio que colocarse en la fila en espera del líquido tan preciado. Casi a las cuatro de la tarde volvió a ocupar su lugar, sentado sobre la cubierta, abrazando sus piernas porque tenía las rodillas dobladas, pensando en las protestas de la gente que ya se estaban produciendo por la falta de aseos y de agua.

Después empezaron a divisar a lo lejos algunas montañas, con lo

que mejoró el estado de ánimo de los pasajeros ante la cercanía de un puerto en el que iban a ser libres. A las seis y veinte de la tarde atracaron cerca del puerto. Sin embargo, no fueron autorizados a desembarcar.

Más tarde comenzaron a ver por la borda pequeñas embarcaciones que se acercaban al barco, haciéndoles señales con las manos, y cuando estaban más cerca pudieron oír sus voces que les hablaban en español. Así se pudieron enterar de que estaban en el puerto de Mazalquivir, muy cerca de Orán, en Argelia. Aquellas personas eran españoles que ya estaban exiliados en ese lugar o que vivían allí desde antes de comenzar la guerra. Conocedores de las penurias que estarían pasando, les traían comida y bebida que, aunque no en mucha cantidad, fue repartida entre los pasajeros, quedando alguno de ellos sin recibir el alimento que tanto necesitaban.

Surgieron las protestas ante el capitán y los marineros, pero no había nada que hacer. Tendrían que hacer noche en el barco, otra más a la intemperie pasando hambre y sed.

A la mañana siguiente los despertó el aroma del pan recién horneado que provenía de las casas del puerto. Pero en el barco ya no había nada para comer, solo había agua tras una larga y penosa cola. Aquella fragancia estimuló los jugos gástricos y dio lugar a un soniquete de tripas en el abdomen de muchas personas.

Cerca del mediodía las autoridades portuarias y locales subieron al barco y le explicaron al capitán que solo podían desembarcar las mujeres, los niños y los ancianos, así como algunas personas que estuviesen enfermas. Todos los hombres deberían de permanecer en el barco.

No podían entender lo que sucedía y por qué no los dejaban abandonar el barco. Al capitán no le dieron ninguna explicación, por lo que él tampoco pudo trasladársela al pasaje.

Por la tarde, de nuevo aparecieron las barcas de los españoles, la mayoría de ellas con niños y adolescentes que les volvieron a traer comida y bebida. En esta ocasión habían tenido que burlar la vigilancia que los franceses habían ordenado sobre el barco. Con total seguridad, esa comida iba a ser la única del día y, por ello, intentaron mantener la cordura y repartir todo el alimento para que nadie se quedara sin comer.

Por la noche hacía frío y dormir a la luz de las estrellas no era agradable. Juan procuró abrigarse con lo poco que tenía y guarecerse en un lugar en el que no le diera el viento.

Una semana después volvieron a subir al barco las autoridades francesas locales.

En esta ocasión, Juan se abrió paso entre sus compañeros y se acercó hacia aquella comitiva para ver si comprendía algo de lo que estaba sucediendo. Solo pudo entender que aún no tenían permiso de sus superiores para autorizar el desembarco.

Juan ya adivinó que tendría que pasar bastantes días más en aquel lugar, que poco a poco se iba convirtiendo en una pocilga. Solo había dos aseos y cuando las necesidades apretaban no había tiempo para discernir cuál era el lugar más apropiado para evacuar. Tenían hambre, pero la sed resultaba más apremiante. Y los piojos comenzaron a alimentarse de la sangre de aquellos exiliados.

En semejante situación, con más de dos mil hombres hacinados en el barco, el olor repugnante se volvió característico, por lo que la mayoría de los hombres pasaban el día asomados por la borda para poder aspirar el perfume a mar, a agua salada.

En el barco, para comer cada día, solo recibían una rebanada de pan y una lata de sardinas o de paté para cada cuatro personas, teniendo que repartir hasta la última gota de aceite.

Por eso, cuando veían llegar de nuevo a las barcazas, el corazón se les hinchaba de alegría. Por la borda, los hombres preguntaban dónde estaban sus mujeres y sus hijos, pero no obtenían una respuesta certera. Volvían a darles alimentos, agua y alguna medicina, que eran agradecidos con millones de gracias, para después ser todo repartido con equidad.

Allí convivía con ellos el hambre, la sed y la inmundicia, pero lo compartían todo sin ningún tipo de disputas.

Pasadas casi dos semanas, volvieron a subir al barco las autoridades locales. Al parecer traían buenas noticias, que fueron recibidas con vítores cuando autorizaron el desembarco de quinientos hombres que fueron elegidos al azar.

Al día siguiente, el nueve de abril, domingo de Resurrección, se volvió a repetir la misma operación. Las autoridades francesas permitieron que otras quinientas personas bajaran del barco. En esta ocasión, Juan tuvo más suerte y fue uno de los elegidos de forma aleatoria. Abandonó el Stanbrook por una escalerilla, por la que descendió hasta una barcaza que poco después se dirigió hasta el muelle.

Fueron conducidos hasta un local en el que procedieron a ser registrados con su nombre, edad y ocupación. Allí, primero, los obligaron a ducharse y luego les administraron unas vacunas. Cuando terminó todo el proceso, les dieron de comer.

Después fueron conducidos hasta un lugar en el que en la entrada había un letrero que ponía «*Centre d'hébergement*», que Juan tradujo como centro de albergue o, simplemente, alojamiento y que estaba en el mismo puerto. Pero aquello no era más que un campamento con

multitud de tiendas de campaña en las que fueron alojados, rodeado por alambradas y vigilados muy de cerca por los soldados senegaleses del ejército francés.

Habían comido y estaban aseados, por lo que el ánimo parecía mejorar por momentos. Los hombres, a los que habían separado de su familia, seguían con la preocupación evidente y no sabían cómo hacerse entender con los gendarmes ni con los soldados senegaleses.

Juan se dirigió hacia la puerta de entrada. Durante el trayecto iba pensando en Dominique, al que le pedía ayuda para recordar algunas de las palabras y las frases más importantes que le había enseñado. Se acercó a un gendarme y le dijo:

—Mes amis veulent savoir où sont les femmes et les enfants —«*mis amigos quieren saber dónde están las mujeres y los niños*» tradujo mentalmente Juan, pensando que al parecer había pronunciado bien la frase y que el gendarme lo había entendido. Pero ahora, lo difícil, era saber si él iba a ser capaz de entender su respuesta.

—Les femmes et les enfants sont dans un autre Centre d'hébergement comme celui-ci —respondió el gendarme («*Las mujeres y los niños están en otro albergue como éste*»).

—Merci —agradeció Juan.

—Comment vont-ils? —volvió a preguntar Juan *(«¿Cómo están?*»).

—Les femmes et les enfants vont bien —manifestó el gendarme («*Las mujeres y los niños están bien*»).

—Merci —volvió a agradecer él.

Juan había salido del apuro de la mejor manera posible. El gendarme no lo miró con extrañeza porque sabía que entre los exiliados había personas que podían saber francés, puesto que allí se encontraban recluidos médicos, farmacéuticos, abogados, maestros, ingenieros, periodistas, escritores, artistas y gentes con diferentes oficios, todo tipo de personas que habían luchado en la guerra civil.

Juan se acercó a un grupo de hombres, entre los que sabía que se encontraban padres que no tenían noticias de su familia, y les narró lo que había hablado con el gendarme. Las gracias se exteriorizaron en forma de abrazos y palabras que llevaban la rúbrica del sentimiento sincero por cómo fueron manifestadas.

Juan había estado recluido en sí mismo, pensando en su familia con exclusividad desde que había embarcado. Había hablado con muy poca gente, incluso durante casi las dos semanas que había estado prisionero en el barco. Hablar con aquellos padres y con otros hombres en los que atisbó la misma preocupación que él tenía, le abrió una ventana a la esperanza.

Hacía ya casi un mes que estaba fuera de España y no tenía noticias de

María ni de sus hijos.

Al menos, algunos de aquellos hombres tenían a su familia en otro albergue muy cercano al suyo y ya tenían la ilusión del reencuentro. Así se dio cuenta de que la esperanza de volver a ver a su familia era lo que lo estaba manteniendo con vida, pasando hambre, sed, sorteando las enfermedades que se habían declarado en el barco y matando piojos como moscas de grandes.

Tenía que vivir para María, para sus hijos, y tenía que seguir luchando por sus ideales si quería mantener intacto el sueño de volverlos a ver. No podía estar ajeno a todo lo que estaba pasando en aquellos momentos a su alrededor, sino que tenía que tener fe ciega en vivir la vida que le había tocado en la actualidad para salir adelante, porque ese sería el camino para reencontrarse con los suyos.

Había perdido peso, estaba cansado y se había dejado llevar por las circunstancias y por la derrota. Sin embargo, ahora tenía claro que debía de volver, antes o después, porque en Murcia, en la calle Peligros, lo estaba esperando su familia.

Ese era el objetivo que precisaba para dar un giro radical a su vida y por el que tenía que luchar.

Juan rumió los desatinos y comenzó de nuevo a vivir.

2

El hule de la mesa de la cocina estaba limpio, sin pliegues y con todos los melocotones en su lugar, ninguno se había movido de su sitio.

María llevaba tres días mirando el mantel como si pudiera encontrar allí a Juan, contando las frutas y cerciorándose de que cada una estuviese en su lugar. Las miraba y las contaba una y otra vez, ensimismada, perdida en el tiempo, perdida en su historia.

Cada uno de esos días, después de desayunar, comer o cenar, María se quedaba allí, sentada en la cocina, mirando el mismo cuadro en busca de respuestas, como si estuvieran escondidas a través del tiempo, hasta que las lágrimas comenzaban a brotar en silencio una detrás de otra y se las secaba con un pañuelo blanco.

Manuela la contemplaba con tristeza y le daba ánimos a su manera.

—Ya verá como todo esto termina pronto, igual que ya ha pasado con otros generales, y don Juan vuelve enseguida —dijo Manuela.

—No lo sé Manuela, no lo sé. Este Franco no es como los otros —respondió María.

—Ahí, sentada en la mesa, no hace nada, ¡solo reconcomerse! —aseveró Manuela.

—Puede ser.

—Sus hijos la necesitan y a su marido no le gustaría verla así.

—Ya lo sé.

—Además, tiene que levantar ese ánimo. Usted es muy fuerte. Ahora no puede hundirse.

—Muchas gracias, Manuela. Gracias por preocuparte por mí.

Desde que Juan se había marchado, no había salido a la calle. Estaba encerrada en casa, en sí misma, en él, que ya no estaba allí, y en la estela de recuerdos maravillosos que habían compartido juntos.

Leopoldo había venido a verla y a comunicarle que Juan había embarcado, pero eran muchas las preguntas que se realizaba. ¿Dónde estaría? ¿Habría llegado ya a su destino? ¿Cómo se encontraría? Así, una detrás de otra, hasta llenar una cuartilla por las dos caras.

Solo hablaba cuando estaba con los niños, o cuando Manuela y Jesusa le preguntaban cualquier cosa intrascendente para ayudarle a sobrellevar la situación en la que se encontraba. El resto del tiempo se marchitaba en silencio, procurando abstraerse de todo lo que la rodeaba y pensar solo en Juan porque no podía vivir sin él.

Por las noches todo empeoraba. Sola, en su dormitorio, alargaba la mano buscando encontrarlo en el hueco vacío de su cama. Y, como no lo encontraba, se abrazaba a la almohada para abrazarlo a él, para dormir con él. Allí, en soledad, las lágrimas brotaban sin impunidad y

lloraba con toda su alma la pérdida de Juan.

No podía dormir. Cualquier ruido la despertaba y la mantenía en alerta. Ponía los cinco sentidos en la puerta de su casa porque no se fiaba. Tenía miedo porque podían venir a por ella, aunque Leopoldo le había asegurado que eso no sucedería.

Ese mismo miedo que la atenazaba por las noches también lo sentía para salir de casa. Había luchado por una causa justa, pero ahora estaba segura de que por la calle sería mirada de distinta manera y que estaría estigmatizada, porque ya todo el mundo en Murcia sabría que Juan había salido huyendo.

El cielo se había derrumbado cuando estalló la sublevación militar y, en estos momentos, el mundo se estaba hundiendo y ella estaba cayendo por un precipicio que no tenía fin.

El domingo dos de abril, Domingo de Ramos, a las once de la mañana, Carmen se presentó sin avisar en casa de María, acompañada por sus hijos.

—Sé que estás encerrada toda la semana. Arréglate y vamos a salir a pasear con los niños —ordenó Carmen, tras abrir María la puerta de su casa y después de saludarla con dos besos.

—No tengo ganas —contestó María.

—¡Ni ganas, ni gaitas! Arregla a los niños que nos vamos todos —volvió a arengar Carmen con los brazos en jarras.

María se tragó todos los sapos, hizo de tripas corazón y se dispuso a obedecer a Carmen. En veinte minutos todos estaban dispuestos para salir de casa, incluidas Manuela y Jesusa. Carmen iba acompañada de sus hijos, pero no así de Serafina, de la que había tenido que prescindir, puesto que ya no estaba bien económicamente.

Por la calle Trapería ellas iban juntas, cogidas del brazo. Los niños caminaban por delante, a su ritmo, vigilados por Manuela y Jesusa. A esas horas la calle ya estaba muy concurrida y muchas personas portaban banderas de España y de la Falange. En la plaza del Cardenal Belluga María se percató de que la sede de la UGT, donde acudía Juan todos los días a las reuniones del Comité, estaba cerrada.

Iban en dirección a la Glorieta, pero en esos momentos escucharon a un grupo de personas que estaban cantando el himno de la Falange, *Cara al sol*, que provenían de allí. María imaginó que lo estarían cantando en la puerta del ayuntamiento. Ambas se pararon en seco, se miraron a los ojos y sin mediar palabra dieron media vuelta, ordenando a los niños que fueran tras ellas. Se dirigieron entonces a la calle Frenería, para evitar pasar por la Glorieta.

Desde allí siguieron paseando hasta el Malecón y se sentaron en uno de los bancos, dejando que los niños pudieran jugar en aquel

jardín.

—¡Qué canallas! —prorrumpió María.

—Ahora son ellos los que mandan —aseguró Carmen.

—Ahora serán ellos los que maten —insinuó María.

—¡Que no te quepa la menor duda! —exclamó Carmen.

Como durante toda la semana María no había salido de casa, se informaba a través de Jesusa de lo que sucedía en Murcia y de las habladurías que corrían de boca en boca. Además, tampoco había leído ningún periódico porque el 28 de marzo El Liberal había sido publicado por última vez.

Así, tras la entrada del ejército de Franco en Murcia, el viernes 31 de marzo, sabía que se le había dado la vuelta a la tortilla, como decía Jesusa. Que el miedo corría como la pólvora en las personas que antes mandaban, que los que antes estaban escondidos en sus casas ahora paseaban pavoneándose por las calles de la ciudad, que la gente callaba y los que durante tres años habían estado sufriendo en silencio, comenzaban a acusar y a señalar sin piedad. Que de nuevo había comenzado el tiempo de la caza de brujas, pero en esta ocasión los objetivos eran todos aquellos que habían defendido a la República.

—He podido saber que desde el viernes están siendo detenidas todas las autoridades civiles, los militares fieles a la República, los dirigentes políticos y los sindicalistas. Están tras la pista de los masones, pero no saben quiénes son porque no encuentran los archivos —informó Carmen, con el miedo reflejado en su rostro.

—Ahora vendrán a por todos nosotros —aseguró María, con la voz entrecortada, obviando decirle a Carmen que ella y Juan les habían pegado fuego a todos esos documentos—. ¡A por todos! —volvió a repetir.

—Tengo miedo por Salvador.

—¿Sabes algo nuevo sobre él? —se interesó María.

—Nada. Lo que tú ya sabes. Esa maldita gentuza no da ningún tipo de información. No sé a quién acudir. No sé si contratar a un abogado o qué hacer —expuso Carmen.

—Ahora mismo, yo no estoy en condiciones de poder darte ningún consejo. Me cuesta pensar con claridad. Lo siento, Carmen.

—No te preocupes. Ya lo sé, María. Es normal. Yo también pasé por ahí, por ese trance.

—Muchas gracias por comprenderme.

—Y, de Juan, ¿qué sabes?

—Nada. Leopoldo me aseguró que subió al barco y que zarparon. Pero que no conocía hacia dónde iba el barco. Está intentando enterarse del destino y me ha dicho que cuando lo sepa me lo comunicará.

—Quizás… podrías pedirle también, cuando hables con Leopoldo,

si puede enterarse de dónde está Salvador y qué va a ser de él —insinuó Carmen, esbozando un halo de esperanza en su rostro.

—Descuida. Así lo haré.

—Muchas gracias.

—De sobra sabes que no tienes que darlas.

De vez en cuando, mientras hablaban, miraban a sus hijos que estaban correteando y sonriendo felices, ajenos a todo lo que estaba sucediendo. Estaban jugando al juego del pilla y entre las voces de los niños destacaban los gritos agudos de la niña María, que corría zigzagueando para evitar ser pillada por sus hermanos o sus amigos.

—Y, ahora, vamos a hablar de ti.

—¿Qué quieres saber de mí?

—No quiero saber nada de ti, ya lo sé todo. Ahora quiero ayudarte igual que tú hiciste conmigo cuando detuvieron a Salvador.

—Es diferente. Salvador está aquí en España. Juan se ha tenido que ir, no sé dónde está, no sé si estará vivo y, si vive, no sé cuándo podrá regresar —argumentó de manera aturullada María, mirando hacia delante como si no viera nada.

—Pero los sentimientos son los que cuentan —insistió Carmen.

—¿Qué sentimientos?

—Mírame, María —ordenó Carmen—. Lo que tú sientes ahora mismo ya lo sentí yo en su día, y sé por propia experiencia que no sirve de nada estar todo el día mortificada, sin hacer nada, pensando cada minuto en Juan y en todo lo que ha sucedido. La vida sigue, tenemos hijos y hay que seguir luchando día a día por ellos, porque nos necesitan. Yo tardé mucho tiempo en comprenderlo y no quiero que te suceda a ti lo mismo —argumentó Carmen, mirando a los ojos a María.

—Sé que tienes razón, pero necesito un poco más de tiempo. Tú sabes que no es fácil esta situación y yo no sé vivir sin Juan. Desde el día en que lo conocí, no hemos dejado de vernos ni un solo día y no me hago a la idea de no volverlo a ver nunca más —musitó María, con los ojos vidriosos.

—Yo tampoco sé vivir sin Salvador, Juan volverá y ni se te ocurra pensar lo contrario. No sé cuánto tiempo pasará, pero te aseguro que Juan regresará y es en eso en lo que tienes que pensar. Y, ahora, debes de entregarte a tus hijos, a sacarlos adelante y a procurar que no se den cuenta del sufrimiento o del tormento por el que tú estás pasando, porque ellos no se lo merecen.

—No me gustaría que ellos sufrieran.

—Pues a eso es a lo que te tienes que aferrar.

—Sí…

—María, tú eres una mujer fuerte. Bueno, mejor dicho, eres la mujer más fuerte que conozco y sé de lo que tú eres capaz. Así que,

hay que tirar hacia delante y que salga el sol por Antequera —concluyó Carmen.

—Lo intentaré.

—Eso espero…

Cuando terminaron de jugar los niños decidieron dar por concluida la reunión y regresar a casa. Los niños protestaron porque querían comer en alguna taberna, como habían hecho en multitud de ocasiones los domingos. Pero ese tiempo, de momento, había pasado a la historia.

Se aventuraron a pasar por la Glorieta y allí pudieron observar a muchos hombres vestidos con la camisa azul que las miraban altivos y sin el menor decoro. Ninguna de las dos retiró la mirada, mostrando a las claras y de forma evidente su orgullo. Seguían ondeando al viento las banderas de España y de la Falange, pletóricos por haber ganado una guerra civil en la que ninguno de ellos había participado.

Por la tarde, mientras los niños jugaban en sus habitaciones, María entró al despacho de Juan, como si pudiera encontrarlo allí escondido. Se sentó en el sillón de él, cogió una cuartilla y uno de los lápices que tenía en uno de los cajones de la mesa y comenzó a dibujar garabatos abstractos sin ningún tipo de sentido.

Por su mente pasaron, igual que el fogonazo de un disparo, las palabras que había escuchado la noche anterior en Radio Murcia y que habían sido emitidas al mismo tiempo en todas las emisoras de radio de España. Unas palabras que leyó un locutor emocionado y con voz de pito, que se le habían quedado grabadas a fuego en su memoria:

> *«En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, primero de abril de 1939, Año de la victoria. El Generalísimo Franco».*

Igual que llegaron se fueron.

Pero entonces comenzaron a reverberar en su mente las palabras de Carmen.

Tenía razón en los consejos que le había dado y, aunque ella se negaba a acatar la evidencia de la marcha de Juan, tenía que cambiar de actitud y vivir la nueva vida que tenía por delante, porque él siempre iba a estar en su corazón y presente en su recuerdo cada día de su existencia. Sus hijos la necesitaban y ahora la lotería del destino la estaba premiando con la pedrea afortunada de seguir viva y tener que bregar para que pudieran salir adelante.

Por la noche, cuando estaba en su habitación, antes de acostarse a

dormir, miró la muñeca de trapo que le había regalado Juan la noche en la que se habían conocido, y que tenía desde siempre colocada encima de la cómoda. La cogió y la colocó en el lugar de la cama donde dormía Juan, la abrazó y se quedó dormida plácidamente.

La conversación con Carmen surtió efecto desde el primer día. El estado de ánimo de María cambió y no llegó a convertirse en la alegría de la huerta, porque la procesión la llevaba por dentro, pero sí que dio un giro de ciento ochenta grados a su actitud.

Salía de casa para acompañar a sus hijos al colegio junto con Jesusa y luego para ir a recogerlos. Iba a comprar los productos que se necesitaban en el día a día, si a eso se le podía llamar compra, porque la mayoría de los alimentos estaban racionados, y ahí se terminaba su ración diaria de contacto social.

Cuando caminaba por la calle, llevaba la cabeza bien alta, orgullosa de sus ideales y de todo por lo que habían luchado Juan y ella. Había personas que la saludaban, mientras que otras la obviaban, giraban la cabeza para no saludarla o, incluso, la miraban con fijación y no respondían al saludo de María. Esos hechos no mermaron el carácter de María, sino que lo que ella pensaba es que ellos se lo perdían porque si de nuevo querían una Dictadura, ya la tenían allí para vete a saber cuánto tiempo.

En casa procuraba tener una sonrisa para sus hijos y estar siempre activa. Cuando no tenía que hacer ninguna labor casera, dedicaba el tiempo a leer o bien se desplazaba a la casa de sus padres, de su hermana o de su hermano, a los que tanto necesitaba en aquellos momentos de soledad.

Pasadas casi dos semanas, una tarde del mes de abril, Leopoldo fue a verla a su casa.

—Tengo noticias de Juan —dijo Leo, cuando María le abrió la puerta.

—Vamos al despacho de mi marido —respondió ella, con los ojos desorbitados y sintiendo una fragilidad en las piernas que a punto estuvo de caer al suelo.

María se sentó en el sillón de Juan y Leo ocupó una de las sillas que había al otro lado de la mesa.

—Está en Argelia, cerca de Orán, en un puerto que se llama Mazalquivir —expuso Leo, después de tomar asiento.

—¿Está bien? —preguntó ella, entrelazando sus manos mientras las apoyaba encima de la mesa.

—Me gustaría decirte que sí, pero no lo sé. Solo me han informado que el barco atracó en ese puerto y que sigue allí.

—Está bien. Con saber que está a salvo me sobra.

—Juan es un hombre de muchos recursos. Seguro que sabrá lidiar con todo lo que le depare el destino y podrá salir adelante.

—Menos mal que está en Argelia, que es territorio francés —aseveró María.

—Sí.

—Por lo menos Francia es una democracia. ¡Qué disparate!

—¿Qué quieres decir, María?

—Pues que cientos de miles de españoles han huido a Francia y otros han tenido que huir a los territorios franceses del norte de África. Es de agradecer que hayan acogido a todos los exiliados.

—¡Es una pena! De sobra conoces mis ideales, pero esta guerra civil ha representado para España un auténtico desastre.

—Gracias por tus palabras, Leo. En eso estamos de acuerdo los dos.

—Ahora toca volver a levantar el país poco a poco.

—¿Sabes cuándo podrá regresar?

—Ahora mismo no te puedo responder a esa pregunta porque lo ignoro, pero te tendré informada.

—Para bien o para mal, quiero que me digas todo lo que vayas sabiendo —solicitó María, intentando imprimir a sus palabras el suficiente carácter para evitar que su voz se rompiera.

—Descuida. Así lo haré.

—Ahora quiero que sepas algo muy importante.

—Cuéntame.

—Tengo miedo —manifestó María, bajando el tono de voz.

—¿Por qué?

—Por la calle se oyen muchas cosas. Rumores de todo tipo de detenciones de personas que se habían destacado en la defensa de la República —confesó María, bajando la mirada.

—Por eso no tienes que temer nada.

—Tengo miedo de que vengan a por mí. Por las noches casi no duermo y con cualquier ruido me despierto y me pongo en alerta —aseguró María.

—Ya sabes que no van a venir a por ti ni a sacarte de paseo. Se lo prometí a Juan y te lo vuelvo a asegurar: no van a venir a por ti. Ya me he encargado yo de ello y no estás en ninguna lista.

—Muchas gracias, Leo.

—Puedes dormir tranquila.

—Tengo que pedirte un favor más.

—Dime de qué se trata.

—Sabes que somos muy amigos de Salvador Mateos. Carmen, su mujer, está muy preocupada porque no sabe nada de él.

—¿Qué necesitáis de mí? —interrumpió Leo.

—Carmen quiere saber dónde está y qué va a ser de él. Ya sabes que Salvador es cirujano. Se alistó voluntario para operar a los

combatientes heridos del Frente Popular y fue detenido en la batalla del Ebro. Desde entonces no sabe nada de él ni dónde está.

—Intentaré enterarme —aseguró Leo.

—Muchas gracias.

—Para cualquier cosa que necesites estoy a tu disposición. Ya sabes dónde me puedes encontrar, en mi casa o en el despacho.

—Te estoy muy agradecida, Leo.

—El agradecido soy yo, porque sin vuestra ayuda hoy no estaría aquí —concluyó Leo.

Leopoldo había abierto de nuevo su despacho de abogados. Por entonces, existía todo un reguero de cargos políticos que necesitaban ser cubiertos. En las quinielas siempre se barajaba el nombre de Leopoldo. Sin embargo, él declinaba todo tipo de cargos porque lo que de verdad resultaba ser su pasión era el ejercicio de la abogacía, y no aferrarse al sillón apoltronado del ordeno y mando.

A partir de entonces, la rutina se convirtió en la mejor amiga de María. Cada día de la semana tenía asignada las tareas que debía de realizar y, así, se fueron pasando con rapidez, con la necesidad de María de ir tachando días en el calendario, aunque fueran uno a uno.

En su mente había un hueco para el consuelo y estaba convencida de que cada día que pasaba, era uno menos que faltaba para encontrarse con Juan. Todo lo hacía por él, pensando siempre en Juan, con el objetivo de volver a compartir juntos, algún día de nuevo, su vida.

Ya estaba más tranquila, más segura. Por las noches dormía bien, abrazada a su muñeca de trapo, y ya no la despertaba cualquier ruido nocturno. Su vida se estaba ordenando, aunque siempre sintiera un vacío presente en sus entrañas.

Por entonces, comenzó a tener un problema cuya solución le causaba una pena enorme. Se dio cuenta de que sus hijos habían crecido y que ya se bastaba ella para cuidarlos. Además, ya no tenía las ocupaciones de antaño y se hacía necesario estirar el presupuesto familiar del que disponía. Ahora no tenía ingresos y era imprescindible ahorrar.

El problema tenía un nombre: Jesusa. Ya no la necesitaba, pero le resultaba harto complicado exponerle el tema, hasta que se decidió y una tarde habló con ella en el despacho de Juan. Tras explicarle las razones por las que se veía obligada a ello, Jesusa comprendió la nueva situación y le agradeció a María todos los años que había estado trabajando en su casa.

3

Las paradojas de la vida son crueles y cuando el destino se tuerce es muy difícil enderezarlo. Los sentimientos se entrecruzan en el camino y tanto Juan como sus compañeros se encontraban en una encrucijada. Durante la travesía en el barco estaban felices por escapar de la represión del ejército franquista y, al mismo tiempo, tristes por huir de la tierra que tanto amaban y que con tanto ahínco habían defendido. Luego, durante las casi dos semanas en las que estuvieron enclaustrados en el barco, se manifestó el desconsuelo como consecuencia de la indefensión a la que estaban siendo sometidos. Ahora, de nuevo, estaban prisioneros en un lugar llamado bajo el eufemismo de albergue, en el que el tedio y la pena eran los compañeros diarios de fatigas.

Cuando algo va mal, soñar con una mejoría en la situación es una quimera, porque lo más probable es que todo pueda ir a peor. Eran exiliados políticos y añoraban vivir en libertad en un país nuevo para ellos, la Argelia francesa, pero se encontraban prisioneros en un vericueto político que no alcanzaban a entender.

Juan calculó que en el campamento habría entre cuatrocientos y quinientos hombres, por lo que fue fácil deducir que existirían otros lugares como aquél dispersos alrededor de Orán. No había nada que hacer y solo podían tener paciencia y esperar una pronta puesta en libertad. Tampoco tenían ningún tipo de información y, aunque Juan se comunicaba de vez en cuando con los gendarmes, ellos le aseguraron que solo estaban allí para vigilarlos y evitar que escaparan.

Pronto se dieron cuenta de que los soldados senegaleses eran más fieros y tenían otro tipo de órdenes. Ante la más mínima sospecha, apuntaban con sus fusiles y no dudaban en intentar herir con sus bayonetas. Estaba claro que eran prisioneros y que de allí iba a ser muy difícil, por no decir imposible, escapar con vida, por lo que la resignación se impuso con la cordura suficiente como para esperar con paciencia ser puestos en libertad.

En aquel dudoso bienestar, Juan agradecía la amalgama de nuevos olores que cada día percibía, muy distintos a la pestilencia que aún estaba cautiva en sus fosas nasales desde su estancia en el Stanbrook. Así, podía recordar a su tierra cuando, de vez en cuando, podía oler a paella al mediodía, a pescaíto frito por las noches, a tomillo y a romero en los amaneceres tras una noche de lluvia, que tanto le evocaban a su último verano de vacaciones en el Balneario de Fortuna y a las especias que inundaban con su perfume toda la estancia de aquel alojamiento durante todo el día.

Pero no todo iban a ser malas noticias y una luz llena de esperanza iluminó aquel recinto una mañana.

Se presentó de improviso una comitiva rimbombante llena de boato. Cuando los vieron aparecer, los españoles se arremolinaron en torno a ellos con la expectación por bandera, para conocer las noticias que seguro les iban a transmitir.

Preguntaron por los hombres que habían sido separados durante el desembarco de sus mujeres e hijos. Poco a poco alcanzaron la primera fila todos aquellos que habían sido apartados de sus familias, con la preocupación y el dolor que aún les embargaba. Una vez que todos estuvieron presentes, les comunicaron que iban a trasladarlos para reunirlos con sus familias.

De forma espontánea, todos prorrumpieron en aplausos y gritos efusivos de felicitación, mientras que una sonrisa afloraba en los rostros apelmazados de todos aquellos hombres. Era la primera vez que sonreían desde que habían iniciado su nuevo periplo.

La mañana siguiente, a la misma hora, volvió a presentarse la misma comitiva acompañada de tres mujeres enfundadas en vestidos de colores con la apariencia de ser españolas.

Llenos de curiosidad y de recelo, en un santiamén acudieron todos los hombres para verificar qué precisaban de ellos aquellas tres señoras.

Alzando la voz y con una verborrea fuera de lo habitual, entre suspiros y quejidos de preocupación, la primera mujer se presentó como Mariana García y anunció que estaba buscando a unos primos suyos de apellido García, que eran de un pueblo de Alicante. Ante tal petición, al principio, ninguno de los exiliados se movió de su sitio. La mujer, que no cejaba en su empeño, se dirigió al grupo de españoles que le iban abriendo hueco a través de todos ellos, hasta que uno le interrumpió el paso y dijo:

—¡Prima!

—¡Priiiimo! —gritó llena de alegría la española de Orán.

—Soy tu primo Quino, Quino García —se presentó él, que vestía una camisa blanca desabotonada en su tercio superior, por lo que se podía observar el prominente esternón y el inicio de ambas clavículas fruto del hambre sufrido.

—Mi primo querido, ¡qué alegría!, ¡cuántos años sin verte! —vociferó la señora, plena de entusiasmo, tras reconocer a su primo, antes de agraciarlo con dos besos en las mejillas que resonaron en toda la estancia y un fuerte abrazo que a punto estuvo de romperlo.

—¡Prima, prima, prima! —gritaba desde el fondo un sujeto de pelo rizado y amplias patillas mientras se abría paso entre sus compañeros.

—¡Primo queriiiido! —gritó la señora mientras se daba la vuelta para contemplar al nuevo pariente.

—Soy tu primo Ramón, Ramón García, ¡qué ganas tenía de verte!, ¡eres la viva imagen de la abuela Mariana! —repuso adulador y con la mejor de sus sonrisas.

—Eso me dice toda la familia, que me parezco mucho a la abuela, ¡gracias a Dios y a la Santísima Trinidad que te encuentro! —clamó la señora mientras lo observaba de arriba abajo para después besarlo y abrazarlo como si fuera la primera vez que lo viera en su vida.

Cogió por los brazos a sus dos primos, uno a cada lado, y los condujo hasta las autoridades de Orán representadas en aquella comitiva.

—Estos son mis primos, que se van a venir conmigo a vivir a mi casa porque yo me voy a encargar desde ya de su manutención y procurarles la vida más agradable en nuestra ciudad —anunció sin pestañear la señora dirigiéndose a las autoridades.

—¿Está segura de que son sus primos, señora? —preguntó en un correcto español una de aquellas autoridades—. No se parecen en nada a usted.

—¿Me está llamando usted vieja? —preguntó ofendida.

—¡No!

—Serán los años y estas carnes que me sobran por aquí —dijo la señora con una sonrisa mientras se llevaba las manos a sus michelines.

—Documentación —exigió muy serio.

Les habían entregado un documento con su identidad cuando habían desembarcado del Stanbrook. Los dos hombres lo sacaron de sus bolsillos y lo presentaron.

—Pasaporte o Documento de Identidad —requirió ahora.

Con rictus serio, los dos hombres lo entregaron.

—Joaquín García, de Almansa —leyó—. ¿No había dicho usted que se llamaba Quino? —inquirió por sorpresa.

—Bueno, sí. Me llamo Joaquín, pero en el pueblo siempre me han llamado Quino.

—Ramón García, de Cieza. ¿No había dicho su prima que eran del mismo pueblo? —preguntó con sospecha.

—Sí. Yo soy de Almansa, pero hace unos años me trasladé al pueblo de al lado, Cieza. Pero voy mucho por allí a ver a mis padres y a la abuela Mariana —contestó risueño Ramón.

—¡Ya está bien de interrogatorio! Estos son mis primos y se vienen conmigo a mi casa ahora mismito —ordenó con inquietud Mariana García.

—Yo busco a mis sobrinos. Ya he ido a otro *Centre d´hébergement* y no los he encontrado. Yo creo que deben de estar aquí —vociferó otra de las señoras, de más edad, cortando de raíz la conversación que estaban manteniendo—. Los hermanos Fernández, ¡ay, Dios mío, que estén aquí!, ¡tan niños que eran cuando yo me marché del pueblo!

—añadió con desparpajo la señora mientras se abría paso entre los republicanos españoles.

—¡Tía!

—¡Tía!

Dos voces pletóricas surgieron al unísono entre aquellos hombres desesperados que prorrumpieron en murmullos mientras ellos se iban abriendo paso para reunirse con su tía.

Con gran alegría, la señora los abrazó, los besó y los zarandeó como si fueran sus propios hijos, en medio de la algarabía y las felicitaciones de todos los presentes.

La tercera señora no lo dudó ni un segundo más y, antes de que las autoridades interrogaran a los dos hermanos, se dirigió a todos los presentes diciendo que estaba intentando buscar a los hijos de la Serafina y de la Felisa, que eran amigas suyas de la infancia en el pueblo, y que creía que podrían encontrarse en ese alojamiento.

Dos jóvenes de veinte y pocos años no lo dudaron y se presentaron ante ella como los hijos de las susodichas.

En esta ocasión, los besos no se prodigaron con tanto entusiasmo, pero sí los abrazos y las palabras llenas de alegría y satisfacción por el reencuentro a tantos kilómetros de distancia del pueblo.

Las tres mujeres se plantaron ante las autoridades hablando al mismo tiempo, de manera atropellada, moviendo las manos como si estuvieran dirigiendo una orquesta, exigiendo la liberación de sus parientes y conocidos, de los que se harían cargo a partir de entonces.

Cuando se callaron, y tras unos segundos de silencio, el representante de aquellas autoridades dijo con cara de circunstancias:

—Está bien. Pueden llevárselos. Vámonos.

Y no desaparecieron como habían llegado, puesto que con ellos se iban seis hombres que, por fin, quedarían libres de las penurias y la prisión que los republicanos estaban sufriendo. Porque como no conocían qué iba a ser de ellos, la sensación reinante era la de estar preso en un país extraño sin haber cometido ningún delito, salvo el de haber escapado de un país en el que con toda seguridad iban a ser represaliados, y pagar con la muerte el hecho de haber defendido a la República española. Aunque, realmente, eso no era ningún delito, sino una pena.

No fue menester contar un chiste para que todos prorrumpieran en la más sonora carcajada una vez que estuvieron solos. Reían con la satisfacción de no haberlo hecho desde hacía mucho tiempo, como si quisieran prolongar aquel periodo de tiempo de alegría.

—¡Qué jeta!

—¡Qué morro le han echado los seis!

—¡Qué picaresca que han tenido!

—Y… ¡cómo se lo han tragado!

—¡Lo que han tenido es un par de huevos!

En pocos segundos, Juan escuchó todas esas frases que provenían de distintos hombres que estaban cerca de él.

—¡Qué cara que han tenido los primos del pueblo de Alicante! El uno de Almansa y el otro de Cieza, que están en Albacete y Murcia —se burló uno que llevaba el pantalón por encima del ombligo, sujeto con una correa que le colgaba por delante como si en tiempos pretéritos sí que fuera de la talla que precisaba ese sujeto.

—¡Cuánto más primo más te la arrimo! Habrán pensado ellos —dijo uno de los hombres, emitiendo una carcajada burlona—. Se la han colado al jefe o quien sea de esas personalidades que han venido.

—Pero se la han jugado y les ha salido bien la apuesta.

—Y de los sobrinos, ¿qué me dices? —preguntó otro.

—Yo vi a uno de ellos que cogía a su hermano por el brazo y le decía: «*vamos*». Entonces, los dos empezaron a corear tía, tía… ¡Casi me parto de risa!

—Está claro que ha sido una apuesta arriesgada y, de momento, parece que han tenido éxito —expuso Juan—. No obstante, no es bueno jugar con la suerte porque la moneda puede salir cara o cruz. Además, tampoco sabemos con certeza qué piensan hacer las autoridades con nosotros, por lo que aguantar aquí unos días más, aunque sea en estas condiciones, no creo que sea peor que estar vagando por las calles de Orán sin saber qué hacer ni a dónde ir.

—Puede ser que tengas razón, Juan, pero hoy la jugada les ha salido perfecta. Esta noche esos hombres van a dormir en un colchón como Dios manda, y antes van a comer y cenar en una mesa con mantel y con cubiertos limpios. No los envidio, pero sí que me alegro por ellos —contestó el que llevaba el pantalón subido casi hasta el galillo.

El día transcurrió más rápido que los anteriores, como si la sensación que tenían de haber vivido una experiencia muy particular, sumado al hecho de haber engañado a las autoridades de Orán mediante la picaresca típica española, hubiera supuesto una aceleración de las manillas del reloj.

Querían salir de allí, querían abandonar aquel lugar y las conversaciones fluían sin la espesura de los días anteriores, conformándose en muchos de ellos la idea de que si volvieran a aparecer por allí otras mujeres dispuestas a salvarlos y a jugarse su pellejo, no las defraudarían y serían capaces de ser hijos de quien no eran, de haber vivido en el pueblo exigido y de ser peluqueros, fontaneros o albañiles si la ocasión lo precisaba.

No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Dos días después volvieron a aparecer por allí las autoridades. Cuando los vieron entrar se formó un revuelo magnificado por las ansias y las ganas que todos tenían de poder salir de aquel lugar o de escapar, aunque tuvieran que mentir acerca de la madre que los había parido. La mayoría de aquellos hombres estaban dispuestos a todo y ya no necesitaban ninguna espita que los pusiera a prueba.

Tras el tumulto y el murmullo generalizado, poco a poco fue provocándose un silencio expectante con el objetivo de conocer las nuevas noticias que estaban seguros de que se iban a producir, más aún cuando percibieron que ese día no había hecho acto de presencia ninguna señora con la que poder engañar a aquellos incautos.

Igual que en las ocasiones anteriores, tomó la palabra la persona de la comitiva que hablaba un español casi perfecto. Comenzó diciendo que tenía buenas noticias que transmitirles, tras lo cual se produjo un pequeño revuelo que provocó la curiosidad en todos ellos.

Anunció que habían decidido ofrecer la puesta en libertad inmediata de todos aquellos hombres que estuvieran dispuestos a comprar un billete de barco con destino a América. Por supuesto, deberían de tener en ese momento el potencial económico necesario para satisfacer el precio del billete. Para tomar la decisión les daban un plazo de cuarenta y ocho horas, aunque si ya estaban dispuestos podían decidirse en ese momento. No obstante, volverían a presentarse ante ellos dos días después.

Ante tal proposición, no se hicieron esperar las preguntas de los interesados. Pero con más ímpetu e insistencia se formularon las cuestiones acerca de cuál iba a ser el futuro de todos ellos en aquel lugar, cuándo los iban a dejar libres para poder realizar una vida normal en Orán y por qué estaban cautivos. Para todas estas interpelaciones solo encontraron el silencio por respuesta, porque sobre todas esas disquisiciones que ellos formulaban aún no se habían recibido instrucciones desde Francia.

Era la segunda vez que a Juan le proponían irse a vivir al otro lado del Atlántico. Tuvo la precaución de llevar dinero consigo que, en esta ocasión, le facultaba para tener la posibilidad de comprar un billete de barco y volver a salir huyendo de nuevo de un lugar, de aquel presidio.

Había personas interesadas en escapar de allí a toda costa, hombres con el dinero suficiente para empezar una nueva vida al otro lado del océano. No eran muchos, porque la mayoría, por no decir que casi ninguno, disponía del dinero suficiente como para comprar un billete y escapar de aquel albergue, y de un país que dependía administrativamente de Francia, que los había recibido con los brazos cruzados.

Los interesados manifestaron su intención ante sus compañeros y

solo hacían esperar que las horas pasaran.

Juan lo tenía claro, muy claro.

No había escapado de España con su familia cuando tuvo la oportunidad y tampoco lo iba a hacer en esta ocasión él solo para salvar su pellejo.

Esperaría con paciencia en aquel lugar y ya tendría tiempo de conocer qué le depararía el futuro.

El tiempo comenzó a pasar sin tener ningún tipo de noticias. Habían pasado varias semanas y las autoridades no volvieron a aparecer. La rutina se convirtió en tedio porque allí no tenían nada que hacer.

Vivían en una especie de tiendas de campaña gigantes más propias para albergar a niños de campamento que a hombres exiliados. Por el día y por las tardes podían salir a pasear, pero evitaban acercarse a las alambradas, que siempre estaban custodiadas por los soldados senegaleses. Comer, comían, aunque el rancho era escaso y la calidad brillaba por su ausencia.

Aprovechaban el tiempo para conocerse entre ellos, con conversaciones en las que desnudaban su alma sin ningún tipo de prejuicios, que les servían para llenar el vacío que tanto sentían por dentro.

La política seguía estando omnipresente y las manifestaciones en favor de crear una resistencia en el norte de África, con el fin de iniciar un contraataque contra el Bando Nacional, eran el pan nuestro de cada día, pero unos estaban en contra, mientras que los más osados defendían su posición día sí y día también.

Todos aquellos hombres tenían muchos problemas que resolver y varios de ellos eran comunes para casi todos, pero había uno que todos compartían: la nostalgia. Estaban lejos de su tierra y de sus familias, con lo que el sentimiento de tristeza se acrecentaba con el paso de los días y las semanas. Por ello, comenzaron a escribir cartas a sus esposas, padres y familiares, todos aquellos que tenían la certeza de no poner en peligro la vida de sus seres más queridos.

Juan miraba con resignación cómo se iban materializando aquellas cartas e, incluso, se ofreció a escribir al dictado a aquellos que eran analfabetos. Él deseaba con toda su alma escribir a María, pero temía descubrir su destino y que ella pudiera ser represaliada por culpa de una carta de él. Ansiaba recibir una cuartilla escrita por su mujer, en la que poder leer qué había sido de ella durante esos días tras la huida y cómo se encontraban sus hijos, a los que tanto echaba de menos, pero aún no había pasado suficiente tiempo y suponía que en España la maquinaria del odio y la represión ya se habría puesto en marcha.

Uno de aquellos días apareció por allí el funcionario francés que sabía hablar español. Depositó unos folios en una mesa que había cerca de la entrada y se sentó en una silla.

—Van a formar todos ustedes una fila. Van a venir hasta aquí y les voy a tomar nota del partido político al que pertenecen.

—¿Y para qué quieren saber qué condición política tiene cada uno de nosotros?

—¿A quién le interesa conocer en qué partido político militamos?

—¿Por qué quieren conocer ese dato?

—¿Nos van a represaliar por nuestros ideales?

Todas esas preguntas resonaron desde diferentes puntos de aquella estancia. A pesar de ser todos de izquierdas, durante muchos años ya habían tenido sus más y sus menos en España por sus diferencias políticas para que ahora, en Argelia, los fueran a clasificar de nuevo.

—Son las órdenes que tenemos y yo tengo que cumplirlas. Además, os advierto que no debéis de mentir sobre vuestras inclinaciones políticas porque nuestros gendarmes, que os están vigilando desde que estáis en este lugar, saben a qué partido político pertenecéis muchos de vosotros y ya os tenemos clasificados.

Ante aquella advertencia, se alzaron las voces de protesta que fueron acalladas de un plumazo tras la orden del funcionario. Avanzaron sobre ellos los soldados senegaleses y acto seguido comenzaron a apuntarles con sus fusiles con una mirada llena de odio en sus ojos.

Formaron una larga cola que serpenteaba por las dependencias de aquel lugar, retorciéndose entre sí en cada esquina, como retorcido y peligroso podría ser la clasificación política a la que iban a ser sometidos.

Si algo no habían perdido aquellos hombres era la dignidad y el orgullo, por lo que la sospecha que pudiera tener el funcionario acerca de mentir sobre su ideal político se borró de golpe cuando estaban frente a él. Ellos comunicaban cuál era su nombre, el funcionario lo buscaba en el listado, ellos decían si eran militantes o simpatizantes del partido político y el francés apuntaba con esmero.

Ninguno mintió.

Para ellos, defender el ideal político del Partido Comunista, del Partido Socialista Obrero Español, del anarquismo o de los demás partidos de izquierdas estaba por encima de todo y no se iban a amilanar ahora en tierra extraña ni ante los franceses, que durante toda la guerra no habían movido ni un solo dedo para ayudar a los republicanos españoles.

Pasados unos días, el funcionario que hablaba español volvió a

presentarse ante los españoles, pero esta vez venía acompañado de un destacamento de soldados senegaleses así como de innumerables gendarmes. Ante tal movimiento de fuerzas, los españoles pensaron que aquella puesta en escena no traería nada bueno.

Pronto lo pudieron corroborar. El funcionario anunció que todos aquellos que él fuera nombrando deberían de acompañarlo porque iban a ser trasladados en camiones a otro lugar.

Más de la mitad de los compañeros de Juan abandonaron aquel lugar hacia un destino desconocido.

Por mucho que él lo intentó, hablando con diferentes gendarmes, no obtuvo ningún tipo de información acerca de por qué habían trasladado a todos aquellos hombres y, mucho menos, el lugar en el que habían sido reubicados.

En los siguientes días, las conversaciones hacían referencia a sus compañeros y muchos de ellos mascullaban entre dientes la sospecha de que había comenzado la purga como consecuencia del ideal político de cada uno. Aunque no atinaban a comprender cuál era la causa de la catalogación de cada persona, pues allí aún quedaban muchos representantes de cada partido político.

La elevación progresiva de las temperaturas anunciaba que el verano estaba a punto de llegar. Los días se consumían sin realizar nada de provecho. Les gustaba estirar las piernas, como ellos decían, dando pequeños paseos por aquel recinto, siempre evitando las horas centrales del mediodía en las que el sol comenzaba a tostar ya su piel. Aunque muchos de ellos no tenían reloj, les era fácil orientarse a lo largo del día mediante las cinco llamadas a la oración de los fieles desde el minarete de las mezquitas.

Cuando llegó el verano fue como un atraco a mano armada. Aunque tenían el mar muy cerca de ellos, el calor era insoportable a lo largo del día, por lo que se refugiaban en las tiendas para consumir las horas con la lectura una y otra vez de las cartas recibidas, con partidas de baraja y conversaciones de todo tipo que les servían para matar el tiempo.

Si el destino los había unido, ahora lo estaban mucho más.

Juan acrecentó el interés en integrarse con sus compañeros de fatigas, aparcando sus propios problemas, igual que hacían los demás. Comenzó a escribir un diario en la libreta nueva que había incluido en su maleta, en el que comenzó a apuntar las fechas clave en las que sucedía algo realmente importante en su exilio, así como los sucesos relevantes y sus experiencias personales.

De esa manera, fue reflejando en su diario las fechas en las que durante el mes de julio volvía el funcionario francés rodeado de soldados senegaleses, gendarmes y camiones, que iba llenando con los republicanos españoles.

El campamento se iba vaciando con el paso del verano y nadie sabía cuál era el destino de sus compañeros. Cualquier hora del día era buena para aquel maldito funcionario que parecía no descansar nunca. Unas veces se presentaba por la mañana, otras por la tarde e incluso por la noche era una buena hora para él.

El 31 de julio, a las 12 de la noche, los despertó aquella persona siniestra que ya estaban empezando a odiar. Desde detrás de la mesa, donde siempre se colocaba, comenzó a dictar con voz de clarinete las personas que lo deberían de acompañar aquella noche.

Cuando Juan escuchó su nombre, la zozobra se apoderó de él.

De nuevo partía con rumbo desconocido, como había sucedido cuando embarcó en el Stanbrook.

4

Fue un verano de contrastes que pasó con distinta cadencia en Murcia.

Mientras que para los vencedores estaba pasando a toda prisa, para los vencidos fue un tormento lleno de angustia que parecía que nunca iba a acabar.

Aquel verano las ranas se habían multiplicado en el río Segura y parecía que había una plaga de los dichosos anfibios. Como si ya no quisieran estar escondidas, se posaban todo el día en la ribera del río para tomar el sol, con el sempiterno croar que amenizaba las mañanas, las tardes y las noches de Murcia.

De la misma manera, se habían multiplicado los defensores de la causa nacional que ahora gritaban a los cuatro vientos las consignas y las soflamas de los vencedores. Chaqueteros de mañana, tarde y noche que cambiaban de ideas políticas al son del estribillo que sonaba cada día por las calles de Murcia y no solo en la ribera del río.

El nuevo curso escolar hacía pocos días que había comenzado. María y Carmen, que llevaban a sus hijos cada mañana al colegio, pudieron comprobar los cambios tan radicales que ya se estaban produciendo. Mientras los niños entraban al colegio sonaba el himno de España, para después formar en diferentes filas en el patio del colegio y ser obligados a cantar el *Cara al Sol*, el himno de la Falange.

Una de esas tardes, cuando María pudo comprar los nuevos libros de texto de sus hijos, se sentó en el despacho de Juan y se dispuso a hojear y a examinar con detalle cada uno de ellos. Así, pudo comprobar, tras leer algunos temas que le llamaron la atención, que el nuevo adoctrinamiento acababa de empezar.

A última hora de la mañana, el teléfono sonó en casa de María. Ese aparato que en otras épocas sonaba a todas horas para transmitir buenas y malas noticias, últimamente estaba mudo y solo se manifestaba en determinadas ocasiones cuando la madre de María la llamaba.

Fue Manuela la encargada de descolgar el aparato y anunciar a María que don Leopoldo quería hablar con ella.

—Hola, Leo, buenos días, o casi mejor dicho buenas tardes, que a estas horas nunca sabe una qué decir. ¿Tienes noticias para mí?

—Sí.

—Me alegro. ¡Venga! Te escucho.

—¡Por fin!, tengo información sobre Salvador Mateos.

Era finales de septiembre y Carmen hacía casi un año que no tenía

noticias de su marido.

—¿Está vivo? —preguntó María con inquietud.

—Sí —respondió escueto.

—¡Cuánto se va a alegrar Carmen! Ya tengo ganas de colgar y llamarla para decírselo. ¿Dónde está?

—Por eso te he llamado. Ya sé dónde está y os lo quiero comunicar a las dos esta tarde.

—Pero por lo menos, dime dónde se encuentra porque ella me lo va a preguntar.

—Está en Burgos. Si os viene bien, podemos quedar esta tarde en mi despacho del bufete.

—¡Por supuesto que nos viene bien! ¿A qué hora?

—A las cinco.

—Allí estaremos.

Nada más colgar, María llamó por teléfono a Carmen. Le contó todo lo que sabía y se estremeció cuando escuchó los gritos de alegría de ella. Quedaron en verse en casa de Carmen desde donde se dirigirían a la plaza San Bartolomé, donde Leo también tenía su bufete de abogados.

A las cinco en punto estaban allí, la hora torera que marcaba la inquietud de Carmen y el fin de tantos meses sin saber nada de su marido.

Cuando Leo las vio llegar, les indicó que entraran a su despacho y las invitó a sentarse en dos sillas que había frente a su mesa.

—Muchas gracias por todas tus gestiones, Leo. Te estoy muy agradecida. Ahora, si eres tan amable, me gustaría que me contaras todo lo que sabes de Salvador —expuso Carmen, con una punzada de dolor en su pecho que le dificultaba hasta la respiración.

—Salvador está en Burgos, como ya le comenté a María.

—¿Dónde? —interrumpió Carmen con ansiedad.

—Está en la cárcel, en un penal militar a las afueras de la ciudad.

—¿Cómo está? ¿Lleva mucho tiempo allí? —volvió a preguntar ella, presa de impaciencia.

—Está bien. La cárcel está en un cuartel militar y allí solo están presos mandos militares del bando republicano. Fue a principios del verano cuando lo trasladaron a ese penal.

—Y, ¿por qué está preso?, ¿de qué lo acusan? —volvía a insistir Carmen con intranquilidad.

María escuchaba con atención el diálogo. Estaba con gesto serio y, de momento, no necesitaba intervenir.

—Lo acusan de pertenecer al bando republicano y de participación en la guerra —comunicó Leo.

—Pero eso no puede ser una acusación. Salvador se alistó para salvar vidas. Él no ha participado en la guerra, ¡no ha pegado ni un

solo tiro! —razonó ella en defensa de su marido.

—Esa es una razón de peso, Carmen. En la guerra ha habido dos bandos y tu marido estaba alistado en el bando perdedor. Ahora tiene que asumir las consecuencias de su decisión, que él ya imaginaba que podrían suceder —intentó explicar Leopoldo, con un tono de voz neutro que estaba sirviendo para transmitir una noticia dolorosa.

—¿Sabes qué va a ser de él?, ¿cuánto tiempo puede estar en la cárcel?

—Sí. Sé qué va a ser de él, pero no sé cuánto tiempo permanecerá en la cárcel.

—Está bien. ¡Estoy preparada! Dime, ¿qué le va a suceder?

—Lo más inminente es que va a ser juzgado. Va a ser sometido a un Consejo de Guerra —contestó Leo, hierático, al otro lado de la mesa.

Cuando Carmen y María escucharon las palabras Consejo de Guerra fue como si recibieran una ráfaga de metralleta por la espalda y a traición, sorprendidas en el contraataque que estaban llevando a cabo para rescatar a Salvador.

Había muchos rumores, demasiados. Y las habladurías no comunicaban nada bueno. Más bien todo lo contrario. Porque se escuchaba por la calle que no se trataba de Consejos de Guerra, sino de juicios sumarísimos en los que los encausados eran condenados a muerte con cualquier tipo de pretexto: con la excusa de ser rojo, por haber transitado al otro lado de la frontera del color azul, aunque no hubieras pegado un tiro durante la guerra, pero sí que te hubieras manifestado a favor del Frente Popular.

—¡Eso no puede ser! A Salvador no lo pueden someter a un Consejo de Guerra por salvar vidas, por operar a los milicianos heridos en el frente de batalla. Salvador es médico y su obligación es salvar la vida de los demás. ¡Eso no puede ser un delito! Por eso no lo pueden juzgar —planteó María, abalanzándose sobre la mesa como una leona herida que intenta salvar a su prole.

—¡Un Consejo de Guerra no! —gritó temblorosa Carmen—. A todos los que lo someten a un Consejo de Guerra los condenan a muerte. Salvador necesita un juicio justo. Salvador es cirujano y aún le quedan muchas vidas por salvar, aunque ahora todos digan pertenecer al Bando Nacional. Eso a él le va a dar igual. Salvador siempre va a dar su vida por los demás —siguió con su rogativa Carmen.

—Lo siento, pero hemos sufrido una guerra civil y los prisioneros de guerra están siendo sometidos a un Consejo de Guerra —anunció Leo, parco en palabras.

—¿Por qué no me lo han comunicado a mí? —inquirió Carmen.

—No lo sé, Carmen. Estos asuntos los manejan los militares y la jurisdicción castrense es muy particular, más en los tiempos que corren. ¡Imagino que te harás a la idea!

—No. No me hago a la idea. ¿Cuándo me van a avisar? ¡Cuando lo hayan matado! O ni tan siquiera eso —atinó a decir, escupiendo todo el enfado que ya sentía por dentro.

—¿Cuándo lo van a juzgar? —preguntó María.

—No hay aún una fecha exacta, pero me han comunicado que a mediados de octubre. En Burgos se están celebrando muchos Consejos de Guerra y en cada uno de ellos son varios los encausados a los que juzgan. Por el ritmo al que van, esa es la fecha de celebración más probable.

—No dispongo en estos momentos de mucho dinero, pero me gustaría que te encargaras de la defensa de mi marido.

—Lo siento mucho, Carmen, pero no puedo aceptar tu encargo.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Voy a ser sincero contigo —contestó Leo, antes de quedarse en silencio unos instantes para buscar las palabras más adecuadas—. Tengo dos razones por las que no puedo encargarme de este caso. En primer lugar porque yo soy un abogado especializado en temas mercantiles, nunca he llevado un caso penal y no estoy capacitado para ello. Y, en segundo lugar, sin que malinterpretes mis palabras, porque no estaría bien visto que yo me involucrara en la defensa de Salvador.

Las palabras de Leo estallaron como un mazazo en el estado de ánimo de Carmen. Fueron sinceras, cristalinas, aunque amargas como la hiel.

—Te agradezco que seas sincero conmigo —musitó Carmen.

—Voy a ayudarte en todo lo que esté a mi alcance —aseguró él.

—¿Quién lo va a defender?

—En la mayoría de los Consejos de Guerra, de la defensa de los acusados se encargan los abogados de oficio.

—Ya… —murmuró Carmen, lacónica.

—Entonces… —dijo María.

—Dime… —la interrumpió él.

—A partir de este momento lo que nos interesa saber es la fecha del juicio, por llamarlo así —matizó María.

—Correcto.

—Creo que Carmen está interesada en saber cuál va a ser ese día, ¿crees que podrás averiguar cuándo se va a celebrar?

—Por supuesto. Y, además, en el momento que lo conozca os pondré al corriente.

—Sé que estás poniendo todo de tu parte y que, en la medida de tus posibilidades, me estás ayudando. Por ello, te estoy muy agradecida, Leo —afirmó Carmen, que ya tenía el corazón arrugado y le estaba raspando el alma con su continuo latir.

—No tienes por qué darlas. Ya sabéis que voy a estar aquí cada vez

que me necesitéis —sentenció Leo.

Salieron del despacho agarradas del brazo. María sujetaba con firmeza a Carmen contra su cuerpo porque sentía que a su amiga le podrían faltar las fuerzas en cualquier momento. Bajaron las escaleras con lentitud y cuando salieron a la calle las abofeteó una ráfaga de viento templado. Comenzaron a caminar en silencio a través de la calle Sociedad mientras el vuelo de la conversación con Leo revoloteaba en el pensamiento de Carmen. Caminaron de forma automatizada hasta que llegaron al Malecón y se sentaron en uno de sus bancos, lejos de las miradas indiscretas.

Entonces, Carmen se derrumbó y comenzó a llorar.

—Me lo van a matar, María, ¡que me lo van a matar! —repetía entre sollozos Carmen.

María sacó un pañuelo de su bolso y se lo ofreció a su amiga.

—Ya verás como no —la consoló María.

—¡Que sí!, ¡que todo va a ser una farsa!

—Él es cirujano y España necesita cirujanos. Lo condenarán a la cárcel y en poco tiempo lo tendrás aquí y podrás abrazarlo —intentó María sembrar de cordura la conversación para que su amiga no perdiera la esperanza de volver a ver vivo a su marido.

—¡Que no! Que eso a ellos les va a dar igual. Ahora solo quieren limpiar este país de todas las mentes que estuvieron en contra de ellos —respondió Carmen, que no se dejaba embaucar con las palabras almibaradas de María.

—Por lo menos ten fe y no pierdas la esperanza. Yo tampoco sé qué será de Juan y cómo lo estará pasando en Argelia. Si se encontrará bien o mal, si habrá sido bien recibido o enfermará, pero quiero ser positiva y pensar que todo le va bien, que va a rehacer su vida allí en torno a la masonería y a la política, y que pronto nos podremos reunir mis hijos y yo con él. Esos pensamientos son los que me mantienen viva y por los que voy a luchar. Además, tengo que ser así porque tengo que sacar a mis hijos adelante yo sola en estos momentos. Todo esto que te estoy contando, me lo hiciste ver tú cuando Juan se tuvo que marchar y yo estaba hundida en un pozo sin fondo —argumentaba María, que no cejaba en su empeño por animar a su amiga, hablando con un timbre de voz armónico y persuasivo.

—Sí. Es lo único que me queda… Tener fe —contestó ella y volvió a sumirse en un llanto desgarrador.

De manera que pasaban los días, las dos mujeres siempre estaban con los cinco sentidos puestos en el teléfono. Sabían que en cualquier momento se produciría la llamada de Leo y por eso, en sus casas, cada dos por tres, se acercaban al aparato y lo tocaban, como si aquel acto

fuera a provocar que sonara anunciando una nueva llamada telefónica.

Cuando una mañana sonó el teléfono en casa de María, acudió rápida a descolgarlo porque estaba segura de que escucharía noticias sobre Salvador Mateos.

Lo descolgó y escuchó la voz trémula y asustada de Carmen. Aunque lo intentó, no logró entender casi nada de lo que ella le decía de manera tan atropellada. María respiró hondo e intentó serenar a su amiga para poder comprenderla. Entonces, del otro lado del hilo telefónico solo oyó decir entre sollozos «*el nueve, el nueve, el nueve*». Y cuando preguntó qué significaba el nueve, Carmen contestó «*el lunes nueve de octubre es el Consejo de Guerra contra Salvador*».

Faltaba menos de una semana para el juicio sumarísimo con todo un fin de semana por delante. Carmen tenía los nervios a flor de piel y se alimentaba casi exclusivamente a base de tila, que bebía a cada momento. María no la dejaba sola y pasaba casi todo el día en casa de Carmen. La obligaba a comer, a cuidar de sus hijos, a salir de casa y también lloraba con ella a solas cuando nadie las veía. El sufrimiento de las dos mujeres aquel largo fin de semana solo podía ser reparado con la puesta en libertad de Salvador.

Ninguna de las dos mujeres era muy creyente y, si alguna de ellas se perdía, no era conveniente ir a buscarlas a misa porque allí no las ibas a encontrar nunca. Antes de la guerra, tenían la impresión de haber pisado más veces una iglesia cuando hacían turismo en sus vacaciones veraniegas que por pura devoción.

Por eso, a María le sorprendió la petición que le realizó Carmen el domingo por la mañana. Le pidió que esa tarde la acompañara a la misa que se celebraba en la Catedral. Una vez terminada la guerra, se reanudó el culto en todas las iglesias que estaban bajo control republicano y, por tal motivo, la Catedral de Murcia abrió de nuevo sus puertas para que sus fieles pudieran asistir a celebrar la Santa Misa.

Vestidas de domingo y ambas amigas con un velo bordado de color negro, atravesaron la calle Trapería para entrar en la Catedral por la puerta de la plaza de la Cruz.

Faltaba casi media hora para comenzar la misa cuando las acogió el silencio y la sensación de paz del santo lugar. Tomaron asiento en uno de los bancos y, a continuación, Carmen se arrodilló y comenzó a rezar. María la imitó y se sumergió en una plegaria en la que pedía y agradecía la puesta en libertad de Salvador, así como la pronta vuelta de Juan a casa, con los suyos.

El lunes por la mañana, después de dejar a sus hijos en el colegio, las dos amigas se dirigieron a casa de Carmen. Allí pasaron toda la mañana juntas, en silencio, rezando, pidiendo por Salvador y por

todos los reos que estaban cautivos, hechos presos por el Bando Nacional. Esperaban la llamada de Leo, pero el teléfono no se dignó a sonar.

María volvió a desplazarse a casa de Carmen esa tarde y cuando el sol ya se estaba ocultando por el horizonte decidieron llamar a Leo. Por el momento, él no tenía aún ningún tipo de noticia, pero les comunicó que lo más probable es que fuera al día siguiente o el miércoles cuando conociera la sentencia. También le dijo que en el momento en que tuviera noticias la llamaría por teléfono.

La llamada se produjo el miércoles a media mañana y Leopoldo citó a las dos amigas en su despacho. Volaron a través de la calle Platería y en menos de cinco minutos ya se encontraban en el bufete de Leo.

Carmen y María estaban ansiosas y Leo tuvo que pedirles por favor que tomaran asiento.

—Lo siento, pero tengo muy malas noticias —anunció él.

—Lo van a matar, ¿verdad? —preguntó temblorosa Carmen.

—Sí… —respondió Leo con gesto serio y triste.

Carmen cerró los ojos y apretó los dientes. Dos lágrimas como gotas de acero comenzaron a resbalar por sus mejillas mientras apretaba sus puños, clavándose las uñas en sus manos. Comenzó a temblar y a llorar mordiéndose los labios como si ella estuviera dispuesta a morir antes que Salvador.

El silencio era espeso, turbador, embriagado de tristeza y rabia, solo roto por el quejido lastimero de Carmen, que parecía que había sido herida de muerte a través de una palabra.

—En la sentencia lo han condenado a muerte —añadió Leo, tras el mutismo aparecido de repente en la estancia.

—Pero ¡habrá alguna posibilidad legal!, ¡algo se podrá hacer! —parecía que suplicaba María.

—Sí. Ahora mismo, solo existe una probabilidad —afirmó Leo, abriendo una puerta a la esperanza a las dos amigas.

—Estamos dispuestas a todo. Dinos, Leo, ¿qué se puede hacer a partir de ahora para evitar que asesinen a Salvador? —clamó María con rabia, mirando sin pestañear a Leo.

—En estos casos solo se puede jugar una última carta. Es muy difícil que conmuten la pena de muerte por la de cadena perpetua, pero habría que intentarlo —planteó Leo, mientras emborronaba una cuartilla en blanco con su pluma.

En aquellos momentos, Carmen ya no estaba allí. Su cuerpo estaba preso en la silla, moviéndose solo de vez en cuando con espasmos dolorosos provocados por los sollozos incesantes. En cambio, su mente se había evaporado para adentrarse en un mundo ilusorio en el que alargaba su mano para intentar asir los dedos de Salvador, que se estaba despeñando por una trinchera sin fondo, mientras escuchaba

una conversación lejana a la que no le prestaba ninguna atención.

—Dinos lo que hay que hacer y que no te quepa la menor duda de que lo haremos —aseguró María con decisión, mientras seguía sentada muy recta en la silla y con sus manos entrelazadas sobre su regazo.

—Tendríais que ir al Cuartel General del Generalísimo —aseguró él, apoyándose sobre la mesa.

—Y, si es necesario, vamos hasta el cielo a pedirle audiencia a Dios —aseguró decidida María.

—Existe un organismo llamado Secretaría Militar y Particular de Franco que está en la Capitanía General de Burgos. En ese departamento se regularizan todas las peticiones que los ciudadanos realizan directamente a Franco. Solo el Generalísimo puede conmutar la pena de muerte de Salvador y allí tendríais que ir para formular el rogatorio y suplicar que no se ejecute la sentencia.

—Dalo por hecho —masculló María, que no se amilanaba ante ningún obstáculo.

—Hay que redactar un documento…

—Ponte manos a la obra —ordenó María, interrumpiendo a Leo.

—Calma, María. Hay que ir despacio. Es conveniente justificar en ese documento todas las acciones de mérito que haya realizado Salvador, para evidenciar que la muerte de él no deba de ser oportuna para el nuevo régimen —comenzó a argumentar Leo.

—En ese caso va a ser provechoso para él que redactes todo su trabajo caritativo en la Beneficencia, asistiendo y operando durante tres días a la semana de forma gratuita y altruista a los pobres de Murcia durante muchos años —enunció María, cuya mente trabajaba a mil por hora, puesto que no había tiempo que perder.

—Ese es un punto muy importante —dijo Leo, que desconocía esa labor de Salvador—. Si se te ocurre algún otro aspecto más, aparte de lo buen cirujano que es y el respeto y la fama que se ha ganado entre los médicos de Murcia, me lo dices para que lo incluya en el suplicatorio —añadió mientras iba tomando notas.

—Descuida. Así lo haré —contestó ella.

Carmen seguía ausente, sumida en su delirio, perdida en un mundo onírico abandonado en una borrachera de aguarrás, que corroía los cuerpos encogidos sobre el suelo de los republicanos fusilados al amanecer, dispuestos para ser enterrados en una fosa común perdida en algún recóndito lugar.

—Hay otro aspecto más complicado que sería muy interesante incluir en el documento.

—No te preocupes. Dime de qué se trata y lo haremos.

—En esto no me puedes ayudar. Tengo que conseguirlo yo.

—Pues, inténtalo. ¿Qué es?

—Sería muy importante conseguir el aval de diferentes

personalidades de las que ocupan cargos de relevancia actualmente en Murcia y que firmen el suplicatorio en favor de Salvador. Es arriesgado para mí proponer este formalismo, pero ten seguro que lo voy a intentar y pondré todo mi empeño en conseguir varias firmas.

—Estoy segura de que lo conseguirás. ¿Cuándo tendrás listo el documento?

—Voy a intentar conseguir las firmas entre mañana y el viernes. Así, ese día por la tarde lo tendré preparado.

—¿Cuándo tendríamos que entregarlo en Burgos?

—Como máximo el lunes a primera hora de la mañana.

—Entonces, el sábado por la noche nos iremos a Madrid en el tren correo y desde allí cogeremos un tren hacia Burgos para llegar en la tarde del domingo.

—Es lo más adecuado.

—¿Por qué has dicho que entreguemos el suplicatorio como máximo el lunes? —preguntó María con inquietud.

—Porque yo calculo que a partir de una semana después de la sentencia, esta se puede ejecutar en cualquier momento. Así, dará tiempo a que pueda ser estudiada la solicitud que vais a realizar y que se pueda conmutar la pena —explicó Leo.

—En ese caso, podemos quedar ya en vernos el viernes por la tarde aquí y recoger ese escrito.

—De acuerdo. Nos vemos aquí el viernes a las cinco de la tarde.

5

Los hicieron subir en unos destartalados camiones militares que parecía que se iban a caer a trozos. Esos vehículos fueron llenados hasta que no cabía un alma más.

Viajaban hacinados como animales enjaulados. Cuando emprendieron la marcha, todos los hombres iban de pie. Después de algunos kilómetros, debido al traqueteo por aquellas carreteras que estaban llenas de baches, los hombres comenzaron a tomar asiento, doblando las rodillas hasta casi chocar con su barbilla. De esa manera, podían mantener el equilibrio apretujándose unos contra otros.

Juan viajaba en silencio, inquieto, mirando en algunas ocasiones hacia el cielo, viendo cómo refulgían las estrellas, mientras que en otras lo hacía a derecha o a izquierda, por las paredes laterales del camión, a través de las cuales se podía observar un paisaje ya casi desértico. Cuando miraba hacia atrás, veía la parte delantera del camión que iba detrás de ellos, a través del reguero de tierra que desprendía el suyo y, en algunas curvas, podía observar el convoy completo, que iba protegido en retaguardia por varias motos militares.

Pasada una hora de viaje comenzaron a hablar, un murmullo que se fue expandiendo entre aquellos hombres que no sabían a dónde los transportaban. Las conversaciones no auguraban nada bueno, curtidos como estaban en el trato que habían recibido hasta entonces por las autoridades francesas de Argelia.

Los más pesimistas vaticinaban que si malo había sido el alojamiento en Orán, peor podía ser su siguiente destino.

Tres horas después de comenzar el viaje hicieron un alto en el camino, en medio de la nada, en un lugar con paisaje desértico en el que el viento soplaba frío, a pesar de encontrase en pleno verano. Los soldados que los vigilaban, los dejaron bajar de los camiones, estirar las piernas en medio de aquel pedregal y hacer sus necesidades sobre la arena. Luego les dieron agua para beber antes de reanudar el viaje.

Aquellos cacharros en los que viajaban parecían resistir el envite del largo traslado. Los motores rugían encolerizados con cada cuesta y parecían agradecer luego el descenso con un maullido mimoso. Viajaban a gran velocidad o eso les parecía a los republicanos españoles que se retorcían en muchas de las curvas, como si a los soldados que conducían aquellos camiones les importara un pimiento la carga que transportaban y que pudiesen tener un accidente que provocara la muerte de muchos de los exiliados españoles.

El alba los sorprendió entre ronquidos y ojos tan abiertos como el sol que ya comenzaba a despuntar por el horizonte. Algunos hombres

habían dormido gran parte de la noche, mientras que otros apenas si conciliaron el sueño y ya estaban despiertos, observando el ascenso en el cielo de una gran mancha anaranjada.

El convoy de camiones comenzó a disminuir de velocidad y todos los hombres que viajaban con Juan empezaron a ponerse de pie. Eran casi las siete de la mañana cuando los motores se apagaron y los vehículos se detuvieron.

Desde lo alto del camión comenzaron a divisar lo que con toda seguridad se iba a convertir en su nuevo emplazamiento en Argelia.

Un lugar vallado con alambre de espino, que estaba fijado a unas estacas de madera sobre las que había atornillado un soporte metálico. Cada pocos metros había un soldado senegalés, fusil en mano, vigilando aquel lugar. A lo lejos, dentro de las alambradas, vieron unas estructuras de gran tamaño que les parecieron barracones.

Con miradas atónitas observaron un paisaje casi desértico, pedregoso, con algunos matorrales amarillentos y unas montañas lejanas. Además, a esa hora de la mañana ya hacía mucho calor.

Las palabras de protesta, en un tono elevado de voz, no se hicieron esperar por la mayoría de los compañeros de viaje de Juan.

—¡Parece un campo de concentración! —dijo uno con acento valenciano.

—No es que lo parezca, ¡es un campo de concentración! —aseguró otro con voz ronca.

Las quejas fueron acalladas de cuajo tras el ruido seco que oyeron al abrirse la portezuela trasera del camión. Los gendarmes comenzaron a gritar unas palabras que no comprendían.

—Están diciendo que bajemos del camión —tradujo Juan.

Luego, vieron cómo esos gendarmes les hacían señales con las manos indicándoles, en efecto, que bajasen y procedieron a descender con parsimonia. Empujaron a los primeros en dirección a aquel lugar y los demás los siguieron formando una fila desordenada.

Con desconcierto fueron caminando hasta la entrada, que estaba fuertemente vigilada por soldados franceses que llevaban sujetos perros mediante un arnés y una correa de cuero. Los hicieron detenerse ante un gran barracón de madera y cuando llegaron todos fueron entrando de uno en uno. Dentro, sentado detrás de una mesa, había un capitán del ejército francés que iba anotando sin prisas la filiación de cada republicano español, para después asignarle el barracón que debería de ocupar durante su nuevo cautiverio.

Fuera, arremolinados bajo el sol implacable, permanecían en silencio el resto de exiliados. Si osaban hablar, eran reprendidos con premiosidad. Si se movían, una lluvia de exabruptos en francés

martilleaba sus oídos. Si se atrevían a mirar con odio a los soldados, éstos rápidamente azuzaban a sus perros contra ellos.

Juan tuvo suerte. Entró pronto al barracón porque había sido uno de los primeros en bajar de su camión, que ocupaba el segundo lugar de aquel convoy. Los últimos en entrar lo hicieron cerca de las dos del mediodía, soportando en el exterior, a pleno sol, de pie y sin beber agua, cerca de cincuenta grados de temperatura durante casi dos horas.

Cuando Juan llegó al barracón que le habían asignado, comenzó a inspeccionarlo.

Era una estructura rectangular, de madera, y no tuvo que observar mucho para darse cuenta de que estaba a medio construir. Había tablones del suelo con las púas a medio clavar, mientras que otros estaban directamente colocados sobre la estructura de madera. Encontró una bolsa grande de papel llena de clavos en uno de los rincones, y él pensó que ya tenían trabajo por delante para que aquel lugar tuviera un acabado en condiciones. En las paredes había bastantes tablachos sin colocar, que localizó cerca de la entrada del barracón. Por esas oquedades estaba entrando arena que era arrastrada por el viento. Contó quince pares de catres que formaban literas de dos, adosadas a una de las paredes. Dos ventanas en la pared del fondo y tres en la lateral, que permanecían cerradas en esos momentos, servirían para ventilar el recinto. No encontró nada más: ni baños, ni armarios, ni mesas, ni sillas.

El barracón solo era un dormitorio carcelario, pero sin rejas.

Tenía que escoger un catre para dormir y eligió la tercera litera de abajo, comenzando desde el fondo, porque los otros dos ya estaban ocupados. Se echó sobre él y se percató de que el colchón era milimétrico y duro, porque se apoyaba sobre listones de madera que pudo observar en el camastro de arriba. Le extrañó la fina manta que había, pero imaginó que por las noches haría frío en aquel lugar, como ya había sentido durante el viaje nocturno, y a pesar del intenso calor reinante en esos momentos.

Poco a poco fueron llegando nuevos inquilinos al barracón que iban eligiendo los catres de abajo por orden de llegada. Así, paulatinamente, hasta que se completaron las treinta plazas que disponía aquel lugar. Treinta hombres que iban a ser los compañeros de vivienda de Juan.

Cuando el barracón estuvo lleno, la calma tensa que flotaba en la estancia se hizo ciscos.

—¡Y ahora qué! ¿Qué va a ser de nosotros?

—¡Esos franceses nos han estado engañando desde que hemos

llegado!

—Sí, eso… Nos tuvieron en condiciones inhumanas en el Stanbrook. Luego nos encerraron en Orán. ¡Y ahora esto!

—¿Qué quieren de nosotros ahora?

—¡Nos están tratando como a criminales de guerra!

Ahora, que nadie los vigilaba, todos tenían ganas de dar su opinión. Desde la noche anterior solo les habían dado agua. Sin desayuno y sin comida se estaba agriando su carácter, pero muchos de ellos ya habían soportado jornadas enteras casi sin comer. Por ahora, solo necesitaban respuestas a sus preguntas y a sus dudas, esas mismas que no les fueron dadas durante su estancia en el albergue de Orán.

—Deberíamos de intentar escapar de aquí —propuso uno, que tenía acento valenciano.

—Señores, comprendo vuestra indignación, que es justa. Yo también estoy encolerizado —expuso Juan, que estaba en esos momentos rodeado por sus compañeros de vicisitudes—. Todos nos hacemos las mismas preguntas, las mismas que nos hacíamos en Orán, solo que ahora la situación parece mucho más grave. No sé lo que es un campo de concentración, pero he oído hablar de ellos. Durante la guerra ya se comentaba que el ejército de Franco enviaba a sus prisioneros a campos de concentración, en donde los condenaban a trabajar en condiciones sanguinarias. Puede ser que estemos en uno de esos lugares, pero con el agravante de ser dirigido por un país democrático como es Francia. Si es así y nos ponen a trabajar en lo que sea, bajo ese sol despiadado, yo voy a ser el primero en dar el callo. El pueblo español es trabajador y no se nos van a caer los anillos por trabajar en este desierto. En estos momentos, lo más sensato es mantener la prudencia. No sería juicioso obcecarse en una postura de fuerza hasta saber de qué pie cojean los militares franceses y esos soldados senegaleses que vigilan el perímetro de este lugar. No creo que los hayan colocado ahí para darnos los buenos días. Si alguien intenta escapar, creo que se expone a una muerte casi segura, ya sea de un tiro o de sed, perdido en la inmensidad de ese desierto. Solo os quiero proponer una cosa, que seamos pacientes, porque alguien dijo que «*la impaciencia es la única desgracia insoportable de la tierra*» y Eurípides dejó escrito que «*el que conjetura bien es el mejor adivino*». Por lo tanto, no nos queda otra que ser dueños de nuestro destino, si aguantamos y hacemos lo que nos manden en este lugar.

Cuando terminó de hablar Juan, se hizo un silencio expectante. Alguien aplaudió, luego otro y después se sumaron todos en un aplauso espontáneo.

—Las palabras que has pronunciado parece que te han salido del corazón. Ha sido un arrebato el que he tenido y prometo no volver a pensar en escapar. Según tú, que no sé tu nombre, ¿cómo deberíamos

de actuar a partir de estos momentos? —razonó el que tenía acento valenciano.

Allí había hombres que provenían de otros alojamientos de Orán, y que se habían entremezclado durante el trayecto desde los camiones hasta el capitán que los había asignado a cada barracón. Por ello, había muchos que no se conocían.

—Me llamo Juan Bernal y soy de Murcia. Lo más sensato ahora mismo es ir día a día, porque cada hora que pasemos aquí será una menos que falte para alcanzar nuestra libertad. Y, de momento, lo más urgente va a ser acondicionar todos los desperfectos que tiene este barracón.

—Sabias y reflexivas son tus palabras, amigo. Me llamo Serafín Cuesta y soy de un pueblecito de la sierra Alicantina, aunque hace mucho tiempo que vivo en Alicante. Aquí tienes un amigo, para lo que necesites —respondió el que no podía disimular su acento.

Después volvió la calma al recinto. Juan salió fuera y encendió un cigarrillo mientras observaba cómo seguían llenándose de hombres el resto de los barracones.

—Me llamo Sixto Vidal y me han gustado mucho sus palabras —dijo uno de su barracón que se había acercado hacia él, de mediana estatura, pelo ensortijado y sonrisa afable.

—Gracias —respondió Juan—. ¿Quiere un pitillo?

—No, gracias. ¿Puedo hacerle una pregunta importante para mí?

—Adelante. Aquí tenemos que ir todos a una.

—Me han gustado mucho las dos citas que ha pronunciado en su pequeño discurso. No sé si las he escuchado alguna vez en alguna de mis reuniones, pero mi pregunta es… —Sixto hizo un pequeño silencio antes de preguntar—, ¿es usted masón?

—¿Por qué está interesado en conocer ese aspecto sobre mí? —respondió Juan, extrañado por la pregunta.

—Porque yo soy masón —afirmó Sixto con orgullo.

—Sí. Soy masón. Pertenezco a la Logia Renacer de Cartagena o lo que quede de ella —confió Juan, mientras alargaba la mano y la estrechaba con Sixto, con la simbología con la que los masones se estrechaban la mano.

—¿Vino usted en el Stanbrook?

—Sí. ¿Por qué? Pero, por favor, no me llame de usted. Vamos a tutearnos.

—Está bien, Juan. Porque conozco a otros masones que han estado cautivos con nosotros en nuestro mismo alojamiento en Orán y a algunos que viajaron también en el barco, pero que luego fueron llevados a otro albergue.

—Sería muy interesante poder conocerlos.

—Descuida, Juan. Te los presentaré en el momento en que los vea

por aquí.

Cerca del anochecer los sorprendieron unos pitidos estruendosos que sonaban por doquier, y nadie sabía qué podía significar aquello. Salieron del barracón y vieron a los militares que hacían sonar los silbatos que llevaban en la boca.

—Le diner, le diner —decían cuando dejaban de soplar aquellos pitos.

Fue Juan el que anunció que los estaban llamando para cenar y todos dirigieron sus pasos hacia donde les indicaban los soldados.

Aquella noche la cena consistió en una rebanada de pan y un caldo de color marrón en el que flotaban algunas lentejas. Estaba malo, insípido, pero sirvió para calentar sus estómagos desérticos desde hacía ya un día.

Luego volvieron al barracón. Cada cual se acostó en su jergón para descansar, sin conocer aún su futuro más próximo.

Juan sacó el cuaderno que había llevado consigo, cogió un lápiz y comenzó a escribir en el diario todo lo que le había sucedido, desde su llegada al puerto de Alicante para embarcar en el Stanbrook hasta ese momento. Tenía la necesidad de escribir todo lo ocurrido para no olvidar nada.

Después cerró los ojos y se encontró con María y con sus hijos. Dio media vuelta, la abrazó como si estuvieran en su cama de Murcia y se durmió.

Hacía calor y todos se quedaron dormidos encima del catre. Sin embargo, a medida que avanzaba la noche, la temperatura iba disminuyendo y aquellos hombres terminaron tapándose con aquel sucedáneo de manta.

Los despertó el mismo pitido que había sonado la tarde anterior para anunciarles la cena. Una capa de fina arena cubría a la mayoría y muchos de ellos comenzaron a toser y a escupir las pequeñas partículas que tenían incrustadas alrededor de la boca. Por aquellos boquetes que tenían las paredes podrían haber entrado hasta los mismísimos lobos del desierto.

Tocaba desayunar. Un líquido negruzco con dudoso sabor a café, con pan duro de la noche anterior. Después, de nuevo volvieron a sonar los silbatos.

Ya había amanecido y los condujeron hasta un cobertizo repleto de enseres entre los que destacaban los picos, las palas y las carretillas. Los obligaron a que cada republicano español cogiera una herramienta, por llamarla de alguna manera. Luego, a ritmo del pito del demonio, los llevaron hasta donde se encontraban las alambradas.

Con palabras y señas comenzaron los soldados a explicar lo que

tenían que hacer. Como vieron que Juan intentaba traducir lo que iba entendiendo, se dirigieron a él y le explicaron el trabajo que había que llevar a cabo.

Tenían que cavar una zanja alrededor de todo el perímetro del *Centre d'hébergement*, como ellos lo habían denominado, exactamente igual que en Orán. También, explicaron las dimensiones y la distancia que debería de guardar con relación a las vallas de alambre de espino.

No hicieron falta más explicaciones. Todos comprendieron al unísono que el trabajo que iban a llevar a cabo era una de las defensas del campo de concentración, para que de allí no pudiera escapar nadie.

Los españoles se miraban unos a otros con el estupor como denominador común, hasta que comenzaron a sonar los pitidos estridentes, las miradas de animadversión de los militares y las sonrisas sardónicas de los soldados senegaleses, que estaban fuera del vallado, vigilantes.

Entonces, Juan, que llevaba un pico en sus manos, comenzó a cavar y, a continuación, los demás lo imitaron.

El sudor, mezclado con arena, camufló sus rostros, sus brazos y sus torsos, que iban descubriendo a medida que avanzaba la mañana, porque el sol les estaba infligiendo su ardiente tortura. Trabajaban en parejas, uno picaba y luego su compañero, con la pala, extraía la arena, la tierra y las piedras para transportarlas con la carretilla hacia donde estaba siendo amontonada. Cavar resultaba sacrificado y mucho más duro, por lo que de vez en cuando intercambiaban sus posiciones.

A veces enlentecían su trabajo o pretendían escaquearse. Pero entonces, los pitidos enloquecían y advertían que allí solo estaban para trabajar. Si perseveraban en su insolencia, los instigaban con los perros. Cuando uno de los animales mordió a un exiliado, los demás agacharon la cabeza y continuaron trabajando con la lección bien aprendida.

A media mañana vieron un convoy de camiones que se acercaba al campo de internamiento, como eufemísticamente lo había definido el compañero de trabajo de Juan.

—Parece que vamos a tener nuevos compañeros de cautiverio.

—¡Eso parece!

Los vieron descender de los camiones con intranquilidad y titubeando, igual que les había sucedido a ellos el día anterior. La diferencia sustancial estribaba en que aquellos hombres los estaban mirando cómo cavaban una superficie dura a pleno sol, por lo que ya podían imaginar por qué habían sido trasladados a ese lugar.

Cada mañana, durante varios días, estuvieron llegando camiones repletos de republicanos españoles al campo de concentración, hasta que todos los barracones se llenaron.

Los militares que los vigilaban tenían una actitud arisca con ellos. Eran hombres más de silbato que de palabras, pero poco a poco Juan iba intercambiando alguna que otra breve conversación. Así, pudo enterarse que se encontraban en Relizane, a unos doscientos kilómetros al sur de Orán.

Estuvieron trabajando en duras condiciones durante toda la semana. Cuando terminaban su jornada, aprovechaban la tarde para arreglar los desperfectos de su barracón y evitar los efectos del aire que llenaba la estancia de arena, insectos y vegetación.

El primer domingo llegó como caído del cielo. El pitido que los despertaba cada mañana sonó mucho más tarde y durante el desayuno se enteraron de que ese día no iban a trabajar.

—Esto no puede seguir así. ¡La gente está muy cabreada! —exclamó Sixto Vidal.

Estaban fumando un cigarrillo al sol, apoyados en la pared de una *chambre*, que era como las llamaban allí, aunque ellos preferían utilizar la palabra española barracón.

Sixto había presentado a Juan a Nicolás Monerris, que era de Valencia, y a Florencio Portillo, de Granada. Asimismo, Juan les presentó a Anselmo Fernández, de Cartagena. Todos eran masones y solían mantener una tertulia cada noche, después de cenar.

—Si esta situación dura más tiempo, se puede formar un motín —se quejó Nicolás Monerris.

—Esto apesta. No hay derecho a que no haya letrinas en unas mínimas condiciones —apuntó Florencio.

Llevaban casi una semana en el campo de concentración y seguía a medio construir. No había letrinas, por lo que habían excavado una zanja cerca de cada barracón a donde iban a realizar sus necesidades, esparciendo sobre ellas un poco de tierra y arena. No obstante, con aquel calor, el olor empezaba a ser ya insoportable.

—Por supuesto. Además, se van a convertir en un foco de infecciones. No hay más que ver el nido de moscas y de insectos en el que se están convirtiendo —aseguró Juan.

—¡Maestro! Eres tú, ¡qué alegría verte!

Se había acercado sin que ellos se percataran, con cautela y con la intriga de quien cree haber visto a un conocido en un lugar tan inhóspito. Era alto, musculoso, dos amplias calvas de distribución parietal y llevaba unas gafas pequeñas, redondeadas.

—¡Estimado Andrés! —respondió Juan, le dio la mano y después se fundió en un abrazo con él.

Lo presentó a sus amigos de tertulia como Andrés Serrano, un

compañero destacado de una logia masónica de Madrid.

—¿Lo has llamado Maestro? —preguntó con cara de asombro Sixto Vidal.

—Sí. ¿Es que no sabéis quién es Juan Bernal? —preguntó Andrés, que estaba observando la cara de sorpresa que manifestaban sus nuevos conocidos.

—No… —fue un no pronunciado al unísono por los tres hombres, salvo por Anselmo Fernández, el de Cartagena, que conocía muy bien a Juan.

Andrés Serrano miró a Juan, como solicitando permiso y esperando el visto bueno de él.

—Señores, si estuviéramos en España y aún no hubiera terminado la guerra, Juan Bernal sería en estos momentos el Gran Maestro de la Masonería española. Unas semanas antes de finalizar la contienda, tuvimos en Madrid una reunión con los pocos representantes que quedábamos de todas las logias y Juan era en ese momento el miembro de más alto grado —anunció Andrés Serrano con orgullo.

Juan agachó la cabeza con humildad, mientras todos los allí presentes comenzaron a llamarlo Maestro, disponiéndose a saludarlo por su condición.

—Retomando el tema que estábamos tratando antes de presentarse Andrés, estimo que sería conveniente que sea Juan el que se dirija al capitán del campo y le proponga la construcción de unas letrinas dignas para cada barracón —propuso Sixto, una vez que terminaron las muestras de respeto hacia Juan.

—De acuerdo. Así lo haré —asintió Juan.

Hacía demasiado tiempo que no pintaba, quizás porque no había encontrado el momento oportuno, por melancolía o por falta de interés. Esa tarde, sentado en su camastro, sacó los carboncillos y el cuaderno de pintura que había llevado consigo y Juan comenzó a dibujar escenas en las que plasmaba hombres tostados al sol, con rostros de sufrimiento, trabajando en condiciones inhumanas. Uno de los militares, que de vez en cuando entraban al barracón para vigilarlos, observó la pintura y esgrimió un gesto de aprobación.

Por la noche, acostado en su jergón con los ojos cerrados, recordó las fiestas de Santa Eulalia, en las que había conocido a María, los paseos y los viajes que habían realizado juntos, los ideales compartidos y defendidos, los mil avatares vividos, las sonrisas de sus hijos y los besos y las caricias de ella.

Sufría en silencio por la ausencia de su familia, pero todas las noches dormía abrazado a su almohada, simbolizando dormir abrazado a María.

El lunes por la tarde, después de terminar de trabajar, Juan se dirigió hacia el barracón del capitán. Fue recibido sin ningún tipo de objeción y le planteó el problema que los acuciaba en aquellos momentos. Por el camino, había ido pensando diferentes tipos de argumentos para convencer al oficial. Sin embargo, no fue preciso, porque el capitán comprendió la conveniencia de tal petición y dio su aprobación.

A la mañana siguiente, cuatro hombres de cada barracón fueron destinados a la construcción de un pozo profundo, que estaría situado cerca de la entrada, y que serviría como letrina. Cada día iban rotando esos cuatro hombres. Al finalizar la semana, y tras construir un cobertizo de madera, las letrinas comenzaron a prestar sus servicios.

Los días se sucedían lentos, pero pasaban. Estaban sometidos a una rutina mortecina que favorecía que las horas transcurrieran. Pico, pala y carretilla desde el amanecer hasta las doce del mediodía. Descansaban tres horas, porque a casi cincuenta grados de temperatura ni los militares ni los soldados senegaleses, que solo vigilaban, podían resistir. Volvían al tajo a las tres de la tarde para reanudar la sesión de pico, pala y carretilla hasta finiquitar la faena a las seis. Cena, tertulia, un cigarrillo a la luz de la luna y a dormir con la esperanza de que algún día finalizara su presidio.

El cuerpo dolía, las manos encallecían y la mente sufría. No todos soportaban por igual aquella situación. No era el trabajo lo que más les atormentaba, sino la sensación de indefensión y de humillación a la estaban siendo sometidos. Los más osados manifestaban su rabia rebelándose, pero con rapidez eran aplacados por el consejo y las palabras tranquilizadoras de aquellos que estaban a su alrededor. El temor a los castigos, a lo que pudiera suceder si alguna acción descabellada fuese llevada a cabo, los mantenía en alerta y prudentes.

El momento más esperado del día era por la noche, después de cenar. Allí habían encerrados casi mil quinientos hombres que tenían la necesidad de conocerse, encontrar a paisanos o hacer nuevos amigos.

Así, Juan supo que Andrés Serrano, antes de llegar a Relizane, había estado cautivo en el campo de concentración de Morand y que otra remesa de exiliados había sido traída desde el campo de Suzzoni.

—¿Por qué no te han llevado a ti al campo de Cherchell? —preguntó Andrés.

—No tengo constancia de ese campo. No lo conozco. Solo he estado cautivo en Orán y después aquí —respondió Juan.

—Pude enterarme de que a ese campo han sido trasladados muchos masones y tú, Juan, deberías de estar allí y no en este miserable campo —sugirió Andrés.

Estaban los seis hermanos masones reunidos, como la mayoría de las noches.

—En ningún momento en Orán me preguntaron si yo era masón y tampoco tuve la necesidad de pregonar mi condición. Por otra parte, qué más da un campo que otro, si estamos privados de libertad —planteó Juan.

—Porque me dijeron que ese campo era en cierto modo más benigno y que el trato con los refugiados mucho más benévolo. No es que fuera un hotel, pero tampoco un campo de concentración como este, en el que nos tienen esclavizados y en el que cualquier día va a ocurrir una desgracia. A los militares y a los senegaleses se les ve en la cara que están deseando castigar a alguno de los nuestros o pegarle un tiro. Si no es por el temor que los exiliados les tenemos, ya habría ocurrido algo grave —expuso Andrés.

—Amigo Andrés, el hombre desea que muera aquel a quien teme, dejó escrito Ovidio. No hay que temer ni desear la muerte de los soldados o los senegaleses, sino trabajar cada día en lo que nos ordenen para poder volver a regresar algún día a casa. En España, el trabajo para demasiada gente, cuando lo había, no era en muchas ocasiones una bendición, sino un tipo de esclavitud en el que te pagaban solo con la comida y, en algunas ocasiones, ni eso. La rebelión de las clases sociales fue una de las causas de la guerra. Tú, que eres un hombre sensato, acabas de decirlo. Los soldados están deseando que alguien se rebele para pegarle un tiro. Aquí, el sufrimiento físico es innegable, pero ese aspecto tiene que engrandecer nuestra alma y hacernos más fuertes. ¿No crees que sería mejor trabajar con ilusión y con nuestras manos en lugar de temer a esos pobres desgraciados? —esgrimió Juan, mientras era escuchado con atención por todos los presentes.

—Sabias palabras, Maestro —dijo Sixto Vidal.

—Los militares siempre les han tenido más miedo a los intelectuales que a los hombres armados —apuntó Andrés Serrano.

—Tener una idea te hace fuerte y luchar por un ideal evita la esclavitud. Aquí somos esclavos, ¡vamos a luchar por conseguir nuestro modelo social, la libertad! Antes o después podremos ser libres. Hay que sembrar este principio entre todos los exiliados que estamos aquí para conseguir nuestro objetivo sin temor —puntualizó Juan, entonando las palabras precisas en su disertación.

—Que así sea —sentenció Florencio Portillo, el granadino, que era un hombre más de escuchar que de prodigarse en la conversación.

Por la noche, antes de dormir, Juan sacó su diario y anotó la cita de Ovidio de ese día, así como las otras dos que había citado unos días antes, frases que ya había utilizado como orador en las tenidas masónicas.

Después recordó el libro de C. W. Leadbeater, *Los maestros y el Sendero*, y comenzó a escribir:

«¡Que las fuerzas del Bien y de la Luz inspiren nuestros actos y los de nuestros semejantes!

¡Que el espíritu de la paz llene todos los corazones!

¡Que todos los hombres de buena voluntad lleguen a poder convivir y a cooperar en la gran obra de la evolución!

¡Que lleguemos a olvidarnos de nosotros mismos, y a perdonar nuestros agravios recíprocos!

¡El odio no puede desaparecer con el odio, sino con su contrario, que es el amor!»

Estaban ya a mediados de septiembre y el calor, por aquellas latitudes, parecía no entender de estaciones. Estaba finalizando el verano y aún no era extraño alcanzar algún día los cincuenta grados de temperatura.

No sabían cómo habían podido resistir trabajando con esas temperaturas, pero habían resistido.

Aún les faltaba para terminar el gran foso perimetral, la zanja o cómo demonios aquellos malditos soldados, que solo cumplían órdenes, la quisieran llamar.

Seguían trabajando duro, de sol a sol, con la consigna de la supervivencia por estandarte, para desencanto de los soldados que los vigilaban, que veían cómo pasaban los días y aquellos testarudos españoles nunca se rebelaban.

Uno de aquellos días, una noticia corrió como la pólvora por todo el campo de concentración.

Alguien se había enterado de la invasión de Polonia por el ejército alemán, que había tenido lugar el primer día de septiembre, con lo que parecía comenzar una nueva guerra en el continente, esa de la que tanto se había hablado tiempo atrás que podría ocurrir. Estaban a muchos kilómetros de allí y desconocían si aquel acto les repercutiría, pero lo que sí que tenían muy claro todos los republicanos españoles es que estaban en contra del modelo totalitario nazi.

Faltaban pocos días para finalizar septiembre cuando, una tarde después de terminar la jornada laboral, Juan recibió la orden de presentarse ante el capitán del campo de concentración. Acogió con estupor el mandato porque él no había hecho absolutamente nada para recibir ese requerimiento. No obstante, puso su mejor cara y no objetó nada mientras acudía escoltado por dos soldados.

—Soy el capitán Arnaud. Me han dicho que usted, en sus ratos libres, pinta —dijo el francés, presentándose y hablando en un correcto español.

—Sí —respondió escueto Juan.

La estancia estaba como el primer día, cuando habían llegado, y

como cuando él volvió para proponer la construcción de las letrinas. Se trataba de un barracón más, pero con un acabado adecuado. Era rectangular, todo de madera, con una mesa de escritorio sobre la que había varios documentos y una pequeña bandera de la República francesa, dos sillas delante de la mesa y una estantería adosada a una de las paredes.

—¡Y que pinta bien!

—Eso depende.

—¿De qué?

—Si le gusta lo que he pintado o tiene sensibilidad para apreciarlo —respondió Juan, sin querer dar muchas explicaciones.

Parecía que se estaban estudiando mutuamente. El capitán estaba sentado tras su mesa de escritorio y detrás de él había un amplio ventanal que deslumbraba a Juan, por lo que no podía apreciar sus expresiones ni su rostro con corrección.

—¿Ha estudiado usted pintura o es una cualidad innata que posee?

—He estudiado, aunque de niño ya pintaba.

—¿Dónde?

—En el Círculo de Bellas Artes, de mi ciudad, Murcia.

—¿Con buenos profesores?

—Los mejores.

Juan permanecía de pie, vigilado por los dos soldados que se habían quedado apostados uno a cada lado de la puerta de entrada de aquel modesto despacho, pero que en realidad era un barracón.

—Yo soy un gran amante de la pintura. Me gusta dibujar y sería un gran placer para mí poder pintar algún día un cuadro —dijo el capitán, mientras se ponía en pie y caminaba alrededor de la mesa, acercándose a Juan.

—Con la práctica y con el tiempo es fácil de conseguir —respondió Juan, inmóvil, sosteniéndole la mirada.

—¿Sabe una cosa?

—Dígame.

—Desde que me enteré de que usted estaba pintando, le he estado dando vueltas a una idea.

El capitán hablaba despacio, sereno, vocalizando bien las palabras, desprendiendo un halo de mando y de respeto que emanaba desde su mirada a cada movimiento que realizaba.

—¿Qué idea?

Juan seguía hablando casi con monosílabos. Estaba allí porque se lo habían ordenado y no tenía por qué explayarse en la conversación.

—¿Sería usted un buen profesor de pintura?

—Lo desconozco. Nunca he dado una clase.

—¿Le gustaría ser profesor de pintura?

—Nunca me lo he planteado.

—Tengo una proposición que realizarle.

El capitán cortó en seco, sin añadir nada más y se dedicó a observar a Juan, estudiar su mirada y ver su reacción.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría aprender a pintar. Me relajo cuando pinto algo, aunque sean garabatos.

—Sabia decisión.

—La propuesta es la siguiente. Me gustaría recibir clases de pintura de usted.

—Podría ser.

—No quiero que piense que es una orden.

—¿Por qué?

—Porque a cambio, yo también le podría ayudar.

—¿En qué sentido?

—Sé que usted habla un poco el francés. A cambio de su trabajo, mientras usted me da las clases de pintura, yo le podría ayudar a hablar francés y así podría perfeccionarlo.

—Sería un buen acuerdo. Lo correcto.

—En ese caso, ¿es una respuesta afirmativa?

—Sí.

—¿Le parece bien los lunes, miércoles y viernes por la tarde, después de la jornada de trabajo?

—Esos días y a esa hora, no tengo nada que hacer.

—Dígame qué voy a necesitar.

—Un cuaderno de dibujo y carboncillos.

—¿Acuarelas también?

—Por ahora no. Más adelante, pudiera ser.

—Está bien. Solo una cosa más.

—Dígame.

—¿Es usted siempre así?

—¿A qué se refiere?

—¡Tan arisco!

—¿Por qué?

—Porque ha estado a la defensiva durante toda la conversación, hablando por obligación.

—Estoy preso aquí sin haber cometido ningún delito, y usted es el que manda.

—Señor Bernal, yo soy militar y cumplo órdenes. No me juzgue mal porque se equivocará conmigo.

—¡Ya veremos!

A Juan le sorprendió que cuando terminaron de dialogar, el capitán le estrechara su mano antes de despedirse. Resultaba cierto que quizás no había adoptado la mejor postura durante la conversación porque él no era así, pero resultaba obvio que él se encontraba recluido en el

campo de concentración en contra de su voluntad, forzado a realizar un trabajo en condiciones inhumanas y sin ningún tipo de explicación.

No iba a mostrarse con la mejor de sus sonrisas, ni tampoco iba a hablar más de lo aconsejable.

6

Dos mujeres, cada una de ellas con una pequeña maleta, esperaban en el andén de la estación la llegada del tren correo.

Carmen vestía de negro, de luto riguroso y, además, cubría su cabeza y parte de su cara con un velo. María, sin embargo, vestía un traje marrón oscuro, de invierno, presintiendo el frío que les esperaba impertérrito en Burgos.

María guardaba en su maleta el suplicatorio que había sido avalado por diferentes personalidades de Murcia, amigos de Leo que pusieron cara de sorpresa cuando éste formuló la petición, pero que aceptaron firmar después de una explicación detallada. No se trataba de pedir un indulto para Salvador, porque eso jamás se iba a conseguir, sino de intentar obtener la conmutación de la pena de muerte, aunque permaneciera muchos años o toda su vida en la cárcel. El único fin era salvar su vida.

Subieron al tren y María buscó sus asientos en segunda clase. Los tiempos de bonanza económica estaban desapareciendo a la velocidad del rayo, por lo que viajar en primera clase ni tan siquiera lo habían contemplado. En realidad, era María quien se estaba encargando de toda la organización del viaje porque Carmen estaba sin estar.

Viajaban en un compartimento con asientos de madera, demasiado incómodos para lo largo que iba a ser el viaje. A Carmen, que había apoyado su cabeza sobre la ventanilla, pronto la venció el sueño porque sus fuerzas languidecían con el paso de las horas. María no podía dormir, le exasperaba la lentitud del tren y la ingente cantidad de paradas que iba realizando a lo largo de su trayecto. Además, unos soldados jóvenes viajaban varios asientos más atrás manteniendo una conversación llena de bromas y risotadas.

María pasó la noche a duermevela y cuando ya estaban cerca de Madrid despertó a su amiga. No habían hablado en toda la noche y oír los buenos días en boca de Carmen a María le pareció todo un bálsamo.

Una vez que llegaron a la estación de tren de Madrid, María agarró a Carmen del brazo y se dirigió en busca de las taquillas para comprar un billete en el primer tren que partiera con destino hacia Burgos.

A media tarde llegaron a la ciudad en la que se encontraba Salvador.

Les dio la bienvenida un cielo plomizo y un viento gélido que marcó el contraste de temperatura con la que habían abandonado Murcia.

Al salir de la estación de Burgos preguntaron dónde se encontraba

Capitanía General y se dirigieron hacia allí. Cuando llegaron, las dos amigas se quedaron sorprendidas porque aquel inmueble parecía más un palacio que un edificio dedicado a albergar a la oligarquía militar del Bando Nacional.

Después de orientarse y hacerse una composición del lugar al que tendrían que regresar a la mañana siguiente, volvieron a preguntar dónde se encontraba el barrio de las Huelgas. La señora a la que le preguntaron les indicó que estaba lejos y que lo más aconsejable es que se dirigieran hasta el río Arlanzón y que volvieran a preguntar en ese lugar.

Llegaron con prontitud a uno de los puentes del río y preguntaron a otra señora. Les indicó que siguieran a través del paseo del Espolón y que más adelante cruzaran el río por uno de los puentes, porque el barrio se encontraba al otro lado del río.

Estaba comenzando a anochecer cuando se adentraron por el barrio de las Huelgas. Vieron a un matrimonio que estaba paseando y le preguntaron dónde podían encontrar una pensión.

La habitación que iban a compartir era austera, tenía dos camas y estaba limpia. En el pasillo había un cuarto de baño que era compartido con las otras habitaciones, hacia donde se dirigió Carmen una vez que abrió su maleta y cogió el neceser con sus productos de aseo.

Cuando volvió a la habitación parecía que era otra mujer. Había cambiado su vestido por uno de color verde oliva y así, sin el velo, con la cara lavada, un maquillaje muy tenue y una sonrisa, la alegría había vuelto a su rostro.

—Ahora, ¡vamos a ver a Salvador! —ordenó Carmen.

Caminaban por una calle iluminada por unas farolas de luces alicaídas que proyectaban sus sombras sobre el suelo empedrado. Al otro lado de la calle observaban la majestuosidad de un conjunto arquitectónico que recortaba el cielo de la noche burgalesa. Poco más adelante, leyeron un cartel que anunciaba la entrada al Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas.

No tuvieron que caminar mucho más para encontrar el lugar que buscaban. Leopoldo les había comunicado el viernes por la tarde que había podido enterarse de que Salvador se hallaba preso en un cuartel militar cercano al Hospital Militar de Burgos. Estaban viendo los pabellones del hospital y solo había un cuartel, por lo que Salvador debería de encontrarse allí.

Pasaron por debajo de una garita de vigilancia en la que un soldado se encontraba de guardia. Carmen apoyó su mano sobre el muro que protegía el cuartel, de ladrillo macizo y color rojo anaranjado, miró hacia arriba y comprobó la elevada altura de aquella pared, presintiendo que allí dentro estaba preso su marido.

Poco más allá divisaron una luz potente, dos banderas que ondeaban al aire y varios soldados que hablaban distendidos. Cuando llegaron, se percataron de que se encontraban en la entrada del cuartel. Carmen les dijo a los soldados que venían desde Murcia para ver a su marido, que se encontraba preso en aquel cuartel. El sargento de guardia entró a la garita de vigilancia y, tras realizar una llamada telefónica, volvió para confirmarle a Carmen que, en efecto, su marido se encontraba preso allí, pero que la hora de visita de los presos era durante la mañana y que deberían volver el día siguiente.

De pronto, Carmen se sonrojó y notó como si toda la sangre de su cuerpo fuera desviada hacia su rostro. Sintió un pellizco retorcido y doloroso sobre su pecho y se le escapó un suspiro. Agradeció la información a los soldados, agarró a María del brazo y comenzaron a caminar a través del perímetro del cuartel. Allí estaba preso Salvador Mateos, su marido, de quien llevaba muchos meses sin saber y sin verlo casi tres años.

Aquella noche, Carmen casi no pudo dormir y, cuando lo hacía, sentía un placer extremo al poder acariciar las yemas de los dedos de Salvador.

Toda la noche estuvo hablando con él, diciéndole cuánto lo quería y cuánto lo había echado de menos.

Madrugaron demasiado y a las ocho en punto de la mañana estaban ya las dos amigas en la puerta principal de Capitanía General. Cuando llegaron, ya había allí varias personas formando cola. Había mujeres de su misma edad que vestían de negro y hombres mayores con pantalón y chaqueta ajados. Carmen se había vuelto a poner el vestido negro y el velo. María, muy seria y con cara de enfado, llevaba enfundado un vestido gris. Ambas iban pertrechadas con un abrigo azul marino.

Media hora más tarde pudieron entrar a aquel recinto y se percataron de que todas las personas que había en la cola delante de ellas estaban allí por el mismo motivo que Carmen y María. Fueron conducidas por dos soldados a una sala grande, rectangular y fría, con pinturas de altos mandos militares colgadas en las paredes, en la que pudieron tomar asiento. Después tuvieron que dar sus nombres y el motivo por el que solicitaban ser recibidas en las dependencias de la Secretaría Militar y Particular de Franco.

Dos soldados franqueaban el paso a un despacho en el que supusieron que se encontraría un alto mando militar. Los otros dos, vigilaban en la sala, aunque todos los allí presentes estaban sentados, en silencio, intentando disimular el miedo que se reflejaba en sus rostros.

Fueron entrando al despacho por orden de llegada. Después de ser recibidas, las personas abandonaban aquel lugar ensimismadas, masticando su pena y el dolor, para salir de la sala sin un misericorde saludo de cortesía.

Cuando anunciaron su nombre, Carmen y María se pusieron en pie y entraron al despacho con paso firme y la cabeza bien elevada.

—Tomen asiento —les indicó un militar que estaba sentado detrás de una mesa pequeña, a la derecha.

Se sentaron delante de una mesa grande, de madera pulida, reluciente, en la que descansaban varios legajos de escritos, una lámpara de mesa de pasta de vidrio, una carpeta portadocumentos de cuero negro y una pluma.

—Ustedes dirán —dijo la persona a la que se tendrían que dirigir.

María había examinado a ambos hombres y los dos vestían guerreras impolutas. Le llamó la atención las estrellas que destacaban en las hombreras y se percató de que el militar que les había dirigido la palabra en esos momentos tenía más cantidad. No sabía si se encontraba ante un capitán, coronel o general, pero a ella eso le daba igual.

—Venimos a presentar un suplicatorio en favor de Salvador Mateos, que ha sido sometido a un Consejo de Guerra el nueve de octubre y al que en la sentencia se ha condenado a muerte.

—Deme el escrito —ordenó aquel hombre de mirada inquisidora, pelo recortado casi al cero y un bigote cortito y poco espeso.

El alto mando militar leyó el suplicatorio, lo iba a dejar encima de los demás legajos, pero se detuvo y preguntó con voz grave:

—¿Por qué debería de atender el Generalísimo su petición?

—Porque Salvador Mateos es un hombre bueno. Estudió medicina para ayudar a los demás y curar sus enfermedades. Además, le quedan todavía muchas vidas por salvar, cada vez que opere a una persona —contestó Carmen, intentando disimular la ansiedad que le embargaba.

—¿Es usted su esposa?

—Sí.

—Está bien. Su caso será tenido en cuenta —contestó él, mientras alargaba la mano y dejaba el suplicatorio al otro lado de la mesa, apartado de los demás escritos.

—¿Puedo hacer una pregunta? —preguntó Carmen con prudencia y gesto circunspecto.

—Hágala.

—¿Voy a tener contestación a este escrito?

—Si lo que usted quiere saber es qué va a ser de su marido y si este documento va a tener contestación, la respuesta es sí. Puede pasarse mañana otra vez por aquí y le diré qué va a suceder con la sentencia.

—¡Muchas gracias! ¡Se lo agradezco infinitamente!

Ante aquellas palabras llenas de esperanza, Carmen no supo cómo debía de proceder. No sabía si darle la mano a aquel militar, darle un par de besos o un abrazo. No obstante, eligió ponerse en pie, agachar la cabeza a modo de saludo de cortesía, darse la vuelta y salir de allí junto con María con una sonrisa esbozada en sus labios.

—¡Lo has hecho muy bien! —le dijo María ya en la calle.

La noche anterior, en la habitación de la pensión, María había instruido a Carmen en cómo debía de proceder en la reunión si terciaba una conversación, aunque fuera breve. Había instado a Carmen a que no se dejara llevar por los nervios, que no prorrumpiera en un llanto incómodo para los presentes y que se mostrase segura y firme en las palabras que pronunciase.

—Lo he hecho como me dijiste anoche —aseguró ella, todavía temblándole todo el cuerpo.

—Has estado perfecta y lo vas a conseguir. Le van a conmutar la pena a Salvador, ¡ya verás!

—Ahora, ¡vamos al cuartel! Voy a ver a mi marido.

Ya conocían el trayecto de regreso al barrio de las Huelgas, por lo que Carmen aceleró el paso. Cuando iban por el paseo del Espolón tuvieron que hacer un alto en el camino para quitarse los abrigos. Hacía frío, pero ambas amigas habían entrado pronto en calor, quizás por la respuesta obtenida o más bien por las ganas que tenía Carmen de ver a su marido.

En la puerta del cuartel encontraron a distintos soldados que la noche anterior. Después de presentarse, Carmen expuso el motivo de su vista. Tras la llamada telefónica de rigor por parte del sargento de guardia, fueron autorizadas a entrar al cuartel y conducidas a través del patio central a uno de los pabellones de aquel recinto. Subieron al primer piso y entraron a una habitación rectangular, con amplias cristaleras, dos mesas pequeñas de madera separadas un par de metros y con dos sillas cada una de ellas, una a cada lado. Las dos amigas permanecieron de pie, expectantes, vigiladas por los dos soldados que las habían acompañado.

No tardó mucho tiempo en aparecer Salvador Mateos, que venía escoltado por otros dos soldados.

Salvador aceleró el paso, se fundió en un abrazo eterno con Carmen, la besó con pasión y ambos comenzaron a llorar como niños desconsolados en medio del campo de batalla.

—Ya está bien de besuqueos. Siéntense —rezongó desabrido uno de los soldados que los vigilaban.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Salvador, después de sentarse

y entrelazar sus manos con las de Carmen.

—Están bien, bien… —contestó Carmen, volviendo de nuevo a llorar, sin poder contenerse.

—No sabía que ibas a venir a verme. Si lo hubiera sabido, me habría arreglado y puesto guapo para ti en mi suite —dijo de manera graciosa Salvador, para romper el hielo.

Salvador vestía una casaca bastante holgada, raída de tanto uso y unos pantalones arrugados con algún que otro descosido. Tenía la cara pálida, los ojos hundidos y las manos huesudas.

—Yo tampoco sabía que me iban a permitir verte.

—No me han dejado escribirte y decirte cuánto os echo de menos y cuánto te quiero —comentó Salvador, mientras apretaba aún más las manos de Carmen.

—No te preocupes, cariño. Lo he imaginado todo este tiempo. ¿Te tratan bien aquí?

—He estado en sitios peores… pero aquí me tratan bien. Desde que me hicieron prisionero, he estado en diferentes cárceles. Primero en el frente de batalla, luego en Zaragoza y desde hace poco más de tres meses aquí. ¡Parece que quieren que haga turismo!

Con ese comentario, Salvador consiguió que Carmen esbozara una mínima sonrisa.

—Será eso…

—¿Imagino que sabrás lo del Consejo de Guerra?

—Sí.

—¿Y la sentencia?

—También. Por eso estoy aquí.

Hablaban en susurros audibles solo para ellos, con la voz entrecortada y el corazón latiendo a mil por hora, aunque en la sala también estaban los cuatro soldados y María.

—¿Has venido a despedirte?

—No. ¡No nos vamos a despedir! He venido a intentar salvarte la vida —manifestó ella entre dientes, con rabia.

—Explícate bien.

—Ahora mismo, María y yo venimos de la Secretaría Militar y Particular de Franco. Allí hemos entregado un suplicatorio, que nos ha redactado Leopoldo Soler, solicitando que te conmuten la pena… —Carmen se quedó en silencio, no quiso pronunciar la palabra muerte, que tanto daño le haría y porque estaba convencida de conseguir su objetivo.

—No sabía que existiera ese organismo.

—Sí que existe y está en Capitanía General.

—¿Y tú qué piensas? ¿Lo conseguirás?

—Estoy segura. Nos han vuelto a citar de nuevo mañana. El militar que nos ha recibido nos ha dicho que mañana tendrá noticias

—contestó Carmen, a la que le brillaban los ojos en esos momentos.

—Espero que sean positivas.

—Mañana, después de esa cita, volveré aquí a verte.

—Si vuelves mañana, no quiero verte así, enlutada. ¿Has traído otro vestido?

—Sí. Me cambiaré antes de venir a verte.

—Ya está bien. El tiempo se ha terminado. Despídanse de una vez, ¡que no vamos a estar aquí todo el día! —volvió a ordenar de forma arisca el mismo soldado.

En esos momentos, María, que había permanecido todo el tiempo sentada en la otra mesa, se acercó a ellos. Salvador le pidió mil perdones por no haberla saludado al principio y le agradeció toda la ayuda que le estaba prestando a Carmen, que acababa de informarle que ella se había encargado de toda la gestión.

—¿Y Juan?

—Está en Argelia.

—¿Exiliado?

—Sí.

—Bueno, pronto volverá contigo y con tus hijos.

No hubo tiempo para más, solo para volver a abrazar a Carmen y darle un beso con tanta ternura como si nunca se hubieran besado.

Escoltado por los dos soldados, Salvador iba con la cabeza vuelta hacia atrás mirando a los ojos a Carmen, hasta que desapareció engullido por aquella maldita puerta. Ella, que lo miraba con ojos vidriosos, no pudo aguantar más la emoción y estuvo a punto de caer al suelo si no hubiera sido sujetada por María y por uno de los soldados.

Volvieron a desandar el camino y salieron por la puerta del cuartel sin saber a dónde ir. Caminaron de nuevo alrededor del cuartel porque Carmen quería permanecer cerca de su marido, hasta que María la convenció de volver a la pensión.

De regreso, cuando pasaron por delante del Monasterio de las Huelgas, Carmen vio que estaba abierto y cruzó la calle dirigiéndose a la entrada. Iban agarradas del brazo y María comprendió el sentido de aquel acto.

Dentro de la capilla del Monasterio hacía frío y las dos amigas se pusieron de nuevo los abrigos. No había ninguna luz encendida y solo estaba iluminada por la luz natural que penetraba a través de las vidrieras. Un remanso de paz se respiraba entre aquellas paredes centenarias y fueron a sentarse en primera fila, mirando al altar.

Carmen se arrodilló, entrelazó sus manos y comenzó a rezar. María volvió a imitar a su amiga, como ya hiciera en la Catedral de Murcia.

Dos amigas rezando con los cinco sentidos, pidiendo con el alma un deseo que creían justo.

Al salir de allí, fueron directas a la pensión. Comieron poco y rápido. Luego, salieron a pasear por el barrio para dejar pasar la tarde. No quisieron cruzar el río, hacia el centro de la ciudad, porque sus calles estaban atestadas de militares que caminaban altivos a cada paso.

La mañana siguiente, muy temprano, se presentaron ante la puerta principal de Capitanía General. No obstante, ya había allí una mujer esperando a ser recibida. A la misma hora del día anterior fueron conducidas a la antesala del despacho de aquella Secretaría. Poco tuvieron que esperar antes de oír Carmen su nombre.

Iban las dos vestidas con la misma ropa que el día anterior cuando se sentaron en las sillas ante aquel mando militar.

—Buenos días —dijo Carmen, que no sabía qué decir para comenzar la reunión. Estaba con las rodillas juntas, la espalda recta, la cabeza levantada y las manos entrelazadas en su regazo, intentando disimular el temblor que recorría todo su cuerpo.

—¡Ya está todo arreglado! —dijo muy ufano el alto mando militar, con una sonrisa en sus labios.

—¿De verdad? —preguntó Carmen con incredulidad.

—Ya no tiene que preocuparse de nada más.

—¡Muchas gracias, señor, señoría o usía! Perdone usted, estoy muy, muy nerviosa y no sé cómo dirigirme a usted —expresó Carmen, que ahora ya no podía disimular tantos días de sufrimiento.

—No se inquiete, señora. Ahora, puede regresar tranquila a Murcia —añadió él, con cortesía.

—Muchísimas gracias. Le estaré eternamente agradecida.

Puestas en pie, agacharon la cabeza las dos amigas, se dieron media vuelta y emprendieron la salida del despacho con paso firme.

Fuera, en la calle, Carmen dio saltos de alegría y se abrazó a María con una risa contagiosa, como hacía muchos años que no reía.

Arrearon en dirección a la pensión como si fueran dos yeguas de carreras. Carmen se cambió de vestido, maquilló su rostro de alegría y salió con María rumbo al cuartel para ver a su esposo.

—¡Ya está todo arreglado! ¡Ya está todo arreglado! —repitió ilusionada Carmen a su marido.

Salvador no había podido cumplir su deseo del día anterior. Seguía vistiendo la misma ropa y manteniendo el mismo aspecto. No obstante, al escuchar esas palabras en boca de su mujer y observar el rostro de júbilo que ella tenía esa mañana, hizo que todo su cuerpo se estremeciera de esperanza.

—Eso me ha dicho el mando militar esta mañana en Capitanía General. Que ya no tengo que preocuparme de nada más y que ahora

puedo regresar tranquila a Murcia —añadió Carmen.

—Pero ¿no te ha dicho que la pena se ha conmutado?

—No. Me ha dicho que ya está todo arreglado. Por la forma como se ha expresado, quería decir que la pena se ha conmutado. Además, me dijo que volviera tranquila a Murcia.

—¡Unnnh!, ¡no sé!

—Ahora, lo único que nos quedará por saber, es cuánto tiempo vas a estar en la cárcel. No creo que sea cadena perpetua, ¡seguro que habrá indultos en algún momento! Ya verás cómo pronto estarás con todos nosotros —aseveró Carmen, que no cabía de gozo en sí misma.

Llamaron a María, que se les unió en aquel momento a la conversación y siguieron hablando los tres hasta que el soldado huraño dio la orden de terminar la visita.

Esa misma tarde tomaron un tren rumbo a Madrid y por la noche compraron dos billetes en el tren correo para regresar a Murcia.

El miércoles por la mañana ya estaban de regreso en casa. A media mañana se dirigieron al bufete de Leopoldo para comunicarle las buenas noticias y, así mismo, volverle a pedir un nuevo favor. Carmen le pidió si iba a ser capaz de enterarse si la pena se había conmutado por cadena perpetua o por algún periodo de años en concreto, aunque fueran treinta años y un día. Leopoldo accedió a la petición y le dijo a Carmen que ya la avisaría cuando tuviese noticias.

A media tarde del jueves, Carmen llamó por teléfono a María, le dijo que acababa de llamarla Leo y que quería reunirse con ellas en su bufete.

Leopoldo las recibió en la antesala de su despacho y las hizo pasar dentro con premiosidad. Estaba muy serio, con la cara desencajada y mirando al suelo.

Una vez sentados dentro del despacho, Leopoldo no fue capaz de mirar a la cara ni a Carmen ni a María. Tenía una pluma en su mano derecha y la apoyaba encima de la mesa. Estaba en silencio, mirando en esa dirección y notando la mirada expectante de las dos amigas.

—Tengo muy malas noticas —fue capaz de decir al cabo de unos segundos, con voz trémula, emocionado y un atisbo de gran tristeza.

—Lo he pasado muy mal todo este tiempo y mi cuerpo ya está preparado para todo. No te preocupes, Leo, dímelas que, aunque sean malas, las asumiré con toda mi alma —aseguró Carmen, con miedo, mirando a los ojos a Leo que en esos momentos había dirigido su mirada hacia ella.

—Esta mañana, al amanecer, han ejecutado la sentencia y han fusilado a Salvador junto con otros presos condenados a muerte —atinó a decir Leo, casi susurrando, con palabras que no querían escapar a través de su laringe.

Carmen notó como si una cortina se despeñara dentro de sus ojos,

envolviéndola en una oscuridad silenciosa en la que estaba sola, sin nadie que pudiera socorrerla.

7

Juan comenzó a dar clases de pintura al capitán. Fue solo dos días después de su primera entrevista y cuando entró al barracón, él ya estaba preparado, con los utensilios que le había encargado Juan encima de la mesa. Eso solo podía significar que no muy lejos del campo de concentración se encontraría Relizane, la ciudad en la que venderían los carboncillos y cuadernos de pintura, aunque desde la alambrada del recinto, él solo pudiera divisar un paisaje casi desértico.

Como no sabía por dónde empezar sus clases, lo primero que intentó Juan fue averiguar el nivel del capitán y qué sabía de dibujo por sí mismo.

Esa primera tarde le propuso dos tipos muy diferentes de ejercicios.

En el primero, le indicó que tenía que dibujar la estantería del barracón. Igual que todas, tenía diferentes baldas verticales y horizontales, sobre las que descansaban documentos, algunos libros y varios objetos cuidadosamente colocados. Como en esos momentos caía la tarde y la luz incidía sobre ella de forma oblicua, a Juan le daría pistas para conocer los conocimientos en materia de pintura que poseía el capitán. Conceptos como profundidad, perspectiva y claroscuros serían los que él evaluaría más tarde en ese dibujo.

Si en el primer ejercicio existía un modelo que había que pintar, en el segundo planteó un problema más difícil de resolver. Le propuso que dibujara lo que quisiera, de memoria, sin la visión de un modelo que pudiese replicar. De esa manera intentaba evaluar la capacidad de abstracción que poseía el oficial.

La estantería tenía muchos detalles que mejorar, pero el camello que había dibujado de memoria solo podía suponerse que se trataba de ese animal porque tenía dos jorobas.

Para la segunda lección, Juan le encargó al capitán que necesitaba un paño grueso y otro más fino, así como una jofaina con agua y jabón. El oficial se encogió de hombros y asintió. Cuando se presentó la siguiente vez, ya estaban sobre la mesa.

Juan explicó que una de las características más importantes de una obra pictórica era la luz, por no decir que el pilar más importante bajo su punto de vista. El ejercicio que propuso en esta ocasión fue que el capitán le aplicara luz a los dos dibujos que había realizado el día anterior.

Como aquel no sabía cómo realizarlo, Juan realizó trazos de diferente intensidad sobre la estantería y luego procedió a difuminarlos utilizando el paño grueso sobre unos y después el trapo más fino sobre otras rayas. Incluso recurrió a sus dedos para difuminar

determinadas áreas del dibujo. Cuando terminó, se lavó las manos con agua y jabón en la palangana.

Procedió a explicarle cómo había iluminado la zona de la estantería en la que la luz incidía de forma oblicua y la diferencia entre los trazos que se obtenían al utilizar el paño de fibras gruesas, el fino o los dedos.

Cuando Juan hablaba, el capitán repetía en algunas ocasiones en francés lo que iba hablando, para que pudiera aprender cómo se decían esas palabras. Después volvió a pintar de nuevo la estantería aplicando la técnica del difuminado.

Mientras pintaba, hablaban en francés.

Había sido ya motivo de conflicto algún que otro día. Los soldados franceses lavaban a sus perros en la misma fuente en la que los refugiados españoles recogían el agua para beber.

Como otras tardes, cuando terminaron de trabajar, se arremolinaron alrededor de las fuentes que había en varios lugares del campo de concentración. En ese momento, llegaron los soldados a lavar a los perros y expulsaron a los exiliados que estaban sedientos, teniendo que esperar para beber.

Las risas de los soldados franceses enfurecieron a los españoles, que se sentían humillados por aquella situación. Varios de ellos no pudieron refrenar su instinto, dieron un paso adelante y comenzaron a discutir con los soldados, sin que sus compañeros hicieran nada en esa ocasión para evitar su enfrentamiento, por el desprecio al que estaban sometidos y a sabiendas de lo que pudiera suceder después.

El más exaltado de aquellos hombres intentó apartar a uno de los perros que estaba embadurnado de jabón, con la intención de llenar una lata de agua y beberla después.

Uno, dos, tres fueron los culetazos que sufrió por parte de los soldados franceses, incluida la mordedura del perro. Como consecuencia, fueron detenidos los republicanos que se habían revelado y después encarcelados en la prisión del campo de concentración.

Esa noche los exiliados españoles pudieron enterarse de que habían sido cuatro los detenidos y que, aparte de estar privados de libertad, también habían sido condenados a no beber agua durante el día en la prisión. Entre los detenidos, se encontraba Nicolás Monerris.

La mañana siguiente, cuando comenzaron a trabajar, los soldados franceses y los senegaleses comenzaron a burlarse de los españoles. También hacían gestos como explicando que los detenidos no podían beber, acompañados de otros movimientos mímicos con las manos, demasiado groseros.

No tardaron muchos minutos en comprender el castigo al que habían sido condenados los detenidos: dos días privados de comida y una ración de un cuarto de litro de agua cada día que les entregaban al atardecer, hacinados en una prisión minúscula.

Esa mañana no hubo ningún altercado más. Trabajaron sumisos, con la cabeza agachada y con la hiel evaporándose cada vez que respiraban.

El pitido sonó indicándoles el descanso del mediodía. Desde distintos puntos acudieron los amigos de Juan a su encuentro. Se reunieron en la entrada del barracón, a la sombra y refrescados con la suave brisa que corría, puesto que los ventanales estaban abiertos.

Esa tarde Juan tenía clase de pintura. Sus amigos masones lo instaron a que conversara con el capitán y lograra el perdón o una reducción del castigo. Sus compañeros de barracón estaban pendientes de la conversación y también le pidieron que tuviera ese proceder.

Se encontraban en la tercera semana de clases. El capitán progresaba con dificultad en el arte de la pintura, mientras que Juan asimilaba con urgencia el idioma que ya estaba seguro de que iba a necesitar hablar y escribir.

Los primeros días solo hablaron de pintura. Pero, poco a poco, fueron ampliando el tema de conversación. La guerra civil española; la situación política en Francia ante la invasión de Polonia por parte de Alemania; la posibilidad de que la guerra se expandiera a otros territorios del continente; la familia que Juan había dejado en España y la esposa del capitán, que lo esperaba en Francia, fueron temas que surgieron entre dos hombres que estaban a muchos kilómetros de su tierra.

—Antes de comenzar esta tarde con nuestra clase, necesito hablar contigo de un tema muy importante —planteó Juan después de estrecharle la mano.

—Lo imaginaba —respondió el capitán.

No eran amigos, pero había una cierta complicidad dentro del respeto mutuo. Tutearse había supuesto un paso adelante en su relación, aunque siempre mantenían la distancia.

—Es injusto el castigo que están sufriendo mis compañeros.

—¿Por qué? —preguntó el capitán, mientras le hacía a Juan un gesto con la mano invitándolo a sentarse.

—Esos hombres tenían sed. Todos tenemos sed después de una jornada dura de trabajo —manifestó Juan, permaneciendo de pie, recto, obviando la invitación del capitán.

—Eso ya lo sé.

—Además, hay algo más importante. Una persona inteligente y con juicio no permitiría que sus hombres bañaran a los perros en las fuentes comunes para todos —insinuó Juan, de pie, mirándolo a los

ojos.

—Adelante. Tómate la libertad de explicármelo —propuso, intrigado por la sugerencia de Juan.

El capitán era un hombre serio que apenas reía. Cabeza rectangular, bigote grueso y alargado, nariz prominente, ojos de color marrón oscuro que cada día escrutaban a Juan, frente amplia y pelo peinado con raya a la izquierda sobre el que cada día aplicaba una sugerente capa de brillantina. Ambos tenían la misma estatura.

—Los perros se orinan y hacen sus necesidades en la fuente cada vez que los bañan. Desde el punto de vista sanitario esa es una situación de insalubridad, que puede ser una fuente de infecciones tanto para mis compañeros como para los militares —alegó Juan, serio.

—No había supuesto esa posibilidad —entonó el capitán, que seguía sentado en la silla de su despacho.

—Esas dos causas son las que provocaron la discusión de mis compañeros con tus soldados.

—Lo hecho, hecho está. La disciplina es muy importante en el *Centre d'hébergement*. Hay muchos hombres aquí. Sin orden, este lugar sería un caos.

El capitán hablaba pausadamente, igual que lo hacían los españoles que habitaban Argel desde hacía décadas. Allí había estado destinado varios años que le sirvieron para aprender el español.

—Estoy de acuerdo con la disciplina, pero esos hombres no merecían ese castigo despiadado —reprochó Juan, manteniendo el temple.

—Soy el encargado de este lugar y tengo que mantener el orden.

—Un hombre justo sabe mantener el orden con un castigo menos doloroso.

—Hay que respetar a los hombres que están bajo mis órdenes.

—Un hombre se hace respetar… cuando actúa con justicia —espetó Juan, con serenidad.

No había displicencia en las palabras de Juan. No estaba planteando un órdago encima de la mesa porque no era un juego de vencedores y vencidos. Tampoco era una negociación porque no había nada que ofrecer a cambio. Se trataba de una conversación en la que la balanza de la justicia tenía que permanecer inalterable, sin un ganador ni un perdedor.

El capitán era buen conversador. Escuchaba a Juan y su rostro no se inmutaba con sus argumentos. Sin embargo, parecía complacido con las evidencias que encontraba en las palabras de su interlocutor y no osó mostrarse con soberbia ni con la prepotencia que su cargo le podría otorgar.

—Según tú, ¿cuál hubiera sido el castigo justo?

Sorprendió el capitán a Juan con su pregunta, que esperaba tener que insistir más con sus alegaciones.

—Llegados a este punto, y puesto que ya llevan un día de castigo, lo justo sería ponerlos en libertad en estos momentos y que puedan cenar esta noche con sus compañeros.

Juan no quiso decir cuál hubiera sido su castigo justo, porque no lo merecían, pero tampoco quiso aventurarse a contravenir la orden adoptada por el capitán. La diplomacia le aseguraba que la mejor opción fuera proponer lo que él haría, si tuviese que tomar una decisión en esos instantes.

—¿Y si me negase a tu propuesta?

—Como decimos en mi tierra: "olivica comía, huesecico al suelo".

—No entiendo. ¿Qué quiere decir eso?

—Tú lo has dicho antes: lo hecho, hecho está, pero…

—Comprendo.

—¿Y?

—Esta noche, tus compañeros cenarán contigo.

A continuación, el capitán ordenó que los presos fueran puestos en libertad.

Durante la clase, hablaron poco.

Terminó de dar la clase, se dieron la mano como siempre hacían y Juan se despidió hasta la siguiente. Era ya de noche y se dirigió a cenar. Siempre era el último en llegar, pero no le importaba porque la experiencia de las clases de pintura y de francés le reconfortaba, además de mantener su mente ocupada.

Cuando entró al barracón y lo vieron sus compañeros, dejaron de conversar, se pusieron en pie y todos comenzaron a aplaudir.

Por el pasillo, mientras se dirigía a recoger su cena, escuchaba palabras de agradecimiento a las que correspondía con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Aquella noche había un guiso de carne de camello con verduras, muy especiado y de color ceniciento.

Después de cenar salió fuera y le reconfortó el aire del desierto. Pocos minutos más tarde, vio venir desde diferentes barracones a sus amigos.

—Muchas gracias, amigo mío —dijo Nicolás Monerris, fundiéndose en un fuerte abrazo con Juan.

—No tienes por qué darlas —respondió Juan.

—Te estaré agradecido toda la vida.

—Somos un grupo de amigos unidos por los mismos ideales y con las mismas creencias. Ayudar al prójimo, como ya sabéis, es uno de los preceptos más importantes de la masonería. Pero en el caso de que no fuera así, en el caso de que no fuéramos masones, que no te quepa la

menor duda de que yo hubiera actuado igual —expuso Juan, con humildad.

—Ya lo sé, Juan. Desde que nos conocimos, cada día aprendo algo nuevo contigo y sé que tu generosidad no tienes límites. Por eso, te estoy aún más agradecido.

Juan estaba apoyado sobre la pared de madera del barracón. Todos estaban fumando un tabaco de picadura que habían liado con habilidad y que se consumía con bastante velocidad. Se trataba del único producto que se podía comprar en el campo de concentración.

—Llegados a este punto, ahora mismo, lo más importante es la lección que tú hayas aprendido durante el día de castigo —apuntó Juan.

—Explícate, por favor.

—Toda experiencia, por mala que sea, tiene sus puntos positivos y negativos. Siempre hay que exprimirla para sacarle todo el jugo, todo lo bueno que te haya podido aportar y que te va a servir para tomar decisiones en el futuro. Tienes que aprender de la parte buena y real de la moraleja.

—Creo que ya te comprendo.

—Estamos aquí en condiciones miserables, incluso el agua que necesitamos cada día se puede contaminar por la falta de higiene. Hiciste bien en protestar, pero te dejaste llevar por tus impulsos y caíste en la trampa que te tendieron los militares. Fue un arrebato, ya lo sé, pero las consecuencias que puede traer esa forma de actuar pueden ser impredecibles. Te castigaron y, aunque injustamente, esa fue la suerte que tuviste y lo realmente bueno de esta experiencia. Porque, también te podían haber pegado un tiro, tú estarías muerto en estos momentos y al soldado no le habría pasado absolutamente nada, ni tan siquiera habría recibido una reprimenda.

—Tienes toda la razón. Fue un error, un gran error y te prometo que no volverá a ocurrir —respondió Nicolás, apenado, agachando la cabeza.

—Ni a mí, ni a nosotros, nos tienes que prometer nada. La promesa de enmienda te la tienes que hacer a ti mismo. Además, como decía Rabindranath Tagore, si cierras la puerta a todos los errores, dejarás fuera la verdad.

Los otros cuatro amigos permanecían atentos a la conversación sin tener la necesidad de intervenir.

—Es el capítulo más siniestro de mi vida. No sé si lo podré soportar —dijo Nicolás, mirando ahora a todos sus amigos.

—Todos lo vamos a soportar porque nos tenemos los unos a los otros para ayudarnos. Las flaquezas las superaremos con el apoyo de cada uno de nosotros. Tenemos que socorrernos, pero también tenemos que auxiliar a todos los hombres que veamos hundidos

moralmente en este campo de concentración. Vamos a salir de este lugar mezquino igual que llegamos, con nuestras ideas que siempre nos harán libres. Aunque, con total seguridad, mucho más delgados.

No había ritual. Ninguno de los presentes llevaba puesto su mandil, pero parecía una tenida en la que el Maestro masón estaba iniciando a su Aprendiz en el conocimiento de sí mismo, antes de poder ofrecer su generosidad y sabiduría a los demás. Todos escuchaban con atención y asentían con sus cabezas a las palabras de Juan. Rieron la broma sobre los kilos perdidos, que ya sumaban demasiados entre todos.

—Así lo haré. Tendré siempre presentes tus palabras para superar los momentos de tensión y cuando mi moral esté por los suelos.

—Seguramente yo también os necesitaré a vosotros y espero encontraros en el momento oportuno —insinuó Juan.

—Todos vamos a estar presentes para quien lo necesite, mientras estemos aquí y cuando salgamos de este lugar —apuntó Andrés Serrano.

—Es necesario que todo lo que estamos sufriendo y nos está ocurriendo podamos contarlo algún día, cuando seamos libres, para que todo el mundo lo conozca y no se pueda olvidar ni repetir nunca —expuso Juan.

—Estoy de acuerdo —dijo Sixto Vidal.

—Por mi parte, hace unas semanas comencé un diario en el que estoy escribiendo las fechas clave de nuestro exilio. Como no tengo mis libros, también estoy apuntando todas las frases importantes que han ido llenando mi alma, y que luego he utilizado para citarlas en nuestras reuniones o con los Aprendices a los que he instruido. Os pido, por favor, que me digáis las frases que vayáis recordando, para que yo las pueda anotar —formuló Juan.

—Descuida, Juan. Así lo haré —afirmó Nicolás y, como él, todos volvieron a asentir.

—Una idea se me acaba de ocurrir, Nicolás, con relación a la experiencia vital que acabas de tener. Me gustaría que escribieras unas palabras en mi diario acerca de lo que te ha ocurrido, porque también te pueden ayudar para encontrar la paz interior que necesitas en estos momentos —sugirió Juan.

—Será para mí un honor, Maestro —sentenció Nicolás.

Había sido un día difícil, duro. En esos momentos era cuando más echaba de menos a María, que siempre estaba ahí, con una sonrisa y musitando una frase de apoyo.

Rabindranath Tagore era uno de sus poetas preferidos. Juan admiraba la sabiduría y el mensaje que había en sus palabras. Le gustaba citar sus frases en las tenidas o cuando estaba instruyendo a un Aprendiz o a un Compañero. Esa noche, en su diario, comenzó a escribir muchas de las frases que recordaba del filósofo poeta.

Durante los días siguientes la actitud de Nicolás cambió. Se le veía más calmado, pensativo y poco hablador cuando se reunían después de cenar. Él siempre había destacado por su participación en las tertulias, pero parecía mucho más comedido.

—¡Ya estoy preparado! Ya sé lo que voy a escribir en tu diario —fueron las palabras de Nicolás Monerris.

—Me alegro. Después de cenar vamos y escribes lo que has pensado —respondió Juan, esbozando una sonrisa.

Llegaron los seis hasta el barracón de Juan. De debajo del catre sacó su maleta y extrajo el diario. Salieron hasta la entrada, donde había más espacio, Nicolás se sentó en el suelo, colocó la maleta sobre sus piernas para utilizarla a modo de mesa y comenzó a escribir:

«Afortunadamente, hay momentos en la vida en que el hombre puede sentirse satisfecho. Para conocer estos momentos de satisfacción, es preciso haber saboreado, de antemano, el amargor de la adversidad.

En la situación de más angustia y más trágica de mi vida; cuando mi espíritu está hecho añicos, hasta el punto de que ignoro si he vivido y vivo entre personas; cuando creo encontrarme en uno de los infernales Círculos descritos por Dante, tengo la fortuna, la inmensa dicha de encontrarme al hombre que, con sus sabias reflexiones, con sus honrados y humanos consejos de gran sanador de las enfermedades del alma, me sacó del profundo y oscuro abismo en el que me hallaba. Supo tocar y orientar las fibras de mi atormentada alma e hizo vibrar con satisfacción todos mis sentidos.

Este hombre es mi entrañable y fraternal amigo Juan Bernal, de quién conservo y conservaré toda mi vida, el recuerdo grato y bondadoso que se merece y del que le soy deudor.

En Relizane, a 10 de octubre de 1939.

Nicolás Monerris»

Estaban en medio de la nada, exiliados de su patria y olvidados por las autoridades que deberían de haber velado por ellos.

Se lo habían jugado todo por defender a España y nadie había movido ni un solo dedo por ellos.

Estaban solos, pero estaban unidos, porque esa era la única manera de poder salir del infierno.

Las palabras de Nicolás Monerris pulsaron la fibra sensible de cada uno de ellos y se les encogió hasta el corazón. Juan abrazó con el alma a su amigo, a su discípulo, con la emoción y el sentimiento que la lectura de aquellas palabras le había provocado.

El resto de amigos también abrazó a Nicolás.

Después salieron fuera del barracón y se quedaron en silencio,

mirando a las mismas estrellas que también habían visto muchas noches desde España.

8

Después de la muerte de Salvador Mateos, María comprendió que había heredado la gracia de su madre y de su abuela, como ellas la llamaban. Ahora sabía a ciencia cierta que aquellas cartas echadas en el Balneario de Fortuna le habían predicho el futuro de Carmen y Salvador y que sus presentimientos, por desgracia, eran acertados. Aquellos dolores lancinantes que sentía sin saber por qué en su abdomen y en su tórax, no eran otra cosa que el presagio del sufrimiento que tanto Carmen como ella iban a padecer en un futuro cercano.

Ya no quería saber nada de naipes. La baraja que tenía en casa, para pasar el tiempo mediante juegos de mesa con sus hijos, la había escondido en un arcón bajo llave.

Seguía visitando a Carmen cada día, pero su amiga no encontraba consuelo alguno, más aún después del engaño y la humillación a la que había sido sometida por aquellos militares arrogantes y facinerosos en Burgos.

Las dos amigas ya estaban convencidas de que nada volvería a ser igual, que el nuevo régimen había llegado para perpetuarse en el tiempo, mediante la aniquilación, premeditada y con alevosía, de todos aquellos que considerasen sus adversarios en los ideales con los que pretendían sembrar la nueva España.

Ya sabían que estaban fusilando a todo aquel que oliera a Frente Popular y a masonería. Además, estaban siendo encarceladas y sometidas a juicios sumarísimos imparciales todas las personas que en algún momento se hubieran manifestado en contra del ideal político de la derecha, así como de la iglesia. Los chivatazos y las denuncias, muchas de ellas injustas, a sabiendas de que eran falsas y en muchas ocasiones provocadas por la envidia o el rencor, estaban a la orden del día.

Parecía que estaban volviendo a vivir lo que había ocurrido en Murcia al inicio de la guerra civil, pero con mucha más saña e inquina que en aquel periodo. La única y vital diferencia, es que ahora eran ellas y aquellas personas con sus mismos ideales los que eran las presas. Los cazadores furtivos se paseaban por las calles con la cara descubierta y la camisa azul, dispuestos a cazar al enemigo.

Carmen apenas salía de casa. María iba y venía siempre perseguida por el miedo y la delación de alguna persona miserable. Estaban condenadas a permanecer en silencio y aguantar cualquier tipo de tropelía sin poder rebelarse, aunque la indignación la guardaran para sí mismas.

En medio de aquella algarabía de injusticia y represión vino a sumarse el hambre que, si ya en los últimos meses de guerra había hecho acto de presencia, desde que terminara el conflicto civil se había acrecentado en cada rincón de la ciudad y de la huerta. Como siempre, los más pudientes estaban sorteando aquel dislate, pero las personas de menor poder adquisitivo confirmaban, cada día que pasaba, cómo sus carnes iban menguando y las vestimentas, que antes resultaban ajustadas, ahora dibujaban pliegues por doquier.

Los productos de primera necesidad estaban racionados y las cartillas de racionamiento se convirtieron en el pan nuestro de cada día. Como consecuencia de la escasez, los precios estaban subiendo y el estraperlo apareció sin que nadie lo hubiese llamado.

En casa de ambas amigas aún no había entrado el hambre, pero la situación de Carmen comenzaba a ser crítica, mientras que la de María empezaba a ser preocupante.

La Navidad llegó enhebrando un poso de tristeza y amargura.

El día de Nochebuena, María se marchó a casa de sus padres a media tarde, buscando el calor familiar que no sentía en su casa. La ausencia de Juan había ocasionado un vacío imposible de llenar.

Mientras los niños estaban jugando con sus primos en el patio de la posada, María se encontraba con sus hermanos y sus padres preparando la cena en la cocina.

—¿Tienes noticias ya de Juan? —preguntó su madre que, cada vez que se veían, siempre era lo primero que le preguntaba.

—No, ninguna —respondió María, queda, agachando la cabeza.

Sabían que estaba en Argelia, pero nada más.

—Pero ¿por qué no te escribe? Otras personas que se han exiliado ya han escrito a sus familiares relatándoles cómo se encuentran —quiso saber su padre, que se encontraba de pie, ante los fogones, ayudando a su mujer.

—Estoy segura de que a Juan le duele más que a mí no escribirme. Tengo la certeza de que tiene sus razones y la más importante es que quiere protegerme. Además, tengo el presentimiento de que si me escribiera una carta, seguro que sería requisada en correos para que las nuevas autoridades puedan saber dónde se encuentra y, al mismo tiempo, pondría mi vida en peligro. Y eso Juan no lo va a hacer nunca. Ya me escribirá cuando lo considere oportuno —argumentó María, para que sus padres y sus hermanos comprendieran que ella estaba tranquila, que conocía muy bien a su marido, que confiaba en él y que ya le escribiría cuando la situación fuera propicia.

María sabía que había dado una explicación demasiado explícita, pero era su familia y quería dejar las cosas bien claras. En aquellos

tiempos convulsos y más aún durante la guerra, ella siempre supo que habían estado jugando con fuego, pero tenían la conciencia tranquila porque por encima de todo iban a ser fieles a sus ideales. Tenía una fe ciega en Juan, además del presentimiento de que iban a volver a estar juntos algún día, por lo que esa carta por la que preguntaban sus padres, ella sabía que en algún momento llegaría y que iba a tener toda la paciencia del mundo para esperarla.

—Si piensas así, no hay nada más que hablar —sentenció su madre, mirándola a los ojos.

—Ya sabes que todos estamos preocupados por ti y por tus hijos —expuso su hermana.

—¡Gracias, Mercedes! —contestó ella, con la voz entrecortada y con lágrimas que comenzaban a brotar en sus ojos.

—Ahora no tienes ingresos y tu situación económica imagino que no será muy buena —aseveró su hermano Enrique.

—Pues como la de todos, o mejor dicho, como la de muchos —afirmó con desgana.

—Has querido decir antes que vas a esperar a Juan, pero para ese momento puede ser que pase mucho tiempo —apuntó su padre.

—¡Aunque sean mil años! Voy a esperarlo y volveremos a reanudar nuestras vidas algún día.

—Sé que siempre has estado enamorada de Juan y estoy orgulloso de ello, pero ahora se trata de comer y tus hijos no van a comer del amor. Lo que te quiero decir es que tienes que pensar qué vas a hacer con tu vida para salir adelante. Esa es nuestra preocupación y todos estamos pendientes de ti —continuó su padre con su discurso.

—Padre, ¿qué cree, que no pienso en ello? Todos los días solo pienso en eso y, además, me quita el sueño por las noches.

—Hija, tienes dos posibilidades. La primera, que es lo que yo pienso, es que deberías de buscar un trabajo.

—¿Y en qué voy a trabajar? Yo no he trabajado nunca y no sé quién me iba a contratar.

—Solo es cuestión de intentarlo.

—Y la segunda, ¿cuál es? —preguntó ella con curiosidad.

—La segunda es más drástica y te permitiría ganar tiempo.

—Dígame. No se lo calle.

—Lo he hablado con tu hermano y él está de acuerdo. Puedes vender tu casa. Tu hermano está dispuesto a comprártela y te podrías venir a vivir a la posada con tus hijos.

—Pero ¡padre!

—No es una idea alocada. Le vengo dando vueltas desde hace dos o tres meses y eso te va a permitir ganar tiempo. Tú lo has dicho, vas a esperar a Juan, pero no sabes cuándo ni dónde te vas a reunir con él. Mientras tanto, tus hijos y tú tenéis que salir adelante.

—Y me lo propone hoy, ¡en Nochebuena!

—Hija mía, el día es lo de menos.

—María, no es necesario que des una contestación hoy. Los padres y yo solo queremos que sepas que estamos aquí para ayudarte y que pienses en la propuesta de padre. En la posada tendrías para ti y para tus hijos la habitación más grande, la mejor —comentó su hermano, que estaba asintiendo a los comentarios de su padre.

—Pero ahora es una ruina vender una casa. Los precios han bajado una barbaridad. A día de hoy mi casa se podría comprar por dos reales y perdería mucho dinero en relación a cuando la compramos —objetó María, mientras secaba con un paño una cazuela de barro.

—Tienes razón, hija, pero… hay algo más que tienes que saber —cuestionó su padre, después de un silencio, creando cierta incertidumbre en la conversación.

—¡Algo más! ¿De qué se trata?

—Tú lo has dejado caer antes. Juan te protege, a su manera, no escribiéndote una carta. Nosotros también te queremos proteger. En la calle se dicen y se oyen muchas cosas. Muchas veces hemos escuchado tu nombre en conversaciones y, aunque ya han pasado muchos meses desde que acabó la guerra, en tu casa no estás segura.

—Leopoldo me prometió que no iban a venir a por mí. Que podía estar tranquila en mi casa.

—Eso ya lo sabemos. Pero, aquí, en la posada de tu hermano, estaríais más seguros tú y tus hijos. Además, tendrías dinero para sacar a tus hijos adelante —insistió su padre.

—Déjeme que lo piense, padre —musitó María, con un poso de tristeza en el tono de sus palabras.

Durante la cena, María procuró ser natural y que no se notara la preocupación que sentía tras la conversación mantenida. Tampoco quería que sus hijos notaran nada extraño en ella, salvo el hecho de la ausencia de su padre en una noche tan especial.

Con el nuevo año, María ya sabía que tenía que dar un giro a su vida.

Durante los días de Navidad había tenido mucho tiempo para pensar y tomar decisiones que no le gustaban nada en absoluto, pero que eran necesarias para el porvenir de su familia.

La más urgente tenía que ver con Manuela. Estaba muchos años trabajando en su casa, pero ahora ya no disponía de dinero para poder pagarle. Le dolía en el alma tener que prescindir de su servicio, aunque conociendo lo buena trabajadora que era, sabía que encontraría pronto trabajo en cualquier otra casa.

Fue a mediados de enero cuando María se decidió a hablar con Manuela. Estaban las dos solas, sentadas en la mesa de la cocina,

después de regresar de dejar a sus hijos en el colegio. Manuela se mostró comprensiva en todo momento y comentó que sabía que ese momento iba a llegar.

Se despidieron esa misma tarde, entre lágrimas de tristeza, porque María nunca se había comportado como su patrona, sino más bien como una amiga.

La mañana siguiente, María y Carmen fueron caminando hasta la Glorieta y se sentaron en uno de sus bancos. Siempre se reunían en casa de alguna de ellas, pero ese día decidieron que ya estaba bien de esconderse y que un poco de sol no les vendría mal, aunque ese día de enero unas nubes viajeras lo ocultaran de vez en cuando.

—Voy a aceptar la propuesta de trabajo de Leo —inició la conversación Carmen.

—Me parece muy bien.

—Él, aunque tenga sus ideas, no tiene culpa de nada. Demasiado hizo por Salvador, tal como está el paño ahora mismo.

—¡Y que lo digas!

—Fue una suerte encontrarme en la calle con él hace unos días. Creo que adivinó que estaba desesperada y me ofreció el trabajo. Me ha dicho que su bufete marcha muy bien y que cada día que pasa tiene más clientes.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Un poco de todo. Limpiar, hacer recados para entregar y recoger documentos, organizar la correspondencia, recibir a los clientes.

Estaban sentadas mirando en dirección al río, observando el transitar de las galeras, las bicicletas y algún que otro coche a través del puente de los Peligros. Desde que había finalizado la guerra, era la primera vez que se sentaban en aquel paseo. Con toda la intención, se colocaron dándole la espalda al ayuntamiento, como si quisieran darle la espalda a todos los políticos que ahora eran los dueños de aquel lugar.

—No te vas a aburrir. Además, te va a venir bien. Llevas mucho tiempo encerrada en casa.

—Me vendrá bien en todos los sentidos y podré aliviar mi situación económica.

—Tienes razón.

—Y tú, ¿qué has decidido? —preguntó Carmen, que estaba al corriente de todo lo que le sucedía a María.

— He decidido venderle la casa a mi hermano. Aún no se lo he dicho a mi padre ni a él, porque me duele hasta el alma solo de pensarlo. Es como si estuviera vendiendo toda mi vida con Juan y con mis hijos. No sé si hago bien o mal, pero igual ellos tienen razón y en

la posada puedo estar más segura. Además, tal como van las cosas, creo que Juan tardará mucho tiempo en volver y, más aún, con la guerra que hay en el continente ahora mismo, que no sé cómo nos puede afectar. Él es un hombre trabajador y ya encontraremos otra casa para vivir juntos.

—Ya te he dicho que es la menos mala de las posibilidades. Estarás protegida por tu familia y es la mejor manera de salir del paso.

—Tú lo acabas de decir. Es solo pan para hoy y hambre para mañana, porque no he hablado con mi hermano sobre lo que me va a pagar por mi casa, pero ahora mismo yo sé que solo vale cuatro perras.

—Aunque sea un parche momentáneo, ya tendrás tiempo de ir buscando otras cosas. Siempre has sido una mujer echada para adelante. Además, estoy segura de que esta situación sabrás torearla.

—Las dos estamos aprendiendo a capear la vida que nos ha tocado vivir.

—No queda otra.

Carmen vestía de negro riguroso, de la cabeza a los pies, con ese velo que siempre llevaba puesto cuando salía a la calle y que la envejecía diez años. Desde la muerte de su marido, todas sus prendas de vestir eran del mismo color, hasta el abrigo azul marino que lo había teñido de negro.

—A propósito de capear la vida, ¿cuándo te vas a quitar ese velo?

—No lo he pensado. Un día de estos.

—Aprovecha la ocasión y el primer día que vayas a trabajar no te lo pongas. No deberías de presentarte en el trabajo con ese velo.

—Tienes razón. Te haré caso.

—Otra cosa.

—Dime.

—Te voy a echar de menos por las mañanas cuando empieces a trabajar.

—Me lo imagino. Pero ahora que los niños son ya mayores, creo que es hora de dejarlos que vayan solos al colegio. Somos las únicas madres que acompañan a sus hijos. Yo ya no lo podré hacer cuando empiece a trabajar.

—Tienes razón. Aunque María es aún pequeña, sus hermanos sabrán cuidar de ella. Intentaré hacer algo mientras los niños están en el colegio.

Después de despedirse de Carmen, María regresó a su casa. Cuando entró, se sintió sola, ya no estaba Manuela, sus hijos estaban en el colegio y era la primera vez que sentía esa sensación de soledad en su hogar. Se preparó un café de achicoria, se sentó en la mesa de la cocina para tomárselo y comenzó a analizar la conversación con su amiga. Comprendió que el orden de sus prioridades debería de

cambiar y que, a partir de entonces, el bienestar de sus hijos debería de ocupar el primer lugar.

La decisión estaba tomada. Alargarla más días era una tontería, pero siempre tenía una excusa para posponerla en el tiempo.

«*Mañana iré a casa de mi padre y se lo comunicaré a él y a mi hermano*», pensaba cada día que pasaba.

Mientras tanto, no se decidía. Eran muchos los sentimientos, las vivencias y los recuerdos encerrados entre aquellas paredes.

Cuando estaba sola, María entraba a cada una de las habitaciones de su casa para recordar cada detalle que le evocaba aquella estancia, con el fin de guardarlo para siempre en un rinconcito de su memoria.

El destino la había puesto entre la espada y la pared, tenía que abandonar su casa, pero se llevaría consigo el alma de su hogar para no olvidarlo jamás.

Pasaron casi dos semanas más para que al fin pudiera decidirse.

Una mañana fue a la posada de su hermano y le dijo que lo acompañara a casa de sus padres. Allí, como siempre, reunidos en la cocina, les comunicó que había decidido vender. Luego estuvieron negociando el precio de la vivienda. María suponía que el importe de venta iba a ser bajo, pero no tan exiguo, aunque su hermano pagaría un sobreprecio simbólico para como estaba tasada la casa, teniendo en cuenta que, además, iba incluido todo el mobiliario.

Solo hubo una objeción por parte de María. La mesa de despacho que ella había comprado para Juan, junto con las sillas, no las iba a vender. Era el único recuerdo de la casa que iba a llevar consigo a la posada, porque ese mobiliario lo había comprado ella con especial cariño para su marido.

Ya imaginaba María que vivir en la posada no le iba a salir gratis. Allí tendría que hacer frente a la habitación que iban a ocupar y a la manutención diaria de ella y de sus hijos, porque iban a comer lo que se servía cada día a todos los huéspedes. Una vez sopesado todo, acordaron que ella debería de pagar un módico precio.

La mente de María trabajaba deprisa siempre que había un plan por medio. Comenzó a hilvanar cuentas y pronto dedujo que estaba en lo cierto con la frase que le había dicho a Carmen, aquello era pan para hoy y hambre para mañana. Se trataba de un remiendo para zurcir una situación desesperada, a la que en un futuro próximo habría que ponerle una solución. El negocio daba para poco y, más pronto que tarde, se tendría que poner a trabajar antes de entrar en quiebra económica.

Acordaron arreglar todos los papeles pertinentes en los días siguientes y María propuso la fecha para abandonar su casa, que fue

aceptada por sus padres y su hermano.

Durante esas semanas, María tuvo tiempo para enrocarse en sus ideales, en todo aquello por lo que había luchado y de maldecir la ineptitud de los políticos que se habían cruzado en su vida, que habían llevado a aquella situación catastrófica tanto a ella como a toda España. Pero nunca daría su brazo a torcer, porque estaba segura de que si todo hubiera de comenzar de nuevo, habría actuado de la misma manera que lo había hecho. No tenía remordimientos ni se arrepentía de nada.

Ahora tocaba echar para adelante, esperar a Juan y volver a reunir su familia algún día para empezar juntos de nuevo.

El Lunes Santo de 1940, María abandonó su casa y se trasladó, junto con sus hijos, a vivir en la posada de su hermano Enrique.

9

A finales de octubre finalizaron la obra en la que estuvieron trabajando desde que habían llegado al campo de concentración.

Los días previos observaron cómo llegaban camiones cargados con piedras de gran tamaño y los descargaban en una amplia explanada en la que no había barracones, hasta formar una montaña de pedruscos.

Después del desayuno, a ritmo de silbato, los exiliados españoles fueron divididos en dos grupos. Unos eran conducidos al montículo de piedras y otros al de tierra, arena y piedras que durante casi tres meses habían extraído del foso perimetral que habían construido.

El trabajo del grupo de la montaña de piedras no fue muy difícil de explicar. Consistía en trabajar con el pico y una maza para romperlas en guijarros mucho más pequeños y de diferente tamaño, con el fin de fabricar zahorra que no sabían dónde se iba a utilizar.

El trabajo del otro grupo era algo más complicado. Iban a fabricar ladrillos con la tierra arcillosa que habían ido acumulando durante ese tiempo. Tenían que tamizarla, eliminar las piedras y la mayor cantidad posible de arena. Una vez finalizado ese trabajo, comenzaría la fabricación de ladrillos macizos de arcilla.

Juan se había convertido en el enlace entre los españoles y el capitán, para solucionar los problemas que iban surgiendo en el campo. Así, había podido conseguir que los hombres que enfermaban, algunos de ellos de gravedad, fueran trasladados a Orán. Allí, no solo estaban presos hombres jóvenes sino que también había personas de más de cincuenta y sesenta años. Las condiciones inhumanas del trabajo y de vida, en aquel lugar, estaban mermando la salud de muchos republicanos con una velocidad que se iba acelerando cada día que pasaba.

Sin embargo, había otros problemas que seguían sin resolverse.

Los chinches y los piojos se convirtieron en unos compañeros inseparables de fatigas, que acudieron a aquel lugar, atraídos por las condiciones de hacinamiento e insalubridad de los barracones. La solución propuesta por el capitán había sido que los fueran matando uno a uno, así que no resultaba extraño ver a los hombres, en las horas de descanso, despiojándose unos a otros y matando chinches aprisionándolos entre los dedos.

Viendo la cara de asombro de Juan, y como cada día que pasaba se conocían un poco más, él explicó que no se desentendía del asunto, sino que no tenía armas a su alcance para combatir la plaga de los funestos insectos.

El capitán había resultado ser un magnífico profesor de francés

para Juan. Era paciente, buen conversador y tenía una rara habilidad para explicar cómo perfeccionar el sonido de una vocal, una palabra o el contexto de una frase. Además, Juan se sorprendía cada día con la soltura que iba adquiriendo en el manejo del carboncillo sobre una lámina de papel en blanco y lo poco que utilizaba ya por aquellas fechas el borrador.

Sin embargo, cuando se trataba de temas relacionados con el campo de concentración, el capitán siempre se mostraba parco en palabras, agudizaba la atención en el dibujo y esbozaba una media sonrisa para no decir nada.

Así que, cuando Juan lo interpeló acerca del nuevo trabajo que estaban realizando y para qué iba a servir, aquel se encogió de hombros, respondió que él cumplía órdenes y que no hacía preguntas a sus superiores.

La Navidad llegó picando piedra y fabricando ladrillos.

Cada semana, porque así lo había decidido el capitán, los grupos intercambiaban el puesto de trabajo. El color tostado de la piel disminuía su tonalidad porque la temperatura había mejorado y se parecía más al otoño de Murcia. El sol seguía impertérrito cada día en lo alto del horizonte, pero ya no los torturaba como en el verano. Por las noches seguía haciendo frío, pero lo intentaban aliviar con la poca ropa de abrigo que habían llevado consigo.

En su mente, todos tenían un objetivo común: regresar a España.

Por eso, después de la cena de Nochebuena, que había consistido en uno de esos guisos calientes, de color indeterminado y de sabor especiado, como el del resto de noches, todos brindaron por el próximo regreso a España, aunque los más optimistas levantaron sus latas, en las que bebían el agua, brindando por el regreso a su tierra el año próximo.

Después de terminar la cena, Juan salió fuera del barracón y comenzó a caminar por el campo de concentración, como si estuviera dando un paseo a la luz de la luna. Encendió el cigarrillo con el chisquero y dio una calada profunda. Intentó abrigarse más, desdoblando la solapa de la chaqueta y metiendo las manos en los bolsillos. Tenía más helado el corazón que el cuerpo y la tristeza jugó sus cartas para envolverlo en la melancolía.

Pensaba en sus hijos, pensaba en María. Recuerdos felices, recuerdos dichosos. En todos los años que habían celebrado esa noche juntos, en las cenas que habían brindado por un próspero porvenir. En sus suegros, en sus cuñados, en sus sobrinos, en sus padres, en su hermana y en su hermano que esperaba que guiase sus pasos desde el cielo. Endulzaba sus pensamientos con los cordiales, saciaba su

hambre con pavo y aplacaba su sed de añoranza con vino de Jumilla.

Miró hacia el cielo, que estaba despejado, y contempló la luna, brillante, hermosa y serena, en paz. La luna, en la que quería ver el reflejo de María. La luna, que lo podría unir a su mujer, porque ella podría estar en esos momentos mirándola. La luna, como punto de unión en el que podían confluir sus miradas. Solo el cielo, con el sol, las estrellas y la luna, lo unían cada día con ella, aunque fuera solo un momento: María miraría allí arriba justo en el mismo instante en el que él estaba mirando.

De regreso, vio a sus amigos apoyados sobre la pared de madera de su barracón.

—Te echábamos de menos —dijo Anselmo Fernández.

—Gracias —musitó Juan, con una sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sixto Vidal.

—Bien, bien… no. Imagino que igual que vosotros —respondió, mientras hacía un círculo con su pie sobre la arena.

—Es una noche muy triste —apuntó Nicolás Monerris.

—Lo siento. Esta noche me encuentro mal, muy mal. Echo mucho de menos a mi familia. Era una noche muy especial para nosotros y siempre la hemos celebrado juntos. Necesitaba estar solo y pensar, por eso me fui a dar un paseo por este árido lugar —explicó Juan.

—Como dijo tu filósofo preferido: si de noche lloras por el sol, no verás las estrellas. Es bueno que recuerdes a tu familia porque seguro que ellos ahora mismo se estarán acordando de ti, pero sigues y seguimos vivos, nosotros también somos tu familia, alegra tu corazón porque ellos siguen vivos y te seguirán esperando —expuso Florencio Portillo, ante la mirada de sorpresa de los demás por la locuacidad con la que se acababa de expresar.

—Tienes razón, Florencio. Además, parece que has adivinado mi pensamiento porque precisamente venía hasta aquí mirando a los astros celestiales.

Estaban cabizbajos, alicaídos, rumiando la sensación de impotencia por la que estaban transitando en esos momentos, en una noche familiar, de alegría y villancicos. Sin embargo, estaban intentando levantar el ánimo de Juan porque así emergería la moral de todos al unísono.

—¡Qué pena no tener una guitarra ahora mismo! —exclamó Florencio Portillo.

—¿Por qué? —se interesó Andrés Serrano.

—Porque podría tocarla y arrancaros a cantar villancicos que alegren nuestras caras, ¡que hoy es Nochebuena! —aclaró Florencio, mirando a sus amigos con una sonrisa y realizando el ademán de tocar un acorde de guitarra.

—Por mí, no es necesario tener una guitarra para cantar un

villancico. Me basta con la voz de todos nosotros —sugirió Andrés.

—Ande, ande, ande, La Marimorena —comenzó a cantar Anselmo.

—Ande, ande, ande, que es la Nochebuena —siguieron cantando los demás, uniéndose al coro.

Siguieron canturreando los villancicos que conocían. Se emborracharon bebiendo el agua sucia que salía por aquellas fuentes y, durante la velada, a más de uno se le escapó una perla traicionera de sus ojos vidriosos.

1940 llegó como si no se hubiera marchado 1939. Los días, cansinos, se sucedían con la misma sintonía, como si fueran sinónimos unos de otros. Trabajo, trabajo y más trabajo. Y el ánimo trabado por un sinfín de penalidades, sufrimientos y torniquetes que apretaban hasta que dolía cada gramo del alma de los exiliados españoles.

No había otra cosa que seguir hacia delante, mordiendo el polvo de aquel maldito desierto, impotentes ante el acoso de los militares franceses y de la guardia senegalesa, para renacer esculpidos bajo la lucha que su orgullo les procuraba, porque no siempre iban a perder.

Eran hombres luchadores y perseverarían hasta conseguir un ideal que llevaba por nombre libertad, como siempre habían peleado desde que se habían comprometido por un modelo de sociedad.

Picaban piedras con todas sus fuerzas, hasta aprender cómo debían de ejecutar los golpes para que se rompiera la punta afilada de los picos, y con ello conseguir una tregua en la que aguardaban sin trabajar mientras iban a recoger un nuevo pico. Era una forma de retrasar el trabajo, de sabotear la labor a la que estaban destinados y para reír por sus adentros con un desatino que los malvados vigilantes no sabían descubrir.

Se acostumbraron a jugar al juego del gato y el ratón, en el que había que poner toda la pericia para que la picaresca de los republicanos no fuera descubierta y así, cada día, aumentaba el número de picos rotos y de los moldes de madera de los ladrillos, destrozados al dilatarse mientras se iba secando el exceso de arcilla con el que eran fabricados.

Mientras tanto, el capitán hacía como si no se enterara de nada, aunque Juan, que ya lo conocía demasiado bien, no se fiaba. En cualquier momento podría estallar y cumplir órdenes, como siempre aducía cuando se trataba de solucionar un problema en el campo de concentración.

Las clases de acuarela llegaron como caídas del cielo, como si aquella lluvia del mes de febrero les estuviera indicando que era preciso ir a comprar a la tienda de pinturas de Relizane, para que un pincel humedecido en un cuenco con agua eligiera en la paleta de

colores las tonalidades pertinentes, para pintar las nubes que dibujaban el cielo plateado del campo de concentración.

—Tengo buenas noticias —sugirió el capitán, con parquedad, provocando la intriga con la que siempre le gustaba jugar.

—¡Tú dirás!

—Está relacionado con todos vosotros.

—¡Bueno!

Los temas más importantes los trataban así, igual que otras veces. Frases cortas, monosílabos, sugerencias y exclamaciones que lo querían decir todo, pero que no expresaban nada.

Sin embargo, cuando hablaban de política, de la participación de Francia en la guerra europea, que poco a poco se iba magnificando, de la familia, de pintura o de cómo conjugar los verbos en francés, eran prolíficos en frases y contestaciones largas, argumentaciones y respuestas que parecían ser eternas.

—Os quieren ofrecer un trabajo.

—¿Quiénes?

—Los políticos de mí país.

—¡Los políticos!... ¿Ahora se preocupan de nosotros?

—Ya sabes que estamos en guerra.

—¡Ya!, ¡claro!

—Hay mucho trabajo en Francia y aquí.

—Y poca mano de obra.

—En efecto.

—Y son tan generosos, que ahora piensan en nosotros —dijo Juan con sarcasmo.

—Tanto en Francia como en Argelia hay decenas de miles de refugiados españoles.

—Somos exiliados de un país en el que nos iban a matar a todos si nos quedábamos. Francia no nos ha acogido, no estamos refugiados en territorio francés, sino que esos políticos nos han metido a todos en prisión sin haber cometido ningún delito, solo por el hecho de pisar el territorio de tu país —Juan escupió una retahíla de palabras llenas de rabia, porque era necesario dejar las cosas bien claras entre ambos.

—Ya sabes que no soy político, ni me interesa. No sabrían qué hacer con vosotros y para evitar desórdenes públicos, por los cientos de miles que cruzasteis la frontera, decidieron el mal menor y crearon estos *Centres d'hébergements* tanto en Francia como en Argelia, para teneros controlados.

Una vez que rompían la barrera, establecían lazos y volvían a ser ellos mismos. Las conversaciones adquirían un nuevo rumbo y Juan podía explayarse sin miedo, porque al capitán le gustaba escuchar sus argumentaciones, aunque muchas de ellas no las compartiera.

—¿Y ahora, qué? —volvió a preguntar Juan.

—En los últimos meses se han aprobado varias leyes en Francia que os competen a vosotros.

—¿Qué dicen esas leyes?

—A todo refugiado que haya solicitado asilo político, como es el caso de todos vosotros, se le va a obligar a elegir una opción de tres posibles.

—Después de tenernos encerrados en condiciones inhumanas en un campo de concentración, no creo que lo que nos vayan a obligar hacer a partir de ahora sea peor.

El capitán miró hacia su quepis, que siempre lo tenía colocado en un lugar destacado de la estantería, como si fingiera no haber escuchado el dardo envenenado de Juan. Vestía con la guerrera ceñida por el cinturón y unas botas altas y brillantes que escondían el bajo del pantalón.

—Os van a obligar a alistaros en la Legión Extranjera o en una unidad del ejército francés para combatir en la guerra del continente, o bien, entrar a formar parte de la Compañía de Trabajadores Extranjeros.

—Yo no voy a luchar en otra guerra, y menos aún en una que no me compete para nada en estos momentos, aunque sea contra esos nazis —espetó Juan, de forma despectiva.

—Es muy acertada tu opinión. En tal caso…

—¿En qué va a consistir el trabajo de esa Compañía de Trabajadores Extranjeros?

—En Francia hay decenas de puestos de trabajo relacionados con la industria de la guerra. La propuesta, aquí en Argelia, es volver a poner en marcha la construcción de la vía férrea del tren Transahariano —aclaró el capitán, con la mirada clavada en los ojos de Juan.

—¿Construir una vía de tren?

—En efecto.

—Parece mejor idea que ir a la guerra.

—Además, las personas que se incorporen a la Compañía de Trabajadores Extranjeros van a cobrar un salario y una ración mensual gratis de tabaco.

—Sería lo correcto, que nos paguen por nuestro trabajo. No como ahora, que nos tienen trabajando como esclavos y sin cobrar ni un real.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿el trabajo que estamos realizando ahora? —sorprendió Juan con su pregunta.

—¿Qué?

—Esa zahorra y los ladrillos que hemos fabricado desde hace varios meses aquí, ha estado destinado a la construcción de esa vía de tren. ¡Hemos sido esclavos que han trabajado gratis!

El capitán bajó la mirada, se concentró en la acuarela que estaba pintando y no respondió.

Juan lo miró de soslayo, se acercó a la ventana y contempló la llegada de la noche al campo de concentración.

Con el visto bueno del capitán, Juan fue el encargado de ir trasmitiendo la noticia a los republicanos que la recibieron con cautela y con críticas, porque ya no se fiaban de los franceses.

Allí había muchos hombres con diferentes intereses en juego. Los había cuyo único objetivo era la vuelta a España lo antes posible. Otros solo tenían en mente salir de aquel campo para organizar la resistencia en el norte de África, con el fin de luchar desde allí contra el régimen de Franco. Algunos, que estaban obsesionados con derrocar al régimen nazi, que tanto había ayudado a los sublevados en la Guerra Civil española, no se lo iban a pensar mucho para decidir qué opción elegir. Mientras que muchos de ellos intentaban sobrevivir para volver a España cuando el destino así lo quisiera.

Los primeros en abandonar el campo de concentración fueron aquellos que se enrolaron en la Legión Extranjera y en alguna unidad del ejército francés. Abandonaron el campo felices, sonrientes, con el puño en alto y deseando la mejor de las suertes a los que se quedaban en aquel agujero inmundo.

A medida que iban pasando los días, los hombres iban firmando el contrato de trabajo con la Compañía de Trabajadores Extranjeros, quedando así a la espera de un próximo destino y con la felicidad en ciernes, porque por fin iban a abandonar el campo de concentración.

Fue a primeros de marzo cuando comenzaron a llegar los primeros camiones para trasladar a los exiliados a su nuevo centro de destino. Subían a los vehículos con el cuerpo herido por tantos meses de trabajo en condiciones crueles en el campo de concentración, con las ropas aguijonadas y sus pocas pertenencias, aunque cargados de esperanza por un futuro trabajo que se les antojaba mejor y que, además, iba a ser remunerado, aunque fuera mínimamente.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer? —preguntó el capitán, mientras humedecía el pincel en el cuenco con agua.

—¿A qué viene tanta insistencia? —respondió Juan, sentado y con las piernas cruzadas, sin mirar lo que estaba pintando el oficial.

—No tardaremos mucho en cerrar este *Centre d´hébergement*.

—¡Ya!

—Tus amigos, ¿tampoco se han decidido aún?

—No, aún no.

—¿Harán lo que tú hagas?

—¡Tal vez!

—Entonces, sería conveniente que te fueras decidiendo.

En realidad, solo había dos opciones para elegir. La guerra o seguir trabajando en Argelia. Desde que habían llegado a puerto, todo había ido de mal en peor, así que Juan y sus amigos lo tenían claro, porque no querían embarcarse de nuevo en otra guerra. Si tantas penurias habían pasado desde que habían escapado de España, el futuro todavía podía ser aún peor y ya no se fiaban de nada ni de nadie.

—¿Te puedo realizar una pregunta concreta para que me la respondas sin evasivas? —preguntó Juan, muy serio, mirándolo ahora a los ojos.

—Por supuesto.

—¿A dónde han ido destinados los hombres que ya se han marchado?

—¿Te refieres a qué lugar en concreto?

—Sí.

—Ten en cuenta que son muchos kilómetros de línea férrea. Hay muchos contingentes de trabajadores que se van a encargar de la construcción de varios kilómetros de vías del tren. Algunos lo sé, pero la mayoría los desconozco.

—¿Quién va a estar al mando de esos grupos de trabajadores?

—Soldados.

—¿Senegaleses también?

—También.

—Comprendo.

—Tienes que ser consciente de que es preciso mantener el orden, la disciplina y vigilar que todos trabajen. Son las órdenes.

—¡Ya!

—¿Ya, qué?

—Que va a ser más de lo mismo —masculló Juan.

—¿Tú crees?

—Sin lugar a dudas.

—¡Bueno!

—Solo quiero pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Que mis amigos vengan conmigo al mismo lugar de trabajo.

—No te preocupes. Irán contigo.

—Dame esos papeles que te los firme —ordenó Juan.

Juan firmó el contrato de trabajo como quien firma una sentencia de muerte, porque tenía el presentimiento de que se estaba metiendo en la boca del lobo.

Solo tenía una opción mala y otra peor, pero no sabía cuál de ellas era la mala y cuál la pésima.

El campo de concentración se iba vaciando con la velocidad con la que pasaban los días. Juan y sus amigos esperaban pacientes a que les

llegara su turno, mientras picaban piedra con desgana.

Había llegado la primavera como podía haber llegado un fantasma, porque ya todo les daba igual.

Solo quedaban allí algunos hombres, Juan y sus amigos. Estaban vigilados por pocos militares, los soldados senegaleses y el capitán.

El nueve de abril de 1940, a las nueve y media de la mañana, partieron con rumbo desconocido.

10

La mudanza fue triste, pesada y cansina. En su casa dejaba una historia de amor y de ideales políticos que habían marcado su vida hasta ese momento.

Lo dejaba todo para comenzar de nuevo, para comenzar de cero.

María tuvo que hacer acopio de valor para disimular las lágrimas ante sus hijos, para edulcorar palabras con la conveniencia del traslado y para esbozar sonrisas forzadas.

En la posada ocuparon una habitación en la primera planta, con dos ventanas con vistas al patio. Tenía dos dormitorios, en uno dormirían María y su hija, y en el otro Juan y su hermano Antonio. En dos armarios colocaron todas sus pertenencias. Solo había una mesa, dos sillas y un crucifijo colgado en la pared, encima de la cama de María. Los muebles del despacho de Juan los guardaron en un trastero bien protegidos.

Allí iba a iniciar una nueva vida, en una Semana Santa en la que otra vez se iba a poder ver por las calles de Murcia la espiritualidad y la pasión de los nazarenos en cada una de las procesiones.

Aquella semana la dedicó a enterarse de todos los entresijos de la posada, que tenía dos plantas.

Una puerta grande, por donde entraban las galeras, daba acceso a un patio amplio, en el que había un bebedero de piedra en el centro, con grifos de los que manaba agua para que los caballos pudieran beber. En las cuadras descansaban los animales y cerca de allí, bajo un cobertizo, aparcaban los carros y las galeras y se amontonaban las bicicletas, porque mucha gente acudía a Murcia en esos artilugios de dos ruedas.

Servían desayuno, comida y cena. Cocinaban arroz y habichuelas, cocido, olla gitana, migas, sémola y otros platos que servían en la comida, acompañados de agua y vino de Jumilla, Yecla o de Bullas.

También se enteró de que realizaban cuatro matanzas al año, una en cada estación. Mataban cuatro cerdos que servían para abastecerse de carne para los guisos, en los que también utilizaban pollo y gallinas caseras y, en ocasiones, conejo.

La cocina era grande, porque allí comían no solo los huéspedes de la posada, sino también otras personas que acudían a ese local a comer. Para cocinar utilizaban carbón.

Durante el día pudo observar un gran bullicio, personas que entraban y salían, pero por las noches el silencio era absoluto, respetando el descanso de todos los huéspedes.

Entre las cuatro paredes de su habitación, María intentó crear un

hogar para sus hijos, a base de amor, dulzura y toda la paciencia del mundo.

Una vez terminada la guerra civil, el padre de Juan fue detenido en Almoradí y trasladado al campo de concentración de Albatera. Meses después había sido encarcelado en la prisión de Alicante.

María mantenía correspondencia con la madrastra de Juan para estar informada. Uno de esos días de Semana Santa, en los que estaba sola en su habitación, mientras sus hijos jugaban en el patio, cogió una cuartilla y se dispuso a escribirle una carta.

«Querida Madre,

El motivo de la presente es para informarle de que ya nos hemos trasladado a vivir a la posada de mi hermano, cuyas señas describo en el remite de esta carta.

Tanto los niños como yo nos encontramos en pleno proceso de adaptación a nuestra "pequeña casa" y a todo lo que conlleva la nueva realidad.

Sigo sin tener noticias de Juan, pero en mi corazón albergo la esperanza de reunirme pronto con él.

Cuando vaya a visitar al padre, quiero que le diga que tanto los niños como yo le enviamos muchos besos, que lo tenemos siempre presente en nuestro recuerdo y desearle que pronto recupere la salud y la libertad.

Reciba usted un abrazo muy fuerte y un beso de su hija María y de sus nietos.»

La salud del padre de Juan no era buena. Durante su estancia en el campo de concentración de Albatera había enfermado. Tras el trasladado a la prisión de Alicante, para poder ser tratado en la enfermería del recinto penitenciario, en lugar de mejorar, la enfermedad que padecía lo estaba consumiendo poco a poco.

Esas eran las noticias de María. Aunque se carteaban con frecuencia, en su fuero interno siempre albergaba la preocupación de que cualquier día de esos podría recibir una carta con las peores noticias.

No sabía qué era mejor, si escribir o no escribir, porque con cada escrito solo podía relatar que la vida de sus hijos y la de ella iba cada vez peor. Igual sucedía con su suegra, que en cada carta narraba cómo se iba apagando la vida de su marido.

A finales de la primavera era ya evidente que la salud de la madre de María se había ido deteriorando. Era terca como su hija. A pesar de los consejos de su marido y de sus hijos, se había ido negando a ir a la

consulta del médico.

—Me he notado algo aquí —dijo la madre de María, como de pasada, en medio de la conversación, posando su mano derecha en la mama izquierda, una tarde en la que estaban hablando las dos, solas en la cocina.

—¡Déjeme que lo vea!

María se puso en pie y se acercó hasta su madre, que la miró con sorpresa. A pesar de ser su hija, se negaba a que María la pudiera explorar y ver qué tenía en ese lugar de su anatomía. Tuvo que insistir y vencer la vergüenza de su madre para que la dejara hacer.

María no sabía cómo actuar, no obstante, palpó con delicadeza y con cuidado la mama de su madre. Lo hacía con la yema de sus dedos porque parecía que así tenía mayor sensibilidad. Palpaba en superficie y en profundidad, presionando con finura. Abarcó toda la superficie, manipulando en pequeños círculos. Al final, retiró la mano y su madre advirtió un rictus de seriedad en su rostro.

—¿Qué? —inquirió.

—Tiene ahí una zona muy dura, como una piedra. El resto está blando.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sé qué será eso, pero ahí tiene algo y la tiene que ver un médico.

—¡No se lo digas a tu padre!

—En cuanto entre por esa puerta se lo digo y mañana mismo la llevamos a la consulta del ginecólogo.

—¡Eso habrá que verlo! —exclamó su madre, no dando su brazo a torcer.

—Eso ya está decidido, ¡diga usted lo que diga! —sentenció María.

Poco después llegó su padre y María le contó lo sucedido, mientras su madre se sonrojaba y la miraba de soslayo. Entonces admitió que desde hacía varios meses venía notando ese bulto y, además, que cada mes iba aumentando de tamaño, aunque eso sí, poco a poco.

La tarde siguiente, concertaron una consulta con el ginecólogo que había ayudado a María a alumbrar a sus hijos y hacia allí se desplazaron los tres.

El ginecólogo resultó ser parco en palabras. La duración de la consulta fue la necesaria. Le realizó una exploración clínica y las pruebas complementarias pertinentes. Cuando finalizó la consulta, le explicó a su madre que, en efecto, tenía en esa zona del cuerpo un bulto y que por ahora no era recomendable la cirugía. También le dijo que le iba a prescribir un tratamiento para evitar el dolor.

—Doctor, ¿es bueno o malo? —preguntó con la voz entrecortada.

—Ahora mismo no se puede saber. Si fuera aconsejable la operación de ese bulto sí que podría responder a su pregunta

—respondió con diplomacia el doctor—. Ahora, cuando se vaya, me gustaría explicarle a solas a su hija todo lo relativo al tratamiento que le voy a prescribir.

—Gracias, doctor —masculló ella, mirando al suelo.

Los padres de María salieron y ella se sentó en la silla que ocupaba su padre hacía unos instantes. Cuando cerraron la puerta, ella preguntó:

—¿Es grave?

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Es un bulto maligno.

—¿Qué quiere decir eso?

—Lo que tiene su madre es malo y no solo lo tiene en la mama, sino que está extendido por el cuerpo y por eso no se puede operar.

—¿Se va a morir?

—Todos vamos a morir. En el caso de su madre no sé cuándo va a morir por la enfermedad que tiene, pero puede ser pronto. Lo que sí sé, es que va a ser un proceso doloroso.

Luego le explicó a María cómo debía de administrar los medicamentos prescritos y ella se marchó con el ceño arrugado de tristeza.

Cuando salió de la consulta, forzó una sonrisa antes de que su madre dijera:

—¡Vámonos! La suerte está echada. Ya sabía yo que esto me iba a matar. ¡Para ese viaje no se necesitan alforjas! —sentenció, pragmática y resuelta como ella misma.

—Pero madre, no diga eso, ¡que no es verdad!

—Hija mía, ¡cuando una va para vieja, es más fácil pillar una liebre que un conejo! Y tu doctor no me va a engañar a mí. ¿Te has enterado del tratamiento?

—Sí.

—Pues ya está. Eso es lo que necesito saber. ¡No hay nada más que hablar! —barbotó su madre, dándose la vuelta y encaminándose hacia la calle.

En la posada, María se sentía extraña, como si fuera un huésped más.

Pasaba mucho tiempo sola, encerrada en su habitación, volviendo a leer sus libros ya leídos y deleitándose con la lectura de los de Juan, esos libros de filosofía, de poesía y las biografías de personajes masones influyentes. Esas obras tan manoseadas por Juan, con sus notas manuscritas, lo acercaban a él y no podía contener lágrimas de tristeza, de amargura cuando estaba sola leyéndolos, acariciándolos.

De vez en cuando leía el periódico La Verdad, que tras la guerra de

nuevo había comenzado a editarse. Su hermano lo compraba todos los días, pero a ella le dolía leer muchas de las noticias que se publicaban, por lo que no resultaba raro que lo cerrara y abandonara su lectura.

Pocas labores tenía que realizar en su habitación, salvo hacer las camas, pasar la escoba y poco más, porque sus hijos o estaban en el colegio o jugando en el patio de la posada.

Desayunaban, comían y cenaban los cuatro en la misma mesa, en un comedor junto con los demás huéspedes.

Su hijo Juan, que por entonces ya tenía 12 años, comía a la velocidad del rayo, abandonaba la mesa familiar y se sentaba en la de otros huéspedes para hablar con ellos. Era un niño locuaz, preguntón y con una sonrisa siempre presente. Le gustaba empaparse de las historias de aquellos hombres, comerciales, artistas, políticos, gentes de pueblos lejanos que tenían que realizar gestiones en Murcia y hacer noche en aquel lugar, todo un nuevo mundo variopinto que apareció de la nada en su corta vida y en el que se iba resolviendo, para alegría de su madre, con don de gentes.

Ya por entonces, María se percató de que su hijo siempre llevaba una bolsa de tela en uno de los bolsillos de su pantalón y que iba rellenando con azúcar de los huéspedes. Él, mientras hablaba con ellos, siempre les pedía permiso para coger un poco de azúcar del que les correspondía, a lo que ellos siempre respondían afirmativamente. María le preguntaba que para qué la quería y él siempre respondía:

—Pues, para qué va a ser, ¡para comérmela!

—Pero ¡si tienes ya tres bolsas llenas guardadas en el armario!

—¡Ya lo sé! Son para cuando no haya, porque con el racionamiento nunca se sabe.

Siempre tenía salida para cualquier problema que le planteases y resultaba difícil descubrirlo cuando realizaba cualquier trastada, travesura o broma, en las que cada dos por tres siempre estaba entrometido.

Sin embargo, su hermano Antonio, que ya tenía diez años, era más callado, más sumido en su mundo. Constantemente lo podías ver con un lápiz en la mano, dibujando sobre una cuartilla, un periódico o papel de estraza, en cualquier objeto que le sirviera para plasmar su universo interior. También le gustaba trabajar con las manos y comenzó a tener habilidad para arreglar cualquier cosa que sufriera un desperfecto. No poseía el don de gentes de su hermano mayor, pero siempre que podía estaba junto a él, siguiéndolo a todos lados.

La pequeña de la casa, María, también era dicharachera como su hermano mayor, pero aún era muy niña.

María, acostumbrada en tiempos pretéritos a salir de casa, estar presente en reuniones, organizar mítines y protestas políticas, en aquellos meses apenas salía porque el ambiente en las calles de Murcia

le resultaba demasiado gris, conspirador y siempre supeditado a la premisa de la caza del rojo, del masón o de todo aquel que hubiera luchado contra el Bando Nacional. María se asfixiaba cada vez que transitaba por aquellas calles llenas de odio y de hambre.

Solo de vez en cuando hacía una excepción, y era para reunirse con Carmen, algún domingo por la mañana, para poder hablar con libertad, ese valor que también habían perdido a través del camino emprendido en cada una de sus vidas.

Después de ser diagnosticada su madre de esa enfermedad que la estaba consumiendo cada día que pasaba, María centró su quehacer diario en el cuidado de ella. Estaba en casa de sus padres casi todo el día, ocupándose de las labores y procurando el descanso de su madre, que fingía con estoicismo no sentir las punzadas de dolor que su cuerpo le infligía.

Le ayudaba su hermana Mercedes, con quien mantenía largas conversaciones, desnudando cada una su alma, sus miedos y anhelos.

Durante el verano su madre empezó a perder las fuerzas paulatinamente, hasta que llegó el día en el que solo podía estar en la cama o en un sillón. El traslado de un lugar a otro lo realizaban entre María y Mercedes. Pero cuando ella no estaba, María la manipulaba sola porque, por entonces, su madre ya pesaba menos que una pluma.

Se fue apagando lentamente, sin quejarse, como una vela a la que le vas robando poco a poco el oxígeno, y cuando llegó el otoño se marchitó, arrastrada por un viento triste en el que viajaría flotando hacia un mundo mejor del que le había tocado vivir.

La muerte de su madre fue para María como una pedrada en la nuca, arrojada a traición. Fue un proceso rápido, lánguido, pero enriquecido por la filosofía de una mujer que había renunciado a quejarse, para evitar el sufrimiento de sus seres más queridos. A través de esas semanas, María realizó con su madre un viaje en el que aprendió la sabiduría de gozar con las cosas sencillas, agradecer la luz de cada día y a sonreír ante la adversidad de la vida.

Volvió de nuevo a su rutina diaria, a la prisión entre las cuatro paredes de su hogar, en el que había colocado visillos en las ventanas para no ser vista desde fuera y que, a veces, ladeaba lo suficiente para observar el cielo plomizo de aquel otoño, que la estaba sumiendo con cadencia uniforme en un proceso de melancolía que nunca había presentado a lo largo de su vida.

Conspiraba en soledad. Imaginaba revueltas y alzamientos de los obreros y de los habitantes de todas las ciudades de España, que se estaban muriendo de hambre, contra el nuevo régimen. Eran personas a las que la necesidad hacía rebelarse, no para derrocar a la nueva

dictadura política, sino para poder llevarse cada día a la boca un trozo de pan. Le soliviantaba tener que vivir ese pedazo de historia sin poder hacer nada para evitarlo.

Y llegó la Navidad sin que ella quisiera. Otra Navidad sin Juan. Y, en esta ocasión, sin su madre. Días familiares en los que se echaba mucho de menos a los que ya no iban a volver, pero con la esperanza puesta en el regreso de los ausentes porque, aunque solo fuera uno, ese ser iluminaba con su sola presencia todo su universo.

La cena del día de Nochebuena transcurrió en un suspiro, con su padre allí sentado en la mesa, pero vete a saber dónde, las frases estereotipadas de su hermano, los comentarios de su hermana, los silencios de ella y la algarabía de sus hijos y sus sobrinos que dieron buena cuenta de la cena y los dulces navideños servidos.

No fue tan larga como otros años y pronto se retiraron a dormir, ante la protesta de los niños. María, acostada en la cama junto con su hija, pensaba en Juan, en dónde y cómo estaría, en cuánto lo echaba de menos, en que lo seguía queriendo con toda su alma y que, ahora más que nunca, necesitaba estar junto a él.

Su hijo Juan seguía despierto. Tenía los ojos abiertos como platos, escuchando la respiración serena y acompasada de su hermano Antonio que dormía desde hacía bastante tiempo.

Ya se había levantado en dos ocasiones de la cama, acercándose con pasos cortos y silenciosos hasta la puerta que separaba las dos habitaciones, comprobando que su madre seguía despierta.

Pasada ya más de una hora desde que se habían acostado, lo intentó una tercera vez y escuchó la respiración uniforme de su madre que le aseguraba que ya estaba dormida.

Se vistió con rapidez y salió con sigilo de la habitación. Bajó las escaleras hasta la planta baja sin hacer ruido. Comprobó que en las habitaciones de la casa de su tío estaban apagadas todas las luces y se dirigió hasta la cocina de la pensión.

Colocó los tres saquitos de tela llenos de azúcar sobre una mesa, avivó las brasas de carbón sin encender la luz y puso a calentar una cazuela.

11

Igual que si fueran una cuadrilla de trabajadores, cuarenta hombres subieron a los camiones aquella mañana soleada y con el cielo despejado que predecía ya un día caluroso. Viajaban diez hombres en cada vehículo y Juan lo hacía con sus cinco amigos. El convoy lo iniciaba varios soldados en sus motos, seguidos de cuatro coches militares, en uno de los cuales viajaba el capitán del campo de concentración. La retaguardia estaba vigilada con la misma disposición de vehículos militares.

A medida que avanzaba la mañana, el paisaje era cada vez más desértico. Viajaban hacia el sur de Argelia, vigilados en todo momento por el sol que se iba alzando por el horizonte a su izquierda. Si mala había sido la carretera que los había traído a Relizane, por la que discurrían en esos momentos era cada vez peor. Aquello no era más que un camino de tierra, socavado de baches por doquier y lleno de arena, desprendiéndose una polvareda gigante con el paso del convoy.

A media tarde llegaron a una pequeña ciudad. En el cartel de la entrada pudieron leer Saïda y pernoctaron allí. Antes de comenzar el viaje, Juan le había preguntado al capitán hacia dónde se dirigían, obteniendo por respuesta la ciudad con el paisaje más bonito de Argelia.

A primera hora de la mañana siguiente reanudaron el viaje, ocupando cada cual en el convoy la misma disposición que el día previo. Si el trayecto del día anterior había sido ascendente de forma continuada, el de ahora se tornaba descendente a medida que avanzaban.

Ese día viajaron a través de kilómetros y kilómetros de desierto en el que la vegetación escaseaba y las dunas se hacían omnipresentes. Como si el viaje hubiera sido diseñado con escuadra, cartabón y compás, a media tarde llegaron a un pueblo llamado Aïn-Séfra para hacer noche allí.

Iniciaron el rumbo, de nuevo, muy temprano, en la mañana del día once de abril, a través de un paisaje calcado al del día anterior.

Los compañeros de viaje de Juan estaban ya alterados, pero callaban y rumiaban los recelos para sus adentros. Durante el trayecto no se prodigaban en conversaciones, pero alguno de ellos comentó que parecía que los llevaban al centro de la tierra, otro al fin del mundo y el más certero apuntó que los conducían a una caldera en medio del desierto.

Sin embargo, Juan contemplaba aquel paisaje como si de un lienzo al óleo se tratara, lleno de luz, dunas y arena. A veces pasaban cerca

de un oasis que imaginaba con una corriente de agua cristalina, y que le serviría para pintar diferentes tonalidades de verde. En otras ocasiones, pequeñas montañas circundaban aquel horizonte, que las aprovecharía para plasmar los colores marrón y ocre. De vez en cuando bordeaban pequeñas aldeas, con casas de adobe que se mimetizaban con el paisaje y que parecían ocupar aquel lugar como consecuencia del azar.

Los amigos de Juan comenzaron a quejarse ante la visión del desierto y los peligros que pudiera acarrear. Los dejó hablar, que se explayaran a su antojo, para luego sentenciar diciendo que leemos mal el mundo y decimos luego que nos engaña, una frase que todos comprendieron quién la había escrito y, acto seguido, se apaciguaron.

Eran las cinco y media de la tarde cuando llegaron a Colomb-Béchar, un lugar rodeado por el desierto, palmerales y dunas, demasiadas dunas. Se detuvieron poco tiempo ante un destacamento militar hacia el que se dirigió el capitán para recibir órdenes y seguidamente los trasladaron al kilómetro 7,900 de la carretera que unía esa ciudad con Bou-Arfa.

El atardecer en aquel lugar los dejó boquiabiertos. El sol se marchaba por encima de las dunas del desierto, inundando el amarillento arenoso de tonalidades naranjas y rojizas, creando una sensación de paz y serenidad como nunca habían vivido, magnificado por las vistas que tenían ante sus ojos, un inmenso paisaje de arena que parecía no tener fin.

Cuando los motores de los camiones dejaron de aullar, se hizo el silencio, solo roto por la musicalidad del viento que soplaba en aquel lugar, en el que no había nada, con la excepción de un barracón de adobe.

No dieron la orden de descender de los vehículos porque allí no había nada que hacer en esos momentos, hasta que llegaron varios camiones procedentes con total seguridad de la ciudad que acababan de dejar atrás, Colomb-Béchar.

Venían cargados con comida, bidones de agua, lonas de gran tamaño, grandes mástiles de madera, cuerdas de diferente grosor, estacas, picos, palas, martillos, carretillas, ganchos y mantas. Todo lo tuvieron que descargar.

Cuando terminaron, repartieron la cena en platos de metal y el agua en botes de conserva que vete a saber qué otros usos habían tenido antes.

Juan y sus amigos comieron aquel rancho sentados en el suelo, formando un círculo para evitar que el aire llenara sus platos y botes de arena. Se mantenían en silencio, mirándose de vez en cuando entre

ellos con miradas torvas que auspiciaban la suposición de lo que se les venía encima. No obstante, se mostraban serenos, imbuidos en la adversidad que parecía haber marcado sus vidas desde hacía ya muchos años y que algún día debería de quebrarse para dejar paso a la dicha que todos anhelaban.

Después de cenar cada uno encendió su cigarrillo, teniéndolo que esconder en un hueco hecho entre sus manos para que el viento no los consumiera con prontitud. La tertulia fue corta, porque ninguno tenía el ánimo para conversaciones profundas, reflexiones ni chistes malos que les hicieran aflorar unos instantes de risa en sus labios.

En aquel campamento improvisado, el humor de los republicanos españoles estaba plano, por no decir bajo cero, igual que la temperatura que iba descendiendo tras el anochecer. Repartieron las mantas y subieron a dormir dentro de los camiones, pegados unos a otros, para combatir el frío que tanto los estaba sorprendiendo.

Los pitidos de los silbatos malhumorados los despertaron sin contemplación. Desayunaron una aguachirle insípida que al menos estaba caliente y recibieron a voz en grito las primeras órdenes para comenzar a trabajar.

Lo más urgente consistía en crear allí un poblado con las mínimas condiciones de habitabilidad. Todos los hombres fueron destinados a la construcción de grandes tiendas de campaña a las que los senegaleses llamaban jaimas.

Tuvieron que cavar un hoyo profundo para asegurar el mástil central. Clavaron las estacas al suelo formando un gran círculo, afianzaron las cuerdas que unían dos estacas a través de la zona más elevada del mástil y luego colocaron la lona, siendo amarrada con fuerza.

A lo largo del día, se sucedió un ir y venir de camiones que transportaban tierra y paja, que fueron descargados formando pequeños montículos, y esteras de esparto.

Para cubrir el suelo de las jaimas, pusieron una capa de paja y encima las esteras de esparto.

El día había sido duro. El calor, a pesar de estar en abril, era ya sofocante y el sol quemaba más que en Relizane. La sensación de sed los había perseguido durante todo el día, porque parecía ser que el agua la tenían racionada y solo pudieron beber durante un pequeño descanso a media mañana y a media tarde, en aquellos botes de conservas que utilizaban como si fueran vasos tallados por el mejor maestro cristalero.

Acostarse a dormir sobre las esteras, que descansaban sobre la capa mullida de paja, fue la mejor suerte que disfrutaron durante su primer día de trabajo. Se sumergieron en un sueño embriagador como consecuencia de la deshidratación y la dureza del trabajo en aquel

clima tan inhóspito. El viento, de nuevo, comenzó a silbar por la noche.

El día siguiente trajo como sorpresa el nuevo trabajo que tenían que realizar. Creían que habían sido llevados hasta allí para construir la vía férrea del tren Transahariano, pero en aquel lugar no había nada, así que se dieron cuenta rápidamente de la improvisación de los franceses, cuando les comunicaron que a partir de entonces su trabajo consistiría en la construcción de varios barracones de adobe.

El capitán se lo presentó a Juan como el ingeniero Lemaire y le dijo que iba a ser el jefe de las obras de la vía férrea. No obstante, le explicó que antes de empezar los trabajos, tendrían que construir los barracones en los que vivirían los republicanos españoles y los soldados franceses. El ingeniero le explicó a Juan cómo debían ser construidos y los detalles que no entendió fueron traducidos por el capitán.

Poco después fueron reunidos todos los hombres y Juan comenzó a detallar todo lo que debían de realizar. Tenían que explanar el terreno, cavar cimientos, fabricar ladrillos de adobe con tierra, arena y paja, dejarlos secar, levantar muros, construir el techo, ventanas y puertas. En fin, de la noche a la mañana, los habían convertido en albañiles.

Para acelerar el trabajo, los dividieron en dos cuadrillas. Mientras una se dedicaba a la fabricación de los ladrillos, la otra se iba a consagrar a explanar el terreno y a cavar los cimientos de los barracones.

A Juan y a sus amigos les tocó la segunda tarea. Parecía que ese día estaban ya de mejor humor porque allí habían ido a trabajar y ya les daba lo mismo una tarea que otra.

Poco después de comer se percataron de que estaban vigilados por pocos soldados franceses y senegaleses. El resto se había marchado en los camiones y los coches. Tampoco había alambradas de espino porque allí no servirían de nada. Si intentaban escapar, lo más probable es que fueran abatidos por un tiro y, en caso de lograr su objetivo, estarían a merced del desierto en el que con total seguridad perecerían de sed.

Un grito desgarrador llamó la atención de la cuadrilla de Juan y de los soldados. Había un republicano caído en el suelo, con las manos frotando su pierna derecha. Una serpiente con la cabeza altiva y en actitud amenazante estaba frente a él, hasta que otro hombre la seccionó en dos con un golpe seco de la pala con la que trabajaba.

Todos se acercaron y comprobaron que el español había sido mordido por la serpiente. Uno de los soldados senegaleses cogió el reptil, observó su cabeza triangular y los dos cuernos que tenía. Entonces, dijo que era venenosa.

Lo levantaron entre varios hombres y fue llevado en volandas hasta el barracón del capitán. Allí no había nadie. Rebuscaron, pero no encontraron ningún tipo de material para realizarle una cura. A continuación el senegalés avisó que habría que llevarlo al hospital, pero allí tampoco había en esos momentos ningún vehículo.

Nadie sabía lo que había que hacer en esos casos y lo único que se les ocurrió fue realizarle un torniquete en la raíz del muslo para evitar la diseminación del veneno. No había pasado media hora cuando la pierna comenzó a hincharse y a sangrar. Poco después, el hombre pidió agua para beber porque empezaba a marearse y a sudar.

En esos momentos, todos los hombres de la otra cuadrilla ya habían acudido y se arremolinaban alrededor de la entrada del barracón. Miraban en dirección hacia donde se habían ido los camiones, suplicando ver una estela de polvo que les anunciara el regreso, para que su compañero fuera llevado al hospital de Colomb-Béchar con prontitud.

La picadura se había producido a las tres y media de la tarde. Sin embargo, cuando el capitán Arnaud regresó en su coche a las siete, acompañado por el resto de camiones, el republicano español había fallecido unos minutos antes.

La conversación fue tensa. Juan no era un hombre de improperios ni de palabras soeces fuera de lugar, sin embargo, no se pudo contener. Estaba harto de ser simplemente una mercancía utilizada a su antojo por los intereses franceses en Argelia. Amenazó con una huelga, pero fue aún más lejos cuando aseguró que había hombres dispuestos a dejarse fusilar si no eran tratados como trabajadores, porque ya estaban hartos.

El capitán lo dejó que se explayara, a sabiendas de la preocupación de Juan y porque habría sido forzado por sus compañeros para mantener esa reunión. La situación era grave, pero para él todo había sido fruto del infortunio que por desgracia podría volver a ocurrir. Se trataba de un lugar plagado de arañas, escorpiones y serpientes, animales cuyas picaduras podrían ser venenosas y mortales en algunas ocasiones. Morir en aquel lugar tenía poco valor, pero era importante mantener a los hombres con vida para que pudieran realizar su trabajo sin ningún tipo de retraso.

El capitán Arnaud aceptó sin dilapidar más tiempo las exigencias de Juan: que hubiera allí siempre un vehículo en condiciones de poder trasladar al hospital de Colomb-Béchar a un trabajador, si era preciso, y proveer de un botiquín con todo lo necesario para realizar las curas pertinentes a los exiliados. Dos peticiones muy exiguas para no ser atendidas.

Los republicanos velaron el cuerpo de su compañero hasta casi la medianoche. Estaban compungidos, con el ánimo por los suelos y en alerta por los peligros que corrían en ese desierto.

Habían pedido información acerca de ese tipo de serpiente y les informaron que podía esconderse entre las piedras, a la sombra para evitar el sol, aunque también podía hacerlo bajo la arena en el caso de que las temperaturas fueran elevadas. Así que ya sabían que corrían un gran riesgo y, además, porque desconocían si en el hospital de Colomb-Béchar estarían preparados para salvar su vida en caso de una nueva mordedura.

—No sé si no hubiera sido mejor alistarse en la Legión Extranjera —dijo Nicolás Monerris.

—¡Irnos a pegar tiros para defender Francia, con el trato que nos están dispensando!, ¡ni pensarlo! —exclamó Andrés Serrano.

Pasaban las doce de la noche cuando se marcharon a dormir. Pero antes, delante de su jaima, hicieron un alto los seis amigos, resguardados del viento que ya exhalaba con violencia la arena del desierto.

—Esa no es nuestra guerra. Nuestra lucha está aquí, en este maldito desierto —apuntó Sixto Vidal.

—Tiene razón Sixto. Nuestro tiempo está aquí y ahora. Hay que vivir el presente con las enseñanzas del pasado —razonó Juan—. Somos hombres con sentido común, con razonamiento para remediar los problemas que nos vamos a encontrar en este desierto, instruidos en el amor al prójimo. Es importante que nuestro espíritu no se deje avasallar por las inclemencias de todos los desafueros que nos están ocurriendo, porque nuestra razón pudiera sucumbir a ese desatino. Es lógico, en situaciones así, dejarse llevar por la irracionalidad de nuestros pensamientos. Pero os puedo asegurar que el sol brilla para que la vida continúe, porque el amor ilumina el camino de nuestra existencia.

—Entonces, Maestro, ¿cómo debemos de actuar? —preguntó Sixto Vidal.

—¡Que las fuerzas del Bien y de la Luz inspiren nuestros actos y los de nuestros semejantes! —respondió Juan, con una frase de Charles Webster Leadbeater, que ya había anotado en su diario.

—¡Comprendo! —exclamó Nicolás Monerris—. Pero aquí vamos a estar a prueba cada minuto que pase. Nos morimos de sed mientras trabajamos y ese sol inclemente nos está torturando todo el día. Ahora, también, esos pérfidos animales rastreros y los soldados que no nos quitan el ojo de encima. Va a ser lógico que tengamos días malos y días peores.

—Nuestro corazón puede ser ardiente, pero nuestro cerebro tiene que ser sensato. En cuanto a los vigilantes, si no perciben ningún tipo

de hostigamiento por nuestra parte, nada tenemos que temer porque son personas igual que nosotros. Hasta ahora no han sido sádicos con nosotros, y a las burlas o los gritos es mejor hacer oídos sordos —aclaró Juan, mientras abría la lona de la jaima.

—Maestro, todos seguimos tus sabios consejos y tus pasos. Intentaremos no defraudarte —apuntó Andrés Serrano.

Al alba, después de desayunar, se formó el cortejo fúnebre. Se dirigieron hacia una zona explanada entre dos dunas gigantes y cavaron una fosa entre varios hombres. Introdujeron el féretro, que habían fabricado la noche anterior con tablones de madera, y comenzaron a echar tierra mientras todos los republicanos rezaban un Padre Nuestro.

A medida que pasaban los días, el viento abanicaba el torso desnudo de los exiliados mientras trabajaban, aumentando la sensación de calor porque era muy cálido. Por la mañana y por la tarde resultaba bienvenido, pero por la noche siseaba de forma tan aguda que hería los tímpanos de los españoles.

Los soldados se referían a ese tipo de viento como siroco y, cuando lo hacían, el rostro se les transmutaba, para sorpresa de los republicanos.

Faltaban pocos días para terminar abril y el ritmo de construcción de los barracones de adobe avanzaba conforme a las previsiones. Les habían prometido que iban a instalar allí sus antiguas camas de Relizane, una vez finalizadas las obras, lo que había servido como incentivo para terminar las obras lo antes posible y abandonar las jaimas para instalarse en los barracones. Aunque habían desdeñado los catres, ahora los echaban de menos porque eran mucho más confortables que dormir tirados en el suelo sobre una estera.

El viento no cesaba y cada día tenía momentos fugaces de rachas de gran velocidad. Habían descansado después de comer y se dirigían a las obras a comenzar el turno de tarde cuando oyeron los pitidos que no cesaban, y vieron a lo lejos cómo bajaban corriendo a través de una duna varios soldados senegaleses a toda prisa, como si fueran perseguidos por una jauría de lobos hambrientos.

Seguían haciendo sonar sus silbatos y a esa velocidad pronto estarían cerca de ellos. Dejaron de pitar y oyeron voces que gritaban algo que no entendían. Todos los miraban con asombro: los españoles, los militares franceses y el resto de soldados senegaleses, cuando pudieron escuchar lo que estaban anunciando: ¡siroco!

—¡Siroco! ¡Siroco! —gritaban sin cesar.

Desde lo alto de la duna comenzó a emerger una polvareda que iba avanzando y alzándose al cielo varias decenas de metros.

—¡Jaimas! ¡Jaimas! —gritaron los soldados.

No hicieron falta más palabras porque todos comprendieron a la perfección. Había que salir huyendo de allí y refugiarse dentro de las jaimas.

Corrieron asustados, sin comprender lo que sucedía, solo que aquello parecía ser muy peligroso.

La arena, que viajaba empujada por el viento con exceso de velocidad, comenzó a golpear sin piedad a los más rezagados, aunque pudieron entrar en las jaimas porque fueron agarrados por sus compañeros y ayudados a entrar, amarrando bien fuerte la lona que hacía de puerta de entrada. Nicolás Monerris, que llevaba la espalda sangrando como si lo hubieran azotado, fue el último en entrar.

Un candil iluminaba con su tenue luz la estancia, proyectando las sombras de los compañeros de Juan sobre la lona de la jaima. Eran poco más de las tres de la tarde, pero, de pronto, parecía que había anochecido.

El viento rugía enfadado, empujando con todas sus fuerza a las paredes de la jaima, que parecía que en cualquier momento iba a salir volando. Pequeñas partículas de arena comenzaron a entrar por la parte inferior de la lona, que no se adaptaba al suelo con firmeza. Una ráfaga de viento logró su propósito de entrar en aquel lugar, apagó el candil y la jaima comenzó a balancearse. Comenzaron a sentir cómo eran golpeados por la arena que también pretendía entrar en sus bocas y narices.

Sacaron pañuelos con los que cubrieron sus rostros, atándolos con dos nudos por detrás de sus cabezas. Se sentaron sobre la zona más débil de la lona, aprisionándola contra el suelo y la arena dejó de entrar. Empujaban con todas sus fuerzas contra el viento, apoyando sus manos contra sus rodillas, evitando con aquella acción que la jaima fuera alzada hacia el cielo como un globo por el siroco.

Estuvieron así varias horas, hasta casi desfallecer, hasta que el viento amainó, pero no dejó de soplar. Era una temeridad salir a cenar en aquellas condiciones y, además, nadie habría preparado la cena.

Casi no durmieron en toda la noche, con el miedo bufándole al oído que podría ser la última noche de sus vidas. Al alba disminuyó bastante la intensidad y pudieron salir a desayunar. No obstante, fueron informados por aquellos que ya habían vivido trances similares, que de momento se trataba de una tregua y que aquel viento, en ocasiones, podía durar hasta cuatro días. También fueron advertidos de que si el siroco aumentaba de intensidad, se atasen a los mástiles de las jaimas para no salir volando.

El capitán Arnaud dio la orden de repartir provisiones de comida y agua entre todos, por lo que pudiera pasar.

Con mucha dificultad, casi sin visibilidad, porque ya aumentaba de

nuevo la intensidad del viento, Juan y sus amigos volvieron a su jaima con botes de conserva, pan para comer y botes con agua. Resultaba difícil predecir cuando iban a poder volver a salir.

Antes de entrar a sus moradas, aseguraron las estacas al suelo y comprobaron que seguía bien amarrada la lona.

A medida que avanzaba el día, el viento azotaba con más fuerza. Parecía una canción estridente que bramaba sonidos infernales que puso en alerta a todos los amigos de Juan. Y, a media tarde, comenzaron a vislumbrar que se acercaban al infierno.

Comenzaron a oír ruidos de objetos que golpeaban incesantemente y con furia a la jaima, todo aquello que habría sido arrancado del suelo de cuajo y viajaba suspendido entre aquella ventolera.

No lo dudaron un instante. Predecían que la jaima podría salir volando y peligrar la vida de todos ellos, por lo que cogieron una maroma y todos se ataron alrededor del mástil.

Estaban con las piernas encogidas, con la cabeza agachada, abrazados sobre sus rodillas. El viento inundó toda la estancia cuando las estacas comenzaron a ceder y, poco tiempo después, la lona de la jaima comenzó a volar sobre el cielo del desierto, como si hubiera sido propulsada por una explosión de un motor de trinitrotolueno.

Ahora estaban a expensas del viento. El siroco los torturaba con todas su fuerzas mientras seguían atados al mástil.

Algunos rezaban, otros maldecían y Juan solo pensaba en María y en sus hijos.

12

María madrugó el día de Navidad. Se asomó a la ventana y comprobó que el cielo seguía estando como los días anteriores, de un gris sucio casi patético. Presagió una mañana desangelada y fría. Se sentó en la mesa sin hacer ruido y al cabo de un rato comenzó a escuchar el cuchicheo de sus hijos.

—¡Buenos días! —dijo ella, susurrando para no despertar a su hija, después de abrir la puerta.

—Buenos días, madre —respondió Juan, mientras se tapaba con prisa, como si estuviera escondiendo algo.

—Buenos días, madre —respondió Antonio, que estaba sentado en el borde de la cama.

—¿Se puede saber que estáis cuchicheando tan temprano?

—Nada. Cosas nuestras —respondió Juan, mientras su hermano lo miraba con desconcierto.

No era frecuente que en la posada sirvieran en las comidas algo extraordinario, sino que lo más habitual era que cada día de la semana tuviera su plato asignado. Sin embargo, como era Navidad y apenas si había huéspedes en la posada, aquella mañana para desayunar había monas de pascua, que en Murcia también se horneaban en esas fechas.

Durante el desayuno, Juan tenía los ojos soñolientos y en alguna que otra ocasión se le escapaba algún bostezo que intentaba disimular. No obstante, se comió una mona entera, ya que siempre tenía un apetito voraz. Se mostró poco hablador, algo que estaba extrañando a María. Sin embargo, ella se dio cuenta de que entre ambos hermanos intercambiaban miradas cómplices que la pusieron en alerta, porque parecía que algo estaban tramando.

Cuando Juan terminó de desayunar no se fue a hablar con ninguno de los pocos huéspedes que estaban allí en esos momentos, sino que su hermano Antonio se levantó de la mesa con él y ambos se dirigieron hacia su habitación.

Una hora después bajaron los dos hermanos y fueron a buscar a su madre a casa de su abuelo, al que besaron como hacían todos los días cuando lo veían. Antes de despedirse, dijeron que se marchaban a dar una vuelta y que regresarían a mediodía.

Iban tan repeinados, guapos y habían utilizado tanta colonia que, si no se hubiera tratado de unos niños, a María se le habría pasado por la cabeza que habían quedado con alguna novieta. Sin embargo, solo pensó que se trataba de asuntos de críos.

Los dos chiquillos salieron sonrientes a la calle, con las dos manos metidas en los bolsillos del abrigo, como si estuvieran palpando un

tesoro.

Caminaban rápidos por la calle, como si tuvieran prisa por llegar a su destino. Atravesaron la plaza de la Cruz y mirando hacia la calle Trapería recordaron tantas horas de juego de niños en ese lugar. Poco después continuaron por la plaza del Cardenal Belluga y desde allí se dirigieron hasta la Glorieta, su destino.

Se sentaron en uno de los bancos que aún estaban vacíos y comenzaron a sacar caramelos de los bolsillos. Los depositaron sobre el asiento, formando rombos concéntricos, uno dentro del otro, para que llamaran la atención al ser observados de pie por los niños que pasaran por allí.

Esos caramelos los había fabricado Juan la noche anterior. En una de esas conversaciones en el comedor de la posada, un huésped le había enseñado cuál era la forma de elaborar los caramelos. Juan, impresionado y ávido por conocer todo el proceso de fabricación, no cesó de realizarle preguntas hasta que comprendió a la perfección todo el asunto.

Era la primera vez que los producía y el resultado, para él, era casi de diez. Había calentado el azúcar hasta que logró el punto de caramelo. Después lo enfrió y, al final, tenía que ejecutar a la perfección el punto más difícil, lograr un corte limpio para evitar que toda la superficie de caramelo no se disgregara en mil trocitos.

Así, consiguió manufacturar una gran cantidad de caramelos, acompañado del nerviosismo y la inquietud, durante varias horas de la noche, para no ser descubierto en la cocina de la posada. Al final, lavó los utensilios utilizados, los colocó exactamente igual que estaban y echó un poco de agua a las brasas para que se fueran apagando.

Mientras introducía los caramelos en los saquitos de tela, probó uno que le supo a gloria, como si toda su vida se hubiera dedicado a ese trabajo. Luego volvió a desandar el camino, subió con sigilo las escaleras, abrió la puerta de la habitación con cuidado, comprobó que su madre seguía dormida y entró a la suya para desnudarse y acostarse a dormir con una sonrisa de satisfacción por el buen trabajo realizado.

Esa mañana, después de desayunar, los dos hermanos habían envuelto con pulcritud cada uno de los caramelos en papel, que previamente ya había cortado con precisión Juan. Colocaban el caramelo en el centro del papelito, dos dobleces y luego enrollaban los extremos, una labor delicada que había que ejecutar con esmero.

Antonio no sabía nada. Esa mañana, cuando se despertaron los dos hermanos y Juan le contó lo que se proponía realizar, la primera contestación de Antonio fue que eso era una locura. No obstante, Juan lo tuvo que convencer para que le ayudara a envolver los caramelos y, también, para que lo acompañara.

Ahora estaban allí, en la Glorieta, a la espera de que llegaran los primeros clientes, niños como ellos, pero que no tenían que trabajar para ganarse un poco de dinero.

Pero no estaban solos. Dispersos por aquel lugar, incluso en la plaza del Cardenal Belluga, había otras mujeres y niños enjutos, con pequeños puestos ambulantes en los que vendían lo poco que había para vender y, sobre todo, algún género de estraperlo.

Ellos estaban allí, con un producto único que abriría los ojos de par en par de todos los niños. Juan se hallaba de pie, esperando ansioso la llegada de los primeros compradores. Antonio estaba sentado encima del banco, con las rodillas dobladas que le servían para poder apoyar sobre sus piernas un cuaderno en el que estaba dibujando y, al mismo tiempo, disimular la vergüenza que sentía en esos momentos.

—Al rico caramelo de azúcar —comenzó a vociferar Juan, cuando vio aparecer por la plaza a los primeros clientes.

Tres niños se acercaron con curiosidad y comenzaron a observar aquellas delicias para sus paladares.

—Los mejores caramelos de Murcia y los más dulces —siguió anunciando Juan en voz alta—, ¿queréis verlos?

Los tres niños asintieron al unísono. Juan cogió dos caramelos, los deslió y se los enseñó a aquellos chiquillos, que los miraron con deseo, relamiéndose la lengua a través de los labios.

Después se fueron corriendo los tres y Juan miró a su hermano con cara de fastidio. Pero unos minutos más tarde, los dos hermanos vieron cómo esos críos se dirigían de nuevo hacia ellos, esta vez acompañados de sus padres.

Compraron veinte caramelos para los niños. Juan cogió las dos pesetas y las guardó en el bolsillo. Antonio apuntó en su libreta la venta realizada y ambos hermanos se miraron con una maravillosa sonrisa de satisfacción.

Siguieron apostados en aquel banco durante gran parte de la mañana. Juan anunciando a los cuatro vientos los mejores caramelos de Murcia, como si tuviera un altavoz en su boca, disfrutando y sonriendo a unos y otros cuando publicitaba las golosinas sin cesar. Antonio seguía a lo suyo, miraba cada dos por tres a los caramelos, vigilando que nadie pudiera robar alguno y seguía dibujando feliz en su cuaderno y apuntando las ventas realizadas.

Aún no había llegado el mediodía cuando vendieron los últimos y Juan dio por concluida su jornada laboral. A continuación, los dos hermanos iniciaron el camino de regreso a la posada, felices, henchidos de orgullo y sonrientes como si fueran los Reyes Magos.

Juan había sido precavido. En el armario de su habitación, antes de salir, guardó cinco caramelos para cada uno y otros cinco para su hermana. Cuando llegaran a la posada, antes de comer, saborearían

uno de aquellos magníficos dulces.

Encontraron a su madre leyendo junto a la ventana. Se acercaron, sonrientes, y cada uno le dio un beso. Luego se quedaron de pie, ante ella, expectantes. María dejó de leer, levantó la vista y observó a sus hijos, que estaban firmes frente a ella.

—¿Qué os pasa hoy? ¿Algo os traéis entre manos? —preguntó su madre, dejando el libro sobre su regazo.

—Queremos darle una cosa —manifestó Juan, que seguía sonriente, igual que su hermano.

—¿Sí? A ver, ¿qué me quieren dar mis niños?

—Todo esto es para usted.

Juan sacó de su bolsillo todo el dinero que habían recaudado con la venta de los caramelos y se lo dio a su madre. Antonio, con voz cantarina, anunció con orgullo la cantidad exacta de pesetas.

—¿De dónde habéis sacado toda esta cantidad de dinero?

Fue Juan quien explicó todo el plan y cómo lo había llevado a cabo. También le reveló a su madre que tuvo que convencer a su hermano para que le ayudara a envolver los caramelos y para que lo acompañara a la Glorieta. Todo esto para evitar una regañina de su madre a su hermano, porque si la recibía él, ya se las ingeniaría para torearla.

María tenía entre sus manos todas aquellas pesetas, fruto del trabajo de sus hijos, de la inteligencia y del sigilo con el que Juan lo había llevado a cabo. Agachó la cabeza y comenzó a llorar, sonrojada y avergonzada.

Intentó reponerse y no dejarse llevar por la emoción. Se secó las lágrimas y muy seria, le dijo a Juan:

—Es para mí un orgullo tener un hijo así, tan valiente para llevar a cabo lo que has hecho y tan trabajador, pero no quiero que esto se vuelva a repetir.

—Pero ¿por qué no, madre? —replicó Juan, buscando la mirada cómplice de su hermano.

—Porque aún eres solo un niño y te tienes que dedicar a aprender en la escuela y a jugar. Ya tendrás tiempo, cuando seas mayor, de trabajar —explicó María, mirando a los ojos a su hijo y con un tono de voz conciliador.

—Madre, usted necesita ese dinero y, además, hay muchos niños por ahí, incluso más pequeños que yo, que ya están trabajando en cualquier cosa —argumentó Juan, ahora ya serio, muy firme frente a ella.

—Todos esos niños que ves trabajando, es debido a que sus padres no tienen recursos para darles de comer. Tú tienes siempre un plato caliente de comida en la mesa y no estamos en esa situación.

—Madre, eso es verdad. Yo solo quiero ayudarle porque ya no soy

un niño y ya me doy cuenta de todo lo que sucede. ¡Antes éramos ricos y ahora somos pobres! —apuntó Juan.

—Eso tampoco es verdad.

—¡Nosotros no queremos ser pobres! —exclamó Antonio, interrumpiendo a su madre.

—Por eso he trabajado duro. He ido acumulando poco a poco el azúcar para fabricar los caramelos. Con eso no hago daño a nadie. ¡Déjeme seguir haciéndolo para ganar algo de dinero! —imploró Juan, muy firme en sus convicciones y con la intención de replicar cualquier argumento de su madre.

—Está bien, pero no quiero que se enteren tus tíos ni tus primos —concedió María, porque sabía que no iba a vencer la testarudez de su hijo, que demasiado se parecía a su abuela y a ella misma. Y, después, le dio un beso a cada uno de sus hijos.

María pensó que la vida te da lecciones cuando menos te lo esperas. Hasta entonces había tratado a sus hijos como niños, pero ellos tenían ojos que todo lo escrutaban, oídos por los que percibían los quejidos de la vida y una mente extraordinaria que sabía poner cada pieza del puzle en su lugar. Igual tenía que admitir que Juan ya no era tan niño.

Le dio pena que todos podían ver lo que ella no era capaz de distinguir o, acaso, resultaba que ella no lo quería asumir. Primero había sido Carmen, después su padre y sus hermanos y, ahora, eran sus propios hijos los que se habían plantado ante sus narices para insinuarle que había que ponerse a trabajar. Porque se trataba de eso. Juan ya no estaba allí, que era el que trabajaba en la familia, ni sabía si volvería, aunque seguía teniendo el presentimiento cada minuto que pasaba de que algún día volverían a reunirse.

Todo, alrededor suyo, la incitaba a trabajar y a ella no se le iban a caer los anillos.

A Juan aún le quedaban dos saquitos más de azúcar. Una de esas noches, María ayudó a su hijo a elaborar los caramelos.

El día de Año Nuevo, los dos hermanos volvieron a la Glorieta y, con gran satisfacción para ambos, vendieron con facilidad toda la mercancía.

A partir de ese día María se dedicó a buscar trabajo por Murcia, pero nadie quería contratar a una mujer que tanto había luchado por la República, y que siempre había sido la cabeza visible en muchas de las protestas organizadas antes y durante el régimen anterior.

No tardó en darse cuenta de que aún seguía estigmatizada.

Por esas fechas, el padre de María traspasó la carbonería a su hija Mercedes y a su marido, que eran quienes realmente se encargaban del negocio. A partir de entonces, pasaba los días en el patio de la

posada. Hiciera frío o calor se sentaba allí, en un poyete, y se ponía a elaborar cestos, canastos y capazos de esparto que luego vendía a los huéspedes de la posada.

Al principio, María se sentaba junto a él para hacerle compañía. Pero, luego, su padre le enseñó la técnica para fabricar ese tipo de recipientes y, al final, comenzaron a repartir las ganancias a medias.

Cada día que pasaba era peor que el anterior y la hucha de María parecía que tenía un agujero en el fondo, por donde el dinero se perdía para no volver a regresar.

Tuvo que aprender también a coser porque sus hijos crecían y necesitaba arreglarles los bajos de los pantalones o de la falda de su hija para que no se notara tanto. Todo con el fin de estirar, como si fuera un chicle, el presupuesto familiar. Por suerte, todos estaban delgados, así que no aumentaban de talla, pero Juan y Antonio llevaban demasiado prietos los hombros y las espaldas, porque las camisas no tenían pinzas que poder descoser para poder así ensancharlas.

Mucho había cambiado su vida sin Juan, pero a pesar de todo, seguía sin arrepentirse de nada y hubiera vuelto a luchar por sus ideales una y mil veces. Ya, hasta ni sentía miedo. Habían pasado más de dos años desde el final de la guerra civil y aunque sabía que aún llevaba el sambenito a cuestas, poco le importaba.

Por esos días, la vida que le tocaba vivir consistía en fabricar caramelos a escondidas de vez en cuando, manufacturar capazos mano a mano con su padre, leer cuando la ocasión le era propicia y educar a sus hijos con los valores republicanos a los que nunca renunciaría.

Antes de comenzar el verano, un día su padre comenzó a toser. Era una tos seca, breve y otras veces repetitiva, que iba y venía sin ton ni son. Al principio, ni se dieron cuenta. A mitad del verano, María miraba con cara de pocos amigos cada vez que lo oía toser.

Su padre le decía que era un simple carraspeo, que le escocía la garganta, que no se preocupara por él.

En el otoño comenzó a perder peso y la tos era cada día más frecuente.

María lo miraba asustada cuando presentaba varios episodios de tos que parecían no ceder, pero no le podía reprochar nada, puesto que su padre jamás había fumado.

Él, en esas ocasiones, maldecía el maldito resfriado que había pillado y que no lo dejaba en paz.

Cuando llegó la Nochebuena, la tos se había acentuado. Pero, no obstante, su padre hizo un esfuerzo y durante la cena probó el pavo y el cordero que por fin habían regresado a su mesa después de la

guerra. También bebió vino de Jumilla y hasta se comió un cordial. Esa noche, tampoco hubo ningún brindis.

Más tarde, cuando todos estaban ya dormidos, María y Juan se deslizaron como si fueran unos espías hasta la cocina de la posada y fabricaron una cantidad ingente de caramelos que pretendían vender durante los días de Navidad.

Pocos días después de finalizar las fiestas, su padre se sentía muy cansado, dejó de trabajar, se negó a ir al médico y se metió en la cama.

13

Al alba comenzaron a divisar una bola rojiza sobrevolando escondida en el horizonte.

Soportaron, a duras penas, el siroco aterrador que los había conducido hasta las mismísimas puertas del infierno. Estaban enterrados en vida porque la arena los cubrió hasta el cuello. Gracias al pañuelo que habían atado a su cabeza podían respirar, pero las pestañas, el borde de los ojos y el pelo lo tenían saturado de arena.

¡Quien les iba a decir que su vida había dependido de un simple pañuelo!

Fue a partir del mediodía cuando el viento comenzó a amainar. Durante la tarde seguía siendo intenso, pero soportable. Aprovecharon ese momento para intentar desatarse y poco a poco fueron poniéndose en pie, desenterrándose de la arena mientras vencían el agarrotamiento de sus cuerpos. Al anochecer solo rugía como ya lo habían escuchado en otras noches.

Juan y sus amigos se abrazaron, confusos, y con lágrimas de barro en sus caras.

Estaban sedientos y hambrientos. Se dirigieron hacia el barracón del capitán, en el que también se servía el rancho para comer y poco después observaron cómo iban llegando a aquel lugar el resto de republicanos y de soldados. Allí pudieron enterarse de que la única jaima que había volado por los aires había sido la de Juan.

Primero bebieron agua, después comieron y, al final, reflexionaron.

Los seis y sus otros cuatro compañeros de jaima estaban exhaustos, con el cuerpo dolorido, pero tenían cada hueso en su sitio; la piel reseca y curtida; el corazón latiendo con intensidad y la mente funcionando con sus conexiones interneuronales como nunca lo había hecho.

Estaban vivos y bastaba.

Si tenían una probabilidad entre un millón de haber vivido, les había tocado la lotería de la vida, la única que tenían. Si el viento hubiera soplado una hora más, habrían muerto, pero dejó de soplar. Sabían que iban a morir, que tendría lugar algún día, pero ese día habían salvado el pellejo por suerte, por casualidad o porque el destino así lo tenía programado.

De la vida a la muerte solo hay un paso.

Y, ese día, no lo habían dado.

Se aferraron a vivir armándose de valor, atándose a un mástil que velaba por sus vidas. Agarrándose a las tinieblas con la poca fuerza que tenían, juntos, cuerpo con cuerpo, unidos.

Juan solo tenía un objetivo: sobrevivir, para poder volver a compartir su vida con María y sus hijos.

Después del desastre del siroco se afanaron con más intensidad en la finalización de las obras de los barracones. Así, en el supuesto de que volvieran a padecer un nuevo vendaval, estarían a salvo tras las paredes de adobe y podrían dedicarse mientras tanto a reír, cantar u holgazanear.

A mediados de mayo pudieron dormir tranquilos y confortables sobre sus antiguos catres porque, además de los barracones dedicados a sus dormitorios, habían construido un comedor, otro para albergar las herramientas y todo el material, y el más importante: unas letrinas de las que hasta entonces habían carecido.

Durante los últimos días se había acrecentado el trasiego de camiones que traían el material para iniciar las obras de la vía férrea y ya estaba todo dispuesto para ser utilizado.

El ingeniero Lemaire aparecía por allí cada día para organizar la puesta a punto y, mientras tanto, aprovechaba para reunirse con Juan y explicarle cómo se iban a desarrollar las obras.

Se había trazado la ruta por la que tendrían que discurrir los raíles, por lo que el primer trabajo que tuvieron que realizar fue limpiar y aplanar el terreno, cavar una zanja ancha y de pocos centímetros de profundidad que posteriormente tendría que ser rellenada de zahorra. Lo peor de todo, es que esa gran faena la tendrían que realizar a través de demasiados kilómetros.

Ese primer día, con el sol quemándole las espaldas desnudas, Juan y sus amigos recordaron a sus compañeros del campo de concentración de Relizane, así como a los del albergue de Orán, y supusieron que habría muchas cuadrillas, igual que la de ellos, dispersas por aquel desierto, cada una de las cuales tendría a su cargo la construcción de un número determinado de kilómetros de la vía del ferrocarril transahariano.

Juan no había preguntado qué distancia tendrían que construir porque le daba igual, ¡para qué atormentarse con tanto trabajo por delante!

Reanudaron las clases de pintura y de francés ese mismo día.

Cuando Juan entró al barracón del capitán Arnaud, lo encontró cabizbajo y pensativo, sentado y con una copa de absenta sobre la mesa. Hasta entonces, nunca lo había visto beber ni una sola gota de una bebida alcohólica. A pesar de ese estado, el capitán se puso de pie, estrechó la mano de Juan y lo invitó a una copa que él aceptó.

—Hoy no vamos a pintar —anunció el capitán.

—¿Y, eso? ¿Por qué?

—Necesito hablar.
—¿De qué?
—Hoy Francia ha sido invadida por Alemania.

Y otra vez comenzaron a cavar. Llenaban los capazos con zahorra que echaban en la zanja, para luego aprisionarla con grandes mazos contra el suelo. Así, se construiría una base firme para que no hubiera ninguna irregularidad en el suelo por donde tendrían que circular los trenes.

Sobre la zahorra colocaban las traviesas en las que descansaban atornillados los rieles que formarían los carriles de la vía férrea.

Utilizaban mazos, martillos, llaves de gran tamaño, niveles, tornillos y clavos con los que iban construyendo cada metro de vía del tren. Todo bajo el sol, tragando arena, pisando arañas y matando escorpiones cada vez que levantaban una piedra.

Por suerte, el calor había espantado a las serpientes.

Las manos las tenían rugosas, encallecidas. La espalda y los brazos tostados y la piel de la cara arrugada.

Tenían que ir y venir caminando, hundiéndose sobre la arena y soportando sedientos el sol que, conforme avanzaban los días, se hacía más insoportable.

Todo bajo un ambiente que se había enrarecido desde la invasión de Francia por los nazis, y que torció la cara de españoles, soldados franceses y senegaleses cuando, a mediados de junio, se enteraron de que París había sido ocupado por las tropas de Adolf Hitler.

A partir de entonces, todo fue a peor.

Ya no sabían por quién estaban contratados, presos o esclavizados. Por una Francia que ya no existía o por una Alemania nazi que aún no había puesto los pies en aquella tierra.

Fue uno de esos días, en una clase de pintura o de francés, porque a Juan le interesaba más aprender francés que dar clases de pintura, cuando se enteró de que los tanques alemanes ya estaban dispersos por terreno africano.

El capitán también le comunicó a Juan que en esos momentos recibía ya las órdenes del alto mando alemán; algo que había imaginado, porque desde hacía unos días ya tenía el rostro pansido y el carácter avinagrado, puesto que según imaginaba Juan, cualquier día de esos podría convertirse en un compañero más de trabajos forzados.

Cada día que pasaba, veían tanques alemanes descender por las dunas, acercándose guerreros hacia ellos, pero solo eran ilusiones ópticas que el sol, la sed y la perspectiva, esa cualidad pictórica que tanto amaba Juan, conformaban en la mente de los republicanos

españoles.

Si no hubiera sido por la sed, las penurias y el sufrimiento, se podría afirmar que aquel verano había pasado demasiado deprisa, pero por desgracia no había sido así.

Nada era ya lo que parecía ser.

Tenían un trabajo, sí. Cobraban a final de mes una cantidad miserable, pero cobraban. Recibían su ración mensual de tabaco, también. Les daban dos sellos para que pudieran escribir a la familia, esas dos pegatinas que Juan regalaba porque él no las podía utilizar aún, por supuesto. Pero todo era una farsa, como esas películas malas en las que la verosimilitud se sobreentiende, pero que no te la crees.

Los españoles estaban hastiados, cansados y ya todo les daba igual.

Era el doce de septiembre y Juan estaba melancólico, taciturno y sumido en sus recuerdos.

Todo el día había procurado estar solo.

Estaba muy lejos de allí.

Estaba con María porque ese día era su santo.

Cuando terminó de trabajar por la tarde, se dirigió a su barracón, sacó su diario y escribió en él:

> *«Quiero dejar de ser "cosa" y volver a ser "hombre", y nuevamente reunido a mis hijos y a la compañera de mi corazón, volveré a rehacer un hogar en el que me consagraré totalmente a ellos, con la finalidad única de hacerlos felices.*
>
> *Colomb-Béchar, 12 septiembre 1940, kilómetro 7,900»*

Por aquella ratonera del desierto no aparecían los alemanes, pero su presencia se hacía palpable en las órdenes, las exigencias y las continuas amenazas de castigo por parte de los soldados.

A cada trabajador o grupo de trabajadores se les comenzó a asignar una tarea diaria y su jornada de trabajo no terminaba hasta que no la finalizara. Así, había muchos días en los que algún español terminaba de noche e incluso de madrugada su trabajo.

La comida, la mayoría de los días, era escasa y el agua cada vez más turbia, por lo que las diarreas se hicieron más frecuentes y alguna que otra visita al hospital se hizo necesaria.

El hambre era soportable, pero la sed durante el trabajo resultaba una tortura, debido a aquellas temperaturas tan elevadas.

Y, de nuevo, los piojos y los chinches se convirtieron en compañeros de trabajo y de descanso.

Así pues, las ansias de escapar de aquel lugar se multiplicaban, pero el miedo las reprimía.

Juan hablaba con el capitán, no suplicaba, pero intentaba que comprendiera la situación crítica que atravesaban todos los

trabajadores. Sin embargo, respondía que cumplía órdenes y que estaba atado de pies y manos. Llegó a preguntar por la amenaza de los castigos y obtuvo la respuesta afirmativa de que se producirían si la conducta de los republicanos no era la adecuada.

Allí trabajaban de sol a sol, con el descanso del mediodía, comían poco, bebían lo imprescindible, fumaban a veces, rumiaban su desventura y dormían soñando con ser libres.

Y, mientras tanto, seguían construyendo la vía del tren.

Un día, en uno de los camiones que traían el material, apareció un viejo y aporreado balón de fútbol que sirvió para esbozar sonrisas de alegría y un nuevo tema de conversación. De modo que, durante el resto de jornada laboral, solo hablaron de este y aquel jugador, de goles históricos y de que sus equipos eran los mejores de España. Y, por supuesto, como si estuvieran apoyados sobre la barra de un bar, discutieron de fútbol.

Por la tarde, cuando Juan se dirigía hacia el barracón del capitán, observó cómo hacían dos porterías con varias piedras, dibujaban con una estaca el rectángulo de juego sobre la arena y dos hombres comenzaban a elegir los jugadores de sus equipos.

Se quedó un tiempo observándolos y, tras el saque en el centro del campo, comenzó el partido de fútbol.

Algunos jugaban descalzos, otros llevaban un pañuelo anudado en la frente, como seguramente habían visto hacer a algún jugador de su equipo favorito, otros lo hacían con el torso desnudo y todos se afanaban en intentar controlar el balón en aquel terreno irregular, hacer un regate, un pase o un tiro a portería.

Alrededor del campo estaban todos los españoles que animaban a unos y a otros, reían a carcajadas cuando un tiro a portería había ido a parar cerca del córner y aplaudieron a rabiar el primer caño conseguido en medio del desierto.

Allí, también estaban los soldados, relajados en su vigilancia, ensimismados en el partido y decantándose por uno u otro equipo en función de la jugada realizada.

Juan siguió su caminar con una sonrisa en los labios, pensando que un partido de fútbol podría ser una buena terapia para los trabajos forzados de los prisioneros exiliados y, quizás, un punto de unión para mejorar la relación entre los soldados y los españoles.

Antes de entrar al barracón, oyó el griterío de españoles y soldados, y volvió la cabeza para ver cómo una sola palabra los podía unir en medio de aquella desventura. Todos gritaban gol.

Pero la realidad, en muchas ocasiones, supera a la ficción. El sentido común y el buen hacer se tornan mezquinos y la locura colectiva se

abre paso a zancadas, volviéndose peligrosa.

Todas las tardes había partido de fútbol. Se hicieron equipos de españoles, de militares franceses y de soldados senegaleses, hasta que iniciaron una liga que algún día proclamaría a un campeón.

Sin embargo, los republicanos españoles, hartos de tanto trabajo y tan poca recompensa, comenzaron a sabotear las obras que estaban realizando, con el fin de postergar aquella construcción y que nunca finalizase. De esa manera, ganaban tiempo de asueto, de descanso en su labor diaria en medio de aquel desierto que parecía no tener fin.

Aprendieron a romper los mazos, a desportillar los martillos, a deteriorar las llaves, a romper la rosca de los tornillos, a toda una serie de artimañas que les hiciera perder el tiempo hasta reponer de nuevo el material y ganar muchos minutos del día solo para ellos.

Hasta que comenzaron los castigos, por cualquier tontería, por cualquier nimiedad, hasta por romper el material, porque el carácter se iba corrompiendo cada día que pasaba, tanto para los soldados como para los españoles.

Los encerraban en un cuartucho de uno de los barracones, durante uno o varios días, privados de comer o de beber, mientras que en otras ocasiones los ataban a un poste a pleno sol.

Nunca había sucedido. Nadie había intentado escapar de aquel lugar. Hasta que una mañana de intenso trabajo, calor asfixiante y gargantas resecas, Sixto Vidal comenzó a hablar solo y, luego, comenzó a gritar que no aguantaba más, que aquello era un trabajo de esclavos y que no soportaba las impertinencias de los soldados, hasta que se encaró a discutir con ellos.

Todos sus amigos intentaron que reflexionara y Juan se acercó a él con la intención de serenarlo, pero recibió un empujón cuando intentó abrazarlo y a continuación salió corriendo.

Los soldados le dieron el alto.

Sixto no atendió a razones.

Apuntaron con sus fusiles y volvieron a gritar.

Sixto siguió corriendo.

Varios disparos levantaron la arena cerca de las piernas de Sixto, hasta que se detuvo e hincó sus rodillas en la arena.

A continuación, se acercaron despacio los soldados senegaleses y lo detuvieron.

Se llevaron a Sixto Vidal igual que se podrían haber llevado cualquier mercancía. Lo subieron a empujones a la parte trasera de un camión y allí lo depositaron. Como la vía férrea ya llevaba construida un tramo bastante largo, cada día se desplazaban hasta allí en camiones.

Lo volvieron a bajar a empellones delante del mástil de los castigos.

Trajeron un pico y una pala y lo obligaron a cavar una zanja: de larga un poco más que su estatura, de ancha algo más que su cuerpo y de unos cuarenta centímetros de profundidad.

Estaba acostado boca arriba, a pleno sol, como si estuviera enterrado en vida y casi no se podía mover.

Luego, los soldados clavaron por encima alambre de espino para que no pudiera sentarse ni escapar de ese lugar.

Cuando regresaron al campamento en el descanso del mediodía, Juan y sus amigos lo vieron desde lo alto de los camiones. Bajaron deprisa y se acercaron a observar a Sixto, que permanecía allí acostado boca arriba, con la cara y el torso desnudo quemados por el sol.

Intentaron acercarse, pero fueron expulsados de allí de malos modos por los gritos de un soldado senegalés.

Mientras se dirigían al barracón en el que comían, Juan escuchó a unos soldados cómo se burlaban de Sixto Vidal y del castigo que le estaban infligiendo. Luego, escuchó algo que le llamó la atención, se acercó un poco más a ellos y los escuchó decir la palabra francesa «*tombeau*», al tiempo que reían con regocijo.

Comieron con rapidez y luego prepararon un plato con comida y un bote con agua para Sixto.

Salieron del barracón con premura y se dirigieron a entregarle lo que traían consigo, pero fueron interceptados por el soldado y obligados a irse de allí, después de escuchar que el castigo también incluía la prohibición de comer y beber durante el día.

—¡Esto es una crueldad! —exclamó exaltado Andrés Serrano.

—¡Es una tortura! —dijo casi gritando Florencio Portillo.

—Sin beber durante todo el día, ¡Sixto se puede morir! —afirmó angustiado Anselmo Fernández.

—¡Es una tumba! —profirió Juan.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Florencio.

—Así es como denominan a este castigo: la tumba. Antes, cuando nos dirigíamos al comedor, escuché a los soldados que ridiculizaban a Sixto cómo ironizaban sobre este tipo nuevo de castigo. No atiné a entender lo que querían decir, pero ahora lo comprendo —aseveró Juan.

—¡La tumba! Lo tienen enterrado vivo, quemándose a pleno sol. ¡Es una salvajada! —rabió indignado Anselmo.

—Juan, ¡tienes que hacer algo! —ordenó Andrés.

—Voy a ver ahora mismo al capitán y me va a escuchar —aseguró Juan, sulfurado, con la cara roja, ardiéndole y no por el sol.

Con paso rápido, Juan se dirigió hacia el barracón del capitán. Sus amigos caminaron tras él guardando una distancia prudente. Llamó a la puerta y no contestó nadie. Volvió a llamar, ahora con más

intensidad y obtuvo la misma respuesta. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada.

Allí no había nadie.

Esperaron los cinco amigos a pleno sol en la puerta del barracón del capitán, hasta que escucharon el chirriar de los silbatos que los llamaban para volver a trabajar. Cabizbajos, con parquedad, se dirigieron hacia donde estaban aparcados los camiones y subieron en ellos.

La tarde en el trabajo se hizo muy espesa, dura y con el continuo repiquetear de la imagen de Sixto flotando en la mente de los cinco masones. Intentaron trabajar rápido para ver si así pasaban los minutos con mayor rapidez, pero el reloj de arena fluía con un goteo lento diseminado en una base que se ensanchaba cada segundo, como si el tiempo pudiera dilatarse.

Apenas hablaron entre ellos. Con sus miradas no necesitaban hablar, se lo decían todo con cada gesto, con cada mueca y con cada suspiro, no de cansancio sino de puro dolor. En cada uno de sus rostros se reflejaba la pena que sentían por dentro, como si les quemara el castigo que había sufrido su amigo. Impotencia, desesperación y congoja marcaron sus sentimientos durante toda su jornada laboral esa tarde.

Cuando las condiciones eran favorables, vestían una camisa para trabajar, pero esa tarde, los cinco amigos trabajaron con el torso desnudo sintiendo como el sol achicharraba su piel, en señal de solidaridad con su amigo.

Cuando regresaron por la tarde del trabajo, Sixto seguía mortificado en su tumba.

Juan no se lavó ni las manos, ni se secó el sudor, ni se puso la camisa. Bajó del camión de un salto y se dirigió corriendo hacia el barracón del capitán.

Abrió la puerta sin llamar y allí estaba él, preparando los tubos de pintura al óleo.

—¡Jamás hubiera imaginado que fueras tan ruin! —espetó Juan nada más entrar, escupiendo la rabia acumulada durante toda esa tarde.

—Siéntate, Juan —ordenó el capitán Arnaud.

—¡Ni tan cruel! —volvió a acusar, quedándose en pie.

—¡Te estaba esperando! —Interrumpió el capitán.

—¿Sí?

—Era de suponer.

—Por supuesto.

—Es encomiable y digno de admiración la unión que tenéis entre todos vosotros.

—¡Si vienen los alemanes y te ponen a picar piedra con nosotros ya

sabrás tú de solidaridad!

—¡Vale! Suéltalo ya.

—Es inhumano lo que le estás haciendo a Sixto. No se merece ese castigo.

—Sí se lo merece y, además, tiene suerte.

—¿Por qué tiene suerte?

—Mis hombres lo podrían haber matado, tienen la orden de disparar a matar si un trabajador intenta escaparse.

—Ahora somos trabajadores. Hemos firmado un contrato. No somos presos.

—Pero estáis bajo mi autoridad.

—¡Qué sabrás tú de autoridad!

—Más que tú, Juan. Más que tú… Sé que eres el cabecilla de todos los españoles que estáis aquí trabajando. Sé que todos te siguen y que atienden a tus palabras porque eres un hombre razonable. Yo no solo estoy aprendiendo contigo pintura, también aprendo filosofía, humanidad y sensatez, aunque tú no te des cuenta. Cada sábado por la noche, se reúnen en las tabernas de Colomb-Béchar los soldados que trabajan en todos estos campamentos y se cuentan lo que sucede en cada uno de ellos. Aunque los capitanes tenemos las mismas órdenes, cada uno las aplica con distinta severidad. En Bou Arfa y Hadjerat M'Guil disparan a matar cuando un trabajador intenta escapar y los castigos menores consisten en el *tombeau*. Esos castigos menores que aquí los sancionamos con ese cuartucho o atados al mástil, allí los castigan con el *tombeau*. Todos mis hombres me habían pedido ese tipo de castigo. Sin embargo, yo accedí solo a él en el caso de que un trabajador intentara escapar. Sé que es un castigo cruel e inhumano. Pero en lugar de dar la orden a mis soldados de disparar a matar, aprendiendo de ti, decidí ordenarles que disparasen al suelo y así poder agraciarlos con el castigo del *tombeau*. Tu amigo sigue vivo gracias a mí.

—¿Y cuánto tiempo lo vas a tener ahí castigado?

—Sé que en Hadjerat M'Guil los tienen hasta dos semanas.

—¿Hasta que mueren?

—Por desgracia, sí. Sé que algunos han muerto.

—Sixto no aguantará ni un día más.

—Puede ser.

—¿Podré darle de comer y de beber esta noche?

—Esa es la orden. Solo puede cenar y beber por la noche.

—Yo le daré esta noche la cena y el agua. ¡Tú sabrás cuándo lo pones en libertad!

Dio media vuelta y se fue, dejándolo con la palabra en la boca. Cerró la puerta de un portazo y pensó: «¡a ver si tiene huevos a castigarme a mí también!». Y cuando se encontró en medio de la

explanada, con su amigo sepultado en vida a unas decenas de metros, emitió un grito desgarrador mirando al cielo, como si le quisiera pedir cuentas al dios que todo lo veía, y que no movía ni un solo dedo, para solventar la situación de todos los infelices que estaban presos en ese campo de concentración en medio del desierto, engañados como estaban, prestando eufemísticamente sus servicios en la Compañía de Trabajadores Extranjeros del gobierno francés.

Cuatro bocados fueron suficientes para engullir la cena. Bebió dos sorbos de agua. Después cogió la comida y el agua de su amigo, marchándose en solitario del comedor.

A duras penas logró que Sixto se pudiera incorporar. Juan metió su brazo entre el alambre de espino, agarró a su amigo por la espalda y éste tuvo que realizar un esfuerzo para lograr elevar unos centímetros su cuerpo y poder beber agua. Estaba sediento y Juan le tuvo que avisar que bebiera despacio. Su amigo comprendió y tuvo toda la paciencia que no manifestó aquella infausta mañana. Luego, Juan le pasó la escudilla y comió lentamente, saboreando la comida, como si aquellos bocados fueran los últimos que fuera a dar en su vida.

No pudo abrazar a su amigo para despedirse. Sin embargo, le guiñó el ojo y le sonrió fraternalmente. Sixto también le guiñó el ojo mientras una lágrima resbalaba con dificultad por su rostro.

Sus amigos lo estaban esperando fumando en la puerta del barracón. Juan sacó el papel de fumar, echó un poco de tabaco y lió el cigarrillo. Dio una calada profunda y expulsó el humo hacia el cielo, con rabia.

Luego intentó explicar la conversación mantenida con el capitán, resaltando el punto positivo, que Sixto seguía vivo gracias a él. De la situación desesperada de su amigo prefirió no contar nada.

Después se despidió y se marchó a dormir. Se acostó en el catre, sacó su maleta introduciendo la mano debajo del jergón, sacó su diario, cogió la pluma y el tintero y comenzó a escribir:

> *«Amo a la humanidad, pero no a todos los hombres. Los hay demasiado viles, demasiado estúpidos, demasiado crueles, y a esos no puedo amarlos. Tampoco los aborrezco: Los compadezco porque no han recibido educación suficiente para ser mejores.*
>
> *Bertha von Suttner (¡Abajo las Armas!)»*

14

Los días de enero de 1942 solo fueron para María un empacho de tristeza, al ver cómo su padre se iba apagando poco a poco. Mañana, tarde y noche estaba junto a él, cuidándolo, descansando poco y durmiendo mal en una mecedora, cuando la tos dejaba dormir a ambos. Hasta que al final sucedió lo que tenía que suceder y su padre descansó para siempre y se fue para reunirse en algún lugar con su mujer.

A partir de entonces, cada mañana, María se sentaba en el poyete, sola, rodeada de hebras de esparto, previamente humedecidas desde el día anterior, con varios dediles en sus dedos para evitar los pinchazos, dispuesta a fabricar toda clase de recipientes que luego pudiera vender.

Estaba cerca de la puerta de entrada a la posada, pero dentro del patio, y cuando pasaba por allí algún huésped o algún transeúnte por la calle, siempre ofrecía sus canastos en voz alta y con la mejor de sus sonrisas.

Faltaban pocos días para la Semana Santa cuando María recibió otra carta de su suegra.

Se quitó los dediles, el delantal y apiló los cestos que estaba fabricando en esos momentos uno dentro del otro. Subió a su habitación, se sentó cerca de la mesa y se dispuso a leerla, temblorosa, presintiendo que era portadora de malas noticias.

«Querida hija,

El motivo de la presente, es para comunicarte que el padre ya no está con nosotros.

Como bien sabes, después de ser puesto en libertad por su avanzada enfermedad, tanto mi hija como yo lo hemos estado cuidando hasta el último de sus días.

En estos momentos ya se ha reunido con su hijo Joaquín, y espero que sean libres allá donde se encuentren.

Es una pena que Juan no pueda tener noticias en estos momentos de lo que le ha ocurrido a su padre, ¡con la admiración que ambos se tenían! Todos los días pienso en tu marido y solo deseo que el momento de rehacer vuestras vidas en Argelia sea lo más pronto posible.

Recibid un abrazo muy fuerte y un beso tanto tú como mis nietos.»

María leyó la carta apenada y con lágrimas en los ojos. Sin embargo, le quedaba el consuelo de pensar que su suegro, que tanto

dolor llevaba acumulado sobre sus espaldas, por fin estaba descansando.

Había sido un proceso largo, demasiado. Sus padres aún vivían cuando él ya estaba enfermo y, sin embargo, acababa de morir, lo que había prolongado su sufrimiento.

Por entonces ya lo tenía claro. Ya sabía que si algún día volvía a reunirse con Juan, tendría que ser fuera de España, en Argelia o cualquier otro lugar.

Habían pasado tres años desde el final de la guerra civil y la venganza de los vencedores aún continuaba activa. Seguían ejecutándose las purgas contra los rojos y los masones, y las cárceles seguían abarrotadas de hombres y mujeres que, en muchas ocasiones, no habían cometido delito alguno, salvo ser acusados de estar afiliado a un sindicato o a algún partido político que eran legales antes de la sublevación militar y, a veces, solo de ser simpatizantes.

Aún había hambre en las calles de Murcia, pero mucho peor era el miedo a ser delatado por un vecino envidioso o por cualquier personaje rencoroso, y que pudieras dar con los huesos en la cárcel. Ese miedo te hacía estar alerta las veinticuatro horas del día y te enseñaba a callar ante la más atroz de las vejaciones.

A pesar de haber transcurrido ya tanto tiempo, aún no había llegado el tiempo del olvido y, menos aún, del perdón.

Por esas razones, María sabía que no podría rehacer su vida con Juan en España y, todos los días, cuando llegaba el cartero a la posada, le preguntaba si tenía alguna carta para ella.

Él repasaba la correspondencia y casi siempre contestaba con la misma palabra: no.

Durante el verano, los dos hermanos comenzaron a frecuentar la zapatería. Ese local comercial formaba parte de la estructura de la posada del hermano de María, que desde hacía varios años lo tenía alquilado a Damián López.

El señor López estaba casado con Margarita y tenía una hija de doce años de edad llamada Luisa. Lo mismo fabricaba un zapato completo de principio a fin, elegido de un muestrario que tenía guardado en un cajón de la mesa, que vendía uno nuevo que no había elaborado él. Pero como la economía era la que era, lo más habitual consistía en arreglar cualquier desperfecto, cambiar el tacón o coser los deterioros de unas alpargatas.

Parecía que los dos hermanos se habían cansado de jugar en el patio de la posada y ahora pasaban muchas horas del día entre esas cuatro paredes.

En realidad, a Juan, los zapatos le importaban más bien poco, le

interesaba más el trato que el señor López mantenía con los clientes, las conversaciones que tenía con él y, sobre todo, le brillaban los ojos y exhibía sin ambages una sonrisa tontorrona cuando en la zapatería aparecía de visita Luisa, que varias veces al día se dejaba caer por allí.

Sin embargo, Antonio se sentaba cerca del señor López y observaba cómo trabajaba. Hablaba poco, pero cuando lo hacía era para preguntarle cómo se cosía la suela, qué tipo de puntos utilizaba en cada labor, de qué material estaban fabricadas las hormas de los zapatos, cómo se moldeaba el cuero y todos los aspectos relacionados con aquel oficio.

Así, iban pasando los días de aquel tórrido verano, entre lecciones veladas mediante las que Antonio iba aprendiendo cada vez más lo que podría ser un futuro trabajo, y que ponía en práctica, como si de un juego se tratara, cuando comenzó a ayudar al señor López a realizar pequeñas tareas en las que en pocas ocasiones era corregido, y las miradas disimuladas a los ojos entre Juan y Luisa, cuando no eran observados por su hermano ni por su padre.

Septiembre trajo consigo la vuelta de Antonio al colegio y el espaciado de las clases de zapatería que recibía. Le gustaba asistir a la escuela para aprender todo lo que sus maestros le enseñaran, pero durante ese verano había descubierto que disfrutaba dibujando zapatos y que, modificando algunas particularidades, se podían diseñar diferentes modelos que enseñaba al señor López, del que obtenía su aprobación con una palmada cariñosa en la espalda.

Juan había terminado el colegio y ya no iba a seguir estudiando, por lo que a partir de entonces comenzó a explorar con tiento a qué se quería dedicar. El trabajo de zapatero y otros similares en los que estuviera enclaustrado durante todo el día no iban con su carácter. A él le gustaba ir y venir, estar en contacto con la gente y moverse a su libre albedrío, no estar supeditado a un jefe que le indicara en cada momento lo que tenía que hacer o a un horario machacón en el que estuviera realizando siempre de forma repetitiva la misma labor.

Comenzó a callejear por Murcia y a descubrir los diferentes tipos de oficios. Hablaba con unos y con otros, realizando preguntas que le resolvieran sus dudas, pero al final siempre regresaba a la posada para atiborrarse de ilusión con las conversaciones que mantenía con aquellos comerciales que se hospedaban en la posada. Juan era un espíritu libre y empezaba a admirar aquella profesión que le permitía ir de un comercio a otro, de una fábrica a otra, ofreciendo mercancías que sabía que podría vender convenciendo con sus palabras a los posibles compradores.

Mientras tanto, María seguía a lo suyo, trabajando con orgullo en su modesto oficio que le daba para bien poco, pero al menos la mantenía ocupada y, al mismo tiempo, evitaba la humillación de que

siempre le dijeran que para ella no había trabajo.

Apreciaba cómo iban creciendo sus hijos y la búsqueda de su lugar por sí mismos. Su hija María aún era pequeña, pero a Antonio lo veía encaminado a ganarse la vida con un trabajo manual o pintando cuadros, como su padre. Juan, que ya estaba hecho todo un mozo, sabía que su alma inquieta pronto le anunciaría el trabajo al que se quería dedicar o lo que decidiera poner en marcha.

A mediados de noviembre, mientras María desayunaba con sus hijos, su hermano se acercó a su mesa, se sentó con ellos, habló con los niños, le preguntó a Juan cómo le iba en su búsqueda de trabajo y después se dirigió a ella para decirle que tenía que contarle un asunto y que más tarde fuera a hablar con él.

Cuando terminó de desayunar, Antonio y María se fueron al colegio, Juan se dirigió con desparpajo a otra mesa a entablar conversación con un huésped y María se marchó a limpiar su habitación, como lo hacía todas las mañanas. Después, bajó y encontró a su hermano en la recepción de la posada.

—Ya estoy aquí. Ya podemos hablar tranquilos.

—Hay un tema que te quiero comentar.

—Te escucho. Tengo todo el tiempo del mundo —respondió María.

Aquella estancia de la posada no era más que un lugar con un mostrador sobre el que había un libro de registro y, detrás, una pequeña estantería, en la que reposaban las llaves de las habitaciones con su número tallado en la madera.

—Se trata de la zapatería.

—Ahora que mis hijos pasan mucho tiempo allí, ¿qué le pasa al señor López?

—Que va a dejar el local.

—¿Por qué?

—Porque se traslada. Imagino que sabes que han comprado una casa en esta misma calle.

—Hace tiempo ya de eso.

—Pues está preparando un local en su casa para trasladar la zapatería allí.

—Me parece lo correcto. Así se ahorra el alquiler.

—En efecto.

—¿Qué vas a hacer tú cuando se vaya? ¿Vas a poner el local de nuevo en alquiler?

—De eso es de lo que te quiero hablar.

Frente al mostrador había dos butacones de madera en los que ambos estaban sentados. Delante de ellos había una mesita redonda sobre la que estaba depositado el periódico La Verdad.

—¿Qué tengo yo que ver con ese tema?

—Algo que se me ha ocurrido. Mira María, sé que lo estás pasando mal, sé que lo has intentado, pero no has encontrado trabajo y te admiro por ello, por no dar tu brazo a torcer.

—Gracias.

—Te veo todos los días elaborando los cestos y todas esas mercancías con esparto, haga frío o calor, y se me parte el alma.

—¡No es para tanto! A falta de pan, buenas son tortas. Es una buena forma de ganarse la vida, igual que otra. No se me van a caer los anillos. Además, es un trabajo que me gusta y con él honro a la figura del padre —respondió María, muy orgullosa de su trabajo.

—Me alegro de que pienses así. Por eso, porque sé que eres una mujer fuerte, quiero hacerte una proposición.

—¿Cuál?

—He pensado que, cuando el local de la zapatería esté libre, podrías abrir en él una taberna.

—¡Una taberna!

—Sí. Tú eres una magnífica cocinera. Si abres ese local, tendrás tu propio negocio y ya no necesitarás buscar trabajo. Con él, ganarás mucho más dinero que haciendo canastos de esparto, ¡mírate esas manos, cómo las tienes!

Detrás de ellos había un ventanal grande por donde entraba toda la luz que iluminaba aquella estancia.

—Puede ser una buena idea —afirmó María, mirando a su hermano.

—¡Claro que es una buena idea! Cuando la gente pruebe tus michirones, las patatas cocidas o asadas, y el guiso de albóndigas, se chuparán los dedos y la taberna la tendrás siempre llena. Además, tu hijo Juan te puede echar una mano.

—Puede ser —respondió dubitativa—. Pero imagino que habrá que hacer una inversión considerable y, además, está el tema del alquiler del local.

—Por el alquiler no te preocupes. Te cobraré mucho menos que al señor López.

—Sí, pero…

—Aún te queda bastante dinero del que te pagué por la compra de tu casa —insistió su hermano.

—Sí.

—Piensa que es una inversión con la que podrás resolver todos tus problemas económicos.

—Eres muy optimista. Pero ya sabes cómo es la gente. Igual, por ser quien soy, me hacen un boicot y en la taberna no entra ni el tío Chitín. Entonces, me quedo sin perras, me arruino y ya me puedes dar una patada y echarme a la calle, cuando no te pueda pagar la

habitación ni el alquiler.

—Siempre hablando claro, ¡no te callas una! ¡Qué exagerada eres!

Su hermano estaba ladeado sobre el butacón, mirándola. Vestía pantalón y chaqueta de pana, de color marrón oscuro. Era alto, con algunos kilos de más, amplias calvas laterales en la cabeza y el resto del pelo peinado hacia atrás.

—No. Lo que soy es una mujer realista. Puede salir bien, pero también puede salir mal. Es necesario sopesarlo todo.

—En ese caso, lo mejor es realizar un inventario de todo lo que vas a necesitar para la taberna y luego efectuar un cálculo económico de lo que puede costar todo.

—Ya lo había pensado —respondió María

—Por ahora, lo que yo te recomiendo es que lo estudies hasta el último detalle. No tomes una decisión a la ligera sino que sopeses bien todos los pros y los contras.

—Una taberna es un negocio complicado, Enrique, y más en los tiempos que corren, que casi nadie tiene un real. Lo pensaré bien. Quédate tranquilo.

—Eso es lo que quiero que hagas. Además, aún quedan varias semanas para que el señor López abandone el local. Así que tienes tiempo suficiente para analizarlo y decidirte.

—Descuida. Así lo haré.

Cuando salió de la estancia, María vio cómo entraba una galera a la posada y se detenía junto a la fuente. Ella se acercó, acarició el lomo de uno de los caballos que estaba bebiendo agua en esos momentos y se dirigió hacia su poyete para empezar su jornada laboral.

A María las cuentas no le salían. Sumaba gastos, restaba su trabajo, multiplicaba los inconvenientes y dividía por la ayuda que le estaba prestando su hermano, aunque él seguía ganando un alquiler multiplicado por dos, su habitación y la futura taberna.

Estaba hecha un mar de dudas. A todas horas pensaba en el problema que debía de resolver, porque lo veía así, más como una complicación que una solución a su economía personal, que ya se estaba acercando peligrosamente al abismo.

Si antes, para elaborar un cesto de no muy grandes proporciones, podía tardar un día, ahora invertía casi dos en su manufacturación. Las comidas se le hacían eternas dándole vueltas al asunto y, cuando se sentaba a leer en su habitación, terminaba por dejar el libro o el periódico encima de la mesa por la falta de concentración.

Uno de los días que había quedado con Carmen se lo contó todo, incluso con números, que plasmó en un cuaderno mientras tomaban un café en casa de aquella. Su consejo fue que echara para delante.

Esas habían sido las palabras exactas de su amiga, que ya se atrevía con vestidos de color marrón oscuro o azul marino, aunque a veces seguía utilizando el negro.

También su hermana Mercedes la animó a emprender el negocio.

—¡Ni lo dudes! —había sentenciado Mercedes.

Pero María seguía sin verlo claro. Echaba de menos no tener más amigas que la pudieran aconsejar, pero seguían dándole la espalda y, en la mayoría de las ocasiones, por la calle miraban hacia otro lado aquellas que en los antiguos tiempos le ofrecían sus sonrisas más arrolladoras y los abrazos más enternecedores. Seguía estando sola en Murcia, seguía teniendo miedo, y todo ello sumado en conjunto, cuando lo ponía sobre una balanza y lo pensaba por las noches, abrazada a su muñeca de trapo, le resbalaba.

Al final de tantas cuentas, no precisó realizar ni una raíz cuadrada porque la ecuación la conducía hacia un camino sin retorno, por una calle sin salida. Para montar la taberna tendría que invertir todo su dinero, salvo una cantidad que siempre iba a tener reservada, que nunca iba a gastar a pesar de los pesares y que tenía un destino asignado porque su corazón así se lo exigía.

Su instinto le decía que no se lo pensara más, le presagiaba buenos augurios, pero ella ya no se fiaba ni de sus presentimientos.

Mientras tanto, comenzó a observar cómo el señor López iniciaba la mudanza y la zapatería iba vaciándose con el paso de los días, hasta que poco antes de Nochebuena dio el cerrojazo y entró a la posada a entregarle las llaves del local a su hermano Enrique.

Igual que los años anteriores, durante la Navidad ayudó a su hijo Juan a elaborar los caramelos, pero en esta ocasión lo hicieron a la vista de todos, explicándole a su hermano que era como un pequeño ensayo para ponerse delante de los fogones.

Durante todos esos días solo hacía pedirle consejo a su marido, a Juan, allá donde estuviera, para que regresara a socorrerla, aunque solo fuera espiritualmente. Lo necesitaba más que nunca para sentir su apoyo y a cualquier hora miraba al cielo, como si pudiera ver su rostro allí reflejado, mirándola desde las alturas, escuchando lo que le estaba diciendo.

Si mirabas hacia atrás, el tiempo había pasado con demasiada rapidez. Estaban ya en febrero de 1943, pero aún cada día era peor que el anterior, más duro, más insufrible y tener veinticuatro horas por delante suponía todo un suplicio.

Uno de esos días, María le pidió a su hermano la llave de la zapatería.

Salió de la posada a la calle San Antonio y pocos pasos más allá estaba su destino. Metió la llave en la cerradura, los goznes chirriaron cuando la puerta se abrió y ella contempló un local lleno de polvo,

algunas cajas desvencijadas de madera y demasiados trozos pequeños de cuero desperdigados por el suelo.

15

Esa noche, Juan no pudo dormir. Daba vueltas y vueltas sobre la cama, cambiando de postura una y otra vez pensando que su amigo no lo podía hacer. Aumentó su rabia cuando tiritó de frío, imaginando lo que estaría sintiendo Sixto con el torso desnudo, a la intemperie. Apretó con cólera la mandíbula, cerró los puños con furor y maldijo para sí mismo la perra vida a la que había sido condenado por ser leal a sus ideales.

Estaba ya sentado sobre su cama cuando comenzaron a taladrar los silbatos despertadores y salió corriendo, como si lo persiguiera una de esas mortíferas serpientes del desierto, en dirección hacia donde se encontraba su amigo.

El soldado que lo vigilaba le ordenó sacar de allí a Sixto y llevarlo al barracón, para que Juan lo pudiera cuidar durante todo ese día. Esas eran las órdenes del capitán Arnaud.

Cogió un pico de uno de los camiones que ya estaban allí preparados para trasladar a los trabajadores y comenzó a quitar la alambrada que cubría la tumba. A continuación, quitó con cuidado la arena desparramada en la cara de su amigo que empezó a toser y a escupir casi sin fuerzas.

Vio a sus amigos salir del barracón y los llamó. Entre todos, sacaron a Sixto de su sepultura y con cuidado lo alzaron. Después lo llevaron en volandas hasta su catre, mientras él profería pequeños gemidos de dolor, y lo taparon con varias mantas para que entrara en calor.

Cuando todos los hombres se marcharon, Juan fue al comedor a buscar comida y bebida para su amigo. Luego buscó una palangana y la llenó en los bidones que almacenaban el agua.

De vuelta al barracón, hizo jirones un jersey, lo humedeció en el agua y comenzó a lavar la cara de Sixto, que abría los ojos, pero que casi no podía articular palabra alguna. Le dio de beber un poco de agua, en sorbos pequeños. Después humedeció el pan duro en el sucedáneo de café y cuando estuvo bien blando, se lo introdujo en la boca.

Juan había cogido dos colchones de las camas de al lado y los había colocado debajo de la espalda de Sixto, para tenerlo incorporado y, al mismo tiempo, descansando. En esa posición, fue ofreciéndole el café, que aún estaba templado, poco a poco, y el pan reblandecido.

—Buenos días —fueron las primeras palabras de Sixto Vidal.

—Buenos días, amigo mío —respondió Juan.

Luego cerró los ojos y se quedó dormido.

Juan se quedó allí, a su lado, respirando aliviado y comprendió que

la tiritona que había tenido durante toda la noche probablemente no era de frío, sino de miedo, por el temor a que Sixto pudiera morir.

Durmió un sueño plácido algo más de una hora y volvió a abrir los ojos. Juan le ofreció de nuevo agua que bebió con lentitud.

Después retiró las mantas, humedeció el jersey en el agua y comenzó a lavar su cuerpo, para retirar toda la arena que tenía adherida a él. Lo hizo con suavidad, para no avivar el dolor en las quemaduras sufridas en su piel que el sol le había provocado el día anterior. Durante unos minutos, se dedicó a humedecer el paño en el agua fría, escurrirlo bien, y colocarlo en la frente, los párpados, los labios y la cara de Sixto, porque esa acción mejoraba la tirantez y el dolor de las quemaduras de su rostro.

Una vez limpio y seco, lo volvió a tapar con las mantas porque seguía teniendo frío, seguramente debido a la deshidratación, pensó Juan. Después dijo que tenía hambre y Juan se marchó al comedor.

Solo había ese líquido que en cualquier otro sitio nunca habría pasado por café. Juan lo calentó, cogió pan duro y cuando se marchaba volvió la cabeza hacia atrás, observando cómo los soldados encargados del comedor no le ponían ninguna objeción.

Durante toda la mañana, Juan estuvo cuidando de Sixto como si cuidara a uno de sus hijos.

Al mediodía, cuando regresaron sus compañeros para comer, pudieron ver la mejoría evidente de su amigo, que seguía despierto, pero quedaron espantados al observar las lesiones que veían en la piel, que estaba enrojecida, hinchada en varias regiones y presentaba alguna ampolla pequeña.

Por la noche, sus amigos supieron por Juan que seguía mejorando, aunque todavía le dolía mucho la garganta cuando intentaba hablar.

La tarde anterior, Juan no se había presentado ante el capitán para dar la clase de pintura y recibir la de francés. Esa mañana, cuando iba a subir al camión para ir a trabajar, uno de los soldados le dijo que tenía que quedarse a cuidar a Sixto y que las órdenes del capitán eran que ambos deberían de incorporarse juntos al trabajo, cuando aquel ya estuviera recuperado.

Después de cuatro días, la mejoría de Sixto era ya indiscutible, aunque aún seguía estando débil. Comía, bebía y se aseaba sin necesitar ayuda. Se levantaba de la cama, daba pequeños paseos por el barracón, que iba aumentando cada día poco a poco, y por la tarde salía fuera, unos minutos, siempre a la sombra del barracón.

—¿Sabes que he tenido muchas pesadillas todos estos días mientras dormía? —dijo Sixto, una vez dentro, después de sentarse sobre la cama y apoyar su espalda contra la pared.

—Es normal. Has corrido un peligro muy grande de morir en esa tumba —respondió Juan.

—Siempre estaré en deuda contigo, por todo lo que estás haciendo por mí. ¡Si no hubiera sido por ti…!

—Tú lo habrías hecho también. ¡Estoy seguro!

—Al menos lo hubiera intentado.

—Estos días le he dado muchas vueltas mientras estaba aquí sentado cuidándote. Te quiero pedir un favor.

—Lo que tú quieras.

—Me gustaría que dejaras constancia de tu experiencia en mi diario. Solo unas palabras, para que en el futuro no se pueda olvidar esta barbarie.

—¡Es un gran honor para mí que tú quieras que yo escriba en tu diario! —exclamó emocionado Sixto Vidal.

Juan fue hasta su catre y volvió con el cuaderno entre sus manos, entregándoselo a Sixto junto con la pluma y el tintero. Lo apoyó encima de la cama, lo abrió y comenzó a escribir:

«En los momentos más trascendentales y críticos de mi vida, cuando en el destierro, enjaulado por los barrotes de la universalidad del desierto, me hallo en situación de decúbito supino, esperando la llegada del "forense" para que, una vez haya certificado mi "defunción", sea ordenado el levantamiento de mi "cadáver", Juan Bernal, uno de mis más grandes y cultos amigos del exilio, con su grandeza de alma, me muestra el deseo de que estampe, en su sencillo pero simbólico diario, unas líneas.

Una inmensa nube me impide evacuar sobre el papel conceptos y frases que, aunque repletas de retórica y elegancia, estarían según mi forma de ver las "cosas" hoy, carentes de realidad y fuera de sinceridad.

Que usted, excelente y joven Maestro, acierte en todos sus vaticinios, y que sus presagios, al convertirse en hermosas realidades, sean motivos, con gran regocijo espiritual mío, para sonrojarme y avergonzarme de este psiquis que hoy me embarga…

En el "hall" del Sahara, 18 de octubre, 1940

Sixto Vidal»

A partir de entonces todo fue de distinto color. El castigo de Sixto parecía haber sobrepasado los límites de lo razonable, los límites que la mente humana más criminal podría imaginar, y los castigos desaparecieron de la noche a la mañana.

La conducta de los españoles mejoró, atormentados por haber visto

lo que podría ocurrir. No se mostraban dóciles ni tampoco como perros falderos que decían sí a todo, pero ya no pensaban en fugarse y se dedicaban a trabajar, con mayor o menor intensidad, con más o menos ganas, porque para eso estaban allí, aunque las condiciones seguían siendo inhumanas. Además, estaban seguros de que en otros sitios estarían peor que en ese campamento.

La vigilancia de los soldados también se relajó, porque ellos sufrían de la misma forma las inclemencias del tiempo, la soledad del desierto y porque seguro que habían recibido órdenes por parte del capitán para que actuaran de esa manera.

Y la Navidad se presentó allí, en el desierto, casi sin darse cuenta, y sin camellos portadores de Reyes Magos, aunque por Nochebuena habían vuelto a brindar por el regreso a España el año siguiente.

Las relaciones entre el capitán y Juan, que ya de por sí habían sido siempre buenas, fueron acrecentándose para mejor con el paso de los meses. El uno perfeccionaba su técnica pictórica y el otro afianzaba sus conocimientos del francés, que ya casi podía hablar de manera fluida.

Los meses pasaban con una rutina pasmosa y parecían fotocopias unos de otros. Ya por entonces, el tema más recurrente de conversación entre ellos dos era la guerra que estaba asolando el continente, el sometimiento de Francia tras la ocupación alemana y el despliegue de las tropas de estos en el norte de África. Ambos estaban unidos por un mismo deseo, la derrota del ejército alemán.

Aunque siempre obtenía la misma respuesta, Juan le preguntaba al capitán de vez en cuando por España. Estaba ansioso por conocer cualquier noticia de su tierra, pero lo único que tenía por cierto es que Franco seguía gobernando allí y que las noticias de España poco interesaban en el panorama internacional y, menos aún, en los periódicos de Argelia. Además, al capitán poco le importaba lo que ocurriera, igual que al resto de franceses durante la guerra civil.

Había sido un tema tabú entre ellos, pero durante ese año comenzaron a hablar de los diferentes *Centres d'hébergements*, campamentos o campos de concentración, dependiendo de la terminología que usara cada cual, que estaban dispersos por Argelia y, así, Juan pudo enterarse de que había más de una decena de esos recintos en los que los exiliados españoles eran tratados de distinta manera.

Por entonces, el capitán ya era franco en sus comentarios, y aseguró a Juan que había muchos campamentos en los que el trato a los exiliados era vejatorio y que, incluso, los había que eran auténticos campos de castigo, a los que habían sido trasladados los republicanos

que se habían destacado en sus protestas o los que creían más subversivos. Incluso fue más allá y le aseguró a Juan que algunos españoles habían logrado escapar de diferentes centros.

También le aseguró que el campamento que estaba a su cargo era uno de los que mejor trataba a los exiliados. Ya se había disculpado en más de una ocasión por el castigo a Sixto y solo esperaba el final de la guerra para que todos los exiliados fueran puestos en libertad, para poner fin él también a su misión en ese continente.

Los masones, amigos de Juan, estaban informados puntualmente de las conversaciones que mantenía con el capitán. Intentaban imaginar lo que estaría sucediendo en Europa, pero para ellos era muy difícil, porque si mirabas al suelo veías arena amarillenta, hacia arriba el cielo de un azul muy pálido, y si lo hacías a derecha, izquierda, atrás o adelante, siempre veías cómo confluían la arena y el cielo.

Para ellos eran días de pico y pala, mazo y martillo, llave, tornillo y tuerca, carretilla, capazo y grava, rieles, traviesas y vagonetas, y así, la vía del tren avanzaba a paso lento, pero de forma continua a través del desierto.

Siempre estaba presente el sol, como si fuera un espía en aquella guerra que los vigilaba incandescente desde lo alto. Y el viento, ese que por aquellas tierras ya sabían que lo llamaban Siroco, que soplaba con inclemencia y a traición cuando le venía en gana, para sufrimiento de españoles y soldados franceses.

Los seis procuraban estar siempre juntos durante el trabajo, aunque la relación entre todos los españoles del campamento era excelente y estaban más unidos tras el incidente ocurrido a Sixto. Siempre buscaban consejo en Juan, y él correspondía con frases y palabras que servían para mantener la ilusión intacta y que por las noches reflejaba en su diario.

Mientras tanto, Juan siempre tenía en la mente a sus hijos, a María en su corazón y nunca pasaban fugaces cinco minutos sin recordarla. Cualquier detalle, por nimio que fuera, le recordaba a ella. También le dolía en el alma no saber nada de su padre, que se había quedado en Almoradí, y que podría haber sido presa fácil de represalias.

Eran sus sentimientos, los recuerdos que lo embargaban y entristecían, pero que al mismo tiempo le servían de acicate para trabajar bajo aquel sol asfixiante y en aquellas condiciones deleznables, para poder regresar algún día junto a su familia.

Abrazar y besar a María, abrazar y besar a sus hijos, eran deseos que esperaba que algún día se hicieran realidad.

Y así, como si hubiera sido un juego de sinónimos y antónimos del año anterior, cuando llegó la Navidad, Juan volvió a brindar con sus amigos por el regreso a España el próximo año.

Siempre estaban solos, sin tener relación con nadie más, salvo con los soldados. Desde que estaban allí, los exiliados no habían visto a ningún otro español ni a ningún habitante de la cercana ciudad de Colomb-Béchar, salvo aquellos que por desgracia tuvieron que ser trasladados al hospital.

Sin embargo, ya los habían visto en otras ocasiones. Se dejaban ver en primavera o en otoño y pasaban por allí con su caminar perezoso, la mirada intrigante y sus ropajes protectores.

Igual que las veces anteriores, lo primero que habían visto fueron los grandiosos camellos, que se acercaban por el horizonte como si fueran espectros fantasmales, luego las personas y el resto de animales que conformaban la caravana.

Siempre pasaban de largo, mirándose unos a otros como si fueran ilusiones ópticas.

Sin embargo, aquella tarde no fue así. En la lejanía, desde donde se encontraban trabajando, supusieron que se habían detenido cerca del campamento, como consecuencia de la polvareda que ascendía hacia el cielo y que se estaba formando en aquel lugar.

Cuando los republicanos españoles terminaron de trabajar y regresaron a su recinto, pudieron observar cómo habían habilitado ya las jaimas, por las que en su parte superior ascendía un humo etéreo, los animales los tenían recogidos y los integrantes de aquella caravana hablaban y se movían por ese lugar, dispuestos a pasar la noche, ajenos a los exiliados españoles.

Juan no sabía de dónde venían ni a dónde se dirigían, pero aquellas caravanas cruzaban el desierto, por delante de ellos, en silencio, como si fueran un cuadro mudo al óleo que a él le hubiera gustado pintar.

Se acostó en el catre, cerró los ojos y los tenía allí, delante de él, como si le estuvieran susurrando una carta que debiera de escribir.

No podía dormir.

Se sentó en la cama, sacó el diario de la maleta, buscó la pluma y cuando la encontró, comenzó a escribir:

> *«Escenas pintorescas como la presente son frecuentes por estos parajes. Desde mi vivienda, que es un barracón de adobe, contemplo bellísimos paisajes en el firmamento a la salida y a la puesta del sol, que tiñe de infinitos colores las nubes vaporosas, de formas fantásticas y raras.*
>
> *En los camellos de andar cansino cruzan el desierto estos viajeros árabes, que vienen o que van a tierras lejanas y, al pasar, se detienen a observarnos atraídos quizás por la curiosidad.*
>
> *A veces interrumpe nuestro sueño la melodía dulzona y monótona de sus instrumentos musicales parecidos a la chirimía, que saluda con sus notas nostálgicas los primeros*

destellos solares.

En el interior de las tiendas, que se ven sobre los lomos de los camellos, quedan arrebujadas las mujeres y los niños de la caravana… Poco después, ésta reanuda su marcha lentamente, hasta perderse en la línea que divide cielo y tierra. Ésta es una superficie ligeramente ondulada, arenosa, inmensa, que nos rodea y nos retiene prisioneros, impotentes. Aquel es la majestuosidad etérea, de fondo celeste, luminoso, con fuertes pinceladas de rosa, violeta, oro, malva, grana y verdes en múltiples tonalidades divinas.

Lo de abajo, los arenales inhóspitos y áridos, albergan soledad, desengaños, rencores, maldiciones, odio, incomprensión, intolerancia, egoísmos y todas las miserias humanas. Pero estos arenales de cientos, de miles de kilómetros, tienen fin.

Lo de arriba, lo puro, lo que nada ni nadie puede quitarle al hombre, lo que calma mi espíritu y lo fortalece, lo que me da esperanza y fe de que he de volver a volveros a abrazar, el esposo en donde se encuentran vuestros pensamientos y los míos, eso no tiene fin, es eterno y es bello.

Por comprender estas bellezas, por haber conseguido identificarme con esta verdad sublime, he llegado a obtener una paz interior que compensa mis sufrimientos materiales y me prepara para cumplir, certeramente, en un mañana no lejano, mis deberes de esposo y padre.

kilómetro 7,900. Colomb-Béchar, 5 octubre 1942»

Las noticias por aquellos lares viajaban despacio, pero llegaban, aunque fueran impuntuales.

Fue casi a mediados de noviembre, una mañana en la que a Juan le dolían los brazos, la espalda y hasta casi la raíz del pelo, de tanto aplastar la zahorra con el mazo, cuando llegó un coche militar, conducido por un soldado con una sonrisa tan grande como aquel desierto y le ordenó que dejara el trabajo, que subiera al coche, porque el capitán le había ordenado con urgencia que lo llevara ante él.

Juan subió con sorpresa, pero aliviado por suspender el martirio que le provocaba el trabajo que estaba realizando. Hablaron de temas intrascendentes durante el viaje de regreso, porque Juan aprovechaba cada oportunidad para practicar el francés, pero en ningún momento preguntó si sabía lo que quería el capitán de él.

—Quiero compartir contigo una noticia muy importante —dijo el capitán, nada más verlo entrar por la puerta.

—Si es así, te escucho —respondió Juan, que vestía como un zarrapastroso, con el pantalón ajado de tanto uso por el trabajo, una camisa blanca deshilachada y anudada por debajo de los codos, una correa que le colgaba hasta casi la entrepierna y la cara sucia, impregnada de sudor y arena.

—Siéntate —le ordenó.

—¡Como usted diga! —respondió con sarcasmo, tratándolo de usted, porque seguían tuteándose, aunque no era frecuente ese tipo de trato en aquel tiempo.

—Hace unos días se ha producido el desembarco de las tropas americanas e inglesas en la costa. Más concretamente en Orán y Argel —anunció dichoso el capitán Arnaud.

—¡Es una noticia magnífica!

—Ahora, solo falta que derroten a los alemanes y liberen esta tierra.

—Y nos liberen a nosotros —puntualizó Juan.

—También.

—Ya ardo en deseo de contarle esta confidencia a todos mis compañeros.

—He creído oportuno que fueras tú el primero en saberlo y que se lo cuentes a tus amigos.

—Muchas gracias.

La noticia fue recibida con gran alborozo por los republicanos españoles, que llevaban prisioneros en Argelia ya más de tres años, más de lo que había durado la guerra española.

Sin embargo, llegó la Navidad y por allí no habían hecho acto de presencia ningún soldado inglés ni americano. Igual se habían perdido por el desierto, pensaban con socarronería los exiliados españoles, o aquel sol despiadado había derretido los tanques de los soldados que hablaban un idioma que ninguno comprendía.

¿Cómo se iban a entender con ellos si algún día aparecían por sorpresa por aquellas latitudes? No lo sabían. Pero cuando llegara ese día, ya se las ingeniarían.

Igual que los años anteriores, como si fuera una rutina que se sucedía con la misma ilusión, por Nochebuena volvieron a brindar otra vez más por regresar a España el año siguiente.

La esperanza nunca la habían perdido. Era lo último que podía suceder en ese territorio de sol y arena. Algo bullía dentro de ellos, un cosquilleo que mezclaba ansiedad con intranquilidad, y que hacía que cada día, mientras trabajaban, estuvieran alerta con los cinco sentidos esperando la llegada de unos salvadores a los que no conocían.

Los meses pasaban como si fuera una broma de mal gusto, ya que

aparte del trabajo en la maldita vía del tren transahariano, tragando arena, achicharrados por el sol, matando escorpiones y alguna que otra serpiente, cosa que ya habían aprendido porque su vida les iba en ello, allí no había cambiado absolutamente nada.

Fue por mayo de 1943, un día en el que les faltaban pocos minutos para finalizar su labor del mediodía, cuando vieron avanzar a lo largo de la línea del horizonte unos tanques de guerra, diferentes a los que ellos recordaban de la guerra civil española.

16

Como siempre suele suceder, los gastos no fueron los planificados y María no estaba de mal humor, sino que estaba peor, por no decir que por su boca profería de vez en cuando tacos cuando estaba a solas y, en alguna ocasión, cuando tenía delante de ella a cualquier trabajador que se retrasaba en su labor, siempre con educación y con fina ironía.

La barra de la taberna y la pared que la separaba de la cocina iban a ser muy simples, sin embargo los albañiles holgazaneaban como si aquello no fuera con ellos, pero bien que iban a cobrar. A María le quemaban las entrañas por tanto retraso, y los amenazaba con no pagarles. Cuando terminaron, tardó tres semanas en pagar la factura porque ella también iba a holgazanear a la hora del pago, y si querían que la denunciasen, porque le daba igual. De sobra sabía que no lo iban a hacer porque la necesitad apretaba.

Sin embargo, lo que la sacaba de quicio era el marmolista. Había encargado una pieza de mármol que sería la parte superior de la barra y el menda, un día sí y otro también, la engatusaba diciéndole que al día siguiente la tendría colocada, pero ese día y el siguiente también, no aparecía por la calle San Antonio.

Todos los días tenía que barrer sobre barrido y quitar el polvo que ya había limpiado el día anterior y todos los días anteriores a ese, hasta que se hartó de barrer y de quitar el polvo.

Tres mesas y doce sillas llegaron cuando al vendedor de muebles le dio la real gana.

Había poco trabajo, la gente seguía pasando hambre y miseria. En todas las esquinas se arremolinaban los obreros sin trabajo, pero los que tenían la dicha de tener una faena como dios manda, que eso era lo que se decía por aquellos tiempos bajo la bandera de la nueva dictadura, trabajaban a su ritmo, que más bien era cansino y supeditado a lo que marcaban el almuerzo, la comida y los diferentes descansos para fumar un cigarrillo.

Así que, esos muebles llegaron a la taberna cuando a ellos les dio la gana y, cuando pasaron la factura, María les respondió que volvieran al día siguiente a cobrar. Así los tuvo dos semanas, ella recibiéndolos de jarras delante de la barra sin la pieza de mármol y poniendo cada día una excusa diferente y que si querían, que se llevaran otra vez las tres mesas y todas las sillas. Pero como no estaban los tiempos para perder clientes, volvían sumisos al día siguiente para escuchar otra tropelía como excusa.

La cocina fue aún peor. Todos los días, cuando entraba en la taberna, esperaba al operario que le iba a colocar la cocina que

funcionaba con carbón, pero por allí no aparecía ni la madre que lo había parido, y a María se le iban los demonios por la boca cuando estaba a solas, hasta que se hartó, y un día cogió el coche de línea y se marchó a Molina, donde le habían dicho que había una empresa que distribuía y colocaba cocinas.

Se plantó allí. Eligió una y exigió que se la colocaran en la taberna ese mismo día. Si no lo hacían así, no le interesaba. Por la tarde, dos operarios sumisos acudieron a su taberna, instalaron la cocina, María prendió fuego al carbón, comprobó su correcto funcionamiento, les pagó en efectivo y asunto resuelto.

Pocos días después aparecieron por allí los operarios de la empresa a la que había encargado la primera cocina. Los despidió de su local con palabras que habrían escandalizado a toda la congregación eclesial, por la que podía haber sido encarcelada bajo siete llaves y no ser puesta en libertad hasta que Franco hubiera muerto.

Todos los utensilios que iba a utilizar para cocinar los fue comprando poco a poco en el mercado y ya los tenía colgados en la pared de la cocina, relucientes, fregados con agua y jabón.

Los tres toneles de vino los tenía colocados en su lugar casi desde el primer día. Fue lo último que encargó y, sin embargo, había sido lo primero en ocupar su lugar en la taberna.

Así que el día que apareció por allí el dueño de la marmolería, con esa pieza tan grande, alargada y pesada, que bajó del carro ayudado por tres operarios más, estuvo a punto de mandarlo a soplar mondongos.

Pero se lo pensó una, dos y tres veces, se mordió la lengua, los labios y se dio un repizco en una parte de su cuerpo, hasta llegar a la conclusión de que más vale tarde que nunca, tragarse todos los sapos y aceptar que le colocaran la pieza de mármol, porque si los mandaba a lamerle el culo a los fascistas, estaba segura de que la denunciarían ante los pelagatos de los camisas azules y, al fin y al cabo, se quedaría sin barra de mármol y vete a saber si el siguiente marmolista no estaría bautizado con la misma gandulería que el que tenía frente a ella.

Estaba siendo un periodo difícil para María. No comprendía la insolencia ni la falta de seriedad de unos trabajadores que incumplían sistemáticamente sus compromisos. A pesar de todo, pensaba que siempre había actuado con respeto y educación.

Por las noches intentaba relajarse y evadirse de los problemas diarios leyendo las páginas de varios Episodios Nacionales, de Benito Pérez Galdós, que recientemente había comprado.

Estaban a mediados de marzo y ya tenía la taberna como ella la había imaginado desde el día en el que le había comunicado a su hermano que sí, que se iba a echar para adelante y se lo iba a jugar

todo a aquella baza que Enrique le había puesto encima de la mesa.

Había terminado de limpiar y ella estaba pensando que todo estaba más limpio y reluciente que una patena cuando su hijo Juan entró por la puerta.

—¡Viva la mejor taberna de Murcia! ¡Qué bien le ha quedado, madre! —exclamó Juan, dirigiéndose a ella con una sonrisa de niño que no había roto un plato en su vida.

María lo vio venir, conocía a su hijo porque lo había parido, y no sabía si se cernía una tempestad o un tórrido sol veraniego de Murcia acababa de entrar por la puerta de la taberna.

—Seguro que no es la mejor, pero que no te quepa la menor duda de que voy a poner todo mi empeño porque así sea —respondió ella, orgullosa de lo que sus ahorros ya totalmente maltrechos habían creado.

—Si se lo propone, estoy seguro de ello.

—Déjate ya de pamplinas y dime de qué se trata —atajó María, poniendo a su hijo entre la espada y la pared, porque sabía con total seguridad que esa visita y esos elogios no caían del cielo en vano.

—La verdad es que…

—Venga, ¡suéltalo!

—Voy a poner un puesto en el mercado…

—¡Queeeeeé…!

—Sí. ¡Ya lo tengo todo atado!

—Bueno. Me parece bien. Con algo hay que ganarse la vida y, si quieres vender en el mercado, no me voy a oponer, pero ¿qué vas a vender?

—Bragas, sostenes, visos, camisetas… —enumeró Juan, hasta que fue interrumpido por su madre:

—¡Queeeeeé…! —María puso sus brazos en jarras y lo fulminó con la mirada mientras una sola palabra lo quería decir todo.

—No es lo que piensa, madre. Se lo puedo explicar todo —respondió Juan, sin un atisbo de temblor ni de miedo por su parte.

—¡Cómo que no! ¡ Braaaaagas!

Juan tenía ya 15 años. Ya era un mozo. A su edad muchos niños ya se ganaban la vida desde los diez o los once años, en trabajos de miseria tanto en la ciudad como más duros aún en el campo, en cualquier trabajo en los que su espalda fuera capaz de tolerar.

En una ciudad como Murcia daba lo mismo trabajar cortando limones, de recadero en cualquier comercio, vender caramelos o cualquier otro producto y, si eran bragas o productos de ropa interior, mejor todavía, porque todas las mujeres, a pesar de los tiempos en los que vivían, tenían que utilizarlas. El razonamiento era muy sencillo y

Juan, según pensaba él, creía tener visión para los negocios.

—Madre, siéntese, ¡por favor! Vamos a hablar.

—Vale —respondió María, torciendo el morro.

—Uno de los señores que se hospedan habitualmente en la posada es un comercial de estos productos. Él me los va a proporcionar y yo solo tengo que venderlos en el mercado. Además, me está enseñando todos los trucos que tengo que utilizar para vender más.

—Está bien que aprendas, pero con la labia que tú tienes, estoy segura de que eres capaz de vender lo que te propongas.

—¿No se opone?

—¡Cómo me voy a oponer! Adelante, sal a la calle y cómete el mundo.

Para Juan, su madre era su referente. Recordaba y echaba de menos a su padre, pero María lo estaba educando durante la adolescencia, un periodo en el que Juan estaba aprendiendo a lidiar con la vida demasiado deprisa.

Unos operarios estaban colocando el letrero en la puerta, en el que se podía leer «La Taberna». Era el último detalle que faltaba por instalar y María estaba plantada en medio de la calle dirigiendo cómo debían de colocar los dos obreros, subidos a unas escaleras, aquel cartel.

—Más arriba, a la derecha, emparéjalo, ahora sí, ahora está bien —ordenaba ella, una y otra vez, hasta que estuvo conforme.

Fue a finales de marzo, un viernes por la mañana, cuando María introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta, después las dos ventanas, aspiró el olor a limpio y, colocándose detrás de la barra, dio por finalizada la ceremonia de inauguración de la nueva taberna de Murcia.

Tenía un sentimiento dispar, agridulce, una alegría desbordante que manifestaba con una sonrisa de satisfacción, pero al mismo tiempo, en su interior, se encontraba dubitativa, temerosa por conocer si todo el trabajo que había desarrollado en aquel lugar y en el que había empeñado gran parte de sus ahorros, la iban a conducir a buen puerto.

También echaba de menos a Juan y escuchar sus palabras de admiración por lo que acababa de crear, porque estaba segura de que la apoyaría sin lugar a dudas.

Allí estaba, ella sola, a la espera del primer cliente. Mientras aparecía, se puso a trabajar. Se dirigió a la cocina, prendió fuego al carbón y, cuando estuvo a punto, colocó una olla en la que se iba a disponer a cocinar sus primeros michirones.

Se estaban cocinando a fuego lento, un chub que hacía repiquetear a la tapadera, inundando con su aroma toda la estancia, cuando oyó

unos pasos y luego unos golpes que alguien estaba dando con la palma de su mano sobre la barra de mármol.

—¡Buenos días! ¿Qué desean tomar los señores? —preguntó María, con lo primero que se le vino a la cabeza, como si allí se pudiera consumir cualquier manjar.

—Pónganos usted dos vinos y un plato de torraos.

—Ahora mismo.

María cogió dos vasos, descorchó la caña de uno de los barriles, por dónde salía el vino, y llenó los dos vasos, sirviéndolos a los hombres que estaban allí, sus primeros clientes. Después les sirvió un cuenco de loza con los torraos.

No sabía qué hacer ni cómo proceder a continuación, por lo que se quedó tras la barra, por si pedían algo más, con las manos metidas en los bolsillos del delantal, porque no sabía qué hacer con ellas.

—¿Es nueva esta taberna? —preguntó uno de los caballeros.

—Sí. Acabo de abrir esta mañana. Ustedes tienen el honor de ser mis primeros clientes.

—Pues ese olor a michirones que sale de la cocina incita a pedir un plato —volvió a comentar el mismo caballero.

—Señora, si están tan ricos como huelen, le auguro un dichoso porvenir a su negocio —expuso el otro caballero.

—¿Quieren un plato? Les aseguro que no se van a arrepentir.

Se miraron entre ellos y tras asentir con la cabeza, María escuchó:

—Vamos a probar esos michirones. ¡Ah! Y sírvanos otros dos vasos de vino.

El plato de michirones, humeante, lo dejó sobre la barra y les acercó un cuenco con palillos.

María miraba con expectación, en silencio, cómo degustaban lo que para ella iba a ser uno de los platos más emblemáticos de su local

—¡Magníficos!

—Tiernos, jugosos y se deshacen en el paladar. ¡Enhorabuena!

—Muchas gracias —musitó María, sonrojada por el halago recibido y esbozando una sonrisa de agradecimiento.

Dio media vuelta, se adentró en la cocina y se dispuso a preparar una olla de patatas cocidas.

Ese primer día, la taberna no estuvo abarrotada en ningún momento, pero sí que presentó un trasiego de clientes que entraban con caras dubitativas y salían con rostros satisfechos, sorprendidos por el buen trato y los productos degustados.

María se esmeró para que las tapas que estaba cocinando ese día causaran impresión a sus clientes. Había preparado michirones, patatas cocidas, un guiso de albóndigas de bacalao y unas patatas fritas que crujían en la boca de sus comensales. También ofrecía torraos, aceitunas, tramusos, pepinillos, salchicha y morcilla seca y

unos tomates presentados frente a la barra, en un lebrillo grande, que llamaban la atención de todos los clientes. Para cocinar, tenía expuestas longaniza, salchichas y morcillas, colgadas sobre un listón largo y redondeado de madera, para que fueran vistas por los clientes, así como lomo de cerdo que estaba exhibido sobre una bandeja de loza recubierta con hojas de lechuga.

Varios panes de carrasca, grandes y redondeados estaban expuestos sobre una repisa y, cerca de ellos, varios capazos de esparto, elaborados por María, que contenían habas recién recolectadas esa misma mañana.

Sabía que su carta de presentación no era muy amplia, pero todos los productos habían sido cuidadosamente escogidos y probados por ella antes de dar el visto bueno. Además, el vino se lo había recomendado su hermano y se trataba de uno de Jumilla que servía en vasos o en un porrón y que causó una excelente opinión de todos los que aquel día lo probaron. Algunas botellas de coñac, anís, mistela y aguardiente completaban la oferta de licores de la taberna.

Por la noche, cuando cerró, estaba cansada, más por el nerviosismo experimentado durante todo el día que físicamente, y muy contenta por el grado de satisfacción mostrado por todos sus clientes y por tener la certeza del éxito del primer día. De todas formas, era consciente de que se trataba solo de una jornada, que tendrían que pasar varias semanas para certificar que su taberna era del agrado de los murcianos y que iba a tener una clientela fiel a los productos que ofrecía en la taberna.

El paso del tiempo no mejora el dolor de las heridas del alma, sino que las deja ahí, pertrechadas, escondidas, como si durmieran un sueño ligero en el que cualquier ruido leve las pudiera despertar.

María no olvidaba, ni jamás iba a olvidar. Sin embargo, aquellos primeros días, siempre tenía una sonrisa que iluminaba su rostro como hacía muchos años que no mostraba.

Su hijo Juan no dejaba de animarla y felicitarla por el éxito que estaba obteniendo durante ese inicio tan triunfal. Antonio, demasiado comedido, expresaba mucho más con una sonrisa que con palabras. Su hija María era la que había salido perdiendo con el negocio, echaba a su madre de menos y, aunque generalmente siempre estaba en su habitación o jugando en el patio de la posada, no era extraño verla una y otra vez acompañando a su madre dentro de la taberna.

Fue a principios de abril cuando Juan ya lo tenía todo preparado y dispuesto para iniciar su trabajo como vendedor ambulante de productos de lencería femenina en los mercados.

Tenía apiladas varias cajas con prendas íntimas femeninas tanto en

su cuarto como en la habitación de su madre. Estaba seleccionando la ropa que iba a poner al día siguiente a la venta cuando entró María, después de un largo día de trabajo.

—¿Lo tienes ya todo preparado?

—Sí. Ahora estoy colocando en estas dos cajas todo lo que me voy a llevar mañana.

—¿No te va a dar vergüenza vender todo eso? —preguntó María, sonriente y con el gesto escéptico.

Antonio prestaba atención a la conversación, suspicaz, haciendo muecas con la cara. María estaba jugando y se había acercado a abrazar a su madre.

—¿A mí? Vergüenza… —exclamó Juan, devolviéndole la sonrisa.

—Ya me contarás.

—¡Pues qué le voy a contar! ¡Que lo he vendido todo! —aseguró muy ufano, mientras seguía colocando cada prenda con esmero.

—No espero menos de ti.

Esa noche, Juan no podía dormir. Vender caramelos no le había resultado difícil ni complicado, porque al fin y al cabo estaba vendiendo un producto para niños y él estaba más cerca de esa edad que de ser adulto. Pero vender prendas íntimas para un tipo de clientela muy determinada, como eran las mujeres, no era lo mismo y por momentos le asaltaban las dudas, aunque se repetía una y otra vez, para darse ánimos, que él era capaz.

No había amanecido aun cuando ya estaba en pie. Intentó no hacer ruido al sacar de la habitación las dos cajas y bajarlas por las escaleras, primero una y después la otra.

A continuación, entró en la cocina, se preparó el desayuno y lo consumió allí mismo, con tranquilidad, esperando que el tiempo pasara. Frió un par de lonchas de tocino, cortó dos rodajas de pan y se preparó un bocadillo que lió en papel de estraza para comérselo a media mañana, un almuerzo que pensaba ingerir entre venta y venta.

Luego, fue al cobertizo, en donde tenía guardada la carretilla de madera con los utensilios para montar el tenderete, colocó las dos cajas de cartón y salió de la posada con rumbo a su puesto de trabajo.

Le habían comentado que los primeros en llegar elegían los mejores lugares del mercado y él ya sabía qué puesto quería ocupar.

Cuando Juan regresó al mediodía, sus hermanos ya se habían marchado al colegio. Subió las dos cajas a la habitación, guardó la carretilla en el cobertizo y se fue al comedor, en donde aún había algún huésped comiendo.

Después corrió hacia la taberna, a rendirle cuentas a su madre.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó María en el momento que lo vio

entrar.

Juan exhibía una gran sonrisa de satisfacción y se dirigió hacia la cocina, en donde podrían hablar a solas, porque había clientes apostados en la barra de la taberna.

—¡Madre, he vendido casi todo el género! —exclamó, rebosante de gozo que parecía desprenderse por cada uno de los poros de su cuerpo.

—¡Estoy muy orgullosa de ti! —atinó a decir María, con los ojos vidriosos.

—¡Gracias, madre!

—Cuéntame cómo te has desenvuelto.

—Si quiere que le diga la verdad, estaba nervioso al principio, pero ha sido más fácil de lo que esperaba. También es cierto que solo había otro puesto más en el que se vendiera el mismo género que el mío, lo que me ha facilitado las ventas. Lo que más me ha gustado fue cómo se apiñaban las mujeres alrededor del tenderete, tocando y cogiendo esto y aquello y yo diciéndoles que no tocaran la mercancía, pero no hacían ni caso. Y, luego, el regateo, ¡las muy comadres!, cómo me bajaban hasta el último real para comprar.

—Ya sabes que en los mercados es muy habitual el regateo, por lo que vas a tener que aprender también ese arte.

—¡Menos mal que iba preparado! Ya me había avisado lo que tenía que hacer el señor Martínez, que es quien me proporciona todo el género y el que me ha enseñado a desenvolverme con tanta mujer.

—¡Hoy te has hecho adulto de golpe! Hoy acabas de cumplir tres o cuatro años más de un tirón.

—No lo sé, madre, pero he aprendido muchas cosas.

—¿Y, ahora, qué?

—Pues a seguir ganándome la vida en los mercados. Y, si no hay mercado, poniendo mi tenderete en cualquier calle o plaza de la ciudad o de las pedanías más cercanas.

A partir de entonces, Juan se acostaba a dormir temprano cada noche. Madrugaba y, a primera hora de la mañana, salía con su carretilla cargado de sueños, de trabajo y de ilusión.

Convenció a su hermano Antonio para que lo acompañara el sábado, porque ese día no tenía colegio. Estaban muy unidos y, para Antonio, esa mañana era un día especial, como salir de excursión o madrugar para vivir una aventura junto con su hermano.

Llegaron al lugar elegido por Juan en el mercado y procedieron a colocar el tenderete, que era muy simple: un par de caballetes y un tablero de madera, embellecido con papel rojo sobre él. Luego, procedieron a colocar la mercancía con esmero, explicándole Juan a su hermano cómo debía de colocar las diferentes prendas para que llamasen más la atención de las mujeres, sus mejores clientes.

Cuando todo estuvo colocado, Antonio se sentó en el suelo, detrás, casi escondido, sacó su cuaderno y se puso a dibujar. Juan permanecía de pie, junto al mostrador en el que tenía expuestos sus delicados tesoros, a la espera de las primeras clientas.

Cuando comenzaron a pasar por allí las primeras mujeres, Juan se deshizo en elogios sobre la mercancía que tenía expuesta a la venta.

—Lencería fina para las mujeres más guapas del mundo, ¡las murcianicas! —comenzó a vociferar Juan, risueño y con una sonrisa embaucadora.

Antonio, que por entonces ya estaba escondido tras las dos cajas, se asomó y miró a su hermano con un gesto de admiración.

—Señora, ¡si viste esta lencería, su cuerpo enmudecerá a quien la observe! Admírela y se convencerá de ello —anunció Juan a una mujer que se había detenido a curiosear aquellas prendas.

—¡Pero qué *boquica* más descarada tiene este chiquillo! —exclamó la mujer, divertida por la ocurrencia de Juan.

—Señora, le aseguro que volverá usted de nuevo a comprarme cuando compruebe lo descarado que se vuelve su marido cuando la vea con esta lencería —contestó Juan, regalándole a la señora otra de sus sonrisas.

Antonio escuchaba con atención y ni se le ocurría asomar la cabeza para ver cómo concluía aquella conversación, si a su hermano le iban a contestar con una panochada o la señora, cautivada por la locuacidad de su hermano, terminaba comprando alguna de las prendas. Siguió aguzando el oído y pudo escuchar cómo Juan le vendía varias piezas de lencería. Entonces, giró la cabeza a uno y otro lado, gozoso, esbozó una sonrisa picarona y continuó dibujando.

A pesar de su edad, Juan era así, un mozo que vivía del arte de seducir con palabras a una clientela ávida de escuchar frases con encanto y halagos, con la tierna picardía de quien aún ni se había afeitado.

No sabía si había inventado una nueva forma de vender, pero lo cierto era que Juan, casi todos los días, vendía todo el género. Antonio terminó ese día maravillado con los discursos locuaces de su hermano, pasando toda la mañana arrebujado tras las cajas, dibujando, pero sin que se le escapara ni un solo detalle de cómo su hermano vendía bragas, medias y visos a cada mujer que osaba detenerse ante aquel puesto ambulante.

Cuando terminó la Semana Santa, la taberna de María ya tenía una clientela estable que acudía al local a tomar unos vinos y, sobre todo, atraída por los michirones, que ya comenzaban a hacerse un hueco entre las mejores tapas de la hostelería murciana.

Durante las Fiestas de Primavera, los clientes le comentaban a María que Murcia estaba engalanada como nunca la habían visto. Pero ella, sin Juan, no estaba para fiestas, aunque se alegraba de que los murcianos disfrutaran unos días. El día del Entierro de la Sardina, la taberna estuvo llena desde primera hora de la mañana hasta después de la quema de la Sardina, y sus hijos le contaron maravillados el espectáculo del fuego, porque era la primera vez que desfilaban mozos con hachones rodeando las carrozas, desde las que se regalaban juguetes de madera.

El local era muy céntrico y por allí pasaban gentes de distinto pelaje, igual que en el resto de bares, cafeterías o tabernas de la ciudad. Entre los clientes habituales, existía un selecto grupo de hombres que años atrás habían sido amigos o conocidos de su marido, que acudían con asiduidad y que jamás hablaban de política.

Las conversaciones de los clientes giraban, la mayoría de las veces, en torno al fútbol, los toros, lo mal que iban los negocios, la deriva en la que seguía sumida la nación y, en raras ocasiones, de política.

Por allí, también se dejaban caer con demasiada frecuencia policías, algún que otro comisario de policía y personajes altivos con la camisa azul bien planchada, bigotito corto y poco poblado, así como con el pelo repeinado en exceso y engominado.

Formaban un grupúsculo de personajes a los que María miraba de reojo, extrañada por su presencia en su taberna, aunque estaba segura de que eso significaba que la estaban vigilando. Ante ellos, siempre tenía que morderse la lengua para no soltar ningún disparate cuando hablaban de política o se pavoneaban de haber detenido a un rojo y cómo había largado.

—¡Mirad la señorona! Antes, una de las señoras más influyentes en Murcia y ahora una simple tabernera.

María estaba de espaldas, sirviendo unas habas para otros clientes, cuando escuchó esas palabras referidas a ella, sintiéndolas como si hubiera sufrido un navajazo por la espalda y a traición.

Por el tono de voz, supo desde un primer momento quién las había pronunciado. Se trataba de un comisario de policía que, últimamente, se dejaba caer por allí todas las tardes a la espera de reunirse con sus acólitos, tomarse varios chatos de vino, unos torraos, un plato de salchicha seca y varios de michirones, puesto que casi siempre pedían lo mismo.

—Pero ¡con mucha honra! —contestó ella, con tono seco, dándose la vuelta y mirando a los ojos al comisario.

—¡La taberna de la roja! —exclamó otro de los compinches.

—Parece mentira señor comisario que, conociendo sus antecedentes, no la detengas, la pongas a buen recaudo y le sacas todo lo que sabe, ¡porque esta tabernera sabe demasiado! —opinó uno de

los policías.

—Por ganas no va a ser —expresó el comisario.

—Si es por ganas, aquí me tiene —espetó María, con las manos puestas en la cintura y mirándolos desafiante.

—¡Estás muy chulita tú! ¡Si no tuvieras tantos padrinos y estuvieras tan protegida! —espetó el comisario.

—¡Protegida yo! Demasiado bien sabe usted que no tiene nada contra mí y por eso no me puede detener.

—¡Qué lástima que esta conversación no haya tenido lugar años atrás! Porque, ahora mismo, estarías detenida.

—El hecho de haber perdido la guerra no le da el derecho a hablar así. Antes estaban todos ustedes muy escondidos en sus madrigueras en Murcia y, usted, bien que se cambió la chaqueta una vez que terminó la guerra —acusó María, con el dedo índice apuntando a cada uno de los compinches del comisario y finalizando en él.

No tenía miedo. Se la estaba jugando y lo sabía, pero estaba harta de aguantar. Hablaba con educación, meditando cada palabra porque tampoco era cuestión de pasarse de la raya.

—Durante la guerra, Murcia era un nido de rojos y nadie se podía salir del tiesto —se defendió el comisario.

—¿Quiere saber algo muy importante sobre la guerra? —preguntó María, displicente.

—Vamos a ver qué nos quiere explicar esta roja ahora con la guerra, que la perdieron por ser unos cantamañanas —barbotó riendo el comisario, hecho que imitaron sus acompañantes.

—Nosotros hemos perdido la guerra, pero las guerras civiles las ganan los nietos de los perdedores —sentenció María, con tanta rabia que dio una palmada sobre la barra de la taberna.

Transcurridos ya algo más de cuatro años desde el final de la guerra, María ya había perdido el miedo, o más bien, estaba harta de callar y corroerse por dentro ante cada afrenta. Decidir plantarles cara a aquellos personajes no fue un acto premeditado, sino consecuencia de las penas y sufrimientos padecidos durante todos esos años. Le temblaba todo el cuerpo, tenía claro que la podían detener simplemente por las palabras pronunciadas y no estaba segura de si contaría aún con el favor de Leopoldo o de su hermano, que últimamente mantenía muy buenas relaciones con las autoridades de Murcia, pero no se iba a morder la lengua nunca más.

Sin embargo, el resto de personas que habían mantenido una posición favorable al bando republicano, seguían calladas y, muchos de ellos, escondidos ante el temor de ser detenidos y puestos a disposición del Tribunal Especial para la represión de la Masonería y del Comunismo, que tantos estragos estaba causando ya tanto en Murcia como en el resto de España.

Tras escuchar el tañido de la campana de la Catedral, el comisario pagó la cuenta y se marchó a misa, acompañado de sus compinches, no sin antes mirar de reojo a María antes de abandonar la taberna.

Cuando ya estaban en la calle, María les hizo un corte mangas sin que nadie la viera y tras escuchar el último toque de llamada a misa dijo:

—¡Ya están dando el mitin!

17

Los tanques zigzagueaban a través de la arena como si fueran serpientes gigantes del desierto, que se dirigían hacia ellos para morderlos y después comérselos.

Ya habían tenido tantas ilusiones ópticas que aquella hubiera sido una más, si no hubiera sido por el ruido ronco de aquellos monstruos motorizados que rompía el silencio reinante en el desierto.

Se dirigían hacia ellos y todos dejaron de trabajar, mirándolos con asombro y expectación.

Los soldados franceses y senegaleses bajaron las armas y apuntaron hacia el suelo, en señal de rendición ante aquel ejército desconocido que cada vez se encontraba más cerca.

Los republicanos españoles saltaban de alegría y gritaban al cielo expresiones de agradecimiento tanto tiempo reprimidas, mientras se abrazaban unos a otros con efusividad.

Fueron rodeados por aquellos tanques de los que descendieron unos soldados que hicieron prisioneros a los franceses, mientras otros se dirigían a los españoles en un idioma que nadie comprendía, aunque pronto supusieron que se trataba de los americanos, por las siglas impresas en sus uniformes, y que tantos meses se habían retrasado para venir a liberarlos.

Los acomodaron en los camiones y los republicanos hicieron el trayecto hasta el campamento entre chanzas, chistes que hacía tanto tiempo que no contaban y gritando la palabra libres una y otra vez.

Cuando los vio aparecer por el horizonte, el capitán Arnaud esbozó una sonrisa de alegría porque, aunque sabía que lo iban a detener, el también ansiaba la liberación.

Como el rancho ya estaba preparado, aprovecharon para llenar sus estómagos con aquel guiso de color achocolatado y sabor especiado. Después lavaron sus cuerpos con prisa, recogieron sus paupérrimas maletas, subieron a los camiones y, escoltados por los americanos, pusieron rumbo hacia Colomb-Béchar.

Tenían recuerdos fugaces de aquella ciudad en la que solo se habían detenido unos minutos, cuando los trasladaron desde Relizane. Llegaron a primera hora de la tarde, con el sol aún casi en todo lo alto y una temperatura elevada, por lo que las calles permanecían casi desiertas.

Estaban arremolinados en la calle, sin ningún grito que les ladrara órdenes, hablando entre ellos, cuando el capitán se acercó a Juan y le dijo que eran libres, que se podían marchar donde ellos quisieran y rehacer su vida en esa ciudad, en Argelia o donde ellos desearan.

—Hasta pronto, amigo —dijo el capitán.

—*A bientôt, mon ami* —respondió Juan.

Y los dos se fundieron en un abrazo, como nunca lo habían hecho hasta ese momento.

Los republicanos españoles estaban en Colomb-Béchar, la ciudad de la libertad, después de más de cuatro años de cautiverio y esclavitud.

Después de soñar tanto tiempo con aquel momento, no sabían qué hacer.

Parecían un grupo de pordioseros perdidos en un lugar del mundo cuando comenzaron a caminar sin rumbo fijo.

Deambularon por calles estrechas y otras más anchas, bordeadas de casas blancas que a alguno de ellos les trajo recuerdos de las de su pueblo. Llegaron hasta una gran plaza central, circundada por columnas blancas con arcos ojivales entre ellas, que daban paso a unos soportales que servirían para protegerse del sol.

Más adelante, se encontraron en otra zona de la ciudad en la que pudieron leer, en varios edificios de poca altura, carteles con la palabra «*hotel*». Se miraron entre ellos, comenzaron a cambiar impresiones y decidieron entrar en aquellos locales en busca de un lugar en donde poder hospedarse.

Juan y sus amigos masones se alojaron en el mismo lugar. Se trataba de un pequeño hotel de dos plantas y todos ocuparon la segunda. Solo había un baño en cada planta, por lo que entre ellos decidieron cuál iba a ser el turno de cada uno para gozar de aquel maravilloso local.

En realidad, se trataba de un simple aseo, pero con una bañera que a ellos les pareció el mayor de los lujos. Hacía tantos años que no se daban un baño en condiciones que alguno estuvo casi media hora sumergido en agua y jabón.

Cuando anocheció, abandonaron el hotel y se adentraron por un entramado de callejuelas en las que se recrearon con parsimonia, disfrutando del primer día de libertad en Argelia, sin que nadie les ordenara a golpe de silbato qué es lo que tenían que hacer.

Más tarde regresaron a la plaza porticada, en donde había diferentes locales. Ellos los catalogaron a algunos de cafeterías, aunque allí se consumía más el té, que desprendía un olor dulzón; a otros, de restaurantes y, a los más abundantes, con el sobrenombre de comederos, como socarronamente Anselmo Fernández los había denominado, porque allí exhibían una carne de cordero muy especiada y un tipo de pan que les pareció muy raro, que se podía comprar y consumir de pie o sentado en el suelo de los soportales de la plaza.

Después de cenar siguieron paseando, sin miedo a escuchar el sonido estridente del silbato que les anunciara la retreta. Eran libres para hacer lo que quisieran, para retirarse a dormir cuando les diera la gana y, si les apetecía, para mantener una conversación hasta altas horas de la noche.

Y eso fue lo que hicieron. Estaban sentados en un bordillo, en la plaza porticada, como si de manera espontánea hubieran recreado allí mismo, a tantos kilómetros de España, a esas horas de la madrugada y sin los símbolos masónicos requeridos, una tenida.

—Si sabes buscarla, verás que en todo hay una moral —sentenció Juan, después de un amplio debate acerca de encontrarse a sí mismo ante las situaciones tan desesperadas que habían vivido en aquellas tierras y el infierno soportado por los masones durante la guerra civil, cuyas vidas habían sido presa fácil de la guillotina del régimen de Franco.

La mañana siguiente no madrugaron. Fueron apareciendo a cuenta gotas en la recepción del hotel. Mientras esperaba a sus compañeros, Juan aprovechó el tiempo para leer el periódico *L'Écho d'Oran*, comprobando que ese día y los días anteriores no se había publicado nada acerca de la situación española, por lo que se entretuvo leyendo todas las noticias publicadas sobre lo que ya se estaba denominando como la Segunda Guerra Mundial.

Después de releer algunas de las noticias, se pudo percatar de que esa guerra había sido la causa principal de que todos los republicanos huidos de España, tanto a Francia como a Argelia, fueran hechos prisioneros en campos de concentración, en donde se convirtieron en mano de obra barata para el gobierno francés y, también, para tener a buen recaudo a aquellos españoles que los políticos franceses y luego el régimen colaboracionista con los nazis consideraba más peligrosos.

Una vez que estuvieron todos juntos, se marcharon a tomar un desayuno en condiciones, nada que se pareciera al brebaje que les servían cada mañana. Durante el mismo, Juan bromeó diciendo que parecían todos unos andrajosos, con los ropajes avejentados y raídos que lucían, por lo que propuso ir después a comprarse ropa nueva, idea aceptada por sus amigos, y bromear acerca del aspecto tan pintoresco que cada uno exhibía.

Vestido con un traje de dos piezas, azul marino, corbata del mismo color con rayas blancas finas y estrechas y con camisa blanca, Juan parecía un nuevo hombre, como si se hubiera vestido para ir a trabajar a su oficina en el casino de Murcia.

Todos tenían dinero. Aunque poco, habían cobrado puntualmente del gobierno francés, y el montante total lo habían ahorrado porque

los gastos en los campos de concentración estuvieron ausentes.

En esos momentos, el aspecto de todos era bien diferente y por fin se sentían hombres, después de recobrar con orgullo la dignidad usurpada por unos políticos extranjeros.

Durante los días siguientes fueron apareciendo por la ciudad nuevos contingentes de españoles, que estaban siendo liberados de los diferentes campos de concentración. Hablando con unos y con otros, llegaron a la conclusión de que el grupo de Juan había sido el primero en ser liberado por los americanos, porque era el más cercano a Colomb-Béchar.

Los días pasaban buscando noticias sobre España y el paradero de los diferentes amigos y de otros masones conocidos que se habían tenido que exiliar por aquellas tierras. También se dedicaron a descubrir la nueva ciudad que, de momento, se había convertido en su nuevo hogar, aunque solo ocuparan una habitación de hotel cada uno.

Conocieron el palmeral, un oasis en medio de la infinidad del desierto, la estación del tren, así como cada lugar recóndito de la ciudad que, por entonces, ya no escondía ningún secreto para ellos.

Uno de aquellos días, Nicolás Monerris les anunció, con un elevado grado de satisfacción, que iba a empezar a trabajar en el hotel en el que estaban hospedados.

A nadie se le había pasado por la cabeza buscar trabajo todavía, porque hacía muy poco tiempo que habían sido liberados. Pero Nicolás les explicó que no podían vivir eternamente de vacaciones y que algún día tendrían que volver a empezar a trabajar de nuevo. Los dueños del hotel le habían ofrecido un buen puesto de trabajo y él había aceptado.

Más adelante, hablando con otros compatriotas en sus paseos por la ciudad, supieron que ya había más españoles trabajando, mientras que otros habían optado por coger el primer tren que había salido rumbo a Orán o Argel.

Uno de aquellos días, Juan tuvo una visita inesperada en el hotel. El capitán Arnaud lo sorprendió leyendo el periódico en la recepción. Después de escuchar un «*buenos días*» con acento francés, alzó la mirada, se puso en pie empujado por la alegría y le dio un abrazo sentido.

El capitán se sentó en un sillón que había frente al de Juan y, ante las preguntas de él, le contó que, en realidad, no había estado detenido por parte de los americanos porque él solo cumplía las órdenes recibidas desde Francia y en sus albergues, tanto en Relizane como en Colomb-Béchar, no había permitido los dislates ocurridos en otros lugares; ante lo cual, Juan se mordió la lengua para no replicar.

También le comunicó que tanto él como el resto de sus compañeros deberían de acudir a la intendencia, donde habían estado el primer

día, a cobrar lo que les adeudaba el gobierno francés.

Luego, le dijo a Juan que había venido a despedirse porque lo habían destinado de nuevo a Francia, donde iba a reunirse con su esposa, y que iba a echar de menos las clases de pintura así como las tertulias mantenidas en francés.

Como era de esperar, Juan lo felicitó y se alegró con sinceridad del nuevo destino del capitán.

Sin embargo, después de un largo rato de conversación, había dejado la parte más importante para el final, porque las noticias que traía para Juan eran demasiado buenas e importantes.

Le anunció que había postergado la visita porque estaba negociando con la compañía Réseau des Chemins de Fer de la Méditerranée au Niger en Colomb-Béchar un puesto de trabajo para él.

Juan, que aún no había decidido qué iba a hacer o si se iba a marchar de esa ciudad para establecerse en otro lugar, puso cara de sorpresa y se interesó por la propuesta del capitán.

Le confirmó que ya tenía todo el asunto bien atado y que el puesto de trabajo que había negociado para él era muy importante. No quiso explicar de qué se trataba, aduciendo que era mejor que él lo corroborase por sí mismo. Solo añadió que debía de presentarse al día siguiente en la estación del tren, lugar en donde estaba la compañía.

Se despidieron afectuosamente con un abrazo, agradeciéndose mutuamente lo que habían aprendido el uno del otro.

A primera hora, Juan se presentó en la estación, un lugar que ya había visitado con sus amigos y que estaba constituido por un edificio imponente de ladrillo, en tonos amarillento y ocre, de dos plantas, que más parecía una fortaleza que una estación de tren.

Las oficinas estaban en la segunda planta y, tras abrir la puerta, se dirigió a un recepcionista argelino al que le entregó la tarjeta del capitán Arnaud. Le sorprendió el trato cordial de aquel trabajador que le indicó que tomara asiento y que en breves momentos sería atendido.

Lo recibió el Jefe de la Subdivisión de Suministros, Monsieur Honoré Fontaine, un hombre de mediana estatura que ya no cumpliría los cincuenta años, pelo moreno con algunas canas, nariz aguileña, mirada expresiva y carácter afable.

En la entrevista, Monsieur Fontaine quiso corroborar si eran ciertos todos los halagos y las cualidades descritas por el capitán Arnaud sobre Juan. Resultaba difícil verificar, simplemente en una conversación, si todo era verdadero, por lo que fue sincero y sentenció diciendo que se fiaba de la recomendación del capitán.

Solo añadió que al día siguiente comenzaría su trabajo en la

compañía y que iba a ser de gran responsabilidad, porque debería de encargarse de la Secretaría de la Subdivisión de Suministros.

Juan se marchó sorprendido por la buena acogida y la actitud positiva de Monsieur Fontaine hacia su persona. Se acordó del capitán Arnaud y le prometió mentalmente que estaría a la altura de la recomendación que había hecho de él.

Ya no era posible volver atrás, ahora ya sabía que aprender francés no había sido en vano y se acordó también de Dominique Baumard, con quien dio los primeros pasos en una lengua que, a partir de ya, tenía que poner en práctica en una empresa francesa.

De regreso al hotel, recibió la felicitación afectuosa de sus amigos, a los que invitó a una comida que duró hasta bien entrada la tarde.

Tantas navidades habían brindado con agua por el regreso a España el año próximo que aquella tarde estaban brindando de verdad, como Dios manda, aunque ninguno de los seis fuera muy creyente. El camarero les dijo que hacía varios años que estaba sobre la estantería y que no sabía cómo había llegado hasta ese restaurante francés la botella de coñac Terry.

Toda la tarde estuvieron brindando por volver algún día a España, a su tierra, con los suyos.

Durante todos esos días no habían hecho otra cosa que buscar noticias sobre su país y conocer cuál era su situación.

Ahora ya lo sabían.

Cuatro años de dictadura atroz.

Un régimen que parecía consolidarse, que había llegado para perpetuarse durante mucho tiempo.

Una represión cruel, donde todo lo que oliera a rojo, comunista o masón era borrado del mapa.

Un país que moría de hambre.

Una España en blanco y negro, enlutada, que por el camino había perdido los colores de la esperanza en la república.

Ahora ya sabían que no podían brindar por regresar a su tierra el año próximo, porque tenían la certeza de que eso era inviable y que, además, iban a pasar muchos años para poder hacerlo.

La botella de Terry estaba vacía, presidiendo la mesa. A su alrededor, seis copas con lágrimas de coñac y los masones, que ahora estaban callados, se estaban enfrentando a su destino con los ojos vidriosos.

Igual que el día anterior, se presentó en la oficina con el mismo traje. Por el camino iba pensando que tendría que comprarse alguno más, puesto que su posición en la empresa así lo exigiría y porque, además, no es que fuera coqueto, sino que era un placer para él cambiar de

vestuario cada día.

En su despacho había una ventana grande por donde entraba la luz del sol que iluminaba toda la estancia. La puerta de entrada estaba dividida en dos grandes cristaleras, a través de las cuales podía ver a gran parte de los trabajadores de la empresa. En las paredes, estanterías con archivadores, y su mesa que era de madera rústica, demasiado grande para su parecer, sobre la que había una máquina de escribir. También, en esos momentos, estaban vacías dos sillas delante de su mesa.

Tenía una reunión con su jefe y fue a su despacho. Monsieur Fontaine le explicó que él iba a ser el encargado del personal, así como el responsable de las ventas de los agentes y luego pasó a explicarle el resto de funciones que iba a desempeñar en la compañía.

Después le anunció el sueldo que iba a cobrar y observó cómo se le abrían los ojos a Juan. No obstante, le dijo que eso no era todo, sino que la compañía también ponía a disposición de los empleados franceses y los extranjeros una vivienda durante todo el tiempo que trabajaran allí.

Estaba mirando un documento y se lo pasó a Juan. Según ese dosier, a él le correspondería habitar el chalet número 7, y ya había dado las órdenes pertinentes para que estuviera preparado y Juan pudiera vivir en él a partir de ese mismo día.

Antes de regresar a su despacho, Juan estuvo saludando a los diferentes trabajadores de la compañía y contabilizó que allí trabajaban veintiuna personas, de los que algunos eran franceses, otros argelinos, mientras que el único español iba a ser él. Además, se dio cuenta de la responsabilidad de su trabajo, porque iba a ocupar el tercer puesto en el organigrama de la empresa.

Cuando terminó de trabajar se marchó al hotel, contó a sus amigos lo sucedido, pagó la cuenta y se dirigió con entusiasmo hacia su nueva casa.

El paseo fue corto, hacia las afueras de la ciudad. En un barrio residencial para extranjeros no le resultó difícil encontrar su casa, aunque había muchas cortadas por el mismo patrón arquitectónico. En la entrada tenía dos escalones que daban acceso a un pórtico con un arco de medio punto a cada lado. Se sentó en el segundo peldaño y observó las vistas que tendría su morada desde la entrada. Así, pudo observar el palmeral, que se alzaba majestuoso frente a él y, por detrás, en la lejanía, una montaña que recortaba el horizonte de un azul celeste, casi transparente.

Entró en la casa y la encontró demasiado grande para él solo, aunque perfecta para vivir con su familia. Él, María y sus tres hijos podrían ser felices en esa casa y disfrutar del paraíso que estaba a escasos pasos de su chalet número 7. Los recuerdos emborronaron el

momento mágico y decidió que allí quería vivir con María.

Pensaba que iba a resultarle mucho más difícil, pero se adaptó con una extraordinaria facilidad a las obligaciones de su nuevo puesto de trabajo. El francés no resultó ser ningún problema, y la redacción de escritos, que a diario debía de realizar, no le supuso inconveniente alguno con el idioma, que ya utilizaba a diario para comunicarse con sus jefes y con los trabajadores de la empresa.

Más quebraderos de cabeza le proporcionó la casa porque era María quien se encargaba de todo en la calle Peligros. La solución la encontró en el matrimonio Slimani. Meriem se encargaría de limpiar y cocinar, mientras que su esposo, Abdelkader, se dedicaría a reparar cualquier imprevisto que surgiera. Sus hijos, Fatima y Mohamed, llenarían la casa de alegría infantil.

Las semanas y los meses comenzaron a pasar con una velocidad que para sí y sus amigos la hubiera deseado en los tiempos de esclavitud carroñera en los campos de concentración.

Recibía cartas en las que lo animaban a organizar una logia masónica en Argelia, así como otras en la que lo invitaban a participar en la puesta en marcha de una infraestructura masónica en el norte de África. También, recibía otras para participar en la organización que el Partido Comunista estaba creando en Argelia.

Respondía algunas cartas, mientras que otras las obviaba porque, por entonces, sus prioridades estaban empezando a cambiar.

Su compromiso social, desde la masonería, había sido intentar crear una sociedad más justa y fraternal.

Había comprometido su vida con sus ideales políticos y, con ellos, había arrastrado a María y a sus hijos.

Era el momento de decir basta.

Se acabó.

Porque la vida sin María y sin sus hijos no era vida.

Porque no sabía vivir sin ellos.

Los errores cometidos, que lo atormentaban en noches de insomnio, siempre estaban presentes para recordarle su torpeza, aunque él prefería pensar que había actuado con valentía y no como otros cobardes que salieron corriendo, con el rabo entre las piernas, cuando atisbaron la guerra perdida.

Ahora podría vivir en Méjico.

Podría haber evitado su peregrino tormento.

Podría haber evitado el sufrimiento de María.

Podrían ser felices, vivir tranquilos, aunque con un gran charco que los separase de su país.

Todo para nada.

Porque solo había ganado una separación de lo que más quería y una ausencia de noticias que embargaban su alma.

Y, ya por entonces, solo tenía dos deseos: reunirse con su familia en Colomb-Béchar y volver a pisar algún día la tierra de España.

Por ese orden.

Primero estaba María y sus hijos.

Por encima de todo.

La masonería y la política tendrían que aguardar a que todo volviera a su orden natural y, si decidían prescindir de él, no le iba a importar nada en absoluto.

Estaba decidido.

Porque ya nada iba a ser igual.

Después de contestar varias cartas en las que había rechazado la participación en las reuniones de los masones en Orán, en marzo de 1944 cogió un tren con destino a esa ciudad. Había pedido unos días de vacaciones e iba acompañado de Nicolás Monerris y de Andrés Serrano, que había encontrado trabajo en una empresa de alimentación. Allí, esperaba reunirse con el resto de sus amigos de exilio.

Eso fue lo que sucedió. Los seis amigos recorrieron juntos por primera vez, en libertad, las calles de Orán.

Juan aprovechó para escuchar cada uno de los ruidos y los aromas que le recordaban a esa ciudad y disfrutar del colorido y la luminosidad que tanto había imaginado.

Ya había organizada una logia masónica en Orán y Juan finalizó su disertación en la tenida con una frase de Napoleón, diciendo que: «existen dos palancas para mover a los hombres: el interés y el miedo». Dijo que él nunca había tenido miedo, ni durante la guerra civil ni durante el trato inhumano sufrido en los campos de concentración. Sin embargo, afirmó, sin ambages, que sus intereses habían cambiado, por lo que declinaba el ofrecimiento recibido para el puesto que por su grado masónico debía de ocupar.

Se dio cuenta de que su postura no era comprendida, pero ya le daba igual, no había vuelta atrás. Se comprometió a asistir a otras tenidas como orador, pero ese iba a ser a partir de entonces su único compromiso.

Regresó a Colomb-Béchar, a su casa, con sentimiento de amargura. Declinar ser el Gran Maestro había sido una decisión muy fácil de tomar, porque él nunca tuvo el interés, durante toda su vida, de ostentar ningún cargo. El mando y el ordeno eran palabras que no existían en su vocabulario. Sin embargo, dejar a un lado las responsabilidades adquiridas con la masonería, que su filosofía de vida

y su conciencia le exigían, le había resultado mucho más doloroso.

Pero había dado el paso.

Por mucho que le doliera.

Por mucho tiempo que hubiera dedicado a la masonería.

Ahora, eran otros los que tenían que dar el paso y ganarse con su sabiduría la ostentación de un título que él nunca había ambicionado.

Tras dar un paso atrás, dio otro hacia delante. Hacía mucho tiempo que no pintaba, aunque en su mente no hacía otra cosa en los últimos meses.

En su casa había espacio y habitaciones de sobra. En la segunda planta, en una habitación inundada de luz por un gran ventanal que miraba al palmeral, estableció su estudio de pintura y allí pasaba las horas, frente al caballete, rodeado de pinceles, pinturas al óleo, aguarrás y todos los utensilios que precisaba para su gran pasión.

Y, mientras tanto, seguía trabajando y recibiendo cartas invitándolo a participar en diferentes actos.

Fue a principios de 1945 cuando recibió dos cartas, separadas en el intervalo de varios días, que llamaron su atención. En una lo invitaban a participar en una tenida que iba a tener lugar en Casablanca, y en la otra lo invitaban a una reunión del Partido Comunista que se había organizado en el mismo lugar.

Por los acontecimientos mundiales, con la guerra acechando cada rincón del mundo, podría ser un lugar peligroso, pero no fue óbice para que Juan, tras recibir la segunda carta, decidiera personarse en aquel lugar.

Mataría dos pájaros de un tiro y disfrutaría de la libertad anhelada de moverse con libertad por el mundo.

Y no lo pensó más, no hacía falta.

Solicitó los permisos pertinentes en su empresa, el visado, la puesta al día de su pasaporte y, el día señalado, se encontraba saboreando un café observando el batir de las olas sobre el muelle de Casablanca.

Fueron días en los que se empapó de todos los asuntos que le interesaban de España, conocer personas que le aportaron nuevos puntos de vista y cerciorarse de que la represión en Murcia estaba dejando de ser el pan nuestro de cada día.

Llegó mayo de 1945 y Juan pudo leer, en la portada de todos los periódicos que llegaban a Colomb-Béchar, la noticia más ansiada por todo el mundo: La Segunda Guerra Mundial había finalizado.

Hacía tiempo que estaba obsesionado, pero, a partir de entonces, sentía una necesidad imperiosa que lo absorbía a todas horas.

Tenía que ponerse en contacto con María.

Escribirle una carta.

Con precaución.

Sin ponerla en peligro.

Le daba vueltas y vueltas y no encontraba la solución, hasta que un día se decidió por una idea descabellada que consideró las más oportuna.

Fue por abril de 1946. Subió con decisión a su estudio, pero ese día no iba a pintar.

Tomó asiento, sacó una cuartilla, cogió la pluma y se dispuso a escribir sobre el escritorio una carta a María, la mujer que iluminaba cada uno de sus días.

18

Ya no se presentaban allí todas las tardes, sino que espaciaron sus visitas tras el incidente ocurrido entre el comisario y María. A veces pasaba una semana entera y no hacían acto de presencia, pero cuando ella menos lo esperaba, se dejaban caer por la taberna, a la misma hora, y ocupaban una mesa. Lo mejor para ella es que ya no apoyaban su codo sobre la barra.

Las insinuaciones desaparecieron y, cuando María se acercaba a preguntar lo que deseaban o a servirles, solo hablaban de chatos de vino y las diferentes tapas que ella preparaba.

Se respetaban, pero las miradas de reojo entre ellos podían matar, igual que un rayo láser.

Solo tenían un punto en común: los michirones.

Cuando terminó la temporada de las habas, María se las había ingeniado para elaborar esa tapa con habas secas que ponía en remojo la noche anterior. Así, incluso en verano, pudo servir el plato estrella.

Eran conocidos como los michirones de La Taberna y, a pesar de los pocos meses transcurridos desde la apertura, nadie abandonaba el local sin haber consumido al menos un plato.

La fama alcanzada por su correcta elaboración fue tal que hasta allí se dirigieron los dueños de otros locales, para comprarle a María michirones que luego servirían ellos en sus bares. El primero en ofertarlos fue un mesón, situado en un rincón muy cercano a la taberna de ella.

La competencia no le importaba porque el que esos locales vendieran su producto no iba a disminuir su clientela. Lo que sí que le supuso fue un aumento de la facturación y del trabajo, porque casi durante toda la mañana estaba enfrascada en la elaboración de michirones para sus clientes y para los diferentes mesones, bares y otras tabernas que venían a comprárselos ya elaborados a ella.

El negocio marchaba mucho mejor de lo que María imaginó cuando se lo propuso su hermano. Ella, que siempre se mostraba positiva ante cualquier plan o adversidad, no lo veía claro al principio, pero ahora tenía que admitir con certeza que la idea de Enrique había sido acertada, y resuelto sus problemas.

La penuria económica desapareció.

Y no es que se bañara en billetes de 100 pesetas, pero ya podía dormir todas las noches de un tirón.

Tranquila.

A su hijo Juan, el negocio de venta ambulante de ropa interior femenina le iba cada vez mejor, por lo que ambos prosperaban económicamente, enfrentándose cada día a la vida con mejores perspectivas, aunque no se iban a hacer ricos, sino que solo intentaban sobrevivir que, por entonces, ya era bastante.

A ellos les iba bien, pero esa no era la realidad reinante tanto en Murcia como en la huerta, donde el hambre y la miseria seguían consumiendo los penúltimos rescoldos, sin apagarse por completo.

Juan comenzó a ennoviarse con Luisa, la hija del señor López, a la que no había parado de engatusar con su palabrería fácil desde que le echara el ojo en la zapatería. Aunque María, con sus presentimientos perspicaces, dudaba de quién le había echado el ojo a quién. Pero, bueno, era su hijo y ella era una buena moza, a la que conocía desde niña, y si querían jugar al juego del amor, tan niños, ella no se iba a oponer.

Antonio seguía en el colegio y pintando a todas horas. A María, cada vez que lo veía pintar se le agriaba la sangre y se le congelaba el corazón, por no poder matricular a su hijo en una institución como el Círculo de Bellas Artes, que había cerrado sus puertas en 1938. Tenía la misma pasión que su padre por la pintura, pero no podía desarrollar sus cualidades innatas, al carecer de profesores que lo pudieran instruir en los progresos del arte para el que había nacido.

La maldita guerra se había cargado con premeditación a todo lo que oliera a intelectualidad en España, murmuraba María para sus adentros.

Y un país con una sola idea es un país muerto, que asistirá a su funeral antes o después, sentenciaba.

Como no todo iba a ser pintar, Antonio seguía acudiendo a la zapatería del señor López con más asiduidad. Allí ya tenía su propio taburete, en el que se sentaba y disfrutaba elaborando cada pieza de un zapato nuevo o, simplemente, zurciendo unas alpargatas o remendando el agujero surgido por el uso desmesurado en la suela de un zapato.

Su hija María, que ya tenía 12 años, se estaba convirtiendo en una *mocica* a la que sus hermanos y ella misma protegían, como si les fuera el alma en ello.

El tren de la vida parecía de nuevo sonreírle, pero a pesar de todo, seguía estando sola.

Faltaba Juan.

El tiempo pasaba sin noticias y en más de una ocasión estuvo tentada de sacar las cartas de donde las tenía guardadas, echarlas, y buscar en ellas la revelación del paradero de Juan y cómo se encontraba. Pero no se atrevía. La prevenía un temor, a través del cual pudiera presentir una desgracia.

No obstante, seguiría esperándolo.

Aunque fuera hasta el final de sus días en esta tierra.

Comenzó a rondar por la taberna en el verano de 1944. Se trataba de un comercial de licores de una bodega andaluza que acababa de abrir un almacén en Murcia para distribuirlos. María le compraba el coñac, el anís y la mistela.

Vivía en un piso alquilado y se había convertido en cliente asiduo de la taberna, a la que iba todas las noches a cenar, aprovechando ese momento para apuntar los pedidos que regularmente María le realizaba.

Se llamaba Herminio, procedía de Granada y tenía algo más de 40 años.

—¿Cómo le ha ido hoy el día a mi morenica? —solía preguntarle muchas noches al llegar, con ese gracejo andaluz que gastaba.

—Hoy estoy baldada, ¡demasiado trabajo! —contestaba María en más de una ocasión, porque eran muchas horas de pie al frente del negocio.

—Eso se arregla contratando a un camarero —le recomendaba él.

—No está el horno para bollos —sentenciaba ella.

María lo trataba con cortesía, sabiendo estar y, aunque alguna broma suya no le hacía gracia, su educación marcaba cada una de sus respuestas.

Herminio vestía como un señorito andaluz, impecable, pero él decía que había trabajado como un burro desde pequeño y que de señorito nada, que lo que tenía se lo había ganado con el sudor de su frente.

—Esos de política, ¡ni idea! —dijo otro día, tras escuchar el comentario de unos clientes que estaban en la barra, cerca de él.

—¡Ya! —contestó ella, haciéndole una seña como diciendo cállese y no se meta en problemas.

Más tarde, cuando él era el único cliente, porque muchas noches era el último en marcharse y después María cerraba la taberna, comentó:

—No sé qué ideas tendrá usted ni qué pensará, pero durante la guerra y después, los que teníamos determinados ideales lo pasamos muy mal.

—¿A qué ideales se refiere?

—A los que defendíamos el progreso que había traído consigo la República y que tras la sublevación militar convirtió a Granada en un polvorín, obligándonos a callar y reconcomernos por dentro para salvar el pellejo.

—¡Claro! —contestó ella, escueta.

—Esos patanes no tienen perdón, ¡con tanta gente pasando hambre

en España y defendiendo el régimen de Franco!

María no se fiaba y menos aún de un desconocido, aunque fuera un buen cliente y uno de sus proveedores. Se había mostrado parca, sin dejar entrever sus ideales políticos y todavía más, sin expresar ni tan siquiera una frase lapidaria que le rondó por la cabeza y que tuvo en la punta de la lengua.

Durante las semanas siguientes, conversaron sobre cómo iba el país, cómo la política había enmierdado a la mitad de españoles, en palabras de él, y sobre la represión, presente aún.

Era alto, bigotito corto, pequeño y poco poblado, como a casi todos los hombres les había dado por llevar por aquellos años, siempre bien peinado y utilizaba un perfume demasiado aromático.

Procuraba ser siempre el último cliente, pero María se desprendía de él diciéndole que ya era la hora de cerrar.

A finales del verano acudía casi todas las noches con una flor en la solapa de la chaqueta. La mayoría de las veces se trataba de claveles, pero en otras ocasiones aparecía con flores diferentes.

A principios del otoño, cuando ya estaban solos en la taberna, y antes de que María lo echara para cerrar, comenzaron a discutir sobre los nuevos precios de los licores que ella le compraba.

Herminio la miraba con esa sonrisa picarona, mientras comía despacio unas lonchas de jamón serrano y de queso que María había incluido en su carta, alternándolas con los michirones que, por supuesto, ninguna noche dejaba de pedir.

—Esos precios me parecen abusivos —espetó ella, con gesto enfadado, mientras fregaba unos vasos.

—¡Es lo que hay! —exclamó él, sin dejar de mirarla a los ojos—. Todos los productos están subiendo como la espuma y yo he mantenido los precios para mis clientes hasta que no he tenido más remedio que subirlos.

—Pero yo soy una de sus mejores clientes.

—Ya lo sé.

—¿No puede hacer una excepción?

—Me temo que no.

María estaba regateando. Unas pesetas de más en el precio por cada botella la iban a obligar a una subida de céntimos en cada copa, y ella barruntaba que serían desmesurados para sus clientes. No veía claro el negocio.

—Entonces, sintiéndolo mucho, tendré que cambiar de proveedor —sentenció ella.

—Pero ¡mis licores son los mejores del mercado!

—Ya lo sé.

—¿Estaría dispuesta a disminuir la calidad y vender otros peores?

—Si no me da otra opción… —afirmó ella, mientras secaba el

último vaso.

—Bueno, por tratarse de usted, que es una cliente muy especial, se me ocurre una idea.

—¡Espero que sea buena! Porque, si no es así, sería mejor que se la guardase.

—Usted es una buena negociadora, la más dura a la que jamás me he enfrentado y para que vea que soy un hombre cabal, no le voy a subir el precio de los licores. Más aún, se los voy a rebajar y dejárselos a precio de coste, sin ganar yo la comisión que percibo por ellos.

—¿Y, eso?

—Eso, por supuesto, ¡espero poder cobrármelo! —respondió Herminio, con esa sonrisa embaucadora y esos dientes tan limpios y brillantes en los que se reflejaba la luz de la taberna.

—¡Claro! —exclamó María, mientras cogía el cuchillo jamonero y se disponía a cortar unas lonchas de jamón para invitarlo, por la deferencia que estaba teniendo con ella.

—Aunque sea en carne… —añadió él, risueño.

—¡En carne!, ¡pero quién se ha creído que es usted y quién se ha creído que soy yo!, ¡ni carne ni leches en vinagre! Si no se va de aquí ahora mismo, lo rajo de arriba abajo —barbotó María, amenazándolo con el cuchillo jamonero, poniéndoselo muy cerca del galillo de Herminio.

Él retrocedió, sacó un billete, lo dejó encima de la barra, dio media vuelta y se marchó sin mirar atrás.

—¡Y no quiero verlo nunca más en mi local! —le gritó ella, mientras salía de la taberna.

A continuación, María cogió el billete y lo rompió en mil pedazos.

—¡Qué se habrá creído éste! —masculló ofendida.

El final de la Segunda Guerra Mundial pasó casi desapercibido en Murcia.

Ni frío ni calor.

Al fin y al cabo, ni Murcia ni los murcianos se jugaban nada en esa guerra, salvo el deseo de que acabara de una puñetera vez.

No obstante, los que sí que lo celebraron, aunque en silencio y sin alharacas, fueron los simpatizantes republicanos que se alegraron de la derrota nazi y que además, de puertas para adentro, soñaban con una invasión de los aliados sobre España para liberarla también del régimen franquista.

Esperanza tenían, pero estaban seguros de que era una idiotez, porque si durante la guerra nadie se había preocupado de España, menos aún lo iban a hacer ahora.

Por entonces, el romance entre Juan y Luisa se había resuelto con

un noviazgo formal, al que María dio su bendición.

Juan seguía con su particular trabajo de venta ambulante en mercados, pero estaba iniciándose en otro tipo de empleo. Se trataba ya de un mozo de verbo fácil que poco a poco intentaba introducirse en el mundillo comercial, igual que esos señores de los que tanto había aprendido en el comedor de la posada. Trataba ya con una tipografía para intentar vender las etiquetas que fabricara a las empresas que las necesitaban, ya fueran para productos enlatados, embotellados o cualquier otro tipo de recipiente o embalaje.

Antonio ya lo tenía muy claro. Él se había decantado por la zapatería y ya se encontraba aprendiendo todos los secretos que le faltaban por conocer del oficio que había decidido que iba a ser su trabajo en el futuro próximo.

Seguía pintando, pero cada vez con menos interés por la falta de la formación que precisaba.

Era mucho más reservado que su hermano, pero eso no fue óbice para que un día le confesara a su madre que se veía con una moza y María comprendió lo que significaban esas palabras. No obstante, según él, aún no era el momento de rebelarle a su madre el nombre. Y se lo dijo a su modo, que ya se lo diría más adelante.

Su hija María estaba a punto de dejar de ser una niña, de terminar el colegio y de comenzar a ayudar a su madre en la cocina de la taberna.

Todos tenían que trabajar.

No había otra opción.

Un día de abril de 1946 comenzó a llover en Murcia.

El cielo se tornó plomizo con tonos negruzcos que no auguraban nada bueno, sumiendo a la ciudad en un ambiente mortecino. Los relámpagos iluminaban la huerta, los truenos martilleaban los oídos de los murcianos y la lluvia comenzó a caer en tal cantidad que por aquellos lares nadie recordaba semejante diluvio.

La taberna estaba cerrada, pero María se encontraba dentro de ella acompañada de sus tres hijos, temiendo que en cualquier momento el agua comenzara a inundar el local. Para evitarlo, colocaron la tela de los sacos de patatas en las pequeñas rendijas de la puerta, de tal manera que solo entró el agua absorbida por ese material. Tenían preparados cubos y barreños de latón, por lo que pudiera suceder, pero no fue necesario su uso.

Cuando dejó de llover, comenzaron las ¡madres mías!

El cauce del río Segura no había soportado tanta agua y se había desbordado, llegando a inundar hasta el barrio de San Juan, incluso la iglesia donde se había casado María, que estaba a muy pocas calles de

donde vivía ella en la actualidad.

Durante esos días, en la taberna no se hablaba de otra cosa, porque el desastre en la huerta y en distintos puntos de la provincia había sido descomunal, causando incluso varias víctimas mortales.

Hasta que se conoció una nueva noticia que apagó el eco de las conversaciones sobre la riada.

El Generalísimo Franco iba a visitar Murcia el 29 de abril.

El boato de la propaganda pronto surtió efecto y los murcianos esperaban esa visita como el maná que iba a solucionar todas sus desgracias.

María frunció el ceño cuando tuvo conocimiento de la misma y se le agrió el carácter, porque el responsable de todas sus desdichas iba a posar sus pies en su querida Murcia.

Cuando llegó ese día, muchísimos murcianos vistieron sus mejores galas y acudieron al espectáculo para rendirle pleitesía. María no quiso ni verlo. Esa jornada no puso ni un solo pie en la calle. Se quedó trabajando en su taberna que, al menos, estuvo atestada de clientes desde bien temprano hasta última hora de la noche.

Algo más de una semana después, Narciso apareció al mediodía por la taberna. Cuando María lo vio, salió de la barra, fue a su encuentro y lo saludó de manera efusiva con un par de besos. Era la primera vez que acudía al local y hacía ya muchos meses que no se veían.

—Hace tiempo que tus hijos no se ponen enfermos.

—Ahora que lo dices tienes razón. No había caído en ello. Si hubieran enfermado, me habría pasado por la farmacia —respondió ella.

—Tienes suerte.

—Están creciendo bien y son fuertes. Pero vamos y dime qué quieres que te ponga.

—Un vaso de vino y unos michirones, porque toda la gente habla muy bien de ellos.

A esas horas había pocos clientes y Narciso se acomodó en un lugar de la barra. María le sirvió con rapidez y se quedó frente a él.

—Tengo que felicitarte por la taberna. Es sencilla, pero cálida al mismo tiempo, y estos michirones, ¡están riquísimos!

—¡Gracias! —exclamó ella, halagada.

—Hace tiempo que quería venir por aquí, pero ahora no he tenido más remedio. He cerrado la farmacia y me he venido directo.

—Dime. ¿Cuál es el motivo?

—Es esto —respondió Narciso, sacando una carta del bolsillo interior de la chaqueta y enseñándosela a María.

—¿Una carta?

—Sí. Porque estoy seguro que es para ti.

—¡Una carta para mí! —exclamó María, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón.

—Cuando la leí la primera vez, parecía incongruente y no entendí nada. Después de releerla en varias ocasiones, ahora estoy seguro de que la carta no va dirigida a mí, sino que contiene un mensaje escondido para ti.

—¿Es de…? —María, temblorosa, preguntó con un hilillo de voz sin poder terminar de formular la pregunta.

—Sí. Es una carta que Juan te escribe a ti.

Narciso alargó la mano por encima de la barra y le ofreció la carta a María, que estaba estremecida, sonrojada, con toda la sangre de su cuerpo que de golpe parecía acumularse en su cara, y con los ojos rojos, de los que brotaban lágrimas que ahora resbalaban por su rostro.

María cogió la carta y se la llevó hacia su pecho, apretándola con toda su alma.

—No la leas aquí, delante de todo el mundo. Es mejor que lo hagas a solas. Por lo que he creído entender, es la primera vez que se pone en contacto contigo desde que se tuvo que marchar, y de eso, hace ya muchos años.

No cerraba nunca la taberna a mediodía. Esperó con paciencia, con el corazón galopando, que parecía que se le iba a escapar por la boca.

Cuando se marchó Narciso y después el resto de clientes, salió de la barra, atravesó la taberna con prisa, cerró la puerta y ambas ventanas y luego se dirigió hacia la cocina para sentarse en una silla, frente a la mesa.

No estaba sola, sino que presentía la presencia de Juan al lado de ella.

Miró alrededor, buscándolo, y no lo vio, pero lo sentía allí mismo.

Sacó el sobre del bolsillo del delantal, extrajo la carta con cuidado y la acarició antes de leerla.

«Colomb-Béchar, 23 abril 1946.

Sr. Don Narciso Meseguer
Mi querido y distinguido amigo:
En primer lugar, me gustaría disculparme con usted por retrasar durante tanto tiempo nuestra correspondencia. Si mal no recuerdo, en mi última misiva le comunicaba que abandonaba Francia porque mi empresa, la Compañía de Ferrocarriles Franceses, me había trasladado a Argelia.

Cuando leyó esas líneas, María no comprendió nada, pero sus manos comenzaron a temblar al reconocer la letra manuscrita de Juan

en la carta, y la mención a Argelia la estremeció.

Durante nuestras andanzas por Granada, en nuestra etapa de estudiantes, recuerdo sus alabanzas hacia su padre, don Narciso, a quien espero que le dé usted un abrazo muy fuerte de mi parte, con mis mejores votos para que se encuentre bien de salud.

María recordó la muerte repentina de don Narciso años atrás y se entristeció. Habían sucedido tantos hechos luctuosos que desconocía Juan, que necesitaría muchas cartas para ponerlo al corriente.

Recuerdo con gran agrado una de las veces que nos vimos en Murcia, en la rebotica de su farmacia, y la tertulia que mantuvimos su padre, usted y yo, mientras su perro Julio jugueteaba a nuestro alrededor. Ya le dije en esos momentos que, antes o después, yo también tendría un perro al que le iba a poner por nombre Bubul, el cual está dormitando ahora mismo frente a mí.

El recuerdo de su perro Bubul le confirmó a María que el autor de las letras que estaba leyendo era Juan y, aunque estaba intentando evitarlo, no pudo más y las lágrimas comenzaron a precipitarse por sus mejillas.

Como usted ya sabe, llegué a Argelia poco después de finalizar la guerra civil española. Por diferentes avatares no he podido escribirle antes, porque las necesidades de mi empresa han hecho que tenga que residir en distintos lugares de este país, como han sido: Orán, Relizane y Colomb-Béchar.

Ahora ya sabía María el recorrido de Juan en un país al que se había exiliado por necesidad.

Estoy bien de salud, aunque algo cansado y con muchas ganas de regresar a España, pero tengo la certeza de que esa posibilidad es imposible porque mi trabajo en la empresa de ferrocarriles requiere mi presencia en Argelia durante bastantes años más.

Un suspiro de emoción se le escapó a María, mientras lloraba ya sin consuelo.

Acerca de esto último, me gustaría recordarle la frase del filósofo Aristóteles: La esperanza es el sueño del hombre despierto. Y como yo estoy bien despierto, tengo la esperanza de regresar a Murcia algún día y darle un abrazo a usted, así como a toda mi familia, a la que tanto echo de menos y sin la cual no sé vivir.

María ya no podía más. Sacó un pañuelo para secarse las lágrimas y hacer un descanso en la lectura de las palabras que le escribía Juan,

escondidas en el mensaje que tanto Narciso como ella sabían descifrar y que tanta emoción le estaban provocando.

Por hoy, nada más, amigo Narciso, salvo comunicarle que espero tener noticias suyas y que por mi parte procuraré también responderle con prontitud.
Un abrazo muy fuerte.

Alejandro Vega Alonso.»

No sabía quién sería Alejandro, pero esa carta la había escrito su marido y la destinataria era ella.

Juan estaba vivo pero no podía volver. Además, la instaba a escribirle pronto porque necesitaba tener ya noticias de ella y de sus hijos.

Esa tarde no volvió a abrir la taberna hasta cuatro horas después. Estuvo muy ocupada en todo lo que hizo.

19

Cuando Juan terminaba de trabajar, siempre regresaba caminando a su casa. Para él, se trataba de un paseo agradable a través de las calles de Colomb-Béchar, puesto que tenía que atravesar la ciudad de un extremo a otro. Unas veces lo realizaba con prisa, si tenía que pintar o realizar cualquier otra labor que fuera apremiante, mientras que en la mayoría de las ocasiones se detenía a conversar con los españoles que se encontraba por el camino, con argelinos con los que se paraba en la puerta de sus negocios o con los franceses que había ido conociendo a lo largo de todos esos meses.

Esa tarde se había retrasado mucho más de lo habitual y cuando estaba cerca de su casa comenzó a silbar. Casi al instante, Bubul salió corriendo de la casa, divisándolo a lo lejos y se dirigió hacia Juan moviendo el rabo. Cuando estaba cerca de él, dio un salto y se le abalanzó. Juan lo cogió por detrás de las patas delanteras y Bubul comenzó a lamerle la cara y los labios, expresando la alegría que le causaba la vuelta de su dueño a casa.

Se trataba de un perro callejero, de raza indeterminada, color negro, ágil y fibroso y de casi dos palmos de altura. Hacía ya bastantes meses que estaban juntos. Una tarde, cuando Juan regresaba a su casa de trabajar lo había visto husmeando la comida entre la basura. Después de silbarle, se le había acercado temeroso, momento que aprovechó para acariciarle la cabeza y luego se sorprendió cuando el perrito restregó su lomo contra la pierna de él. Tras comenzar a caminar, el chucho empezó a seguirlo y no se detuvo ni cuando Juan entró en su vivienda. Con la ayuda de Fatima y Mohamed prepararon un cuenco con comida y otro con agua, y desde ese día fue un miembro más de la casa.

Le puso por nombre Bubul, en recuerdo del perro que María quería tener algún día.

Todas las tardes Juan silbaba cuando se encontraba a una distancia prudencial de su casa y Bubul siempre salía a su encuentro con las orejas enhiestas. Le gustaba juguetear con él durante ese trayecto y, en algunas ocasiones, le lanzaba a lo lejos algún palo que Juan había recogido durante el camino de regreso. Bubul corría jovial en su búsqueda y se lo traía en la boca, depositándolo en el suelo delante de él para que se lo volviera a lanzar.

En la entrada de la casa había un chifonier con un plato de cerámica árabe en el que Juan depositaba las llaves todos los días y donde Meriem colocaba el correo que él recibía.

Desde hacía ya unos días, cada vez que había una carta sobre ese

mueble, a Juan le daba un vuelco el corazón. Esa tarde, cuando vio el sobre, volvió a notar las palpitaciones sobre su pecho, esperando al leer el nombre del remitente, la carta que con tanta ansiedad estaba esperando.

Leyó Narciso Meseguer y las piernas comenzaron a temblarle. Notó los latidos del corazón acelerarse como nunca lo había hecho y, por la emoción, la carta estuvo a punto de caérsele de las manos.

Saludó a los niños, a Meriem y subió a su estudio de pintura. Se sentó en una silla junto a la ventana, con el palmeral como testigo y abrió la carta.

«Murcia, 10 mayo 1946.

Sr. Don Alejandro Vega Alonso
Mi querido y distinguido amigo:

No puede imaginar usted la inmensa alegría que me ha proporcionado recibir su carta y saber que se encuentra bien de salud, a pesar de todo el trabajo que ha venido realizando en los distintos lugares de Argelia.

Tengo que comunicarle, con gran pesar, que hace ya unos años que mi padre ya no se encuentra con nosotros y, espero, que esté descansando en la gloria del Señor.

Me place transmitirle que hace unos días coincidí en una magnífica taberna de Murcia con un conocido suyo, Leopoldo Soler, el cual quiere que le traslade sus más afectuosos saludos y que está a su disposición para todo lo que necesite.

La situación en Murcia parece mejorar, aunque poco a poco. Cabe destacar la apertura de algunos negocios. Uno de ellos es la taberna mencionada con anterioridad. Está situada en un local de la posada de la calle San Antonio y está regentada por una señora llamada María, que tiene tres hijos que gozan de buena salud, y que está teniendo un éxito notorio con los michirones que elabora.

Por mi parte, sigo con la farmacia que heredé de mi padre y disfrutando con las tertulias de los sábados por la tarde en la rebotica, con un grupo de amigos que serían de su agrado.

Mientras escribo estas letras, mi perro Julio está al lado de mí. Conocer que usted tiene un perrito llamado Bubul me ha causado una emoción muy grande, así como a mis más íntimos allegados.

Será un gran honor para mí y una alegría inmensa mantener una relación epistolar frecuente con usted.
Reciba un abrazo muy fuerte.

Narciso Meseguer.»

Cuando terminó de leer la carta, Juan tenía un nudo en la garganta y un dolor en el pecho, tan profundo, que parecía como si se le

estuviera horadando hasta el alma.

Los ojos los tenía rojos, hinchados, como consecuencia de las lágrimas derramadas y ahora miraban la línea del horizonte a través de la ventana, rememorando los tonos pálidos de azul celeste del cielo murciano, muy similar al de Colomb-Béchar.

Permanecía en silencio, con sentimientos entremezclados. Alegría, por poder descifrar el mensaje de Narciso y saber que María y sus hijos se encontraban bien. Tristeza, al conocer que ella había tenido que emprender un negocio para poder sobrevivir. Esperanza de poder reanudar de nuevo su vida junto a su familia. Frustración por no haber alcanzado las expectativas que habían marcado su vida y gratitud hacia Narciso, por ser la vía de comunicación con su esposa.

Permaneció toda la tarde con la carta entre sus manos, acariciando el mensaje escondido entre sus palabras que por fin lo ponían en contacto con su familia.

María había tomado una decisión: quería reunirse con Juan.

Sabía dónde se encontraba. Conocía su peregrinar por esas tierras de un país extraño y tenía la certeza de que se encontraba bien de salud.

Él había dado ya el primer paso y de sobra estaba al corriente de que no podía regresar a España porque, en tal caso, sería represaliado.

Ahora, era ella la que tenía que tomar las riendas del futuro de su vida y lo tenía muy claro, su destino estaba con Juan, en el exilio, y no cejaría hasta conseguirlo.

Habían pasado tantos años de sufrimiento silencioso, que ahora podía proclamar en voz alta a los cuatro vientos que era ya hora de decir basta, que estaba hasta el gorro de España, y que quería salir corriendo junto a sus hijos de aquel país, que ya no lo sentía como propio, y reanudar su vida junto al hombre que siempre había amado.

Leopoldo, a quien no veía desde hacía mucho tiempo, la recibió en cuanto la vio entrar al bufete. Con cuatro frases certeras lo puso al corriente de las noticias recibidas de Juan. No tenía ningún tipo de dudas acerca de su fidelidad y así lo pudo corroborar, por lo que le pidió dos favores. En primer lugar quería saber si ya podía abandonar España para dirigirse a Argelia o cómo podría conseguir la documentación necesaria y, en segundo lugar, quería saber si podría recibir ella las cartas de Juan y no a través de Narciso.

Hablar con Carmen y contarle las noticias recibidas de Juan fue como abrir el baúl de los recuerdos, en el que encontraron momentos muy agradables y otros demasiado penosos. Pero fue grato compartir una charla entre amigas que se veían poco en los últimos meses, debido al distinto ritmo de vida que llevaba cada una.

Por esa fecha, su hijo Juan ya tenía 18 años, Antonio 16 y María, que ya le ayudaba en la taberna, iba a cumplir 15. Esa noche se reunió con los tres en la habitación de la posada.

Había esperado tanto tiempo ese momento que se quedó sin palabras. Estaba emocionada y no sabía cómo comenzar, por lo que fue directamente al grano, como era habitual en ella.

—Hoy he recibido una carta del padre.

Se hizo un silencio conmovedor, que fue roto cuando sus tres hijos se pusieron en pie y fueron a abrazarla.

Leyó la carta en voz alta y, una vez terminada, les comunicó la decisión que había tomado.

—En cuanto sea posible, nos vamos los cuatro a Argelia.

Estaba todo dicho y eran las palabras que sus hijos esperaban escuchar hacía muchos años. Los tres estaban de acuerdo.

Pasados unos días, Leopoldo aconsejó a María que, de momento, siguiera en contacto con Juan a través de Narciso y que ya le comunicaría cuándo podrían escribirse una carta el uno al otro.

También le dijo que para viajar a Argelia necesitaría un visado que lo tendría que expedir el consulado francés que se encontraba en Valencia, pero que de momento no se lo iban a conceder. Tendría que esperar un tiempo indeterminado hasta que el gobierno español autorizase la salida, pero que en los últimos meses estaban cambiando las decisiones al respecto y ya se estaban comenzando a autorizar las salidas con mayor frecuencia.

El gozo en un pozo.

Y de marcharse ya de España, ni hablar.

En ese momento, María estaba presa en su propio país.

Durante los meses siguientes, María y Juan continuaron carteándose con la frecuencia que marcaba el prodigio viajero de las cartas, ya fuera en carruajes, tren, barco o cualquier otro medio de transporte.

En secreto.

Con mensajes codificados.

Por ello, Narciso tuvo que convertirse en un cliente asiduo de la taberna para poder contarle a Juan que el negocio marchaba bien, que su dueña cada día estaba más contenta y que, incluso, estaba comenzando a barruntar la idea de tomarse unos días de vacaciones y hacer un viaje a Francia cuando le concedieran el permiso las autoridades, porque era un país que ansiaba conocer. También le narraba que su hija pequeña María le ayudaba en la taberna, así como el trabajo de sus otros dos hijos. Narraba, asimismo, que era una familia que se había tenido que adaptar a las necesidades de la

situación política y económica española, y que estaban saliendo adelante, igual que otras familias lo estaban logrando.

Todo ello aderezado con mensajes en los que le contaba a Juan cómo era su día a día en la farmacia y con su familia, la evolución de la ciudad, las gabardinas que degustaba en el bar Los Zagales y cómo sus dueños tenían el local siempre atiborrado de gente, así como los temas que debatían los sábados por la tarde en la tertulia de la rebotica. Todo de forma natural, transparente, por si alguien vigilaba su correspondencia y la espiaba.

Juan también procuraba narrar con su prosa refinada cómo marchaban los asuntos del país en el que trabajaba, en qué consistía su trabajo diario, cómo era su casa, a la que había distinguido con los calificativos de unas magníficas vistas y cómo un matrimonio y sus dos hijos trabajaban para él en las tareas diarias que exigía el mantenimiento de su casa.

Fue a principios de 1947 cuando Leopoldo le comunicó a María que ya podía cartearse con Juan, que el peligro para ella había pasado y que no la iban a espiar ni a censurar ningún tipo de correspondencia, incluso con Juan.

Era la mejor noticia que María podía recibir.

Habían pasado casi ocho años desde que Juan se tuvo que marchar de forma precipitada cuando María recibió su primera carta, en respuesta a la que ella ya le había escrito.

Fue como recibir un tesoro después de tantos años de penurias, envuelto en un sobre blanco de papel, que contenía una cuartilla con las palabras escritas con una caligrafía pulcra en la que narraba una historia que solo ellos dos podían leer.

Así siguieron unos meses más en los que Juan escribía cartas para María y para cada uno de sus hijos, contándoles sus vicisitudes, cuánto los echaba de menos y las ansias que tenía de reunirse con ellos en Argelia.

Ahora el tiempo se le hacía eterno, aunque se reconfortaba pensando que cada día que pasaba era uno menos para reencontrarse con su familia.

En ese ir y venir transcurrieron unos meses, hasta que en pleno verano Leopoldo le comunicó a María que ya podía solicitar el visado al consulado francés para poder abandonar España y viajar a Argelia.

Cuando Juan leyó esa noticia en las letras escritas por su mujer un calambrazo trémulo, como si le hubiera dado la corriente, recorrió todo su cuerpo, inundándolo de felicidad porque atisbaba que la reunificación familiar se iba a producir con prontitud.

Pero él también tenía trabajo por delante que realizar.

En primer lugar, comunicó a sus superiores que su familia, compuesta de su mujer y sus tres hijos, iban a venir a vivir con él a

Colomb-Béchar y, al mismo tiempo, solicitó el permiso pertinente para que ellos pudieran vivir en la casa familiar, puesto que pertenecía a la compañía.

En segundo lugar, junto con Abdelkader y Meriem, hicieron un inventario de las reformas que precisaba la casa. No es que estuviera en mal estado, sino que el tiempo hacía necesaria una nueva capa de pintura, una puesta al día de las cañerías de fontanería, el arreglo de algunas losas del suelo y otros desperfectos de menor importancia. Todo ello lo fue comunicando paulatinamente a la compañía para que fuera arreglado por Abdelkader, que lo mismo te cambiaba una tubería que arreglaba la instalación eléctrica.

Juan tenía la imperiosa necesidad de que su casa estuviera perfecta para cuando llegara su familia.

Fue un tiempo de tensa espera porque María ya había sido advertida de que el periodo de concesión del visado iba a ser largo. En su ronda matutina, el cartero se presentaba en la posada todos los días a la misma hora. Cuando María lo veía pasar por delante de la taberna, salía corriendo para dirigirse a la recepción, y comprobar día sí y día también que la carta de Valencia no llegaba, aunque sonreía y se mostraba feliz cuando recibía carta de Juan.

Y llegó la Navidad, esperando una carta para poder reunirse con Juan. Por Nochebuena, María brindó con sus hijos por volver a reanudar el año próximo la vida junto a la persona que quería más que a su vida.

Nicolás Monerris y Andrés Serrano, junto con sus familias, que habían llegado unos meses antes a Argelia, invitaron esa noche a cenar a Juan y, como marcaba la tradición desde que estaban en Argelia, todos brindaron por la próxima reunificación de él con sus seres queridos.

Iba a ser su última Navidad en soledad.

Ahora sí que estaba seguro de volver a ver a María y a sus hijos el año próximo en Argelia.

Se hizo esperar más de lo necesario y fue a finales de febrero de 1948, uno de esos días en los que María acudía ya de forma desesperada, cuando visualizó una carta sobre el mostrador de recepción en la que se podía leer el membrete del *Consulat de France a Valence*.

Abrió la carta con precipitación, mientras le temblaban las manos, y no comprendió nada de lo que allí había escrito porque estaba en francés. Lo único que leyó con corrección fue su nombre y el de sus tres hijos.

Fue a la taberna, le dijo a su hija María que había recibido la carta del consulado, pero que no entendía nada y que se marchaba a ver a

Leopoldo para que se la tradujera.

Leopoldo había estudiado algo de francés, pero la redacción de la carta no ofrecía dificultades y era bastante sencilla de comprender.

—Aquí dice que el consulado francés tiene el honor de hacerte saber que se te ha concedido el visado a ti y a tus hijos, y que por cada uno de ellos tienes que pagar la cantidad de 50 pesetas.

—¡Bieeeeeen! —exclamó María con toda su alma, al tiempo que comenzaban a brotar lágrimas llenas de alegría por sus ojos.

—Me alegro mucho por ti, María —dijo Leopoldo.

—¡Enhorabuena, María! —musitó Carmen, que entró con ella al despacho cuando la vio llegar con la carta en las manos.

—Muchas gracias a los dos —susurró María, casi suspirando.

—Ya puedes irte a Argelia y reunirte con Juan —aseguró Carmen.

—¡En el primer barco que salga desde Alicante! —sentenció María, emocionada y con el corazón que casi se le salía por la boca.

De vuelta a casa empezó a maquinar a toda marcha. Su mente estaba en efervescencia y hacía planes sin cesar, igual que en otros tiempos.

Lo primero, anunciarles la buena noticia a sus hijos. Después tendría que hablar con su hermano para tratar la posibilidad de traspasar la taberna o, en el caso de que él no quisiera alquilar de nuevo el local, vender todo el mobiliario y los enseres de su negocio. Y, por fin, enterarse de cuándo salía el primer barco desde Alicante rumbo a Argelia y comprar los billetes.

Cuando llegó a la taberna se lo contó todo a su hija María, porque no podía esperar más tiempo. Sus hijos llegaron juntos al mediodía y antes de entrar al comedor de la posada pasaron a saludarla, como hacían todos los días. Les hizo entrar a la cocina y allí, estando los cuatro juntos, les anunció que el tiempo de espera había terminado y que se marchaban a Argelia.

La alegría era inmensa y María no cabía en sí de gozo.

Esa noche, poco antes de cerrar la taberna, Juan apareció por allí.

—Puedes irte a la posada. Yo me quedo con madre y la ayudo a cerrar —le dijo a su hermana.

Juan se quedó en la cocina, sentado, taciturno, con la mirada fija en la pared, en donde estaban colgadas las raseras, las espumaderas, las espátulas y demás utensilios de cocina.

Cuando se marcharon los últimos clientes, María cerró la puerta y entró a ver a su hijo. Algo importante le ocurría y quería saberlo. Se sentó frente a él, lo miró a los ojos y esperó a que hablara.

—Madre, quiero hablar con usted.

—Adelante, estamos solos.

—Es sobre el viaje a Argelia —anunció Juan, mirando hacia abajo, a la mesa, él que siempre miraba a los ojos.

—¿Qué te preocupa? —se interesó ella.

—Este mediodía fingí que me alegraba, pero de sobra sabe que no me puedo marchar.

—¿Por qué? —quiso saber María, aunque lo intuía.

—Usted sabe que falta solo unos meses para que me incorpore a filas.

—¡La dichosa mili!

—Usted es consciente de que no me puedo marchar a Argelia. Si lo hago y no me presento en la Academia General del Aire de San Javier me declararán desertor y no podré volver jamás a España.

—Eso es lo que debes de hacer, desertar y no ingresar en el ejército de Franco, ¡que tanto daño ha hecho a nuestra familia! —afirmó ella, con resentimiento.

—Ustedes me han educado en el cumplimiento de las obligaciones y tiene que saber que no voy a desertar. Solo le quiero pedir un favor…

—¿Cuál?

—Le pido, por favor, que espere a que termine el servicio militar y así nos vamos todos juntos a Argelia.

—Hijo, me has visto luchar sola todos estos años para sacaros adelante, sin saber nada de tu padre, si estaba vivo o muerto, y ahora que sé que él me necesita y me está esperando en Argelia, no me puedo negar a irme ya. Es la primera oportunidad que tengo de rehacer nuestra vida y no puedo desaprovecharla.

—En ese caso, usted se marchará a Argelia con mis hermanos y sin mí. ¡No me deje solo aquí, por favor! —imploró Juan.

—Me partes el alma, hijo mío, pero tengo que irme con tu padre —manifestó María, compungida, con el corazón encogido y con los ojos llenos de lágrimas—. Y te estaremos esperando en Argelia, con los brazos abiertos, cuando termines el servicio militar.

Esa noche, cuando María se acostó a dormir, no podía dejar de pensar en su hijo Juan. Le había hablado del servicio militar, pero no las tenía todas consigo, porque su hijo tenía novia ya varios años y abandonar a Luisa sabía que le iba a doler mucho. Fuera por una razón o por la otra, su hijo lo tenía muy claro, y ella también.

Ni se le había pasado por la cabeza irse a Argelia sin uno de sus hijos, pero si Juan decidía quedarse en España por la mili, ella no lo iba a esperar.

En esos momentos solo tenía una obsesión que tenía nombre y apellido: Juan Bernal.

El día siguiente pagó la tasa de los visados, incluido el de Juan, por si cambiaba de opinión, y ya solo tendría que esperar a recibirlos para

marcharse a Argelia.

Ese mismo día también se informó del horario y las salidas de los barcos que hacían la ruta desde Alicante a Orán.

Luego, se puso manos a la obra a buscar compradores para todos los muebles y enseres que tenía en la taberna. Para ello, se puso en contacto con los dueños de otros bares o tabernas a los que les pudiera interesar y tuvo suerte en el intento, porque apalabró algunos utensilios.

Durante ese tiempo notaba mucho más callado de lo habitual a su hijo Antonio. Sabía que entre sus dos hijos no había secretos, por lo que estaría al tanto de la conversación mantenida con Juan. También estaba al corriente de que él bebía los vientos por una moza llamada Magdalena, aunque aún no habían formalizado su noviazgo formalmente, y que ese podría ser uno de sus pesares.

Fue uno de esos días cuando Antonio se decidió a hablar con su madre. Le habló de Magdalena, de lo mucho que la amaba y que quería que la conociera para iniciar su noviazgo. Le aseguró que él se iba a marchar con ella, pero que había estado hablando con Magdalena y que habían llegado al acuerdo de que, más adelante, ella viajara a Argelia.

María, sorprendida, dio su visto bueno. No podía marcharse a Argelia sin Antonio. Estaba dispuesta a todo por Juan, pero se le quebraría el alma si se marchaba solo con su hija.

Fueron problemas que ni tan siquiera había imaginado que iban a surgir tras recibir la notificación del consulado francés, pero que estaba afrontando con la mejor de sus sonrisas, aunque la procesión fuera por dentro.

Los visados llegaron por carta y María los recibió como si fueran el mejor regalo que le habían hecho durante toda su vida.

Fue a principios de Abril de 1948 cuando María subió al coche de línea que la conduciría desde Murcia hasta Alicante, con el corazón roto tras despedirse de su hijo Juan.

Pocas horas después seguía luciendo un sol brillante, mientras el barco en el que viajaban María y sus hijos, Antonio y María, levaba anclas desde el puerto de Alicante con rumbo a Orán, donde la estaba esperando Juan, el hombre al que quería más que a su alma.

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela histórica, basada en hechos reales, es una tarea demasiado complicada. Nunca la hubiera podido llevar a cabo sin la ayuda desinteresada de un grupo de personas que se comprometieron desde un primer momento a prestarme todo su apoyo de manera incondicional.

A Joaquín Zaragoza le estoy muy agradecido por regalarme decenas de horas de trabajo rebuscando por internet en organismos oficiales, hasta que logró conseguir el expediente del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo del personaje principal de esta novela. Además, fue capaz de encontrar, en la hemeroteca, las páginas en las que se hace mención de los personajes de la novela y que me sirvieron para cuadrar las fechas exactas en el contexto histórico.

Marcel Castello tuvo la generosidad de proporcionarme la piedra angular, esa pieza del puzle sin la cual no hubiera sido posible la escritura de esta novela y, ni por supuesto, de la trilogía. Cuando tuve en mis manos el diario de Juan Bernal, una sonrisa afloró en mi rostro porque a partir de ahí solo tenía que escribir, puesto que parecía que alguien me estaba dictando la novela. Además, sus enseñanzas y matizaciones sobre la masonería fueron de un valor incalculable.

Fina Zaragoza fue la persona que aportó las primeras luces a esta historia. Con su excelente memoria para recordar innumerables sucesos, anécdotas y fechas que han sido de vital importancia cronológica. Más aún, cuando continuamente me llamaba por teléfono para contarme nuevos hechos que tenía que incorporar a la novela. Además, te estoy muy agradecido por apremiarme para que la finalizara y por darme ánimos cuando más lo necesitaba.

Bernard Castello me aportó un material gráfico de incalculable valor, en forma de fotografías, que me sirvieron para plasmar muchos de los decorados históricos de la trilogía.

Josefina Zaragoza fue la encargada de aportar esos pequeños detalles sin los que la historia hubiera quedado huérfana, y el valor añadido del apoyo incondicional desde el principio de la gestación de la novela.

Encarna Zaragoza tuvo un doble papel. Por un lado, se esforzó en recuperar de su memoria pasajes olvidados que sirvieron para enriquecer la novela con matices y referencias sin los cuales adolecería del engranaje cronológico. Por otra parte, se convirtió en una perfecta crítica literaria, sugiriendo que tirara a la papelera varios

capítulos, así como muchas escenas, para que los volviera a reescribir con el resultado que has podido leer.

Javier Belda tuvo la feliz idea de proponer la estructura de la novela y, en cierta manera, de lo que más tarde se convertiría en la trilogía *Tres guerras para amar*.

Rafael Guerrero ha sido el corrector de estilo literario, siempre aportando sugerencias con la sutilidad precisa para que fueran llevadas a cabo. Y siempre has estado ahí, cuando te he necesitado, por lo que te estoy sumamente agradecido.

Reme Zaragoza no se anduvo por las ramas y tachó, casi con alevosía, muchísimos párrafos que no aportaban nada a la novela, teniendo la astucia de hacerme ver que es mejor narrar un suceso con cinco palabras que con diez. Ya sabes que te agradezco que me corrigieras esos «errores narrativos».

Inma Lajarín, con su generosidad, cuando corrigió la novela, tuvo la gentileza de realizarme decenas de matizaciones que la han enriquecido, tanto en el aspecto histórico como en el legal. Por lo que mi agradecimiento siempre va a ser muy especial.

Jesús Béjar tuvo la esplendidez de regalarme una corrección sublime en matices históricos, así como ortotipográficos. Además, con sagacidad, también me supo hacer ver en qué escenas de la novela me debía de extender para provocar sentimientos en el lector. Por todo ello, ya sabes que te estoy sumamente agradecido.

A Herminia Rivera le debo de agradecer que siempre le gustara todo lo que iba escribiendo y, mucho más, sus ánimos continuos y el carácter optimista que siempre me transmitía. No obstante, también sabía poner los puntos sobre las íes, y con ingenio me aportaba determinadas matizaciones, muy puntuales, que siempre debía corregir.

Teo Navarro es una experta en sinónimos, por lo que te agradezco que me aportaras esos sinónimos que encajaban como un guante en la narración de la novela.

Nuria Navarro es mi traductora preferida. Muchas gracias por estar siempre ahí, cuando te he necesitado, y por tu traducción al francés de las frases que aparecen en la novela.

A Dolores Orenes le tengo que agradecer las descripciones de lugares que me hizo, así como la aportación de múltiples pormenores que sirvieron para enriquecer la trilogía.